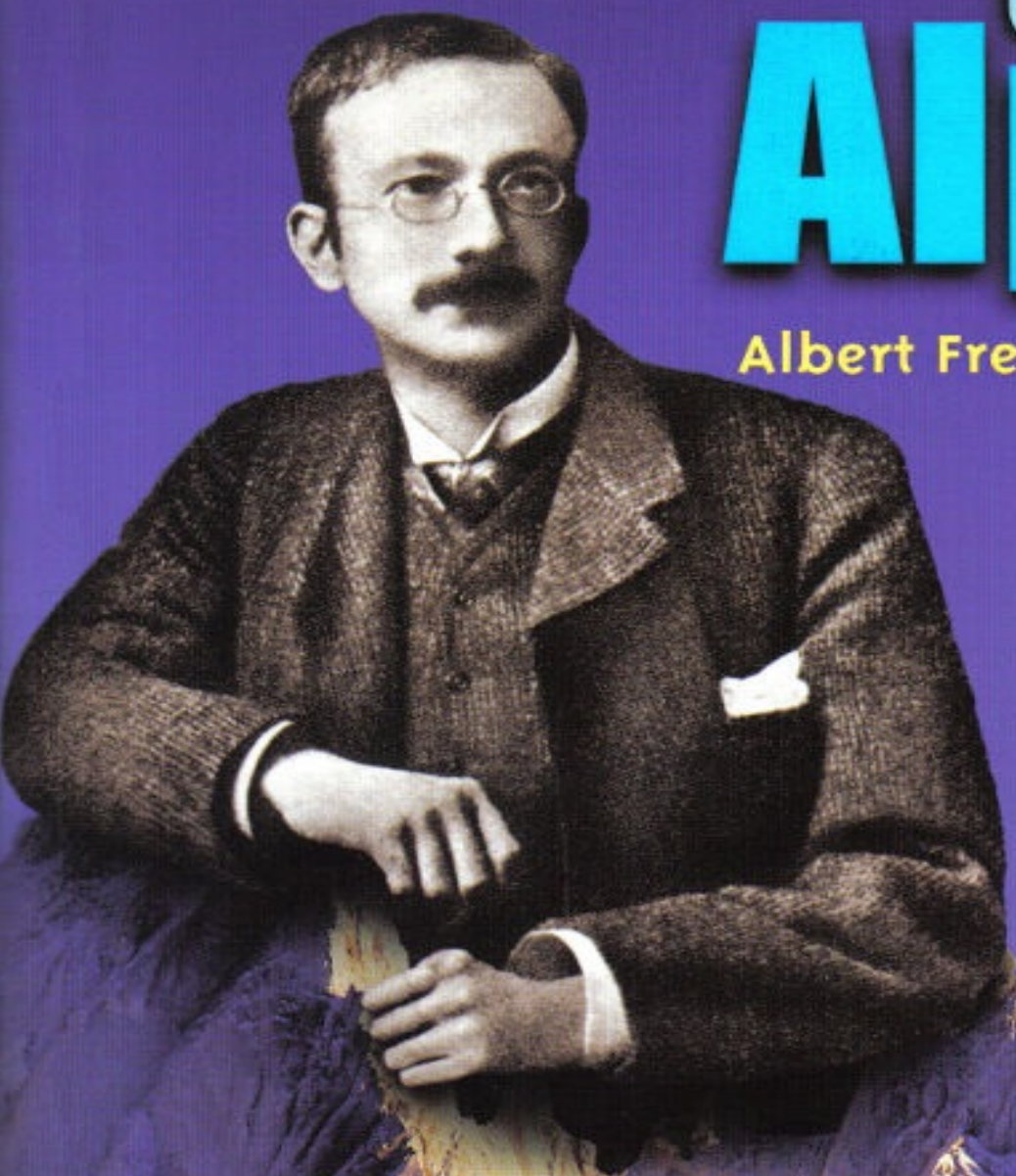


Escaladas en los **Alpes**

Albert Frederick Mummery



se

El presente volumen de *Escaladas en los Alpes* constituye una selección de los mejores pasajes de la obra *My climbs in the Alps and the Caucasus*, publicada por primera vez en 1895. A lo largo de sus páginas el lector en español podrá revivir las peripecias del autor en las paredes del Cervino, Grépon, Dent du Requin, Grands Charmoz o Aiguille Verte. Pero, sobre todo, *Escaladas en los Alpes* nos brinda un encuentro con el Mummery narrador, de estilo vivo y refinado sentido del humor, creador de jugosos personajes y situaciones con un auténtico sabor alpino.



Albert Frederick Mummery

Escaladas en los Alpes

ePub r1.0

othon_ot 26.01.14

Título original: *My climbs in the Alps and the Caucasus*

Albert Frederick Mummery, 1895

Traducción: Pedro Chapa Huidobro

Editor digital: othon_ot

ePub base r1.0



PRÓLOGO

MUMMERY, UN REVOLUCIONARIO INGLÉS

Es doblemente emocionante presentar la primera edición española de ese libro, imprescindible para entender la evolución del alpinismo y a una de las figuras más relevantes de su historia. En primer lugar, porque siempre he considerado a su autor como el padre espiritual de todos los que, muchos años después, nos hemos acercado a la montaña con mirada curiosa y espíritu innovador. Y segundo, porque, con más de cien años de retraso, se hace justicia en nuestro país a la figura y la obra de Mummery. Gracias a esta edición de Desnivel que ahora tienes entre las manos, por fin podemos acercarnos a su pensamiento directamente. Es una emoción demasiado grande para ser descrita con palabras...

Albert Frederick Mummery (1855-1895) es el hombre que puso los cimientos de una nueva forma de ver la montaña y de un nuevo sentimiento montañoso. Considerado el padre del alpinismo moderno, este inglés fue el mejor alpinista de la época, a pesar de sus limitaciones, pues era algo desgarrado y bastante miope. Pero tras esa aparente timidez, que escondía detrás de las gafas, latía un impulso y una vitalidad sin límites. Fue él quien puso de relieve algo hoy evidente, pero que entonces provocó una auténtica revolución: para Mummery la conquista de una cumbre no agota las posibilidades de descubrimiento de una montaña. En sus palabras, «el verdadero alpinista es el que intenta nuevas ascensiones». Cada itinerario a una cumbre muestra en realidad una nueva montaña, y lo que cuenta son las dificultades que hay que vencer, los problemas que hay que resolver y el estilo con el que se abordan. Coherente con esta postura, Mummery escaló en seis ocasiones, por seis rutas diferentes, el Cervino, considerada hasta poco antes el prototipo de la montaña inaccesible.

A Mummery y a algunos de sus contemporáneos, como Geoffrey Winthrop Young, también se debe una contribución importante al desarrollo del alpinismo, al prescindir de la ayuda de los guías (aunque al principio escalase algunas de sus vías más conocidas con el guía Alexander Burgener), tendencia que se iría generalizando con el transcurso del tiempo. Llegar a esa conclusión también supondría un magnífico legado para el desarrollo del alpinismo. Escribiría: «He aprendido la gran verdad, a saber, que quienes realmente desean gustar las alegrías y los placeres de la montaña deben saber desenvolverse en las nieves de la altura confiando sólo en sus dotes y en sus conocimientos propios».

Es también el comienzo de la etapa de especialización. Una montaña era, hasta ese momento, simplemente una cumbre que alcanzar; sin embargo, desde entonces, comenzaron a distinguirse por sus vías de ascensión, por sus itinerarios, ya fuesen en roca, nieve o mixtos. Las nuevas escaladas acrobáticas en los Alpes van a ser posibles no sólo gracias al cambio de mentalidad y la audacia de los alpinistas, sino también porque la técnica ha evolucionado. En estos años y en los siguientes el equipo que porta el alpinista va progresando: las botas claveteadas darán paso a los

crampones, que con el tiempo irán creciendo en sofisticación y nuevas puntas. El innovador Óscar Eckenstein (que en 1902 fue uno de los primeros en intentar la escalada del K2) crearía los crampones de diez puntas. Con el tiempo mejoran las cuerdas y la vestimenta. Las primitivas hachas para tallar peldaños se van retinando y acortando los mangos para llegar a los piolets más eficaces y manejables. Se crean nuevas herramientas, como las clavijas y los mosquetones y el pitón de hielo. Willo Welzenbach, uno de los escaladores alemanes más notables de la época, desaparecido en una de las primeras grandes tragedias en el Nanga, inventará la escala del VI grado y se generalizará la graduación de las dificultades.

Mummery realizó durante más de veinte años incontables ascensiones y abrió infinidad de nuevas vías. Cien años después de la invención del alpinismo, había logrado cambiar radicalmente el concepto que se tenía de éste. Con una frase, que refleja su fino sentido del humor, resumió su filosofía de la escalada y, quién sabe, si su misma forma de enfrentarse a la vida: «Cuando todo indica que por un lugar no se puede pasar, es necesario pasar. Se trata precisamente de eso». Fiel a esta máxima, crearía, sobre la textura granítica de las afiladas agujas de Chamonix, un alpinismo más atlético y atrevido, iniciando la conquista de nuevos espacios verticales donde ningún hombre se había aventurado antes.

La escalada de la norte del Grépon, en especial de la fisura que desde entonces lleva su nombre, se convertiría en una metáfora de esta nueva forma de escalar y, junto con otras ascensiones de Mummery, marcaría el inicio de la escalada de dificultad. Su influencia sería muy grande, debido también a sus escritos. En realidad, todos los alpinistas que en nuestra época buscan en la montaña nuevas dificultades son, de alguna forma, herederos del genial alpinista inglés. Si antaño lo que se perseguía era alcanzar la cumbre evitando cuidadosamente las dificultades, a partir de Mummery éstas se convertirían en el principal factor de atracción. Más tarde, con el conocimiento y repetición de estas rutas, fue normal que esas mismas dificultades se rebajasen en un proceso que el mismo Mummery supo anticipar en una frase cargada de ironía que se haría célebre: «Un pico inaccesible... La escalada más difícil de los Alpes... Un paseo para señoras...». Y, en efecto, la escalada del Grépon la acometería dos años más tarde con dos señoras, y la arista Zmutt la haría acompañado del joven duque de los Abruzos.

Si se hubiera quedado aquí tendría razón Georges Sonnier al afirmar que para él «la montaña representaría ante todo la alegría de una actividad intensa... en adelante se entregaría cada vez más al gusto por la dificultad pura... Nada hay más difícil que ser a la vez perfecto gimnasta y poeta o filósofo». Pero Mummery no se limitó a realizar grandes vías en los Alpes, no era un simple gimnasta. No conforme con este salto decisivo, su espíritu inquieto y exigente le impulsó a busca aventuras en otras cordilleras lejanas, lo que le convertiría en un pionero también en este apartado. En 1888 viajó al Cáucaso, y siete años más tarde, en 1895, se encaminó al Himalaya. Su objetivo era nuevamente audaz y revolucionario: escalar el Nanga Parbat, una de las más imponentes montañas de la Tierra que sobrepasa los ocho mil metros de altitud.

En el Himalaya, tras una primera fase, que había proporcionado un conocimiento somero de los principales macizos y de ciertas regiones, se daba paso a la llegada de nuevos exploradores y alpinistas cuyos fines ya no eran políticos o militares, sino científicos y, sobre todo, claramente

deportivos. El objetivo era la conquista de las más importantes cimas del Himalaya, y muy en concreto, de las más altas, aquéllas que sobrepasan los ocho mil metros. Una aventura en la que los más grandes alpinistas de todas las nacionalidades se empeñarían a fondo y que exigiría no sólo setenta años, sino los más grandes sacrificios. Los hombres habían descubierto, como un siglo antes habían hecho en los Alpes, un nuevo terreno de juego. Comenzaba la época de las grandes aventuras del Himalaya y Mummery fue el primero en acudir a esta cita.

Era la primera vez que alguien se atrevía a atacar una montaña de tales magnitudes. En el caso de Nanga Parbat éstas son verdaderamente descomunales, pues no sólo su cima supera los ocho mil metros, sino que el desnivel desde el campo base, situado a unos cuatro mil metros, es de los mayores del mundo. Sólo una mente privilegiada como la de Mummery podía imaginar, planificar y atreverse a realizar una ascensión como ésa.

Desgraciadamente, el Nanga Parbat sería su última montaña. Allí desapareció, probablemente sepultado por un alud, cuando sólo tenía cuarenta años, tras explorar las vertientes de Rupal, Diamir y Rakhiot, y alcanzar una altitud próxima a los siete mil metros por el espolón en la cara oeste que desde entonces lleva su nombre. Su ejemplo de audacia, ligereza y sencillez —sólo dos o tres alpinistas, estudiando las diferentes vertientes de una altísima montaña para después acometer la escalada, aunando exploración y alpinismo en su sentido más puro— todavía no ha sido repetido. Uno de los colegas que le acompañó escribiría: «Me pregunto si el Nanga será escalado alguna vez. Actualmente parece lejos del alcance humano».

En Gran Bretaña la pérdida de Mummery causó una honda impresión, similar a la que provocaría, veintinueve años más tarde, la desaparición de Irvine y Mallory en el Everest. El primer intento de ascensión de una montaña de más de ocho mil metros se había saldado con una tragedia, que sería el preludio de otras muchas, y que harían famoso al Nanga Parbat con los apelativos de montaña «cruel» y «asesina». Pero además privaba al mundo del alpinismo de una de sus mentes más clarividentes e innovadoras. Como bien ha resumido Reinhold Messner: «Mummery no ha sido únicamente el escalador británico más valiente y que más éxitos ha cosechado, sino que además sus principios de alpinismo conservan íntegra su validez en nuestros días y sirven de base al alpinismo moderno». Justamente por ello su nombre ha quedado ligado para siempre, de forma muy representativa, a dos montañas muy diferentes, dos formas de entender el alpinismo, que, a pesar de parecer incompatibles, el inglés supo unir. Una pequeña aguja de los Alpes, el Grépon, con su famosa fisura, y la enorme mole del temible Nanga Parbat con el espolón central de la vertiente de Diamir, que desde entonces lleva su nombre y que, más de cien años más tarde, aún no ha sido escalado.

Su amigo Norman Collie le dedicó unas emocionantes palabras que son quizá el mejor de los epitafios: «Su memoria perdurará, no será olvidado. La montaña, implacable, le ha reclamado y él ha quedado allá, entre los glaciares cargados de nieve de los montes inmensos. Está protegido por la curva de las comisas moldeadas por el viento, las delicadas ondulaciones de la nieve en las fisuras de roca y los picos nevados que él amaba tanto velan sobre él y montan guardia por encima de los lugares donde está sepultado».

EL CERVINO.

LA ARISTA ZMUTT

Cuando tenía quince años, en 1871, las paredes de la *Vía Mala* y las nieves del Théodule despertaron en mí una pasión que ha ido creciendo con los años y que ha moldeado mi vida y mi pensamiento de una manera nada desdeñable. Me ha llevado a lugares de una belleza tan mágica que, a su lado, las maravillosas fábulas de Xanadú parecerían lugares vulgares; me ha dado amigos en los que se puede confiar cuando el tiempo es bueno, o cuando las condiciones climatológicas son desfavorables; y ha dejado en mi mente recuerdos que son tesoros que ni las polillas o el óxido, ni la enfermedad o la vejez podrán destruir. Aquel hechizo de la infancia, cuando los grandes picos blancos se elevaban sobre las sombras de los pinos, sigue despertándose en mí ahora que la pesada diligencia rueda a través de la garganta de la Diosaz, o cuando el Cervino surge tras el umbrío valle de Tournanche. Recuerdo, como si fuera ayer, la primera vez que vi la gran montaña. Brillaba en la majestuosa calma de una luna de septiembre y, en la quietud de la noche otoñal, parecía la encarnación del misterio y un lugar apropiado para que en él moraran los espíritus que, según las viejas leyendas, pueblan sus laderas de piedra. Desde aquel momento, he sido uno de los más fervientes adoradores del gran pico, y siempre que su poderosa mole rocosa se alza sobre el lejano horizonte, saludo su aparición con la más devota de las alegrías. Ni siquiera la popularidad de Zermatt, los excursionistas y sus coloristas vestidos pueden distraer mi atención de sus faldas, y me sigue encantando contemplarlo entre los pinos del Riffelberg u observar su enorme mole alzándose sobre los floridos prados del Staffelalp. Sin embargo, en aquellos días lejanos (1871), seguía teniendo un halo que lo hacía parcialmente inaccesible y, al contemplarlo desde el pinar o desde las laderas acariciadas por la brisa, apenas me atrevía a tener la esperanza de que algún día yo estaría entre los pocos elegidos que habían escalado sus helados abismos. Tres años más tarde, no obstante, su ascensión se había puesto de moda, las gentes comenzaron a acudir en masa al lugar y yo fui arrastrado en sus primeras oleadas hasta la tan deseada cumbre.

Soy consciente de que, desde ese momento, mi interés en el pico debería haber cesado, que un auténtico escalador nunca repite una ascensión, que su meta es alcanzar la cumbre y que, una vez logrado ese objetivo, su trabajo ha terminado y debería descansar en la innoble pereza. La verdad sobre este asunto queda cristalizada y resplandeciente en un comentario que me hizo el año pasado un residente, tocado de sombrero, del hotel Monte Rosa^[1]: «Tuve que ir a Grindelwald para ascender el Eiger; fue una enorme molestia, pero quería *terminar* el Oberland: ¡no volveré nunca!».

En cuanto a mí, me veo obligado a confesar una deplorable debilidad de mi carácter. Cuando subo un pico, éste se convierte en mi amigo y, con todo lo delicioso que pueda ser buscar «bosques frescos y nuevos pastos», en el fondo de mi corazón añoro las pendientes de las que

conozco cada pliegue y en las que cada roca despierta recuerdos de regocijo y de risas y de los amigos de antaño. Como consecuencia de esta terrible debilidad, he pisado la cumbre del Cervino no menos de siete veces. Me he sentado en su cumbre con mi mujer cuando el aire estaba tan tranquilo que ni la llama de una cerilla hubiera temblado, y he sido perseguido por la loca furia del trueno, los rayos y la ventisca mientras descendía la arista italiana y su descompuesta cresta. A pesar de todo, cada recuerdo tiene su peculiar encanto y la salvaje música del huracán no es menos deliciosa que la de la gloria de un día perfecto. La idea arraigada en el montañero ortodoxo de que un único ascenso, en un día, en un año, le permite a ese mismo montañero entender cómo es ese pico el resto de los días, el resto de los años, sugiere que se trata de un filisteo sumido en las ciénagas. Ciertamente es que las rocas y los pináculos son los mismos, pero su encanto y belleza reside en las siempre cambiantes sombras y luces, en las nieblas que los envuelven, en las enormes cornisas y sus neveros colgantes, en todas las variantes del tiempo, las estaciones y las horas. Es más: no es tan sólo que la visión impresa en la retina refleje los estados de ánimo y los cambios de una tormenta de verano a un tiempo soleado, sino que el propio observador no es menos variable. Un día, el horror del precipicio le domina, la sombría desnudez de los imponentes abismos o la mortífera caída de piedras cuando algún gran bloque se separa de sus amarras y se precipita al vacío —auténtico símbolo de una cólera irresistible—. En otra ocasión, no repara en ninguna de esas cosas, sosegado por los delicados tintes del ópalo y el azul, se complace en la vaporosa suavidad de los valles italianos, en la gracia de la nieve moldeada por el viento y hasta en las diminutas flores que brotan de las grietas del granito. Aunque la montaña pueda plasmarse en el espectador, no es menos frecuente que éste sólo se fije en lo que está en armonía con él. No hay duda de que un hombre puede estar hecho de tal suerte que

*una primula en la orilla
es para él sólo una primavera amarilla*

y no puede ser en ningún tiempo ni lugar otra cosa; pero otros, de naturaleza más jovial, que pueden disfrutar de la belleza del mundo exterior, apenas sentirán las «manchas de la banalidad», sin importar cuánto puedan conocer la estructura íntima de la roca o del hielo sobre los cuales el sol y las nubes, la niebla, el aire y el cielo no dejan de trenzar la gloria del paisaje.

Fue entonces, con un interés en la gran montaña que sólo mi primera ascensión hacía más intenso, cuando crucé el collado de Tiefenmatten en 1879. Mientras descendía el glaciar, observé con detenimiento cómo la gran arista Zmutt se alzaba sobre las largas pendientes de roca y los corredores de la cara oeste, barridos por las piedras. Yo no era ni mucho menos el primero que se había fijado en ella; Edward Whymper, junto a sus guías Michel Croz y Christian Almer, ya la había estudiado minuciosamente desde las paredes del Dent Blanche. Las conclusiones que sacaron pueden recogerse del siguiente párrafo de *Escaladas en los Alpes*: «Mi viejo enemigo el Cervino, visto desde la cuenca del glaciar de Zmutt, parecía totalmente inaccesible».

«—¿Crees que tú o cualquier otra persona subiréis alguna vez a esa montaña? —preguntaban

los guías».

Y cuando, insensible al ridículo, les respondía con firmeza: «Sí, pero no por ese lado», ellos estallaban en risas. «Debo confesar que mis esperanzas se vinieron abajo, pues nada puede parecer, o ser, más inaccesible que el Cervino por sus caras norte y noroeste». Sin embargo, no parecía que su apreciación fuera completamente certera. La arista de nieve, y los escalones rocosos que continuaban durante cierta distancia, ofrecían una vía carente de obstáculos hasta los 3950 metros, y en la arista final, desde unos 4250 metros hasta la cumbre, el escalador tenía poco que temer. Las dificultades serias se limitaban al breve tramo de la vía en el que tendrían que unirse esas dos rutas. De observaciones realizadas en esta y en anteriores ocasiones, se deducía que era evidente que, desde donde la arista Zmutt comienza a ganar pendiente hasta donde ya se torna vertical, sería necesario dirigirse a la izquierda, hacia un corredor muy profundo que cae a plomo sobre el glaciar del Cervino. La parte superior de este corredor, lo único con lo que tendríamos que contar, no parecía sin embargo totalmente imposible y, siempre que pudiera subirse, se volvería a la arista ya por encima del primer escalón inaccesible. A poca distancia, donde se vuelve a poner vertical, o incluso se extraploma, parecía posible desviarse a la derecha por las grandes pendientes de la cara oeste y, tras un ascenso considerable, volver a ganar la arista Zmutt por encima de las dificultades serias. Una vez tomada la decisión y con este plan algo ambiguo, bajé a Zermatt para encontrar un guía adecuado para llevarlo a cabo.

Enfrente del Hotel Monte Rosa me encontré con un viejo compañero, Aloïs Burgener, quien me dio la buena noticia de que su hermano Alexander seguramente pudiera venir conmigo durante unos cuantos días. Alexander, de espaldas cuadradas y rostro semioculto por la barba, expreso francamente su opinión: una expedición así, con un cliente del que no sabía nada, sería una *verfluchte Dummheit*, una gran estupidez. Me sorprendió que se expresara de manera tan audaz, y me dio la impresión de no ser sólo señal de una sabia desconfianza en un escalador no muy experimentado, sino también un empeño de llevar a cabo el ataque, una vez empezado, hasta los límites de lo posible. Mi experiencia anterior había sido principalmente, si bien no en solitario, con hombres deseosos de acometer cualquier tentativa, sin importar lo desesperada que fuera, y que eran demasiado educados para preguntar siquiera si quien les quería contratar sabía algo del arte de la escalada. Sin embargo, en los albores de los preparativos, esos hombres habían desarrollado invariablemente un afecto por sus esposas y familias muy enternecedor, pero no por ello menos inoportuno, y se vieron forzados por esos sentimientos tan loables a interrumpir su ascensión. El aire de seguridad de Alexander, y lo honrado y abierto de su lenguaje, parecían mostrarme que él no era uno de éstos y lo vi como un buen presagio de nuestra futura relación. Acepté encantado sus sugerencias y estuve de acuerdo en que deberíamos hacer juntos algunas expediciones previas.

Así, cruzamos hasta el Laquintal por los collados de Mischabel y Laquin, forzando nuestro camino de vuelta sobre el Fletschhorn por una vía nueva y especialmente difícil^[2]. Luego ascendimos el Portjenhorn, y al quinto día regresamos a Zermatt por el collado de Ried y por San Nicolás. Con una inauguración tan exitosa de nuestra campaña, estábamos listos para dirigir nuestra atención a la arista Zmutt. Sin embargo, sentíamos que nos habíamos ganado un descanso,

de modo que pasamos el final de agosto tumbados entre los segadores de las laderas interiores. Cuando anoecía, oímos que W. Penhall, junto a Ferdinand Imseng y L. Zurbrucken, habían comenzado ese mismo día a dormir en la montaña con la intención de atacar la arista Zmutt a la mañana siguiente. Su éxito nos ofrecía pocas dudas. El tiempo parecía perfecto, la montaña estaba en unas condiciones magníficas y la cordada tenía una fuerza y habilidad excepcionales. Eso nos hizo cambiar de planes y cruzar el collado Durand, lo que nos permitiría observar su progreso y obtener información útil para el futuro, al tiempo que esperábamos que la arista este o la cara noreste del Dent Blanche nos sirviera de consolación por la pérdida de la arista Zmutt.

A la mañana siguiente^[3], camino del Staffelalp, nos encontramos con un viento tan fuerte azotando las altas cumbres que parecía muy difícil que pudiera hacerse cualquier ascensión importante. Nuestros pensamientos y aspiraciones regresaron por tanto a la arista Zmutt y, cuando nos encontramos con el grupo de Penhall, que regresaba, y escuchamos que habían abandonado definitivamente la vía de la arista, decidimos pasar el día en el Stockje y ver si el viento y las nubes eran realmente tan espantosos. Una vez allí, los hombres llegaron enseguida a la conclusión de que no había nada que hacer con aquel tiempo. Yo era, sin embargo, demasiado joven y tenía demasiadas ilusiones, demasiadas como para soñar en darme la vuelta y, al desconocer por completo el saber popular sobre meteorología, fui capaz de profetizar cosas buenas, y con tal apariencia de basarme en un conocimiento sólido, que Burgener quedó medio convencido. Entonces surgió una segunda dificultad. Nuestras provisiones estaban calculadas para una marcha de diez horas y eran claramente insuficientes para una campaña de dos días. Los sentimientos de Gentinetta añoraron, estimulados sin duda por la contemplación de esas provisiones limitadas, y salió por fin de su silencio acostumbrado; sin dejarse desconcertar por «la intimidante barrera» que supone un *Herr* cliente, expresó su opinión acerca de mi profecía. La refutó afirmando que estaba convencido de que en ningún momento, desde que el mundo es mundo, ni antes de eso tampoco, un viento así y unas nubes como aquellas habían traído nada que no fuera un tiempo horrible y desesperadamente duradero. Sentimos que el ejercicio sería bueno para su estado de ánimo y que, en cualquier caso, su compañía sería deprimente, así que le enviamos de vuelta a Zermatt a por más provisiones y a por el mejor hombre que pudiera encontrar para que le ayudara a transportarlas. Le indicamos el lugar donde íbamos a acampar y nos comprometimos a hacerle señales para que se diera la vuelta en el caso de que el tiempo nos pareciera demasiado malo para pasar la noche fuera.

Unas nubes cada vez más oscuras envolvían el collado de Tournanche y el rugir del viento contra los riscos del Cervino se hacía claramente audible y expresaba el feroz huracán que estaba soplando contra sus imponentes aristas. La confianza de Burgener empezó a Raquear y volvió a sugerir que nos retiráramos a los lujos romanos del hotel Monte Rosa. Yo mismo sentí algo más que una trémula duda, pero el dado estaba lanzado, así que me fie de la suerte, mantuve un semblante risueño y declaré que, viniera lo que viniera, deberíamos esperar que el tiempo nos sorprendiera agradablemente. Burgener estaba impresionado. Las distantes aristas que se borraban constantemente, la masa nubosa que se iba condensando alrededor del Cervino y algo más que sospechas de humedad en las fieras rachas de viento que cada poco tiempo nos sacudían eran

señales tan claras e inconfundibles que él pensaba que hasta un cliente debería reconocerlas. Mi insistencia, por tanto, daba a entender que tenía conocimientos ocultos. Yo era, quizá, un Mahatma (o su equivalente del valle de Saas), y se acomodó en un rincón protegido y, calentado por las caricias de la Señora Nicotina, me contó extrañas historias de fantasmas y duendes que siguen habitando el gran círculo de paredes que se elevan sobre el Valle de Anzasca. A medida que pasaba el día, el peso de mantener un rostro alegre se hizo demasiado para mí, por lo que me retiré a un rincón tranquilo y, envuelto en numerosas mantas, traté de apaciguar mi ansiedad con el sueño. Mas, avanzada la tarde, Burgener me despertó con un fuerte empujón y me obligó a fijarme en el tiempo. Mi primera impresión era que me estaba tratando de impostor y que se estaba mofando de mis profecías. Sin embargo, su aire triunfante y la impresión de que las nubes se estaban aclarando, negaban esos penosos pensamientos, y me pareció que el golpe tenía la intención de transmitir una devota apreciación de mi aplastante sabiduría. Me quité las húmedas mantas de encima, un destello de sol se abrió paso entre las nieblas y dimos la bienvenida al astro del nuevo día con unos gritos ensordecedores y dando saltos con todo el vigor que nos permitían nuestras botas con clavos. No hay duda de que nuestra conducta les hubiera sugerido a críticos competentes que éramos fervientes seguidores de Zoroastro (o locos escapados del manicomio). Cuando esas ebulliciones de alegría se agotaron y nos dejaron exhaustos, hicimos las mochilas y, apropiándonos de las mantas pertenecientes al refugio, salimos a la cita que teníamos acordada con Gintinetta.

En el extremo noroeste del gran contrafuerte sobre el que descansa el glaciar del Cervino hay un *plateau* rocoso del que se retiró hace tiempo el hielo. Esperábamos descubrir un hueco resguardado entre los cascotes que lo salpican y seguimos nuestro camino lentamente en esa dirección. Al llegar, descubrimos que la ausencia de huecos adecuados era absoluta y nos dispusimos a tener que contentarnos con la protección que ofrece el costado de una roca grande. Los grandes muros de hielo del glaciar fruncían su entrecejo sobre nosotros, ocultándonos casi por completo la vista de la montaña. A la derecha, y fuera del alcance de cualquier fragmento que pudiera caer de ellos, había una larga cresta de roca que conducía al pie de la arista de nieve. Tras encender un fuego y poner la olla a hervir, nos sentamos en el borde del cortado desde el que se divisa el glaciar Zmutt, y enseguida descubrimos a Gintinetta y a otro hombre avanzando rápidamente entre las grietas. Mientras tanto, el sol se había puesto y, con la oscuridad que iba cayendo, las últimas nubes que quedaban se dispersaron como por arte de magia. A eso de las ocho llegaron nuestros hombres y nos enteramos de que el nuevo fichaje era Johann Petrus. Ambos estábamos encantados, pues no ha habido un escalador más audaz ni decidido alegrando el corazón de un cliente ambicioso.

Las provisiones alimenticias de Gintinetta habían tomado una forma muy líquida. Nuestra cena consistió principalmente en los restos de nuestras provisiones anteriores y en una heterogénea mezcla de vino tinto y moscatel, cerveza embotellada y coñac. Durante la fiesta que siguió, Burgener y Gintinetta rivalizaron en ensalzar la sabiduría meteorológica de su cliente. Petrus fue requerido para que hiciera de testigo de la mala pinta que tenía el tiempo por la mañana y, no contento con su testimonio, el ausente Imseng se añadió a mi triunfo, pues ¿no había ciado el

tiempo por perdido? «Aún así, el cliente nunca había titubeado en sus convicciones —poco sabían ellos de mis presentimientos durante la tarde— y había demostrado estar en lo cierto a pesar de las adversas circunstancias». Posteriores experiencias no han hecho mella en Burgener, y me sigue considerando como alguien con un mérito transcendente en este aspecto del saber montaño. Cuando, como suele ocurrir, los hechos no coinciden con mis previsiones, él, como el famoso científico francés, se ve inclinado a exclamar: *Tan pis pour les faits* («Peor para los hechos»).

La noche fue gélida. Las nubes habían impedido que llegara el sol al *plateau* y, cuando llegamos a ellas, las lagunitas y las manchas de nieve ya estaban congeladas por el relente de la noche anterior. Unas rocas tan frías debajo y un pertinaz viento del norte por arriba nos helaban hasta el tuétano y tiritábamos doloridos de frío bajo nuestras ligeras mantas. Tocios nos alegramos cuando llegó hora de ponerse en marcha, y con los primeros indicios del amanecer (a las cuatro y cuarto de la mañana) empezamos a trepar por las rocas de la cresta que conducía a la arista de nieve. A las cinco y veinte de la mañana llegamos a su pie y, sobre una repisa protegida, encontramos la basura del campamento de Penhall. Allí nos detuvimos para desayunar y dejamos las mantas que, pensando que tal vez tuviéramos que pasar otra noche en montaña, habíamos cargado hasta ese momento. Después de media hora, nos encordamos y empezamos a ascender por la arista de nieve. Al alcanzar el diente rocoso que, visto de Zermatt, tanto destaca sobre el cielo, trepamos sobre pilas descompuestas de rocas cubiertas de escarcha. Más allá del tercer colmillo, una profunda hendidura nos detuvo. Burgener y Petrus no tardaron en destrepar por las rocas de la pared de la derecha y consiguieron meterse en ella. Sin embargo, seguir progresando de manera directa resultaba imposible porque la arista que tenían por encima era vertical, y el gran costillar que le servía de soporte se desplomaba, lo que frustraba cualquier posibilidad de hacer travesía. Esto, por sí mismo, no hubiera arredrado a ninguno de mis hombres, ya que un estrecho corredor entre ese costillar y las estribaciones del colmillo en el que estábamos sentados Gentinetta y yo ofrecía una clara alternativa para descender por debajo del obstáculo, pero más adelante y a la izquierda se elevaba una pendiente con el desagradable aspecto que presagia una base de roca suelta, verglaseada y cubierta con nieve en polvo. Más arriba ganaba pendiente hasta parecer casi vertical. Sabíamos que deberíamos subir por esa pendiente o abandonar la ascensión y, asustados por su aspecto, los guías regresaron a las rocas donde yo seguía apostado.

La estuvimos estudiando durante otros tres cuartos de hora sin ser capaces de ver una alternativa satisfactoria para atravesarla y ya estábamos expresando abiertamente nuestras dudas cuando un grito distante, un *yodel*, atrajo nuestra atención. Mucho más abajo divisamos tres puntos e inmediatamente adivinamos que se trataba de Penhall y sus guías. Desperdiciamos la media hora que siguió observando su avance y estudiando nuestra ladera. Al final, ellos se perdieron de vista tras un contrafuerte y, al desaparecer nuestra excusa para seguir retrasándonos, se decidió que debíamos cruzar la hendidura que teníamos delante y examinar la pendiente desde más cerca. Descendimos a la brecha. Luego, Burgener y Petrus destreparon por el corredor y no tardaron en encontrar una manera de pasar a la pared. Al llegar a ese punto, algunos minutos más tarde, me encontré con que Burgener y Petrus ya estaban subiendo y, más tarde, estábamos de nuevo en la arista. Seguimos por ella durante una corta distancia y alcanzamos el punto en el que

era necesario entrar en la diabólica ladera, con lo que volvió a surgir la discusión. Burgener era claramente contrario a intentarla, pero como no quedaba otra alternativa, Petrus se aventuró a explorarla.

No me cabe la menor duda de que los recelos de Burgener respecto a esta ladera se debían exclusivamente al hecho de que nunca antes habíamos estado juntos en este tipo de faenas. Era evidente que podía subirse, pero era igualmente obvio que si uno resbalaba se llevaría consigo a todos los que estuvieran encordados con él. Las experiencias que he tenido luego me permiten comprender su actitud. Saber que no puedes hacer nada para detener un resbalón, unido al temor de que pueda ocurrir, da lugar, como resulta fácil imaginar, a una situación muy desagradable. El miedo de ser uno mismo quien resbale es casi una delicia comparado con la sensación de caer en una trampa producida por la cuerda con una «cantidad desconocida» en su extremo.

Nuestras paradas en este punto y en el tercer colmillo habían superado las dos horas y no podíamos perder más tiempo. Petrus parecía manejarse bien, así que Burgener se preparó para hacer la travesía. Aunque en el valle no es ni mucho menos un hombre grande, sobre una pendiente helada da la impresión de dilatarse y parece un auténtico gigante cuando maneja su irresistible piolet. Por algún motivo, probablemente para tener una excusa decente para desencordarse de Gentinetta y librarle del riesgo de la «cantidad desconocida», Burgener nos elijo que le diéramos cuerda hasta que estuviera *ganz fest*, bien asentado. (En más de una ocasión he visto a Burgener tratando de evitar a otros los riesgos que él mismo estaba corriendo, con triquiñuelas más o menos evidentes. Para aquellos que le conozcan no hará falta añadir que nunca permite que otros corran riesgos de los que él esté libre). Le dimos unos treinta metros de cuerda y, como no hubo señales inmediatas de que estuviera *ganz fest*, y como en caso de resbalón era razonablemente seguro que no habría diferencia entre si lo estaba o no, yo seguí sus pasos con cuidado. Gentinetta iba el último, libre del embarazo de la cuerda. Cuando atravesamos unos cuarenta y cinco metros, pudimos avivar nuestro paso por la pendiente y enseguida alcanzamos roca firme que, a pesar de ser muy vertical, ofrecía buenos y abundantes agarres. Burgener subía a un paso endiablado. De pronto, un saliente de roca se le enganchó en la chaqueta y un grito apagado nos dijo que su pipa, esa fiel compañera de muchas escaladas laboriosas y regalo de su más querido cliente, se le había salido del bolsillo para precipitarse sobre el glaciar del Cervino.

Poco después volvimos a ganar la arista y, sin detenernos, la seguimos hasta el punto en el que no sólo se pone vertical, sino que pasa a ser extraplomada. (Que esto no es ninguna exageración puede verse claramente desde el Mettelhorn o desde las laderas que hay por encima y al oeste de Breuil. Desde esos dos puntos opuestos se ve bien esta parte de la arista). Teníamos que atravesar a nuestra derecha, a la gran cara oeste de la montaña. Burgener escudriñó ansioso la enorme pared y luego me tomó la mano y exclamó: «La pipa ha sido vengada, estamos en la cumbre», lo que yo interpreté como que pasaríamos allí algún tiempo.

Los guías empezaron a hacer un hito con piedras mientras yo empleaba el descanso en buscar con diligencia un diminuto pollo que Burgener afirmaba estaba escondido en la mochila. Luego preparamos una de nuestras numerosas botellas para meter nuestros nombres en ellas y la escondimos adecuadamente dentro del hito. Hechos estos deberes, y después de que Gentinetta le

prestara su pipa a Burgener, quien, dicho sea de paso, no se la devolvió hasta que regresamos a Zermatt, comenzamos el ascenso de la cara oeste. Hicimos una corta travesía y luego seguimos escalando sobre placas de roca recubiertas de verglás y piedras sueltas. Sin embargo, no era difícil y nuestro progreso fue rápido. Es probable que aún hubiéramos ido mejor más a la derecha, pero Burgener era contrario, con razón, a ese trazado, pues pensaba que nos pondría directamente encima de la otra cordada. Incluso yendo por donde íbamos, insistía en que tuviéramos todo el cuidado posible para no tirar piedras. Luego supe por Penhall que su grupo iba demasiado a la derecha para verse afectado por lo que pudiéramos tirar y nunca llegaron a ver ni oír el par de piedras que se desprendieron.

Después de escalar sobre un terreno firme llegamos a un lugar desde el que parecía posible regresar a la arista Zmutt, pero Burgener no estaba seguro del todo y, al oír que Carrel había atravesado por una franja más arriba, prefirió seguir por aquel trazado. Enseguida ganamos esa franja —el famoso «corredor» de los primeros ascensos desde Breuil— y no nos resultó difícil seguirla hasta el tajo que corta el acceso a la arista. Petrus pasó enseguida al otro lado para ver si el último podría bajar sin ayuda. Al ver que sería imposible, sacamos nuestra segunda cuerda. Nos llevó mucho tiempo el fijarla, pues el único saliente de roca era demasiado redondo para que resultara sencillo fijar la cuerda en él. Mientras tanto, tuve tiempo de echar un vistazo a la franja que serpentea, como una senda alrededor de todas las irregularidades de la montaña, hasta la arista sur. Estaba bastante limpia de hielo y nieve y, en las condiciones en las que se encontraba, podría haberse atravesado con facilidad. También encontré un gancho muy oxidado metido hasta el fondo en la roca, una reliquia, supongo, de la ascensión de F. C. Grove en 1867. Cuando bajamos hasta allí con la cuerda, vimos que el resto de la franja era muy diferente. En lugar de ofrecer un soporte firme para los pies sobre la roca, estaba llena de nieve sin consistencia y los pocos salientes que asomaban estaban helados y, en su mayoría, descompuestos. No tenía, sin embargo, mucha longitud y pronto pudimos alcanzar la nieve de la arista cuando faltaban diez minutos para la una del mediodía. Petrus, cuyos movimientos habían sido bastante erráticos durante todo el día, había desaparecido. Seguimos sus huellas, de tanto en tanto por la arista, pero con más frecuencia en la pronunciada pendiente de la izquierda, y en tres cuartos de hora le encontramos en la cumbre cuando eran las dos menos cuarto de la tarde.

El viento estaba completamente en calma y el cielo sin nubes. El tiempo pasaba deprisa y cuando Burgener subió con la cuerda hasta donde yo estaba, a las dos y media de la tarde, me costaba creer que lleváramos tres cuartos de hora en la cumbre.

Luego descendimos por las cadenas que hay en la arista noreste hasta el codo, donde esperamos unos minutos para observar a la cordada de Penhall, la cual acababa de hacerse visible sobre la arista Zmutt. Con un grito de despedida a nuestros amigos, nos dispusimos a bajar hacia la cabaña. Era necesario mucho cuidado, para evitar los cristales rotos y las latas de sardinas que se habían acumulado en graneles cantidades. Tras una breve parada, bajamos deprisa hacia el glaciar Furggen y a las cinco y media nos estábamos quitando los guetres en la morrena bajo el Hörnli. Hora y media más tarde pisábamos la calle mayor de Zermatt y pronto estábamos disfrutando del premio de los fieles.

NOTA.— Por lo que sé hasta ahora, la ascensión sólo se había repetido una vez hasta 1894. Sin embargo, el 27 de agosto de ese año, S. A. R. el duque de los Abruzos, con el doctor Norman Collie y yo mismo, vivaqueamos bastante más abajo que la primera vez. Bajo el liderazgo del joven Pollinger, que era el único miembro profesional del grupo, fuimos por la derecha de mi vía original y, al alcanzar el glaciar Tienfenmatten, lo bordeamos donde linda con las paredes del Cervino. Luego, ascendiendo derechos, subimos hasta la arista de nieve justo donde se funde con el colmillo de roca.

Nos encontramos la montaña casi sin nieve ni hielo, y pudimos escalar sin serias dificultades por la cara que hay a la izquierda de la arista —en el corredor que cae al glaciar del Cervino— que, cuando estuve allí la otra vez, fue tan peligrosa. Una fortuna parecida nos acompañó cuando salimos a la cara oeste y la encontramos comparativamente sencilla en zonas que en 1879 nos habían resultado formidablemente difíciles. A las nueve y diez de la mañana ya habíamos ganado la parte superior de la arista Zmutt. Ésta resultó bastante fácil debido a la falta de nieve, y poco antes de las diez alcanzábamos la cumbre. El miedo a que llegara mal tiempo, no obstante, nos había animado a no dejar de movernos al mayor ritmo del que éramos capaces y no es probable que esa ascensión se haga con frecuencia así de deprisa.

Cuatro días más tarde, se unieron tres cordadas en esta cara de la montaña. Miss Bristow, junto al joven Pollinger y a Zurbriggen subieron por la arista Hörnli y descendieron por la arista Zmutt, siendo la primera vez que se bajaba por ese lado de la montaña. El doctor Güssfeldt con Emile Rey y J. P. Farrar con D. Maquignaz subieron por la arista Zmutt. La cordada de Güssfeldt bajó por la arista Hörnli y la de Farrar por la Zmutt.

EL CERVINO.

LA ARISTA FURGGEN

Un año más tarde, en el Hotel de Couttet, estaba soñando plácidamente con mi *bien animeé*, la Aiguille des Charmoz —a la que habíamos cortejado con éxito el día anterior—, cuando Burgener irrumpió en mis sueños y me sacó, despiadadamente, de la mullida comodidad de mi cama.

Las protestas fueron en vano. La enorme arista Furggen del Cervino llevaba tiempo tentándole y ¿qué importancia tiene dormir, descansar o la bendita holganza cuando se comparan con la salvaje alegría de escalar por contrafuertes pardos y verduzcos, o clavar los pies en los largos *couloirs* de hielo negro? Se despertó en él el innato instinto de lucha. Deseaba lanzarse de nuevo a las paredes y crestas, ponerse a prueba frente a la muda y pasiva resistencia de aquéllas para forzarlas una vez más a sucumbir ante su ataque temerario. El tiempo, sin embargo, apremiaba y, si íbamos a intentarlo, sin que ello perjudicara otros proyectos largamente anhelados, era necesario llegar a Stalden esa misma noche.

Llegamos rápidamente a Argentière y luego el cochero, pensando que nos tenía a su merced, nos dijo fríamente que era altamente improbable que cogiéramos el tren de mediodía a Martigny. Ni sus caballos ni los de ningún otro podrían lograrlo. Sin embargo, no nos íbamos a dar por vencidos. Agarramos nuestros piolets y mochilas, dejamos la *voiture* desconsolada en el camino y emprendimos el camino vigorosamente, en dirección al Collado de Balme. El cochero, quien vio menguar sus ingresos en diez francos, protestó con todo el vigor de un verdadero *chamoniard*.

Nos animamos durante el ascenso con la esperanza de que en la pensión de Forclaz hubiera alguna *voiture* disponible, pero cuando llegamos allí vimos que la suerte nos había abandonado y que deberíamos enfrentarnos al polvoriento camino que baja a Martigny. Medio ahogados por el polvo y más que medio cocidos por un implacable sol, llegamos a la estación de tren con apenas veinte minutos de sobra. Burgener reconoció de inmediato las necesidades de la situación y, pidiendo prestado un franco, fue a toda velocidad al pueblo y, antes de que pudiéramos darnos cuenta de la naturaleza de su petición, regresó con una gran jarra llena de cerveza espumosa. El alegre zumo de cebada aplacó rápidamente nuestras penas y, cuando llegó el tren, la felicidad ya reinaba de nuevo en el grupo.

Llegamos a Stalden a las cuatro de la tarde y nos detuvimos para pasar la noche. Eso permitió que Burgener y Venetz pudieran dedicarse a cumplir con las obligaciones religiosas que la grandeza de la arista Furggen parecían recomendar. Aquellos preparativos tan elaborados y cuidadosos me resultaron un tanto misteriosos y los hechos que siguieron mostraron de manera bien clara los efectos nocivos que ejercen en el ánimo este tipo de indulgencia en festividades religiosas. Sin embargo, tanto Burgener como Venetz parecían estar de un humor estupendo cuando regresaron y matamos el tiempo de esa noche de verano con historias de caza de venados y los grandes logros alcanzados en las nieves del invierno.

Al día siguiente fuimos paseando hasta San Nicolás y, desde allí, plácidamente en coche hasta

Zermatt, partiendo aproximadamente a las diez y media de esa misma noche hacia nuestra arista. Cerca de los últimos chalets, los guías, tentados por el agradable aspecto de una pequeña cavidad, se acurrucaron y enseguida estuvieron durmiendo. Yo no tardé en darme cuenta de que la hierba estaba húmeda, por no decir mojada, y de que el viento era gélido. La contemplación de estas incomodidades fue agotando poco a poco mi paciencia y, como no daban señales de que fueran a despertarse, les meneé suavemente con un piolet. Levantamos las mochilas y seguimos lentamente nuestro camino. Desde ese punto, nuestro paso fue ralentizándose continuamente hasta que, por fin, Burgener confesó encontrarse muy mal. En definitiva, yo cogí su mochila y continuamos hasta llegar a una gran piedra, cerca del Schwarzsee. Resultaba bastante obvio, a esas alturas, que debíamos abandonar el ascenso y, tras una parada de una hora, regresamos con paso lento a Zermatt, donde llegamos demasiado temprano para desayunar y demasiado tarde para meternos en la cama.

Tras un baño en el arroyo de Trift, regresé a una triste y solitaria comida en el hotel Monte Rosa y, desde un rincón apartado, escuché mis posibilidades de éxito discutidas por todos lados. Los más ambiciosos hasta dejaban a un lado su desayuno para ir a observar la arista Furggen a través del gran telescopio.

Un alpinista bien conocido ha expresado sus dudas acerca de si la virtud cristiana del buen humor forma parte del deber de un hombre antes de las nueve y media de la mañana. Yo espero sinceramente que no sea así, o Venetz y yo tendremos por delante un mal cuarto de hora. Burgener, con gran sabiduría, se fue a la cama y por tanto se vio libre de las discusiones con las que Venetz y yo esperábamos pasar las horas muertas. A medida que fue pasando el día, las cosas empezaron a tomar un cariz más esperanzados Burgener se encontraba mejor y, al caer la tarde, hasta se mostraba favorable a hacer un nuevo intento. Otras dos cordadas salían hacia la Hörnli a las once de la noche, así que para evitar el trajín y las incomodidades de un grupo demasiado numeroso, decidimos no empezar antes de la medianoche.

Por culpa de los retrasos habituales, al final no salimos hasta la una menos cuarto de la madrugada y, una vez más, encaminamos nuestros pasos hacia el lugar donde habíamos parado la noche anterior. Mientras los guías tomaban una especie de desayuno, yo observé los curiosos movimientos de una luz mucho más abajo, en el glaciar Gorner. La luz provenía obviamente de una linterna, pero sus movimientos eran extraños y erráticos. A veces su progreso sobre el glaciar era bueno y entonces se detenía, se tambaleaba arriba y abajo, esquivaba unas piedras, reaparecía de nuevo y por último volvía a bajar hasta el punto original de partida. Ese comportamiento se repetía de nuevo y no parecía que sus extravagancias tuvieran una meta u objetivo posible. Sin embargo, mi mente estaba ocupada sobre todo con la arista Furggen y, tan pronto como volvimos a ponernos en marcha, ya no pensé más en ese extraño comportamiento. A juzgar por la rapidez de sus movimientos, los guías estaban claramente decididos a recuperar el tiempo perdido por el paso lento que llevamos la noche anterior, y no fue poco el alivio con el que saludé nuestra llegada al tramo llano de terreno pantanoso, bajo el Lago Negro.

Unos minutos más tarde estábamos rodeados por el irreal y sobrenatural parpadeo de incontables fuegos fatuos. En cada paso notaban a derecha e izquierda y, nada más haberlos

sobrepasado, subían sigilosamente tras nosotros, esquivando nuestras huellas con una venganza cruel de la que no parecía haber esperanza de escapar o huir.

Los guías estaban horrorizados. Burgener me agarró el brazo y susurró con voz ronca: «Señor, ¡las almas de los muertos!».

Estábamos señalados para la venganza de los dioses inmortales. Los demonios que rondaban los riscos del Cervino se estaban ya relamiendo sobre sus presas. Tal era el significado de los agonizantes gemidos de los guías. Yo estoy dispuesto a confesar que esas llamas sinuosas y azuladas, el silencio absoluto y el contagio del miedo supersticioso de mis compañeros me conmovieron con un horror instintivo. Sin embargo, yo percibía que si no íbamos a regresar a Zermatt, confusos y vencidos por segunda vez, los encantos de una sesión de espiritismo deberían abandonarse en favor de una explicación práctica. Mis esfuerzos en esta dirección llevaron a Burgener y a Venetz a la errónea creencia de que cada metro cuadrado de Inglaterra, Escocia y Gales está iluminado, de noche, por unas manifestaciones de luz similares, pero mucho más brillantes y espantosas. A pesar de la desafortunada manera la que me expresaba en alemán, justo cuando estaba ofreciendo un explicación convincente, los guías se vieron inclinados a pensar que esos *Geister*, esos espíritus, eran tal vez impostores, pero ¡ay!, eso no fue todo.

«*Ach lieber Herr*, mi querido señor, ¿no vio la luz errante en el glaciar Gorner? Allí no hay terreno pantanoso. Eso era un *Geist*».

Yo protesté en vano, diciendo que era una linterna. «¡Una linterna! ¿Para qué querría alguien una allí? Estaba en el camino a ninguna parte; además, no se movía hacia adelante como una linterna, sino que deambulaba sin parar de acá para allá, centelleando y dando quiebros, exactamente lo que cabría esperar de un espíritu separado de su cuerpo, sin ningún asunto particular entre manos».

La situación era bastante seria, se mirase como se mirase. Es un hecho bien estudiado (atestiguado por todas las autoridades eclesiásticas de los valles de Saas, Zermatt y Anzasca) que cualquiera que vea un *Geist* va a morir con certeza en un plazo de 24 horas. Le indiqué a Burgener que de ser así no tendría ninguna ventaja el darse la vuelta, pues, o eran fantasmas, en cuyo caso moriríamos, o no eran fantasmas, en cuyo caso lo mejor que podíamos hacer era seguir. Los guías admitieron el dilema, pero sugirieron que, incluso así, escalar un pico con el propósito de ser eliminados por un *Geist* maligno no era ningún plato de gusto. Yo les transmití de inmediato mi acuerdo con su propuesta, pero le señalé los inconvenientes e incomodidades, tanto mentales como corporales, de ser arrancados del Hotel Monte Rosa, tal vez de la misma mesa del hotel, por el fétido diablo y sus esbirros. Le pedí que consideraran el escarnio y el desprecio con el que el clero de Zermatt, siempre celoso de sus hermanos del valle de Saas, serían testigos de su vuelo cuando, atrapados por sus inmensas garras, las negras alas se los llevaran al infierno. Burgener, que, al igual que Lutero y los primeros padres cristianos, había conocido personalmente a Su Majestad Satán, estuvo de acuerdo en que eso sería demasiado penoso y, tomando todo ello en consideración, accedió a proseguir la marcha. Al ser yo el más escéptico de la cordada, se me asignó el puesto de primero.

De pronto, en la distancia, aparecieron dos luces. «¡Las otras cordadas!», exclamé, pensando

que los temores de los guías se verían aliviados por la compañía. Pero Burgener y Venetz tenían a los *Geister* en el cerebro e insistían en que aquéllos eran sin duda especímenes de ese género. Les apremié a que forzaran el paso para descubrirlo. «¿Qué?», gritaron ellos, «¿tan poco sabes de los *Geister* como para intentar una cosa así?». Burgener, tras mucha persuasión, consintió en emitir un grito tirolés, procedimiento acompañado de grave peligro, pues a los *Geister* no les gusta que les llamen con gritos tirolese, y sólo debemos comunicarnos con ellos de manera trémula y dubitativa. Para felicidad nuestra, sin embargo, nos contestó un grito acogedor que los guías reconocieron como perteneciente a Peter Taugwalder.

Al verse los escépticos de la cordada muy fortalecidos por ese apoyo tan oportuno, seguimos subiendo más contentos. Cuando, he aquí que una gran figura luminosa con los brazos abiertos saltó a nuestro camino y, con la misma rapidez, se fundió en la oscuridad de la noche. Yo admitiré tranquilamente que el escéptico empedernido se vio sorprendido ante esta aparición y se quedó inmóvil, lleno de horror y miedo supersticioso. Sin embargo, los guías estaban agitados por otros sentimientos: sabían que a tan sólo unos metros estaban las sagradas paredes de la capilla del Lago Negro y, adelantándose a la carrera, se precipitaron, cegados por el pánico, hacia ese diminuto oasis de seguridad.

La aparición se plantó delante de nosotros una segunda vez, pero ahora pudimos ver que nuestro misterioso enemigo no era otra cosa que el quicio del propio edificio sagrado. Una vela dejada en la capilla por Taugwalder emitía una incierta luz sobre el porche de madera, al tiempo que la puerta abierta oscilaba de un lado a otro con la brisa. Los guías entraron con propósitos devotos, mientras yo seguí lentamente mi camino. Al alcanzar el glaciar Furggen, me senté sobre una piedra y esperé. Pasó media hora y empecé a preguntarme si una tropa nueva de fantasmas los había devuelto irremisiblemente a Zermatt. Por suerte, justo cuando las primeras luces grises del amanecer empezaron a asomar por el este, mis gritos fueron contestados y, reunidos una vez más, ascendimos a ritmo vivo por el glaciar. Cuando salió el sol, sus primeros rayos cayeron sobre largos jirones de nieve arrancados de la cresta del Cervino, lo cual, a pesar de su hechicera belleza, era señal de que el viento era más fuerte de lo que deseábamos.

Ya habíamos alcanzado la base del pendiente glaciar que cuelga de la cara este del Cervino y, como nuestras fantasmales aventuras nos habían retrasado excesivamente, decidimos tomar un atajo y ascender transversalmente sobre un hielo agrietado, hacia un corredor rocoso que daba acceso al descompuesto cantil situado justo bajo la arista Furggen. La decisión de tomar esta línea de ascenso ilustra muy claramente los errores que incluso los mejores en hielo cometen de tanto en tanto. No tengo eluda de que no hay entre los vivos persona alguna que pueda conducir a su cordada por una cascada de hielo como lo hace Burgener, o que le supere en el instintivo arte de tomar la mejor ruta. Pero, en esta ocasión, estaba irremisiblemente desencaminado. Puede encontrarse una ruta fácil al pie de nuestro *couloir*, bien sea manteniéndose cerca de la arista noreste hasta alcanzar el nivel superior del glaciar y luego atravesando por nieve ligeramente inclinada, o bien, si el escalador recorre el tramo llano del glaciar hasta el pie de la arista Furggen, encontrar un camino igual de fácil hasta las nieves superiores, cerca de su base.

Sin embargo, nosotros no tomamos ninguna de esas rutas y enseguida nos vimos inmersos en

pleno trabajo, sobre un hielo de sensacional calidad. Llegó un momento en el que pareció que nos íbamos a ver obligados a retirarnos. El labio superior de una enorme grieta se elevaba doce metros o más por encima de nosotros, y sólo gracias a que Burgener y Venetz pusieron en práctica sus mejores artes, lograron abrirse paso por una pequeña grieta transversal que, afortunadamente, la cruzaba. Por encima de esta obstrucción nos detuvimos unos minutos para estudiar nuestra línea de ataque.

Desde el collado de Breuil hasta los grandes neveros de la cara este, una pared vertical impide cualquier aproximación desde la parte alta de la montaña, y el corredor de roca al que me referí antes parecía ser el único punto por el que podríamos superar esas defensas. Las principales objeciones eran la frecuencia de las avalanchas de piedras y la imposibilidad de ganar su base de manera apropiada, salvo ascendiendo por el profundo surco abierto por esas mismas piedras en la ladera de hielo que había debajo. Sin embargo, todos estuvimos de acuerdo en que en pleno siglo XIX era poco probable que unas piedras bien educadas anduvieran sueltas por ahí a las cinco de la mañana, así que rodeamos un par de rimayas, trepamos hasta el surco abierto por las avalanchas y subimos a un paso vivísimo, ya que nuestros movimientos estaban azuzados por esporádicos crujidos por encima de nuestras cabezas. El corredor de roca apareció cubierto de hielo y no exento de dificultad. Es más, sólo podíamos ascender exactamente por la línea de fuego. Fue, por tanto, con gran deleite que reparamos en una grieta en la pared de nuestra izquierda y logramos encontrar un paso hacia las pendientes fáciles de esa cara.

Allí nos paramos para recuperar el resuello, pues nuestro desesperado ejercicio había sido mayor de lo que incluso el más activo entre nosotros hubiera deseado. Un arroyuelo, que el sol acababa de despertar de su gélido sueño, nos sugirió desayunar y nos desembarazamos de las mochilas y nos acomodamos para un descanso de media hora. Mucho más abajo, una cordada en dirección al collado de Furggen nos vio sentados en nuestro espléndido mirador y la montaña nos transmitió el eco de sus gritos tiroleses.

Nos desviamos a la izquierda y pronto alcanzamos la arista, ascendiendo por ella, sin ningún tipo de dificultad, hasta que a las nueve de la mañana llegamos a la gran torre que desde Zermatt se ve a la izquierda, recortada sobre el horizonte, justo debajo del pico cimero. Desde la brecha que hay entre esta torre y la masa de la montaña vimos un *couloir* hacia abajo, con una verticalidad espantosa. Muy por debajo de nosotros, entre los riscos y crestas inferiores, las nieblas se retorcían y bullían, dando la impresión con su incesante actividad de ser el *Geist* adormecido buscando anhelosamente sus víctimas. Tan extraña y misteriosa parecía esa profunda sima, que yo casi esperaba ver cómo el retorcido vapor tomaba forma y sustancia y arrastraba a su destino a los intrépidos mortales que habían sorprendido a los muertos en plena celebración nocturna.

Mucho más arriba, las grandes aristas, armadas con fantásticas lanzas de hielo, pasaban de contrastar nítidamente sobre un cielo azul intenso a perderse en una nube borrosa de nieve en el aire, y el rugido de cada una de las furiosas rachas se veía seguido por el ominoso martilleo de estalactitas rotas y el impacto de grandes piedras caídas desde las rocas de la cumbre.

El pico final tenía un aspecto formidable y, con un tiempo así, no se podría haber atacado sin

tomar unas razonables medidas de seguridad. Por ello tomamos la resolución de atravesar hasta la vía Hörnli normal. Tras trepar hasta una segunda torre, justo por encima de la que acabo de mencionar (también visible desde Zermatt), nos detuvimos unos minutos y nos preparamos para una travesía rápida. Hasta entonces no habíamos estado en la línea de fuego, pero ahora nos veíamos obligados a salir de la protección y aguantar el granizo de hielo roto y piedras que el ventarrón estaba arrancando de los riscos superiores. Evitar esos obuses resultaba extremadamente difícil, por la manera en la que el furioso viento los desviaba de su trayectoria y, aquellos que parecían que iban a caer bastante por delante de nosotros, el huracán los llevaba justo hasta donde estábamos. Después de librarnos milagrosamente más de una vez, llegamos a un lugar protegido por un risco que sobresalía. Burgener subió derecho por la pendiente en dirección al mismo y, con rapidez, nos guio hasta una repisa segura que había a su pie.

Justo delante de ella, las largas y crueles llambrias barridas incesantemente por zumbantes fragmentos de todo tipo y tamaño, le dieron a entender a Burgener —que tiene un reparo de lo más adecuado y prudente contra todo tipo de desperdicio— que estaría bien que nos bebiéramos nuestro champán y consumiéramos el resto de nuestras provisiones antes de que les llegase otro fin menos apropiado. Las mochilas descendieron convenientemente de nuestras espaldas y, de la manera circunspecta y seria que requería la solemnidad de la ocasión, nos dispusimos a dar cuenta de esas cosas tan buenas con las que el previsor Seiler había llenado nuestras talegas. Bajo esas diversas y benignas influencias, nuestros ánimos se elevaron rápidamente y al rostro de Burgener regresó su acostumbrado aspecto de confianza; una vez más, sacudió su barba con desafío ante las piedras que caían e invocó al diablo para que fuera testigo de que ya habíamos estado antes en lugares así de malos. Cuando recuerdo ese almuerzo lejano, me quedan pocas dudas de que Burgener se daba perfecta cuenta de que una cordada jovial y con seguridad en ella misma puede esquivar las piedras que caen y puede bailar sobre placas empinadas de una manera y a un ritmo que a los hombres temerosos y abatidos les resulta imposible. Su propósito se logró de lleno; para cuando nos hubimos atado los sombreros con varios pañuelos, comprobado que teníamos las botas bien atadas y recobrado la compostura, nos sentimos bastante satisfechos de que las piedras y el hielo mostraran su proverbial habilidad para no golpear al fiel escalador.

No tardamos en saltar por las llambrias como un rebaño de rebecos asustados. En uno o dos lugares, en los que todo el grupo estuvo simultáneamente sobre un terreno inseguro en extremo, nos vimos forzados a moderar un poco el paso, pero incluso entonces nuestro líder no nos permitió dudar y, nos gustara o no, su *Schnell, nur schnell*, («deprisa, deprisa»), nos hacía apresurarnos. De tanto en tanto, un trocito de hielo que nos golpeaba la cabeza o el silbido de una piedra grande que jugaba a derribar a alguno de los miembros del grupo, le daba pleno sentido a las advertencias de Burgener.

Huelga decir que avanzar durante un tiempo a ese ritmo fue suficiente para que saliéramos de la zona peligrosa y pudiéramos descansar en un lugar seguro. Un poco más allá se encontraba el bien conocido «hombro». Dispersos sobre ese resalte estaban los miembros de las dos cordadas que subían por la vía normal. Llegar hasta ellos, sin embargo, no era fácil. Entre medias teníamos roca pelada, desprovista de agarres y extremadamente vertical. Burgener intentó subir trepando

transversalmente, pero uno de los guías del «hombro» le gritó que era *ganz unmöglich*, totalmente imposible. Al oír esto nuestro líder se dio la vuelta y tratamos de atravesar unos diez metros más abajo. Eso demostró ser completamente impracticable y los guías de la arista nos recomendaron amablemente que nos diéramos la vuelta por donde habíamos subido. El consejo era, sin duda, bien intencionado, pero aumentó nuestra ira y nos volvimos hacia la línea original que había intentado Burgener. Tras considerables dificultades logramos abrirnos paso y refutar a nuestros timoratos consejeros. Ganamos el «hombro» justo en el punto en el que la arista linda con la torre cimera.

Las otras cordadas, al ver que nuestro éxito estaba asegurado, habían seguido subiendo, así que nos cobijamos bajo una gran roca y expresamos nuestro lamento por el champán que ya no estaba con nosotros y las cosas tan buenas que habíamos devorado. Luego, trepamos hasta la cumbre, volvimos al «hombro» y hubiéramos estado de vuelta en Zermatt a las cinco de la tarde de no haber hecho yo un desafortunado comentario sobre los espíritus y las almas de los muertos. Estas buenas (¿o malas?) personas habían quedado olvidadas en la emoción de la escalada, pero mi inoportuna observación despertó en Burgener la inminencia de la catástrofe que inexorablemente nos daría alcance. Por alguna razón que no era capaz de aclarar, él daba por hecho que el *Geist* nos arrojaría de la montaña o dejaría caer algo duro y pesado sobre nuestras cabezas antes de que alcanzáramos el lugar donde ahora se alza el nuevo refugio. En vano le indiqué que a los poderes sobrenaturales les resultaría igual de fácil acabar con nosotros en Zermatt o en la montaña. Burgener, si bien admitía la teórica sutilidad de mi doctrina, evidentemente no le otorgaba ninguna aprobación. Su postura en esta materia me parecía tan ilógica como su opinión sobre el montañismo en domingo. Respecto a esta gran cuestión, él sostiene que las expediciones difíciles suponen clara y evidentemente «tentar a la Providencia». Las expediciones fáciles, por otro lado, pueden llevarse a cabo porque, dice él, en tal y tal montaña se puede arriesgar pase lo que pase, y basa su opinión en argumentos de un materialismo lamentable. En el caso que nos ocupa, pensaba claramente que las ventajas naturales del terreno nos proporcionarían superioridad para derrotar al enemigo escondido. Descendimos con el más exquisito cuidado, moviéndonos de uno en uno e, incluso entonces, hacían falta ruegos constantes antes de que se le diera a alguien cuerda suficiente para moverse. Estas precauciones tan elaboradas se veían reforzadas por una gran profusión de pías jaculatorias (y a veces también lo contrario), y cada uno de nosotros le ofreció una vela de esplendor y tamaño peculiares a un santo conocido de Burgener, sujeto, por supuesto, al requisito de que el mencionado santo nos permitiera confundir al *Geist* maligno. Cuando llegamos al glaciar Furggen, Venetz expresó sus dudas respecto a si el santo se había ganado de verdad las velas. Nos mostró un pequeño collar que llevaba, el cual contenía el diente, o la uña del pulgar y otro resto en descomposición de un santo excepcionalmente sagrado y que, según nos declaró, era, como dirían los jugadores de críquet, «bastante capaz de sacudirse todos los *Geister* de Zermatt por su cuenta». Sin embargo, Burgener me aseguró que, en este tipo de negocios, siempre resulta mejor pagar. «Sobre todo», añadió, «cuando tan sólo se trata de unos cuantos francos». Así que pagamos nuestras deudas religiosamente. Regresamos a Zermatt justo a tiempo para encontrar mesa, tras un emocionante día que tuvo un interés de lo más variopinto.

Al día siguiente caminamos, luego tomamos el tren y por fin llegamos en coche a Chamonix. Nuestra mente estaba ocupada sobre todo con las diversas apariciones que tuvimos. Burgener, tras una larga charla con el cura en Stalden, había llegado a la conclusión de que las velas y el amuleto de Venetz habrían resultado totalmente inútiles contra las almas de los muertos y que, por tanto, las apariciones que habíamos visto no podían haber sido de especímenes reales y genuinos. Mi explicación de los fuegos fatuos fue aceptada y se despacharon como meros fenómenos naturales. Pero arreglar lo de la luz del glaciar Gorner no fue tan fácil. Burgener y Venetz pensaron que era probable que un gran trozo de oro hubiera sido capaz de *wachsen*, es decir, *brotar*, en el glaciar o cerca de él, y sustentaban esa teoría con argumentos muy ingeniosos. ¿No había oro en el valle de Macugnaga? Y, si había oro en un lado del Monte Rosa, ¿por qué no en el otro? Es evidente que el único modo en el que podía haber llegado oro allí sería un proceso de *wachsenado* (si tal forma verbal es correcta), y si eso sucedió en Macugnaga, ¿por qué no en Zermatt? Era obvio que durante el «proceso de crecimiento» el oro podría haber brillado con la luz que habíamos visto. Yo estaba dispuesto a aceptar todas estas proposiciones, pero no podía estar de acuerdo con que el oro en esos estadios tan infantiles fuera capaz de darse esos paseos tan absurdos y erráticos por el glaciar. Por otro lado, señalé que el lugar era apropiado como morada de un dragón, y los movimientos que habíamos visto coincidían con lo que se conoce de los hábitos de dichos reptiles. Los guías, sin embargo, eran deplorablemente escépticos respecto a este punto y, ni siquiera con los bien documentados ejemplos relatados por Scheuchzer, que me respaldaban, estaban dispuestos a admitir la existencia de animal tan interesante.

A nuestra llegada a Chamonix, un amigo se unió a nuestras tertulias y arrojó una luz nueva y sorprendente sobre el problema. Un colegio de niñas, con señoritas y toda la parafernalia del aprendizaje y la sabiduría, había estado en Zermatt. Deseosas de adquirir un conocimiento profundo del glaciar, habían subido hasta el Gorner y allí se habían dispersado sobre el hielo. Una de las niñas, con el instinto de un montañero nato, temerosa de llegar tarde a cenar, había regresado por su cuenta. Como es lógico, cuando sus compañeras se volvieron a reunir y a formar bajo la estricta vigilancia del *genius tutelaris*, su ausencia disparó la alarma y el colegio en pleno se volvió a distribuir sobre el glaciar, buscando huellas de la jovencita perdida. Mientras eso hacían, se puso el sol y tanto profesoras como educandas se vieron incapaces de escapar del embrollo. Monsieur Seiler acabó por alarmarse y envió en su busca a un guía con una linterna, y ese guía pasó el resto de la noche rescatando a las desconsoladas doncellas de los diversos agujeros y grietas en los que habían caído.

Así que las esperanzas de fortuna de Burgener, y las mías de descubrir a un dragón de verdad en el siglo XIX, se vinieron bruscamente abajo. De todos modos, como dijo Burgener, *Geister* o no *Geister*; habíamos pasado un día espléndido y guardaríamos recuerdos que nos durarían muchas noches de invierno. Y añadió: «Fue una pena que tuviéramos tanta prisa con aquellas velas».

COL DU LION

Un glorioso día a finales de junio de 1880, de hecho una o dos semanas antes de los sucesos que se acaban de relatar, Burgener y yo habíamos terminado la parte más importante de nuestro trabajo diario (cruzar el Col de Tournanche), y estábamos matando el tiempo asoleándonos sobre una roca caliente justo por encima del *plateau* horizontal del glaciar Tiefenmatten. La pipa de la paz trenzaba nubes diminutas y hebras de humo entre las desplomadas rocas, y delante de nosotros se erguía la más grandiosa pared de la que puedan vanagloriarse los Alpes: la enorme cara oeste del Cervino. El Col du Lion fue atrayendo poco a poco mi atención, y se me ocurrió que para ir de Zermatt a Breuil no podría haber un método más difícil, tortuoso e incómodo que utilizar ese mismo collado como paso. Le comuniqué esta brillante y, en mi modesta opinión, original idea a Burgener, pero no respondió inmediatamente con el entusiasmo que yo había previsto. Al contrario, me dijo que muchos caballeros y numerosos guías habían sido poseídos por el mismo deseo, pero al estudiarlo más de cerca, habían abandonado la idea irremisiblemente. Sin embargo, mientras lo discutíamos con una botella de Bouvier, fuimos dando por practicable el *couloir*, analizándolo tramito a tramito y, para cuando Burgener le había dado el último y largo sorbo a la petaca de brandy, para eliminar cualquier posible efecto nocivo que un Bouvier bien agitado pudiera causar al organismo, decidió que «*Es geht gewiss*», o sea, que seguro que salía bien, siempre que, antes de nada, pudiéramos acceder al *couloir* por su base y, en segundo lugar, que pudiéramos salir de él por arriba.

Es cierto que, a unos dos tercios del ascenso, el *couloir* tenía un tramo muy desagradable, pues las piedras caídas habían atravesado la ancha banda de nieve y habían dejado dos estrechas hondonadas de hielo negro y brillante por las que tendrían que subir los alpinistas. Además, ocurría que, si nos veíamos forzados a darnos la vuelta cerca del collado, sería muy peligroso volver sobre nuestros pasos, ya que el *couloir* se veía inoportunamente barrido por piedras tan pronto como el sol alcanzaba las grandes paredes rocosas del Cervino y la Tête du Lion y deshacía el hielo que sujetaba en su sitio las piedras sueltas. Esta última objeción fue, sin embargo, descartada enseguida y no suponía otra cosa en realidad que una razón más para no darse la vuelta. Una vez en el *couloir*, debíamos, independientemente de las dificultades que encontráramos, salir por arriba. Al final decidimos bajar a Zermatt y hacer los preparativos necesarios para un ataque al día siguiente.

Sin embargo, a nuestra llegada allí, Burgener se enteró de que uno de los dos miembros incorporados recientemente a su familia había fallecido, así que nuestra expedición tuvo que verse pospuesta temporalmente. Mientras tanto, yo recopilé numerosa información desfavorable referida al *couloir*.

Whymper, viéndolo desde el collado que hay en lo alto del mismo lo describe con estas palabras:

«A un lado una escarpada pared se desplomaba sobre el glaciar Tiefenmatten [...]. Lancé una

botella al glaciar y no me llegó sonido alguno durante más de doce segundos.

*¡... cuán espeluznante
y terrible es mirar hacia allá abajo!»*

Luego, en *Hours of Exercise*^[4], me encontré con lo siguiente: «Al otro lado [del Col du Lion] una escarpada y lisa parecí cae a plomo hacia el norte, hacia lo que conocemos como el glaciar Zmutt. Las esperanzas que yo albergaba de pasar por esa brecha de Breuil a Zermatt se esfumaron de inmediato». Por suerte, mi confianza en Burgener era suficiente para compensar esos sobresaltos, y estaba seguro de que si lográbamos poner esta expedición en marcha, la llevaríamos a buen puerto.

El lunes, 5 de julio, Burgener apareció fiel a la cita, pero estaba cansado de la caminata bajo el calor, o tal vez de los efectos de las celebraciones del funeral, las cuales parecía haber sobrellevado con gran vigor y persistencia. Decidimos, por tanto, empezar desde Zermatt a las diez de la noche, en lugar de dormir en el Stockje y empezar la expedición desde allí. Tras la comida, pensé que una siestecita nos vendría bien, así que le dije al portero del hotel que me despertara a las nueve y media y me fui a dormir. Cuando me despertó la llama trémula de una vela, tuve la sensación de que era muy tarde y un vistazo a mi reloj reveló el doloroso hecho de que ¡eran las once en punto! Me tragué la taza de té que me llevó el portero y bajé corriendo al *hall*, donde encontré a Burgener en ese estado de ánimo propio de un hombre soñoliento que ha permanecido sentado en una silla de respaldo recto durante hora y media. No tardó en expresar su opinión de que íbamos demasiado tarde y que tanto daba si decidía volver a mi amada cama. Sin embargo, una vez le hube expresado mi contricción y le expliqué que mi tardía aparición se debía a un error por parte del portero, accedió a pasar por alto mi falta de consideración.

Nos ajustamos sin demora las mochilas y estábamos listos para partir cuando ambos quisimos saber cuál de los dos llevaba la cuerda. Burgener declaraba que la tenía que tener yo, mientras yo estaba igual de seguro de que había quedado en su poder. Buscamos diligentemente por los recovecos del hotel, pero no aparecía por ningún lado; de hecho, si había que confiar en Burgener, nuestra búsqueda debería haberse dirigido a otros «bajos fondos». Al final, salimos dispuestos a pedir prestada o a comprar una cuerda a cualquier guía de Zermatt. Aunque tuvimos éxito y logramos que algunas cabezas con gorro de dormir se asomaran a las ventanas, no pudimos conseguir ninguna cuerda. Al contrario, era poco probable que un guía de Zermatt viniera en ayuda de un intruso del valle de Saas. Regresamos desconsolados al hotel y el portero, horrorizado por la violencia de nuestro lenguaje y por nuestro furioso semblante, sacó una cuerda que, según nos dijo, algún crédulo *monsieur* había dejado a su cargo durante la noche. Nuestras conciencias estaban a la altura de las circunstancias y no hubo duda ni temblor que afectara su serenidad. Cogimos la cuerda y partimos.

A esas alturas ya era casi la una de la madrugada y ascendimos caminando por el valle todo lo deprisa que pudimos. La noche era muy oscura y transitar sobre la morrena que cubría el glaciar

no estuvo exento de dificultad, pues no se veían las grietas. Cada cierto tiempo, una grieta más grande de lo normal en el hielo hacía preciso que encendiéramos un fósforo y, en las raras ocasiones en las que el viento no lo apagaba, cruzábamos triunfantes el obstáculo. Otras veces, cuando el gasto de un fósforo resultaba excesivo, ejercitábamos la cristiana virtud de la fe y saltábamos, confiando en que aterrizaríamos sobre algo. Al salir de la morrena al hielo limpio pudimos ver un poco mejor, y nuestro avance mejoró en cierta medida, hasta que alcanzamos el pequeño glaciar que viene desde la arista nevada del Cervino. En su base había una o dos grietas formidables: mi compañero se detuvo y argumentó que tendríamos ocasiones estupendas para acabar mal en adelante, así que no tenía mucho sentido aprovechar las que teníamos tan a mano.

Encontramos una piedra adecuada y, despojándonos de nuestras cargas, nos dispusimos a desayunar. Charlamos de antiguas escaladas hasta que la débil luz que llegaba del este se hubo intensificado y convertido en un ardiente resplandor que alumbraba la montaña con un raro y fantasmal fulgor. El contraste con la sombría noche en la que seguía sumido el valle, allá abajo, hacía que duplicara su brillo. Retomamos el ascenso y, de pronto, al unísono, nos apoyamos sobre los piolets y observamos mudos el «viejo pináculo» ante nosotros. El sol del amanecer acababa de tocar su cumbre y la nevada arista Zmutt parecía estar en llamas por la luz carmesí. Vimos cómo el astro rojo se abría paso poco a poco ladera abajo hasta que, por fin, llegó al amplio glaciar inferior y entonces Burgener clavó su piolet en la nieve y superamos la pendiente; el día había comenzado.

Avanzando siempre hacia nuestra derecha, alcanzamos una especie de collado que conduce desde ese pequeño glaciar a la ancha hoya del glaciar Tiefenmatten. Ésta última quedaba ya bastante por debajo de nosotros, pero, atravesando los neveros que se apilan sobre el Cervino, pudimos evitar perder mucha altura y poco a poco el glaciar fue ascendiendo hasta donde nos encontrábamos. Manteniéndonos cerca de los tremendos precipicios de nuestra izquierda, ganamos la rimaya y pudimos examinar el primero de los problemas que tendríamos que resolver. Era obvio que su labio superior era inexpugnable y que no podría ser atacado directamente. Incluso de haber sido posible, dos grandes resaltes de roca surgían de la ladera unos cien metros más arriba; sobre ellos el hielo se combaba en grandes protuberancias verdes que formaban una pared infranqueable. A la derecha de esas masas de roca, pero separado por una estrecha ladera y ligeramente por encima de ellas, había un tercer resalte, también coronado por un techo de hielo. Parecía bastante evidente que la única manera de entrar en el *couloir* era por una pendiente entre el segundo y el tercer resalte. Por fortuna, un gran serac había tenido la amabilidad de formar un puente en la rimaya, no precisamente justo debajo de ese resalte, pero tampoco exageradamente a la derecha del mismo.

Nos encordamos y, una vez que Burgener me ayudó a pasar sobre ese puente, empecé a subir tallando por la ladera, dirigiéndome bastante a la izquierda. La pendiente aumentaba cada vez más y, antes de llegar a la base del promontorio rocoso al que nos dirigíamos, Burgener pasó de primero. La travesía bajo el promontorio fue formidable. La pierna derecha, que era la que iba junto a la ladera, ya no podía pasarse entre la pierna izquierda y el hielo, de modo que era preciso hacer un incómodo cambio de pie en cada paso. Por suerte, eso no duró mucho y ganamos la

pendiente de hielo entre el segundo y tercer resalte de roca. Con un cambio de dirección bastante acusado, aunque dirigiéndonos aún un poquito hacia la izquierda, trepamos lentamente sobre la pelada y brillante ladera hasta que alcanzamos la zona por encima de las rocas y los techos de hielo donde el *couloir* se ensanchaba. A nuestra izquierda, bajo la sombra de las descamadas paredes del Cervino, grandes manchas y vetas de nieve seguían pegadas al hielo. La nieve no tenía mucho espesor, nada que pasara de los diez o doce centímetros, pero estaba ligeramente congelada en la pendiente y ganábamos altura rápidamente sobre las huellas poco profundas que abríamos en esta capa. En algunos lugares la nieve había desaparecido y tuvimos que progresar sobre las manchas de hielo que los unían, pero, a medida que avanzábamos, la nieve se fue haciendo cada vez más frecuente y eso nos animó. Sin embargo, era obvio que la ayuda de esa fina capa de nieve la teníamos a cambio de desestimar toda posibilidad de abandono. En cuanto el sol tocara esa ladera y la escarcha se fundiera, cualquier intento de transitar por ella sólo podría traer como resultado un vertiginoso resbalón, un gran salto en el lugar donde sobresalían las rocas y la caída en la rimaya. Esta consideración nos apremió a seguir adelante y a tallar escalones tan pequeños como fuera posible, y siempre que nos permitieran permanecer de pie sobre ellos. De tanto en tanto nos deteníamos un momento para mirar hacia arriba, en dirección a la arista, a la que ya daba el sol y que se erguía muchísimo más arriba, y a través de la cual se enroscaban delicadas serpentinas de niebla. ¿La llegaríamos a alcanzar? Los austeros paredones del Cervino y de la Tête du Lion nos encerraban en el *couloir* y, muy por encima, negras y desplomadas rocas asomaban por la nieve y parecían impedir el paso. Parecía casi imposible avanzar y había algo más que ansiedad en las palabras de Burgener cuando decía: «*Wir müssen, Herr Mommerie, sonst sind wir beide kaput*» («Tenemos que hacerlo, señor Mummery, si no, será nuestro fin»).

Mientras tanto, los nudillos de mi compañero estaban empezando a verse seriamente afectados por su continuo contacto con la ladera, lo que es inevitable cuando se talla en nieve por una fuerte pendiente. Puesto que teníamos mucho trabajo por delante, se consideró deseable que a esas alturas de la faena se sacrificaran dedos menos valiosos. En consecuencia, yo tomé la cabeza de cordada. De vez en cuando el espesor de la nieve se reducía y hacían falta golpes fuertes para romper el hielo, pero, a medida que avanzábamos, la labor se fue haciendo más ligera y, al final, un solo golpe con el piolet, reforzado con unas cuantas patadas con una bota bien claveteada, eran suficientes para hacer un escalón fiable. Avanzamos, con rapidez y eficacia, hasta el pie de las rocas que habíamos tomado previamente como referencia y que constituían una de las dificultades más serias del paso. Esas rocas, como ya nos habíamos fijado en nuestro primer estudio de la montaña, estaban flanqueadas a ambos lados por estrechos corredores tapizados de hielo. El de nuestra derecha parecía más fácil, pero, por desgracia, el sol ya estaba dando de lleno en la Tête du Lion y sus rayos deshacían los fragmentos helados, que eran lo único que mantenía los carámbanos y las piedras en su sitio, y el zumbido de la lluvia de hielo y piedras era continuo. Nos vimos forzados, por tanto, a tomar el corredor del lado del Cervino, que, hasta el momento, se encontraba a salvo de la fusilería de montaña. Volvió a tomar Burgener la cabeza y enseguida descubrió que el trabajo que tenía por delante no era común: el hielo estaba descarnado y era todo lo duro que puede ser el hielo. Por si fuera poco, era demasiado vertical. Lo de arriba tenía una

pinta tan diabólica que Burgener se detenía y observaba con inquietud las rocas del Cervino para ver si nos podríamos escapar en esa dirección. Sin embargo, era obvio que en ellas seguiríamos encontrando dificultades y, además, eso dejaría sin resolver el problema del *couloir*. Una vez más, regresó malhumorado a la pared de hielo y, paso a paso, fue tallando un camino. Las rocas que sobresalían a nuestra derecha, donde la pendiente se hacía extraplomada, nos forzaron a desviarnos a la izquierda hacia una especie de rebaje semicircular de la pared. De pronto, se acaba el tallar escalones. Se menciona a *Der Teufel*, el diablo, con unas expresiones capaces de helar el alma y se arremete contra la mitad del santoral romano en el lenguaje más fuerte conocido del idioma alemán, por haber descuidado de manera criminal sus deberes más inmediatos.

¡A Burgener se le había roto el piolet!

En medio de un *couloir* de hielo, a seiscientos metros, un piolet era lo único que le separaba de un desamparo total. Me desencordé y até con cuidado mi piolet a la cuerda para enviárselo a Burgener. Luego, la cuerda se negó a regresar a un sitio desde el que pudiera alcanzarla y tuve el placer de ascender los siguientes veinticinco metros sin su apoyo moral y, lo que era peor, sin el piolet. Al reunirme con Burgener, el arma rota me fue transferida. Estábamos a la altura de las rocas que sobresalían y podíamos ver que, apoyada en la más alta, una larga franja de nieve se dirigía hacia arriba. Una vez sobre aquella nieve, parecía que nuestro avance sería relativamente fácil, aunque, como demostró Burgener, mediante el sencillo recurso de lanzarle un trozo de hielo, vimos que era nieve de ese tipo maligno, en polvo, que los guías llaman *pulverischen* o nieve podrida. Es más: puesto que tenía una pendiente con el máximo grado compatible con mantenerse en pie, era evidente que deberíamos confiar más en la Providencia de lo que se suele considerar deseable en estos degenerados días. La dificultad, sin embargo, radicaba en alcanzarla. Ya he comentado que las rocas que sobresalían nos habían forzado a desviarnos a la izquierda, hacia una suerte de hueco ciego y semicircular. Unos metros más arriba, el hielo que había por encima del que habíamos estado tallando volvía a perder grosor y estaba sobre rocas extraplomadas. Si bien pasar a la nieve implicaba pasar por una pared casi vertical fuertemente verglaseada, esa travesía de cinco metros o más parecía prácticamente imposible. Por una vez en su vida, Burgener propuso abandonar, y ambos nos hubiéramos bajado sin perder un momento por el *couloir*, aguantando la caída de piedras y afrontando incluso la grima de esa horrible ladera de hielo a la que los cálidos rayos del sol de mediodía ya habían despojado de la fina capa de nieve que la cubría, de no haber sido porque yo creía al pie de la letra las declaraciones anteriores de mi bravo compañero, en el sentido de que retirarse era imposible y que intentarlo suponía un fracaso seguro. Con plena confianza en esa opinión, pensé que lo mejor que podía hacer era mantener alta la moral de la cordada, despreciar la idea de darse la vuelta, gritar *vorwärts!* (adelante), y reforzar mis palabras con alusiones a poderes sobrenaturales en la medida que me lo permitía mi limitado conocimiento del *patois* del valle de Saas. Invoqué también la ayuda de otros espíritus de las «profundidades» de mi bolsillo y empezamos el ataque.

El hielo era demasiado fino como para poder tallar escalones de una profundidad suficiente y hacer en ellos un cambio de pies. Burgener adoptó, por tanto, el recurso de tallar una repisa continua a lo largo de la cual, con la ayuda de agarres para las manos tallados en el hielo, uno

podía apañárselas para, a duras penas, ir arrastrando los pies. Esto exigía una cantidad de trabajo extraordinaria. Una mano tenía que estar siempre colgada del agujero de arriba mientras la otra blandía el piolet. Antes de haber completado la mitad de la travesía, Burgener tuvo que darse la vuelta, tanto para descansar como para frotarse la mano izquierda y que le entrara en calor, pues la tenía helada, debido al continuo contacto con el hielo. Tras una breve pausa, volvimos al ataque, pero al cabo de otros cinco minutos se vio forzado a retroceder y, con un aire de melancolía, me mostró su muñeca derecha, penosamente hinchada por el esfuerzo de tener que tallar con una sola mano. Por suerte, la repisa estaba casi terminada y, avanzando por ella una vez más, consiguió alcanzar la franja de nieve con su piolet. Sin embargo, ésta no ofrecía ninguna fiabilidad, ya que estaba suelta y no tenía la más mínima consistencia; así que tuvo que seguir con la cansada tarea de tallar hasta poder poner pie en la masa traicionera. Con sumo cuidado, trató de pisotearla y luego se detuvo sobre ella con todo su peso. Huelga decir que yo observaba con nerviosismo el comportamiento de la nieve. Si se iba en bloque, como probablemente ocurriría, nada podría evitar que hiciéramos un corto y rápido descenso hasta la rimaya.

Felizmente, aunque bastante transitada por incipientes avalanchas, la base se mantuvo firme y un ronco grito de triunfo alivió los sentimientos reprimidos de la cordada. Burgener empezó a abrirse paso inmediatamente sobre el filo que formaba la superficie superior de la franja, una pierna sobre un lado y la otra sobre el otro. Cuando se acabó la cuerda, yo me arrastré a lo largo de la repisa, doblé la esquina y llegué donde estaba mi compañero. Ante nosotros había una pendiente larga de hielo por la que asomaban rocas de tanto en tanto. Aquellos débiles obstáculos habían logrado sujetar largas bandas de nieve polvo, y contemplamos con júbilo que el muro final, coronado por una cornisa rota, era la única dificultad seria que teníamos ante nosotros. La pared del lado del Cervino se alejaba allí de manera considerable, lo que permitía que el *couloir* se ensanchara y diera una sensación de libertad y de luz de la que carecía más abajo. Nuestro mayor gozo, sin embargo, era la nieve: de lo peor y más pulverizado que pueda imaginarse, cierto, pero, aún así, nieve. Soy consciente de que todas las autoridades en la materia están de acuerdo en preferir el hielo a la nieve inconsistente, pero cuando la pendiente de hielo se mide en centenas de metros y cuando lo que hay por debajo es el *couloir* norte del Lion, barrido por las avalanchas de la tarde, confesaré francamente que cualquier nieve, por mala que sea, es una delicia y que se acepta gratamente su traicionera ayuda.

Avanzábamos hacia arriba de franja en franja, atravesando los tramos de hielo que las separaban, y de ese modo ganamos altura rápidamente, hasta que alcanzamos una pendiente de nieve continua que nos llevó al pie de una pared de roca de poca altura, coronada por una cornisa recta de la que se habían desprendido los trozos más endebles. Este muro final era de roca suelta y descompuesta. De hecho, parecía que lo único que la mantenía en su sitio era la nieve y el hielo con los que estaba *enyesada*. Sin embargo, tenía que ascenderse, así que, una vez más, nos frotamos las manos para devolverles un poco de vida y calor a los dedos y luego Burgener entró en faena. Centímetro a centímetro y metro a metro, fui dándole cuerda hasta que llegó a la base de la cornisa. Pronto se hizo evidente que un ataque directo no tendría éxito, así que se desvió a la derecha, hasta un lugar en el que el reborde y los carámbanos habían arrastrado en su caída un

trozo de la cornisa más sólida. Una vez en esa brecha, enseguida se agarró con una mano en el collado helado y con la otra agitó su sombrero al tiempo que, con un triunfante, si bien jadeante, grito tirolés, se incorporó sobre el borde de la pared más horrorosa que he tenido la suerte de escalar. Debido a la travesía de Burgener, la cuerda no ofrecía esa sensación de seguridad y comodidad tan agradable para el aficionado, y no fue con poco alivio que, al llegar a la brecha de la cornisa, vi aparecer una mano roja y un momento más tarde me veía izado de cuerpo entero al collado.

Me quité la mochila y nos pusimos a trabajar para descongelarnos los dedos, o, más bien, los trozos de ellos que nos quedaban. El proceso demostró ser excesivamente doloroso, pues uno o dos se nos habían congelado gravemente en las últimas rocas. Entonces, la muñeca de Burgener, que seguía padeciendo el trabajo realizado en la gran repisa que tuvo que tallar para la travesía, tuvo que ser vendada con todos los pañuelos que pudimos reunir. Esta serie de operaciones se veían, una a una, muy retrasadas por los gritos tiroleses que había que ir lanzando de tanto en tanto *couloir* abajo. Luego nos pusimos cómodos en el mismísimo borde del gran cortado, bebiendo a grandes tragos nuestro vino y calentándonos en los destellos de cálido sol que se colaban que el viento abría en la niebla. De tanto en tanto Burgener me daba una palmadita en la espalda y me animaba a inclinarme para que viera alguno de los obstáculos más sorprendentes que habíamos tenido que superar. Tras una hora de descanso, dirigimos nuestra atención en dirección a Breuil. El *couloir* por ese lado estaba ocupado por una niebla impenetrable, pero los escasos metros que podíamos ver no tenían un aspecto que asustara demasiado. Burgener propuso bajar ramaseando y al cabo de un minuto ya habíamos dejado el sol y el cielo azul y estábamos dando vueltas a través de la niebla, rodeados por una burbujeante avalancha de nieve. De tanto en tanto saltábamos a un lado del torrente que se iba acumulando, por miedo a que acabara siendo peligroso. De pronto, a través de la niebla, divisé la rimaya y, con un grito de advertencia a Burgener, que estaba veinticinco metros por encima de mí, nos detuvimos, sin importarnos la piel y los nudillos, en el mismo borde de la grieta. Atravesando a la izquierda encontramos un puente y, puesto que estaba demasiado podrido como para pasarlo a gatas, confiamos en la suerte y nos dejamos resbalar sentados. Luego, esquivamos algunas grietas y nos deslizamos por neveros; girando bruscamente a la derecha, salimos del glaciar. Ya estábamos casi por debajo de las nubes y unas rocas que el sol calentaba inspiraron a estos devotos fieles de la diosa Nicotina a cumplir con ciertos solemnes ritos. Enseguida pasó media hora y luego guardamos la cuerda en la mochila y corrimos a lo loco en dirección a Breuil, donde llegamos tras una hora y cuarto de marcha o una hora y tres cuartos, paradas incluidas, después de salir del collado.

Mi segundo guía, Venetz, había sido enviado a pasar el Théodule, en parte porque la mochila era demasiado pesada para el Col du Lion, pero sobre todo porque Burgener pensaba que en ese tipo de terreno era mejor una cordada de dos que de tres. Le habíamos ordenado estrictamente que no cediera a su gran debilidad, que era dormir, y que vigilara que llegáramos al collado. Así le habíamos instruido para que tan pronto como nos viera, sacrificara varios de los huesudos pollos que, en aquellos remotos días, constituían la única forma de nutrición disponible en la cabecera del Val Tournanche. Llegábamos, por tanto, con la jugosa esperanza de un almuerzo caliente. Pero

al llegar a la posada nos encontramos con que allí reinaba el silencio. Golpeamos la puerta con los piolets, o, mejor dicho, con mi piolet, y con lo que quedaba del de Burgener; incluso tratamos de sacar las contraventanas de sus bisagras, pero sin éxito. Los carpinteros de Val Tournanche habían hecho demasiado bien su trabajo y yo estaba a punto de empezar a caminar valle abajo cuando Burgener emergió del cobertizo de las vacas, arrastrando a un soñoliento lugareño de su pestilente interior. Tan pronto como este lugareño, a consecuencia de las fuertes sacudidas que le propinaba Burgener, y tras frotarse los ojos, toser y llevar a cabo una serie de procesos encaminados a destruir el sueño, hubo recuperado algo la consciencia, nos dirigió a una ventana concreta donde, sin reparos en la pintura y la carpintería, aporreamos las persianas con tal furia que el letargo de Venetz acabó bruscamente. Enseguida abrió la puerta y expresó la más grande de las sorpresas por nuestra llegada. Se excusó por no haber logrado retorcerles el cuello a los pollos, con el pretexto de estar convencido de que la montaña hubiera roto los nuestros. También había considerado que sería sensato, con la perspectiva inminente de tener que formar un «grupo de rescate», echar un buen sueñecito como preliminar.

La señora de la casa estaba, aparentemente, a cierta distancia, de modo que despachamos a Venetz en su búsqueda y no tardamos en ver a ambos en plena persecución valle abajo tras los descarnados pollos antes mencionados. Más tarde, descendimos hasta Val Tournanche y acabamos el día con un festín.

NOTA.— La historia posterior de este collado no tardaría en ampliarse. Al año siguiente, el doctor Güssfeldt, con Alex Burgener como único guía, lo cruzó en dirección opuesta (desde Breuil a Zermatt). Mediante la simple operación de meter arriba una estaca en la nieve y pasar sesenta metros de cuerda a su alrededor, las dificultades del collado se esquivaron fácilmente. Gracias al tiempo excepcionalmente bueno que hizo en 1881, la nieve de la parte superior del *couloir* estaba en mejores condiciones y no parece que la cordada se encontrara con grandes dificultades hasta que estuvieran a mitad del descenso. Del mismo modo que había hecho más fácil la mitad superior, incrementaba grandemente la dificultad en la mitad inferior. El buen tiempo había despojado el hielo de nieve, sin dejar más que una pendiente sombría y cubierta de piedras. Por suerte, pudieron abrigarse en un pequeño refugio de rocas, donde se vieron en cierta medida a salvo de la lluvia de piedras y cascotes que descargaba la montaña y, tras una noche terrible, alcanzaron con seguridad el glaciar Tiefenmatten a la mañana siguiente.

Sólo se ha vuelto a cruzar una vez más. En esta ocasión, M. Kuffner, con Alex Burgener y Kalbermatten, cruzaron el collado desde Zermatt a Breuil, pero no me han llegado detalles de ese paso. Es posible que la experiencia de Burgener le permitiera evitar algunas de las dificultades que encontramos nosotros. Sin embargo, sean cuales sean las condiciones, no es en mi opinión una travesía fácil.

TEUFELSGRAT

Por Mrs. A. F. Mummery

Las pendientes del Breithorn y las nieves del Weisstor suelen considerarse el límite de ascensiones adecuadas para el sexo débil. De hecho, es fácil que surjan fuertes prejuicios en el momento en que una mujer intente mayores dificultades en montaña. Sin embargo, a mí me parece que sus capacidades se adaptan mejor a las escaladas realmente difíciles que a los monótonos paseos por nieve con los que se las suele asociar.

Las ascensiones verdaderamente difíciles han de hacerse por necesidad a un paso mucho más lento, las paradas son bastante frecuentes y, salvo escasas excepciones, los cambios entre calor y frío son menos extremos. Las ascensiones rutinarias sobre nieve, por el contrario, suelen llevar consigo un esfuerzo continuo y grande, detenerse en un nevero es prácticamente imposible y al peligro de congelaciones durante el amanecer le sigue la certeza de las quemaduras solares a mediodía. Sin embargo, en la mentalidad masculina, salvo raras excepciones, está imbuida la idea de que una mujer no es un compañero adecuado en pendientes heladas o en paredes de roca y, en consecuencia, se sostiene como dogma de fe que éstas deben escalar como proponía Mark Twain, y que deberían contentarse con observar a través de un telescopio cómo un par de fornidos guías izan a un gallito pretencioso invertebrado o con observar a ese mismo gallito, a su regreso, balbucear de manera penosa los numerosos peligros que ha encontrado.

Alex Burgener, sin embargo, tiene unas opiniones muy extrañas; cree en fantasmas y cree también que las mujeres pueden escalar. En cualquier caso, no fue sin cierta sorpresa que le oí decir: «Tienes que subir la Teufelsgrat». La Teufelsgrat, como su propio nombre indica (pues quiere decir «La arista del diablo»), es una arista imponente que, unos días antes, mientras ascendíamos el Cervino, él me había señalado como la personificación de la inaccesibilidad. Yo estaba orgullosa con el cumplido, y nos dimos la mano solemnemente al tiempo que Burgener decía que el propietario nominal de la arista y todos sus ángeles no nos darían la espalda una vez hubiéramos emprendido su ascensión.

Para conocimiento de aquellos que no estén familiarizados con las posesiones alpinas de Su Satánica Majestad, cabe señalar que la Teufelsgrat es la arista suroeste del Täschhorn. A poca distancia al norte del Täschalp, esta arista culmina en el pequeño pico llamado el Strahlbett. Nuestro plan era dormir en el Täschalp y, cruzando el glaciar Weingarten, subir hasta un collado muy evidente, justo en el lado del Täschhorn de ese pequeño pico. Desde allí hasta la cumbre esperábamos poder seguir por la arista.

En consecuencia, el 15 de julio de 1887 salimos desde Zermatt para dormir en el chalet más alto —en aquellos días el albergue de Täsch era aún un lujo inimaginable—. Pasamos una tarde entretenida en el monte. Algunos amigos, pensando que era una buena oportunidad para ver un amanecer, se habían unido a nuestro grupo y, con gran interés en nuestra expedición, compartieron

nuestro buen estado de ánimo. Asombramos a varias bestias de las inmediaciones al usurpar sus dominios. Durante la tarde, un toro airado realizó varias tentativas de acabar con nosotros y, al final, consiguió que todo el grupo, guías y viajeros, acabáramos en el tejado del chalet. Al final, cuando empezamos a considerar nuestro posadero incómodamente pequeño, se acordó una salida general y con gritos salvajes y abundantes aspavientos con piolets y sombreros, el bruto se dio a una fuga desordenada y salió mugiendo monte abajo.

Cuando el último matiz del ocaso se desvaneció en el Weisshorn, encendimos nuestras velas y convertimos el chalet en una sala de baile: un cuadrado que no llegaba a los cuatro metros de lado y cuyas vigas bajas e inesperadas hacían sumamente peligroso. En cualquier caso, el baile fue estupendo y variado, gracias a las canciones de los guías y porteadores. Andenmatten, nuestro segundo guía, aportó un extraño y maravilloso instrumento musical al que a base de soplar de manera agotadora, se le extraía una aguda música de baile y otras melodías indescriptibles. Habiéndose zanjado la diversión nocturna con la habitual discusión acerca del tiempo, nos embutimos en las mantas para tratar de dormir. Pero las tablas eran duras y todos estábamos muy inquietos; ya comenzábamos a enojarnos cuando, hacia las once en punto, la puerta recibió un empujón brutal seguido de un rugido terrorífico. Todos saltamos de golpe y agarramos los piolets y telescopios, palos y botas claveteadas, como armas con las que matar, o al menos espantar, a quien quisiera que fuera el monstruo que había osado atacar nuestra fortaleza. Abrimos de golpe la puerta y salimos dando grandes gritos y, una vez más, allí vimos a nuestro viejo enemigo el toro. Consciente del vigor y furia de sus atacantes, se dio de nuevo a la fuga, despertando ecos con sus indignados bufidos y gruñidos.

Echamos mano de este incidente como una excusa favorable y abandonamos cualquier idea de seguir durmiendo. Pronto empezaron nuestros preparativos para partir y a la una y media de la madrugada todo estaba dispuesto. Encendimos debidamente los dos faroles, hábilmente fabricados mediante el truco de quitarles el fondo a botellas de champán vacías, y, diciendo adiós a nuestros amigos, nos zambullimos a través de la hierba húmeda y larga. Enseguida perdimos la senda sin remedio, así que nos abrimos paso en dirección al torrente y seguimos por su flanco izquierdo hacia la morrena.

No querría entristecer ningún corazón al recordar las sensaciones que siguieron a una insalubre e indigerible cena a las ocho de la tarde, a una noche en vela y a un desayuno aún menos digerible a la una de la madrugada; la verdad, sin embargo, me obliga a admitir que cuando esas sensaciones se vieron acentuadas por tener que caminar sobre una morrena descompuesta a la trémula luz de un cuarto de penique sumergido en una botella de champán, estuve de acuerdo por completo en la breve y exhaustiva denuncia de las cosas que de tanto en tanto brotaban de algunos labios masculinos. Mientras tropezábamos sobre el sinfín de piedras, nos fuimos dando cuenta de que el día estaba naciendo y, para cuando llegamos al morro del glaciar Weingarten, el Monte Rosa resplandecía bajo la luz del sol. Nos detuvimos unos minutos para que Burgener pudiera estudiar cuál de los dos corredores de roca que teníamos justo delante nos ofrecía la mejor ruta. Confesaré que este problema no despertó mi entusiasmo y, dándole la espalda a las paredes, observé el majestuoso avance del gran sol rojo borrando las últimas sombras de los neveros

inferiores.

El reconocimiento de Burgener quedó pronto trazado, los hombres se volvieron a echar las mochilas a la espalda y atravesamos la morrena y las piedras sueltas hacia el *couloir* más cercano al Täschhorn. Las rocas resultaron ser fáciles y progresamos con rapidez hasta que, a las cinco menos cuarto de la mañana, alcanzamos un lugar apropiado para desayunar. Justo por delante, la pared se tornaba vertical y se veía cruzada por bandas de roca suelta más o menos continuas.

Burgener se regocijaba ante la inminencia de nuestro primer obstáculo y a duras penas era capaz de contener su eufórico estado de ánimo. Empleaba su tiempo, cuando ocurría que no tenía la boca ocupada en cosas más serias, utilizando su mejor inglés para tratar de destrozarme los nervios. Me sugería imágenes variadas y gráficas de los horrendos precipicios que daban la bienvenida a mis inexpertos ojos, y terminaba siempre todas las frases con un «es más bonitos como el Cervino», que era el único pico que habíamos ascendido juntos previamente.

Ya habíamos agotado el tiempo estipulado para alimentarnos. Sacamos la cuerda y en el semblante de Burgener se dibujó un aire de «manos a la obra». Él, por supuesto, iba en cabeza, yo le seguía, y cerraban la cordada Andenmatten y mi esposo. La roca fue bastante buena durante un rato pero al ganar altura, se volvió más vertical y muy descompuesta. Nuestro guía puso el máximo cuidado para no trasegar ninguna piedra y no dejó de lanzarme pavorosos avisos para que tuviera igual cuidado. «Tu matas tu hombre, tú no gustas eso». Yo no «maté mi hombre», pero en cualquier caso fue allí donde ocurrió nuestro primer accidente.

Habíamos alcanzado una especie de plataforma separada de las laderas superiores por una pared de roca que caía a pico. Sin embargo, en un punto, donde el extremo de una placa desplomada se había descompuesto y caído, parecía posible superar la barrera. Burgener no tardó en entrar en faena, pero las lajas de roca estaban tan sueltas que no se podía encontrar agarre adecuado y el progreso debía hacerse con presas igual de inciertas para manos y pies. Aún así, avanzaba con firmeza y, al final, pudo llegar con las manos por encima de la roca y asirse a una gran piedra que parecía firme. Firme hasta cierto punto. Suficientemente firme para no caer sobre nuestras cabezas, pero no lo suficiente como para no moverse ligeramente y pillarle la mano a Burgener. Un gemido ahogado, un hilillo de sangre bajando por la roca, seguido de un largo e impresionante juramento en *patois*, fue toda la explicación que se nos ofreció hasta que, con un último esfuerzo, Burgener trepó hasta lo alto de la pared. Seguimos nosotros rápidamente y, tras encontrar una repisa apropiada, nos dispusimos a hacer nuestro diagnóstico. Un pulgar algo lacerado, hinchado y sangrante que presentaría un problema interesante a un estudiante de la Asociación de la Ambulancia de Saint John. La hemorragia no tardó en controlarse y el pulgar herido fue vendado con una serie de pañuelos de bolsillo mientras Burgener murmuraba con un tono de lo más patético: «Yo no más fuerza en esa mano».

Nosotros sugerimos abandonar inmediatamente, pero tras un vistazo a la arista, ahora bien evidente, media botella de champán (se nos había olvidado traer coñac) y un mordisco a una pata de *poulet* duro, de los labios del inválido salieron comentarios jocosos respecto a la idea de darse la vuelta. «*Vorwärts!*», gritó y *vorwärts* seguimos, es decir, hacia adelante, en medio de una extraña mezcla de gritos de alegría a los gendarmes de roca que nos retaban desde lejos y miradas

abatidas, y una voz lúgubre que repetía: «Yo no más fuerza en esa mano».

Hacia las cinco y media de la mañana alcanzamos la arista, cubierta en ese lugar con nieve. Andenmatten tomó la cabeza y, como la nieve estaba en un estado excelente, pudimos avanzar a buen paso. Esta superficie no tardó en convertirse en un terreno extraño de lajas y rocas estratificadas, apiladas en un ángulo pronunciado, como si se tratara de hileras de enormes pizarras, unas encima de otras. Sus afilados bordes, sin embargo, ofrecían buenos agarres para manos y pies. Al cabo de poco tiempo, esas rocas sueltas empezaron a entremezclarse con torretas verticales, lo que obligó a nuestro guía a mostrar su temple. Ese primer gendarme fue, no obstante, superado con éxito y ante nosotros se alzó el segundo, una gran masa apilada de roca amarillenta y podrida que ocultaba completamente de nuestra vista el resto de la arista.

Tras una breve consulta entre los guías, se eligió la mejor ruta y, una vez más, Andenmatten se dispuso al ataque. La base de la torre fue sencilla y poco a poco parecía que superaríamos todas las dificultades. El rostro de nuestro primero brillaba de orgullo y placer a medida que asaltaba risco tras risco, pero ¡ay!, olvidó el viejo proverbio que dice: «El orgullo precede a la destrucción y la confianza, a la caída».

Hubo que hacer justicia a Salomón una vez más y Andenmatten iba a ser la víctima. Con un último y pequeño diente rocoso impidiéndole progresar, e incapaz de encontrar agarres suficientes, emplazó a Burgener a que le ayudara. La sugerencia de que debería quitarse la mochila se consideró un insulto y, un minuto más tarde, ayudado por un amistoso empujón, no sólo había encontrado una buena presa en lo alto del diente, sino que sus brazos descansaban sobre el mismo. El diente está a todos los efectos superado cuando, para horror nuestro, vimos resbalar sus brazos y con un último y convulsivo esfuerzo para encontrar agarre para sus dedos, se precipitó cabeza abajo sobre el abismo. Mucho antes de que pudiera darse la orden de «aguantad», le vimos con los talones en lo más alto, los brazos extendidos, la mochila colgándole de una correa y el sombrero dando vueltas por el aire, sobre una roca inclinada y cubierta de hielo unos cinco metros por debajo de nosotros. Burgener, con una prontitud admirable, había agarrado la cuerda mientras Andenmatten estaba cayendo y su puño de hierro, por suerte para nosotros, había aguantado el tirón. Yo seguía agarrada a un risco que sobresalía, mientras que nuestro último hombre se había arrojado de medio cuerpo sobre el lado opuesto de la arista y estaba listo para cualquier emergencia. Una vez controlada la caída, todas las manos agarraron la cuerda, pero sin resultados inmediatos. Entonces, mi marido destrepó y vio que la chaqueta de Andenmatten se había enganchado en una roca. Una vez liberada, unos cuantos tirones izaron a la víctima hasta la arista. El profundo silencio sólo se vio roto por los sollozos del fardo de nervios que estaba tendido a nuestros pies, y resultaba difícil hacerse a la idea de que era el mismo hombre activo, fornido y de moral alta que había tocado la gaita para que bailáramos, que nos había mantenido alegres con sus gritos tirolese, haciendo que el eco rebotara en las rocas y cuya alegría había logrado que hasta la morrena rocosa y las interminables laderas perdieran parte de su horror. Aún así, seguía reinando el silencio, salvo por los sollozos del herido, cuando, de pronto, una voz solemne proclamó: «¡Qué providencial, no se ha roto ninguna de las dos botellas de Bouvier!». Y mirando a mi alrededor, vi que mi esposo había empleado esos asombrosos instantes para dar un

repaso al contenido de la mochila. Una de esas mismas botellas fue abierta sin demora y un vaso del espumoso líquido vaciado en la garganta del jadeante guía.

Después de volver a exhibir mis grandes habilidades quirúrgicas, sobre todo por golpear al herido en las costillas, doblarle los miembros y tratarlo en general de manera desconsiderada y despiadada, le diagnosticué como más asustado que herido. «*Vorwärts*», gritó Burgener; «Adelante, no nos batimos en retirada», y tomó una vez más la cabeza. Yo fui detrás, luego mi esposo y, el último de todos, Andenmatten, con el rostro de un pálido mortal, los miembros temblorosos y la cabeza envuelta en un voluminoso pañuelo rojo. En cada roca pequeña que nos topábamos profería o amargas maldiciones sobre el pasado o rogativas por su futuro; cuestiones triviales, le asegurábamos nosotros, siempre que plantara firmemente los pies. Poco más adelante nos vimos obligados a salirnos de la arista al la cara del Weingarten. Todas las repisas estaban tan repletas de roca suelta que era imposible moverse sin desplazar grandes lajas y piedras. Resbalaban bajo nuestros pies y daban lugar a avalanchas perfectas mientras saltaban de repisa en repisa antes de dar el último y tremendo salto hasta el glaciar. Cuando llegamos al final de esas repisas y plataformas ascendimos por estratos y nos vimos forzados a pasar una vez más a la arista. A estas alturas, las cariacontecidas súplicas del caído Andenmatten nos dieron lastima y nos volvimos a parar unos minutos para examinar su espalda y aplicarle en los labios cierto bien conocido remedio. Al mismo tiempo, se le indicó sutilmente que no servía de nada tener ningún tipo de dolor, ya fuera en la espalda o en cualquier otra parte, hasta que no encontráramos un lugar más favorable para su tratamiento.

Nos volvimos a poner en marcha. Al resultar impracticable una pirámide que teníamos por delante, nos vimos obligados a pasamos a la cara del glaciar Kien, sobre una pendiente de hielo muy inclinada de aspecto nada apetecible. Aquí y allá asomaban del hielo algunas rocas que parecían ofrecer agarres para las manos, pero que casi siempre resultaban estar sueltas o se desprendían al más mínimo roce. La cantidad de escalones que había que tallar le resultaba extremadamente molesta a Burgener. Su mano ya le sangraba de nuevo, y de sus labios escapaba un gemido de dolor cada vez que golpeaba con el piolet y las esquirlas de hielo caían resbalando por la vidriosa pendiente. A pesar de la mano herida, el tallado tuvo que continuar durante media hora o más, media hora que se me hizo interminable, con los gemidos que escuchaba por delante y los sollozos intermitentes que me llegaban desde atrás. De hecho, Andenmatten parecía estar en un estado tan deplorable que daba la impresión de que iba a desmayarse de un momento a otro, posibilidad que sugería que, a fin de cuentas, la Teufelsgrat, haría honor a su nombre.

El avance por la pendiente de hielo se veía ahora obstaculizado por un pilar infranqueable de roca lisa y negra, un diente enorme que se alzaba por encima de la arista. Burgener se vio obligado a retroceder hacia la derecha y continuar hacia la arista por una chimenea o corredor de roca que flanqueaba el diente. Ni que decir tiene que esa decisión conllevaba un grave inconveniente, ya que la chimenea nos dejaría en la arista, pero en el lado equivocado del gran diente. Sin embargo, como observó nuestro líder: «*Es gibt keinen anderen Weg!*» («No hay otro camino»). Un tramo de escalada más bien difícil le dejó en el corredor. Cuando hubo encontrado un resquicio firme para los pies, yo trepé hasta allí y quedé empotrada en una pequeña hendidura llena de hielo. Luego,

Burgener tomó amablemente mi piolet y lo clavó por mí en el corredor, y, con un autoritario «Tú quédate ahí», siguió subiendo. No tardaron en bajar silbando piedras y trozos de hielo, seguidos, minutos más tarde, por una gran laja que bajó resbalando, golpeó mi piolet y un instante después mi querida arma había desaparecido en el espacio.

Al fin se tensó la cuerda y, obedeciendo a la orden de «Vamos», subí por las rocas heladas y tapizadas con una capa de nieve hasta un gran corte en hielo más profundo, cerca de lo alto del corredor. Por encima, nieve y roca fácil nos condujeron hasta la arista. Pero, como habíamos temido, la gran torre que teníamos enfrente era infranqueable y resultaba evidente que deberíamos hacer otra travesía. Sin embargo, al acercarnos bastante a ella, nos vimos desbordados de alegría al encontrar una extraordinaria hendidura en la roca. La grieta tenía la anchura justa para permitirle a un entrar en ella y salir al otro lado de la arista, sorteando el obstáculo.

Estoy segura de que mis compañeros compartieron el regocijo que eso despertó en mí, pues Burgener lanzó al aire un grito tirolés muy elocuente, mi esposo dejó escapar una risita placentera y de Andenmatten no salió sonido de clase alguna. Explorar ese lúgubre y misterioso túnel era el siguiente asunto. Para ese propósito, un miembro del grupo se desencordó y se sumergió en la semioscuridad. Sus gruñidos y gemidos mientras se apretujaba a través del estrecho pasadizo y una descarga final de esas palabras irreproducibles, con las que la turbulenta mente masculina busca alivio invariablemente, nos hicieron saber que el agujero era un engaño y que la montaña nos había gastado una broma.

La única alternativa era rodear el obstáculo por la derecha Burgener nos condujo por una estrecha repisa que estaba más o menos cubierta con los escombros caídos de más arriba. Era necesario ser cuidadoso en extremo, pues la pared de nuestra izquierda estaba forrada con una capa de piedras descompuestas y daba la impresión de que mover una sola podría hacer que nos cayeran todas sobre la cabeza. A la derecha teníamos un vertiginoso precipicio de 450 metros o más, con el agrietado glaciar Weingarten abajo. Al cabo de un rato alcanzamos un brazo de roca que bloqueaba la arista; superándolo, o más bien rodeándolo, encontramos un rincón seguro donde sentarnos mientras Burgener se desencordaba y seguía para explorar. Los riscos pronto lo ocultaron de nuestra vista y, durante cierto tiempo, toda la noticia que tuvimos de él fue el incesante golpeteo de las piedras que iba moviendo. Por fin le vimos reaparecer, pero no había vida en sus movimientos; su rostro estaba serio y, como respuesta a nuestras preguntas, dijo: «Señor Mummery, es bastante imposible». Durante nuestra forzada ociosidad tuvimos tiempo para estudiar a fondo la pared de roca que nos separaba de la arista. Un miembro entusiasta del grupo había declarado que «si el viejo Burgener no puede subir por esa pendiente, será una pena».

Encordándonos una vez más, el gran hombre del grupo se dispuso al asalto. Con sumo cuidado se agarró firmemente con las manos en una grieta, pero, por encima y a los lados, hasta donde llegaba su alcance, todo lo que tocaba se caía, cubriéndome a mí con una ducha de esquistos desmoronados. Aplasté la cabeza contra la pared, pero eso me proporcionó poco cobijo ante las afiladas esquirlas de pizarra que bajaban volando, y para cuando nos llegó la orden de «vamos», mis dedos y brazos estaban mucho más castigados y tenía los ojos llenos de todo lo que era suficientemente pequeño como para entrar en ellos. Pero lo peor estaba por llegar. ¿Cómo iba a

subir yo sin matar a los que tenía por debajo de mí o, lo que parecía mucho más probable, sin echar abajo toda la capa que cubría la pared? Siempre que cedía una piedra, todas las que descansaban por encima de ella eran barridas en una avalancha perfecta, enardeciendo los temores de Burgener hasta tal punto que éste no dejaba de bramar: «Tú matas tu hombre si tú no más cuidado tener». Mi propia impresión era que no iba tan sólo a «matar mi hombre», sino que todo el grupo y la mayor parte de la montaña se iba a precipitar al glaciar de abajo. Fue, por tanto, con el mayor de los júbilos que pude al fin verme sentada firmemente sobre una roca que dominaba la pendiente de nieve a la izquierda de la arista, y pude observar cómodamente las miserias de mis compañeros más abajo.

Tan pronto como nos dimos cuenta de que ninguno de nosotros —ni la montaña— habíamos sufrido heridas serias, Burgener examinó detenidamente nuestra ruta. Pocos momentos después nos llegaron las alegres palabras: «*Herr Mummery, das geht*», como queriendo decir que íbamos bien.

Seguimos avanzando, esta vez Herr Mummery en cabeza. La arista demostró ser bastante fácil, aunque hubo escalones de roca en los que hizo falta un paso de hombros de Burgener o tener que izarse del piolet. En un lugar nos encontramos con un escalón formidable y abajo quedaron las mochilas, las chaquetas, Andenmatten y yo, mientras los escaladores del grupo se las veían con las dificultades. Unos gritos acabaron anunciando su éxito y, con un gran silbido, nos llegó la cuerda para izar los diversos bultos. Cuando completamos dicha operación, volvió a bajar la cuerda para mí y con puro deleite, me preparé para subir. Mi parada de media hora había sido cualquier cosa menos agradable, pues un viento gélido había empezado a soplar y el sol quedaba oculto por la niebla. La cuerda fue lanzada abajo por tercera vez y, tras mucho tirar y aconsejar, Andenmatten se reunió con nosotros. Luego seguimos por la arista hasta que un «escalón» aún más grande, vertical e infranqueable, nos bloqueó el camino. Nuestros líderes volvieron a consultar y, tras una breve parada, nos llevaron hacia la cara del glaciar Kien, donde una pendiente de nieve parecía ofrecer una manera, si bien no del todo expedita, de rodear el obstáculo.

Al estar la nieve en buenas condiciones, nuestro progreso fue rápido, pero poco a poco el piolet fue llegando al hielo inferior y al final la nieve no tenía un espesor de más de un par de centímetros: cada paso había que tallarlo en hielo negro y duro. El precavido Alexander, pensando que no era un lugar en el que un aficionado debiera ir en cabeza, se desencordó y, tallando unos cuantos peldaños por debajo de mí, pasó al frente y comenzó a lanzar poderosos golpes contra la implacable pendiente. Era deseable moverse lo más deprisa posible, pues la roca que teníamos por encima no dejaba de enviarnos carámbanos y piedras, y temíamos que en cualquier momento les siguieran obuses mayores y nos barrieran con ellos en su alocado vuelo de brincos y saltos hasta las gigantescas grietas azuladas muchísimo más abajo. Pero el hielo era duro y Burgener estaba algo impedido por su mano herida. Parecía que poco a poco lográbamos avanzar y, siempre que alcanzábamos roca, no encontrábamos otra cosa que lajas lisas y resbaladizas con una capa de hielo. Seguimos laboriosamente hacia adelante. Manos y pies hacía tiempo que habían perdido toda sensibilidad, y la única esperanza que mantenía a flote nuestra hundida moral era la creencia de que, tras pasar un costillar rocoso que teníamos por delante y no muy lejos, acabarían nuestras

dificultades y la ascensión estaría prácticamente consumada. Acabamos alcanzando ese costillar y, más allá del mismo, la nieve era desde luego más profunda: hasta donde nos alcanzaba la vista, no había nada por delante por lo que debiéramos estar preocupados. A juzgar por el tiempo que llevábamos en la montaña y por las muchas dificultades que habíamos superado, llegué a la conclusión de que pronto ganaríamos la cumbre. Mi esposo pasó de nuevo a la cabeza y una vez Burgener hubo tomado su antiguo lugar en la cuerda, la travesía continuó.

«¡Oh, vana esperanza y frívola conclusión!». La prueba de fuego aún estaba por llegar. Nieve, rocas y hielo nos habían sorprendido en el pasado por su naturaleza amenazante; ahora, además de eso, teníamos el inconveniente de lo tarde de la hora (la una y media de la tarde), una pertinaz niebla y, lo peor de todo, la fatiga, el frío y el hambre.

Una vez más, la nieve empezó a ser menos profunda y todo lo que quedaba era una inmensa placa de hielo. Atravesarla nos hubiera llevado días. Era evidente que no teníamos otra solución que volver a ganar la arista. Burgener opinaba que ya habíamos superado lo más serio y que, si pudiera alcanzar la cresta, tendríamos un camino expedito y no muy largo hasta la cumbre. Así que indicó a nuestro primero que ascendiera directamente por la pendiente hacia unas grandes llambrias de roca que asomaban sobre el hielo. Sin embargo, éstas también se hicieron enseguida demasiado verticales y lisas y no nos quedó más alternativa que tallar en un horrendo corredor de hielo que flanqueaba las rocas. En algunos lugares la nieve cubría el hielo y el corredor, al ser tortuoso y estrecho, apenas ofrecía lugares precarios donde poner los pies. Los mandatos de Burgener eran constantes: «Manteneos donde la nieve sea más profunda». Pero la nieve no tardó en menguar hasta que no hubo lugar donde tuviera más de dos centímetros de grosor; aún así, mientras los golpes de piolet pudieran labrar un escalón, avanzábamos con firmeza. Sin embargo, al final, el alegre picar de los piolets se acabó y, en respuesta a la pregunta de Burgener, llegó la afirmación: «*Es gibt gar kein Eis*», no quedaba ni una brizna de hielo. A derecha e izquierda, las lisas placas de la canal rocosa no tenían más que una fina película de hielo y por encima de ella volvía a haber una delgada capa de nieve suelta. La pared de roca de la derecha sugería, sin embargo, alguna posibilidad de continuar el ascenso y hacia allá se encaminó nuestro guía, escalando un tramo corto hasta que el terreno se hizo tan helado y vertical que tuvo que detenerse. Que pudiera descender también parecía dudoso por lo que su situación era crítica en extremo. Afortunadamente, por el momento tenía buen apoyo para los pies.

Entonces salieron a la luz los puntos fuertes de Burgener. Sin dudar lo más mínimo o perder un momento, se desencordó y, sujetando la cuerda como si fuera un pasamanos, ascendió rápidamente en su ayuda. Llegó hasta el punto al que había llegado mi esposo, a la derecha, dejó la cuerda y siguió más bien hacia la izquierda, logrando encontrar hielo de espesor suficiente para hacer peldaños poco profundos. Ayudándose aquí y allá con rocas que sobresalían del hielo, progresó hasta un lugar en el que la pendiente del corredor se hizo ligeramente menos inclinada y se habían acumulado considerables cantidades de nieve. Esa nieve era de la peor calidad posible y con cada paso se desmoronaba como si fuese harina; a pesar de todo, por mala que fuera, permitía progresar y sin dejar de ascender con un coraje digno de encomio, le vimos por fin ganar un terreno firme para los pies. Dimos rienda suelta a nuestros sentimientos con grandes gritos y

cánticos, pero no fue plato de gusto estar de pie sobre un pequeño escalón durante tres cuartos de hora, con esquirlas de hielo y un torrente de nieve helándonos las manos y pies hasta que parecía imposible que pudiéramos aguantarlo más. De hecho nada, sino la certeza de que la única alternativa era moverse y resbalar, pudo haberme mantenido inactiva durante tanto tiempo. Bienvenidas eran las alegres garantías que de tanto en tanto legaban de arriba. «Aguantad un poco más y todo irá bien». Pero Burgener, al estar desencordado, no podía ayudar directamente a mi esposo y faltaba algo de tiempo para que éste último pudiera volver a atravesar para entrar en el cocedor y subir por los traicioneros peldaños en la nieve que tenía por encima. Cuando la seguridad del grupo estuvo de nuevo en manos de Burgener, subí yo, viendo que mi esposo ya se había abierto paso hasta la arista. Luego, me llegó la orden de desencordarme y la cuerda se le tiró a Andenmatten.

Con una impaciente mirada a ese inolvidable corredor, encaminamos nuestros algo cansinos pasos hacia arriba, trepando, escalando y reptando por los diversos riscos, pináculos y pilares que constituyen la arista. Comparado con nuestras recientes experiencias, pareció fácil y el avance fue rápido. Sin embargo, de pronto, se detuvo nuestro primero y, aunque Burgener le apresuró para que siguiera, él se negó por completo y, tras unos momentos, emplazó a Alexander para que pasara al frente. Yo no podía ver su rostro, normalmente expresivo, pero las palabras «*Herr Gott, unmöglich!*», («¡Dios mío, imposible!») llegaron a mis oídos y me apresuré a seguir para ver qué nuevo peligro nos amenazaba.

Para entender cómo estaban las cosas es necesario describir la muy curiosa formación rocosa con algo de detalle. La arista en la que nos encontrábamos proyectaba una enorme cornisa de roca que sobresalía mucho sobre el precipicio. Justo a continuación, esta cornisa se había roto. Como consecuencia de ello, la arista por la que habíamos ascendido parecía terminar abruptamente y seguir avanzando quedaba descartado, pues un abismo inconmensurable se abría por delante. Unos seis u ocho metros a nuestra izquierda, la auténtica arista, desnuda allí de su cornisa rocosa, se elevaba rápidamente en una serie de escalones verticales, pero desde el lugar en el que estábamos nosotros no mirábamos a la arista, sino al pelado precipicio que había bajo ella. Incluso de haber alcanzado esa pared, ningún escalador podría esperar sujetarse en ella; pero ni siquiera podíamos alcanzarla; entre nosotros y ella estaba el abismo más grande que he tenido la suerte de ver. Esta formación de la arista es, hasta donde alcanzaba la experiencia de cualquier miembro del grupo, única. Daba, de hecho, la impresión de que había dos aristas, separadas una de otra por una grieta infranqueable. No es extraño, por tanto, que el horror se apoderara de nosotros. Darse la vuelta era algo impensable y el avance parecía imposible. Allá estábamos los cuatro, completamente impotentes, con castaño de dientes debido al intenso frío y a la húmeda y cruel niebla que no dejaba de envolvernos y que amenazaba con añadir oscuridad al resto de nuestros des conciertos.

Por suerte, al cabo de unos minutos, empezamos a recuperarnos del horror que nos causó esa brecha espectacular en la arista y procedimos a reducir su enorme apariencia hasta los deslucidos y estrechos límites del hecho real. Tan pronto como nos dimos cuenta de que estábamos sobre una cornisa suspendida en el precipicio, se hizo evidente que deberíamos destrepar la cornisa hasta la auténtica arista y, desde ese punto, ver cómo atacar las dificultades que teníamos por delante. Ese

descenso no fue muy sencillo, pues las lajas dellado del glaciar Kien estaban muy inclinadas y todos los intersticios y grietas estaban llenos de hielo. Sin embargo, justo en el borde, era posible asirse y, una vez que mi marido limpió el hielo de varias irregularidades y fracturas, llegó a un punto inmediatamente por debajo de un tajo profundo que separaba la zona de la arista que tenía cornisa de la que estaba desprovista de ella. Más allá de este punto, la reconfortante seguridad de la cuerda desaparecía. Cualquiera que dependiera de ella se vería obligado a convertirse en un péndulo en el vacío y cabe dudar si «todos los caballos del rey y todos los caballeros»^[5] serían suficientes para volver a poner a ese trapecista sobre la arista. Afortunadamente, una minuciosa búsqueda reveló una pequeña entalladura en la roca y aunque era evidente que la cuerda se saldría de ella de vez en cuando, parecía probable dejar una cuerda fija mientras se estuviera tirando firmemente de ella. Sus palabras, por tanto, fueron dubitativas: «Fija la cuerda y lo intentaré», a lo que Burgener replicó: «*Herr Jesu, es muss gehen, sonst sind wir alle kaput*» («Jesús, tiene que funcionar, si no, será el fin de todos»). Con la cuerda firmemente atada a una roca en lo alto de la cornisa, el otro extremo se envió abajo y mi marido se introdujo en el diminuto tajo. Tirando antes de la cuerda para tensarla y prevenir cualquier «carrera» cuando empezara a aguantar peso, le vimos pendular y desaparecer. Un instante más tarde oímos las buenas noticias: «Está bien, hay buenos agarres en todo el descenso».

Por fin reapareció atravesando el hueco que separaba ambas paredes y, escalando con cuidado junto a un gran bloque de dudosa estabilidad, logró llegar a la roca que había a continuación, colocada como una piedra en equilibrio sobre la arista. Los tres metros siguientes tenían un aspecto feo y luego oímos un alegre «*Kommen Sie nur, Alexander*» («Ven tú sólo, Alexander»). Una vez hubo subido lo mejor de nuestro grupo, yo tuve que seguir y encontré con gran regocijo que pude superar, sin ayuda, un *mauvais pas* que durante un minuto o dos había parecido infranqueable para los miembros más fuertes y atrevidos del grupo.

Mirando hacia atrás, el risco que acabábamos de dejar era de lo más raro: si bien en lo alto su anchura era de al menos seis metros, se iba estrechando hasta la base del tajo, donde tenía medio metro, y daba la sensación de que un buen golpe con el piolet podría mandarlo entero al glaciar Weingarten. En realidad, con la niebla enroscándose y colándose a través del tajo, parecía tambalearse como si se estuviera cayendo de verdad. Pero eran ya las cuatro de la tarde y estábamos lejos de la deseada nieve, así que mientras ayudábamos a Andenmatten a superar este tramo complicado, mi esposo se desencordó y comenzó a atacar un «escalón» vertical en la arista. Luego le lanzamos la cuerda y Alexander, ayudándose de ella, estuvo listo para izar al resto del grupo. Este procedimiento fue, entonces, repetido. A un risco le seguía otro, con rocas sueltas que rodaban en cuanto se las tocaba y pilares verticales que sólo podían superarse empleando como escalera las amplias espaldas de Burgener. Sin embargo, de repente, las dificultades parecieron cesar, nuestro líder se volvió a poner la cuerda y fuimos haciendo sonar las piedras a lo largo de la arista hasta que se ensanchó dando paso a una gran cresta de nieve.

«*Der Teufelsgrat ist gemacht!*» («¡La Teufelsgrat está hecha!»), gritó Burgener, y empezamos a correr por la nieve que ascendía delante de nosotros y a nuestra derecha formando una empinada cresta. Por las pendientes podíamos ver las huellas dejadas por una cordada que, bajo el liderazgo

de Franz Burgener, había subido por la vía normal el día anterior. «Media hora más y habremos terminado, la Teufelsgrat es nuestra», añadía el emocionado Alexander mientras nos apresurábamos al sentir que el éxito estaba a nuestro alcance. Las huellas se hacían sensiblemente más grandes y corrimos hasta plantar nuestros pies en ellas. Allí dejamos todo el material innecesario y Burgener, al ver que hacía mucho frío, me puso su chaqueta y sus guantes. Nos apresuramos por la nieve, sin encontrar otra dificultad que su extremada blandura. Luego tuvimos que trepar un poco sobre unas rocas pizarrosas, después, un poco más de nieve y a las cinco y media de la tarde pisábamos la cumbre. Pero sólo por un momento. De pronto Burgener empezó a decir con una cara muy seria: «Yo no gustar una tormenta en esta arista». No cabía duda, las nubes nos estaban envolviendo y un ruido sordo y distante nos retumbaba en los oídos. «¡Vamos, vamos, más deprisa Herr Mummery!», y luego, con un empujón, me metió prisa en la arista. «Debe seguir, por aquí pasaría hasta una vaca», fueron las palabras de ánimo que escuché mientras bajaba atropelladamente pasando por encima de todo lo que estuviera en mi camino. Pronto llegamos a las pendientes de nieve y recogimos nuestras pertenencias. Corrimos tanto como pudimos en la cegadora tormenta, casi ensordecidos por el estruendo de los truenos, pero ¿qué más daba? Ciertamente es que era tarde, teníamos frío, estábamos hambrientos y cansados; cierto es que nos íbamos hundiendo en la nieve hasta las rodillas y que la «huella» había desaparecido debajo de la nieve que caía, pero «la Teufelsgrat era nuestra» y esos males nos importaban poco, y nos reíamos de la tormenta, mofándonos con gritos tiroleses y triunfantes. Hicimos una corta travesía a la izquierda y cruzamos la rimaya; una fatigosa caminata por suaves pendientes de nieve, un poco de cuidado al rodear algunas grietas abiertas y luego nuestros peligros se acabaron. A las ocho de la tarde alcanzamos el morro del glaciar Kien y, una vez, más pasamos a la morrena. Descendimos laderas rocosas durante otra hora y entonces me acordé de que nuestra última comida había tenido lugar a las diez de la mañana. Era obvio que no podríamos llegar a Randa esa noche, así que sugerí una parada y la idea fue recibida con aplauso. En pocos minutos estábamos sentados y engullendo nuestra cena, con el único inconveniente de que teníamos muchísimo frío. Mis manos y pies estaban insensibles, y lo que quedaba de nuestra ropa (nos habíamos dejado buena parte de ella en la Teufelsgrat) estaba empapada y, lo peor de todo, mis botas, vistas a la trémula luz de una vela, parecía que difícilmente fueran a aguantar hasta que llegáramos a Randa.

Con el hambre en cierto modo aplacada, observé síntomas de somnolencia entre los guías, así que le recordé a Burgener su promesa de llevarnos, en cualquier caso, hasta los árboles para que pudiéramos reconfortarnos en una hoguera. Nos pusimos en marcha una vez más, encordados con cuidado. La ladera era pendiente y estaba salpicada de pequeños cortados, y la noche era tan negra que no veíamos nada: por eso tuvimos que tomar esa precaución. Seguimos bajando de manera muy parecida a la que lo hubiera hecho una baraja de cartas, con Burgener apoltronándose sobre su espalda y desestabilizándome, y yo pasándole el tirón a los otros. Esta manera de avanzar prosiguió hasta que, a las once de la noche, cuando nuestros guías se pararon de repente y preguntarnos, con un cuchicheo, si podíamos ver una luz diminuta a la derecha. Con gran regocijo yo dije: «Sí, debe ser un chalet». La sugerencia fue tratada con un mudo menosprecio. «¿Qué puede ser, si no?». Con tono de funeral, Burgener dijo: «No sé», pero Andenmatten susurró

tímidamente: «*Geister!*» («¡Espíritus!»). Desde ese momento me di cuenta de que no tendríamos fuego; que seríamos afortunados si pudiéramos escondernos bajo una roca para protegernos de la tormenta que, una vez más, amenazaba con estallar sobre nuestras cabezas.

Unos cuantos pasos más adelante nos vimos frente a un enorme objeto negro. Al examinarlo descubrimos que era un lugar adecuado para pasar las próximas horas. Al cabo de cinco minutos los guías estaban roncando plácidamente, pero nosotros, tras escurrir el agua de nuestras chorreantes prendas, no tuvimos más remedio que ejecutar varias danzas de guerra con la vana esperanza de mantenernos calientes. Cuando esos ejercicios fueron fatigosos en exceso, observamos el espectáculo de relámpagos y rayos en los picos y crestas y acabamos azuzando a los guías con un piolet e instándoles a continuar el descenso. Ellos no dieron ni mucho menos su visto bueno a esa sugerencia, pues consideraban lujosos sus aposentos y minuciosamente pensados para un sueño reparador. Las dos horas que siguieron se emplearon en deslizarse lentamente y tropezar por laderas pedregosas con la hierba crecida. Luego giramos a la derecha, hacia un terreno algo más suave. Los hombres, sin embargo, rehusaron ir más allá alegando que había temibles precipicios delante y que, en la negrura de la tormentosa noche, era imposible hacerlo con una seguridad razonable. Los guías regresaron a un profundo sueño mientras nosotros esperamos cansinos las primeras señales de la mañana. Cuando un rayo de luz iluminó por fin la oscuridad, vimos la mortecina silueta de árboles a no mucha distancia y, con presteza, fuimos hacia ellos. Pronto ardía una hoguera y nos esforzamos por entrar en calor, pero, aunque estuvimos cerca de asarnos los pies y las manos y nos chamuscamos los rostros, el resto de nuestro cuerpo parecía, tal vez por contraste, más frío que antes y titiritábamos penosamente delante de la crepitante leña de pino.

Tan pronto como hubo alguna luz, arrastramos nuestros molidos cuerpos por el bosque y las praderas hasta que, a las cinco y media de la mañana, llegábamos al pequeño albergue en Randa. Despertamos al patrón y enseguida nos hizo un buen fuego. Le siguió un desayuno caliente y una vez hicimos justicia a sus esfuerzos culinarios, nos subimos a un renqueante carruaje y regresamos a Zermatt.

Burgener estaba del mejor de los humores; su principal fuente de alegría parecía ser la creencia de que no llegar la noche anterior había desatado la alarma y que probablemente tendríamos el privilegio de encontrar un grupo de rescate, debidamente equipado para el transporte de nuestros deshechos restos. Mi esposo, sin embargo, no simpatizaba en absoluto con esa idea y parecía tener muy en cuenta el *Trinkgeld*, la propina, las tarifas y otros concomitantes pecuniarios que entrañaría semejante lujo. Por suerte, sabíamos que no era muy probable que nuestros amigos pensarán que nos había pasado nada malo y cuando, dos horas más tarde, llegamos a Zermatt, nos encontramos con que seguían durmiendo plácidamente en sus habitaciones.

LA AGUJA DE LOS CHARMOZ

Después de la travesía del Col du Lion, ya relatada, fuimos a Courmayeur, dispuestos a realizar grandes logros. Sin embargo, el mal tiempo nos mantuvo prisioneros y, durante cuatro días consecutivos, un fuerte viento del suroeste escanció una incesante lluvia sobre el valle, arrastrando almiares y algún chalet se vio afectado por el gran torrente turbio que corría por el pueblo.

Yo era el único huésped del Hotel Royal y su primoroso *chef* dedicaba todo su tiempo y atención a la ruina de mi forma y condición. Durante los raros intervalos en los que yo no estaba disfrutando los manjares que se ofrecían a mi deleite, él mismo se mantenía ocupado con minuciosas pesquisas sobre lo que me gustaba y lo que no.

Al quinto día se hicieron visibles síntomas de mejora en el tiempo y, por la tarde, Burgener, Venetz y yo subimos a pie hasta el albergue de Mont Fréty con alguna vaga idea de intentar un paso nuevo hasta Chamonix. Antes de que amaneciera, sin embargo, una feroz tormenta y terribles oleadas de viento y lluvia pusieron fin a nuestras ideas de nuevos ascensos e hicieron que incluso el Col du Géant pareciera una aventura alocada y peligrosa. Pero a medida que avanzó el día empezaron a abrirse claros en las nubes y, para cuando hubimos alcanzado los seracs, un sol brillante hacía que la nieve recién caída chorreara en avalanchas de toda suerte y tamaño desde las paredes de roca y las laderas más inclinadas.

En Chamonix me vi una vez más en peligro de caer por completo víctima de los ardides de los posaderos y sus cocineros, pero, felizmente, algunos amigos reconocieron mi precaria posición y me llevaron con ellos hasta Grands Mulets. No habíamos hecho más que llegar allí cuando otra tormenta arremetió contra nosotros y nos mantuvo dentro del refugio hasta que se hizo demasiado tarde para descender. Cuando nos despertamos a la mañana siguiente, nos vimos a medio camino del Grand Plateau y era evidente que Burgener y Venetz sospechaban que nuestra intención era pasar el resto del día en un rutinario ascenso al Mont Blanc. Las ideas revolucionarias se apoderaron rápidamente del grupo y culminaron en la absoluta renuncia de sus miembros a dar otro paso. A pesar de la indignación y el desdén de los profesionales, regresamos deslizándonos y dando volteretas hasta Grands Mulets, recogimos nuestras escasas pertenencias y bajamos corriendo a la Pierre Pointue y luego a Chamonix.

Esa misma tarde tuvimos un solemne concilio y llegamos a la conclusión de que ese ritmo de vida no podía continuar y, desesperados, decidimos partir hacia los Charmoz. Ciertamente era que el mal tiempo podía haber impedido nuestras posibilidades de éxito, pero como la montaña está expuesta al suroeste y no es muy alta, esperábamos que no nos importunara nada realmente serio.

A la mañana siguiente (¿o debería decir esa misma noche?) empezamos y, con un admirable candil facilitado por *monsieur* Couttet (esta expedición tuvo lugar antes de que se inventaran los faroles plegables), avanzamos bastante bien durante la primera media hora. Luego empezamos a subir algo que Burgener llamó senda, pero que, insensible a ese piropo o quizá avergonzándose

por haberlo recibido, cada tres pasos se ocultaba a la vista con recato. Tras larga caminata, la luz gris de la mañana empezó a ser más poderosa que la de nuestro candil por lo que, tras encontrar una piedra adecuada, lo escondimos con cuidado y marcamos el lugar con una ramita de pino. Es triste decir que a nuestra vuelta, aunque encontramos muchas piedras con ramitas de pino sobre ellas, ninguna tenía el candil en el agujero de debajo, circunstancia que lamentamos mucho, pues, como artículo que apareció posteriormente en mi factura, parece que *monsieur* Couttet lo tenía en gran estima.

No tardamos en salir de la linde del bosque y, al llegar a un torrente bajo la morrena lateral del glaciar de Nantillons nos detuvimos para desayunar. Allí descubrimos que tres rodajas de carne, un diminuto pedazo de queso, un trozo de pan y una bolsa grande de pasas eran todas las provisiones que el mozo del hotel había considerado necesarias. Por suerte, Burgener había quedado a cargo del comisariado y, como yo prefiero las pasas en la ladera de una montaña antes que cualquier otro alimento, me tomé con filosofía la conducta del mozo, estado de ánimo ni mucho menos compartido por mis compañeros.

Rodeamos muy imprudentemente la cascada de hielo inferior pegándonos a la derecha y ascendiendo un *couloir* entre las paredes de la Blaitière y las escarpadas rocas sobre las que cae el glaciar. El *couloir* resultó ser muy fácil, pero como aún era más fácil un pilar rocoso a nuestra izquierda, nos pasamos a él y lo escalamos deprisa. Justo sobre nuestras cabezas se elevaba una interminable sucesión de seracs, enormes monstruos que perforaban el cielo y amenazaban con destruirnos en un instante. El lugar no era muy apetecible para hacer un descanso, así que giramos a la izquierda para ver cómo acceder al glaciar. Sólo era posible hacerlo en un lugar. Un serac que se tambaleaba sobre el cortado, y daba la impresión de ir a apilarse sobre los rotos trozos de hielo varios cientos de metros más abajo, era el único puente disponible. Trepamos por él, cruzamos una grieta sobre restos de una avalancha y subimos a toda prisa por una corta pendiente de hielo hasta salir al glaciar abierto. Diez minutos nos bastaron para llegar a una relativa seguridad, y atravesamos a la isla de roca por la que se suele rodear la cascada de hielo.

Allí hicimos un alto y nos dispusimos a rebuscar en la mochila por si hubiera reservas ocultas de comida. Mientras Venetz y yo nos ocupábamos de esta tarea, Burgener se contorneaba con su telescopio, adoptando una serie de posturas verdaderamente extraordinarias, hasta que, por fin, logró hacer un examen satisfactorio de nuestro pico. Una hora más tarde, nos volvimos a poner en marcha y llegamos hasta la base del gran *couloir* que lleva hasta la depresión entre el Grépon y los Charmoz.

A las nueve menos cuarto cruzamos la rimaya y, girando pronto a la izquierda, fuera del *couloir*, nos abrimos paso ascendiendo por rocas buenas durante tres cuartos de hora en los que apenas una o dos placas nos presentaron alguna resistencia. A esas alturas ya habíamos alcanzado lo alto de una arista secundaria que, allí, termina en los contrafuertes finales de la montaña. Nos sentamos sobre una roca cubierta de hielo y, sacando nuestras limitadas reservas de alimento, denostamos una vez más al mozo de Chamonix. Luego depositamos el bidón de vino en un rincón seguro y descartamos por unanimidad chaquetas y botas que, con dos de los tres sombreros y la misma proporción de piolets, fueron estibados en una hendidura segura. El equipaje, que consistía

en una cuerda de repuesto, dos cuñas de madera, la comida, una botella de champán, una petaca de coñac y un piolet, me fue entregado.

Ambos guías empezaron a ascender por la pared: lo habitual era que Burgener aupara a Venetz y luego este último le ayudara al otro con la cuerda. El progreso, sin embargo, era lentísimo y cuando por fin llegaron a un lugar en el que poder estar firmemente de pie, la cuerda se negaba a llegar hasta mí. Al final, tuve que hacer una difícil travesía para llegar hasta ella, pues era imposible llevar el piolet y la mochila sin su ayuda. Este tipo de trabajo continuó durante tres cuartos de hora y luego un retraso mayor sugirió que había algo que verdaderamente iba mal. Un examen minucioso nos dio la respuesta: el siguiente tramo era impracticable, pero, añadió Burgener, «*Es muss gehen*» («Hay que pasar»). Ansioso por ver el obstáculo que, aunque impracticable, teníamos que ascender, me arrastré por el borde de una gran placa hasta una estrecha repisa y luego, bordeando un difícil diedro, entré en un corredor frío y oscuro.

Un imponente bloque, de unos doce metros, se había separado de la masa principal de la montaña, dejando expuesto un *couloir* redondeado y perpendicular que ahora estaba completamente tapizado de hielo. Por el dorso del *couloir* goteaba un diminuto torrente que, a media altura, se había congelado y permanecía unido a las rocas, formando una espesa columna de hielo flanqueada a ambos lados por unos fantásticos canalones, también helados. Un resalte verde, unos cinco metros más arriba, nos impedía ver la parte posterior del corredor más allá de ese punto. El aspecto no podía ser más desesperanzador, pues ni siquiera había una presa decente donde poner los pies y todo lo ocupaba el negro brillo de un hielo que enmascaraba las irregularidades de la roca inferior.

Unos diez minutos más tarde, la situación de ambos guías me pareció crítica en extremo. Venetz, casi sin presas de ningún tipo, se acercaba poco a poco al resalte verdoso ya mencionado; un piolet, hábilmente aplicado por Burgener en esa porción del traje de guía que más se suele decorar con parches de tonalidades brillantes y variadas, consiguió motivarle para que se moviera, al tiempo que el propio Burgener se afianzaba hábilmente en invisibles hendiduras talladas en el fino hielo que tapizaba la roca. Sin embargo, antes de que Venetz pudiera superar el resalte verdoso, se hizo necesario trasladar el piolet a sus pies y, durante un momento, se quedó agarrado como un gato a los resbaladizos surcos del enorme carámbano. Cómo logró mantener esa postura es un misterio que sólo conocen él mismo y la ley de la gravedad. Con el piolet bajo sus pies, se movió de nuevo hacia arriba y, con un esfuerzo desesperado, asomó la cabeza y los hombros por encima del resalte. «*Wie geht's?*» (¿Qué tal?), gritó Burgener. «*Weder vorwärts noch zurück*» («Ni para adelante ni para atrás»), jadeó Venetz, y a una posterior pregunta sobre si podía ayudarlo, Burgener le respondió: «*Gewiss nicht*» («Claro que no»). Sin embargo, tan pronto como hubo recuperado el aliento, reanudó sus esfuerzos. Poquito a poco sus piernas, a base de sacudidas espasmódicas, desaparecieron de la vista y, por fin, un estallido de *patois*, un tirón de la cuerda y Burgener avanzó y desapareció. El zumbido de los carámbanos y otros fragmentos pequeños, y la laboriosa respiración de los guías indicaba que estaban avanzando. Entonces Burgener me gritó que me pegara bien a la pared para resguardarme, por miedo a que cayeran piedras, pero como la grieta a la que yo me estaba agarrando solo era suficiente para protegerme la nariz, las manos y un

pie, consideré sensato destrepar el *couloir* hasta las rocas expuestas al sol, y de ello me convencieron sobre todo los dedos de mis pies que, sin la protección de las botas y con unas medias que llevaban tiempo convertidas en jirones, no estaban dispuestos a seguir sobre roca helada y hielo pudiendo estar al sol y al calor.

De pronto, un grito de asombro y una gran piedra saltaron al espacio, seguidos de un bronco cántico tirolés anunciando la conquista del corredor. Mientras yo volvía a trepar por el *couloir*, cayó la cuerda con un silbido y me encordé lo mejor que pude con una mano mientras con la otra me agarraba a un canto cubierto de hielo. Una vez consumada esta importante operación, empecé el ascenso. Todo fue bien durante los primeros metros y luego los agarres parecieron hacerse insuficientes y un esfuerzo desesperado para remediarlo acabó con un péndulo en el que me vi incapaz de asirme a roca o a hielo. Un rostro barbudo, con una amplia sonrisa, asomó sobre el borde del corredor y preguntó jovialmente: «¿Por qué no vienes?».

Entonces, merced a unos cuantos tirones vigorosos superé el resalte verde y entré en una estrecha hendidura. Sus paredes verticales y lisas estaban cubiertas de hielo por todos lados y sus superficies paralelas no ofrecían apoyo ni agarre ninguno. Apenas era posible empotrar la espalda contra una pared y las rodillas contra la otra, pero progresar en esas condiciones era impensable. Tras los minutos que suelen dedicarse a convencer a un caballero, a pesar de encontrarse en un entorno así, de que la mochila y el piolet no son los únicos impedimentos del grupo, la persuasiva influencia de la cuerda me llevó a un terreno menos liso y, tras una trepada, llegué al sol.

Los guías miraban con tristeza sus codos, desgarrados y sangrantes, pues parecía que la única manera de subir por el corredor había sido a fuerza de poner las manos por delante y, llevándoselas hacia el pecho, hacer cuña con los codos en las paredes de la chimenea. Ambos estaban bastante maltrechos, así que nos detuvimos y pusimos en circulación una eficaz petaca. Luego, yo me eché sobre las rocas calientes y me pregunté cuánto tiempo tardarían mis órganos internos en regresar a sus posiciones normales que la presión de la cuerda se había encargado de alterar.

Un cuarto de hora más tarde ya estábamos de nuevo en marcha. Por encima, una larga serie de paredes de roca cuarteada, enlazadas por una línea bastante continua de grietas verticales, nos garantizaba el avance hasta la arista. Cómo me arrastré sobre grandes placas suspendidas de diedros, cómo en momentos críticos la mochila se enganchaba en salientes de roca o el piolet se atascaba en grietas al tiempo que las llagas en los dedos de mis pies se hacían cada vez más grandes, y cómo la cuerda hacía que mi cintura se aproximara más al moderno ideal de belleza femenina, son cosas que han quedado fijadas de manera indeleble en mi mente. Pero hay cosas demasiado penosas para ser expresadas con palabras y por tanto me limitaré a decir que, en algunas rocas, como corresponde con las últimas tendencias del montañismo, reconvine a Burgener acerca de lo absurdo de utilizar una cuerda, tomando al mismo tiempo buen cuidado de ver que el nudo estuviera bien apretado y a prueba de emergencias. Sobre otras rocas me limité a ascender adoptando nuevas y originales posturas, las cuales, a pesar de ciertas críticas en contra, sigo creyendo que habrían alcanzado celebridad en cualquier artista que hubiera echado mano de su gracia y elegancia y hubieran, además, permitido un punto de partida muy diferente de todos

los modelos convencionales. Y en otras rocas se adoptó un método de avance que, desde entonces, siento decirlo, ha dado lugar a fieras disputas entre los miembros aficionados y profesionales del grupo; por un lado se alega que no existe dificultad en subir esas rocas si el escalador no se ve estorbado por una mochila y un piolet, y por otro, que una talla de cintura de cuarenta y cinco centímetros debería, por alguna misteriosa razón, ser tomada en cuenta y quitarle algo de mérito a su poseedor. Sin embargo, sin entrara profundizar en un asunto tan controvertido y de naturaleza tan dolorosa, me limitaré a decir brevemente que a las once y cuarto llegábamos trepando a la arista y que nos regalamos la vista con una visión cercana de la cumbre.

El miembro más optimista del grupo llegó de pronto a la conclusión de que una punta a la izquierda, de fácil acceso, era el punto más alto, pero ciertos fúnebres disidentes declararon que un feo diente a la derecha, de un aspecto extremadamente fiero, era el auténtico pico. Esos descreídos sólo recibieron hilaridad y se escaló el risco fácil entre explosiones de entusiasmo para descubrir, sin embargo, que allí, como en cualquier lugar, el camino cómodo y ancho no es para los fieles.

Regresando al lugar donde habíamos ganado la arista, nos encaminamos hacia el pie de la verdadera cumbre. Venetz fue izado sin demora a los hombros de Burgener y propulsado hacia arriba por el piolet, pero el primer ataque fracasó y reculó rápidamente hasta Burgener. Este menospreciado cliente fue utilizado entonces para extender la escalera y, gracias a ello, Venetz pudo alcanzar un agarre dudoso y acabar ganando la cumbre. A las doce menos cuarto del mediodía todos nos reunimos en la cima mientras los guías se regocijaban del alocado gasto de pólvora con el que *monsieur* Couttet celebró nuestra llegada. Burgener, como reconocimiento apropiado de esa atención, plantó uno de nuestros piolets en el punto más alto al tiempo que la tropa de la expedición buscaba diligente piedras con las que erigirlo en una posición recta y segura. Se le ató firmemente un pañuelo de vivos dibujos y mal arreglo, resultado de un lavado en Zermatt de dos pañuelos de dimensiones y colores más ordinarios.

Mientras se completaban estos detalles de manera satisfactoria, el equipaje pesado del grupo estaba asoleándose tranquilamente en un cómodo rincón, absorbiendo esa mezcla de luz solar, atmósfera, lago resplandeciente y arista dentada que forman la vista desde una cumbre. Largas horas de esfuerzo forzando al máximo la musculatura, y la desenfrenada emoción de una victoria medio lograda, pero aún incierta, se transforman en un instante en una sensación de alivio y seguridad tan perfecta que sólo el escalador que se ha tumbado en algún rincón calentado por el sol y protegido del viento es capaz de darse cuenta del completo olvido que sosiega cualquier sospecha de dolor o preocupación, y aprende que, por muy esquiva que sea la felicidad, a veces se la puede sorprender tomando el sol en irreales riscos de granito. Dedicar la mente en tales momentos a tratar de reconocer picos distantes o a enmendar sus conocimientos topográficos, o a empeños científicos de la suerte que sean, parece un sacrilegio de la clase más ruin. Para mí, el verdadero culto es tumbarse con los ojos medio cerrados al sol y dejar que el paisaje

*«como una dulce y seductora melodía,
tan dulce que no sabemos que la estamos escuchando»*,

nos envuelva con suave deleite hasta que, indiferentes al bullicioso mundo, casi hayamos llorado...

«Juremos solemnemente...

... *vivir en los montes, recostados como los dioses, lejos de la humanidad*».

Pero Burgener no compartía del todo esta visión y a las doce y media insistió en que bajáramos deslizándonos por una cuerda doble hasta la arista bajo la cumbre. Todo fue de perlas hasta que llegamos al *couloir* de hielo. Allí Burgener trató de anclar uno de nuestros tacos de madera, pero, hiciera lo que hiciera, éste insistía en no cumplir con su tarea, oscilando primero hacia un lado y luego hacia el otro de modo que la cuerda resbalaba por arriba. Probamos todos, metiéndolo en grietas que nos parecían adecuadas y hasta tratando de afianzarla mediante ingeniosas disposiciones de pequeñas piedras. Entonces alguien se preguntó si los tacos de madera no eran algo parecido a doblar la rodilla ante Baal y si no serían la primera parada en esas sendas de ruina en las que el arte del montañismo se confunde con el montaje de andamios. Ante eso, declaramos por unanimidad que los Charmoz no deberían ser violados por tacos de madera y, tras encontrar una dudosa protuberancia de roca, pasamos nuestra cuerda a su alrededor y Venetz bajó por ella. Yo fui a continuación y, para evitar en lo posible el riesgo de que la cuerda saltara, le dimos varias vueltas y la mantuvimos tensa mientras Burgener descendía.

A las dos y veinte nos reunimos con nuestras botas y la idea de una buena mesa de hotel sustituyó a otras más poéticas. Destrepamos las rocas y corrimos por el glaciar de un modo que, más tarde supimos, creó gran asombro en las mentes de varios amigos que estaban en el otro extremo del telescopio de *monsieur* Couttet. Cuanto más avanzábamos, más deprisa íbamos, pues los seracs que por la mañana parecían desagradables se tambaleaban ahora sobre nuestras cabezas de un modo que los «*schnell, nur schnell*» («deprisa, más deprisa») de Burgener casi le hacían a uno despegarse del suelo. Como suelen hacer los seracs, crujían y se movían, pero no se cayeron y llegamos a la parte inferior del glaciar casi sin resuello, pero, por lo demás, indemnes. Al alcanzar las inmediaciones del lugar donde dejamos el candil, lo buscamos minuciosamente, pero no lo encontramos, así que nos encaminamos a un chalet que Burgener conocía.

Encontramos a su bella propietaria alimentando a los cerdos. Nos trajo leche y, aunque de calidad intachable, los miembros más exigentes del grupo la habrían preferido sin los numerosos habitantes que habían buscado la eutanasia en el tazón.

Por suerte, no tardamos mucho en deshacer los zigzags del camino y a las cinco y media de la tarde éramos cálidamente recibidos por *monsieur* y *madame* Couttet y un champán excelente.

El ascenso no se repitió durante varios años, pero al final M. Dunod y F. Simond alcanzaron la cima sur y al año siguiente recuperaron el piolet que habíamos dejado en su cima norte. La montaña se convirtió enseguida en la escalada más popular en el distrito de Montanvers y la travesía de las cinco cumbres (como se llama ahora) está reconocida como una de las mejores y más entretenidas de las escaladas en roca en Chamonix.

En 1892 volví a esa montaña. Esa vez íbamos sin guías, pues habíamos aprendido una gran verdad: quienes desean disfrutar plenamente de los placeres del montañismo deben recorrer las altas nieves confiando sólo en su propia pericia y conocimiento. Esta necesidad se debe a varios motivos y no tiene poco que ver en ello el gran cambio que se ha apoderado del montañero profesional. El guía de la época de *Picos, pasos y glaciares*^[6] era un amigo y un consejero; dirigía al grupo y se metía de lleno en la diversión y la alegría de la expedición; de regreso al pequeño albergue de montaña, seguía siendo, más o menos, uno más del grupo y la pipa de las noches sólo podía disfrutarse en su compañía. Feliz entre sus propias montañas y hábil para descubrir tras ardorosa investigación los magros recursos de la aldea, era un compañero inestimable y muy agradable. Pero no todas las ventajas eran para el cliente. Al estar en contacto permanente con sus empleadores, adquirió de ellos esas reglas de conducta y educación elementales que son esenciales si guía y viajero quieren desarrollar amistad y respeto mutuo. De aquellos pioneros continúan Melchior Anderegg y otros pocos, pero entre los más jóvenes no hay ninguno con quien uno pueda asociarse en los términos de antaño y con la intimidad de entonces. La afluencia de turistas ha traído las infelices distinciones de clase, y el guía moderno vive en las habitaciones de los guías y solo ve al cliente cuando está en plena expedición. Separado del contacto de los viejos tiempos, el guía tiende más y más a formar parte del tropel de los lacayos y el ambicioso turista lo mira de manera muy parecida a como su menos ambicioso hermano contempla a su mulo.

La constante repetición del mismo ascenso, además, ha tendido a hacer del guía una especie de contratista. Por tantas decenas o centenas de francos te llevará a cualquier sitio que se te ocurra nombrar. La destreza del viajero no cuenta para nada; el guía preparado lo contempla como un fardo. Es evidente que si se trata de un cliente de un volumen y peso anormales, deberá pagar una cantidad adicional de francos, del mismo modo que una persona de cien kilos tiene que pagar un precio más alto por un caballo. Pero, salvo por el detalle del peso, la individualidad del cliente no se tiene en cuenta.

Naturalmente, el guía, tras firmar un contrato, quiere cumplirlo de manera satisfactoria en el menor tiempo posible. Para ello, el camino de ascenso a la montaña se traza con gran detalle. El contratista conoce al segundo la hora a la que debe llegar a cada roca y a cada repisa. La más mínima variación de esos tiempos establecidos hiere su sensibilidad y perturba la serenidad de su disposición. No hay, por supuesto, diversión o entretenimiento durante el ascenso. Los viajeros, forzados a moverse al límite de su velocidad, no están en condiciones de disfrutar; tanto valdría, de hecho, pedirle a un hombre que esté tratando de batir el récord de la milla en bicicleta que mire el paisaje, o a los miembros de la tripulación de regatas de Oxford que entiendan un chiste. El grupo se limita a ser conducido hacia adelante y sólo se detiene cuando el resuello o las piernas

del cliente se niegan por completo a dar un paso más. Durante las breves paradas de rigor —normalmente para el desayuno, aunque nadie come nunca nada— el aficionado jadea y boquea, y siente, o más que siente, los colmillos de un incipiente *mal de mer*, mientras los guías se lamentan de la lentitud de los señoritos. No hace falta decir que las condiciones imprescindibles para que se den los placeres de la charla y la contemplación, de los que disfrutaban los fundadores del oficio, brillan por su ausencia. Pobre del turista criado en la ciudad, al que meten prisa una pareja de campesinos suizos con pulmones y músculos en plena forma.

El escalador que va sin guía está libre de todas esas funestas influencias. Mientras haya tiempo disponible, y muy a menudo cuando no lo hay, él prefiere entretenerse al abrigo de una roca y observar en los montes lejanos las sombras siempre cambiantes o dirigir la vista hacia las enormes profundidades y las nieblas agitadas que flotan sobre el glaciar. Penar ascendiendo neveros o laderas a toda velocidad es algo que no va con él, sino que más bien cada piedra plana le sugiere una parada, y cada hilillo de agua, un torrente.

Una vez encontré a un hombre que me dijo, a las once de la mañana, que acababa de subir los Charmoz. Parecía profundamente orgulloso de su logro y es indudable que lo había hecho a una velocidad extraordinaria. «Pero», me pregunté a mí mismo, «¿por qué lo ha hecho?». ¿Puede alguien con ojos en la cabeza y un alma inmortal en su cuerda, apresurarse a abandonar la tosca belleza de la arista de los Charmoz para regresar corriendo hasta las hordas de turistas dirigidos que llenan y hacen insufrible el mediodía y la tarde en Montenvers? Y esto no es algo excepcional; en Zermatt es frecuente encontrar personas a primera hora de la mañana que han cometido la tontería de abandonar los rincones más bellos y los íntimos recovecos de los Alpes, el Gablehorn, el Rothorn u otro pico similar, para apresurarse a volver a las orquestas de metal y a los trovadores negros de esos lugares para excursionistas. El escalador sin guía no hace ninguna de esas cosas; rara vez se le ve regresar antes de que el último brillo del día se haya ocultado en el horizonte del oeste. Es la noche, y sólo la noche, lo que le conduce de regreso a las atestadas guaridas de los turistas. Ese amor por vivir al sol y en las altas nieves es la marca de identidad del entusiasta y lo distingue del tropel de fanfarrones y de todos los «hacedores de los Alpes». No hay que asumir que el amor por la montaña deba considerarse como el primero de los deberes humanos, o que el valor de la moral de un hombre pueda determinarse por la hora a la que suele regresar al albergue, sino que el montañero, el hombre que puede entender cada cambio de luz y sombra y que venera el verdadero espíritu del mundo superior, se diferencia por esos detalles de imitadores e hipócritas empedernidos.

Mi principal objeción a las cordadas dirigidas por guías, sin embargo, hay que encontrarla en la certeza con la que se llevan a cabo los trámites del día. El guía no es sólo capaz de «estar tumbado en la cama y visualizar cada uno de los pasos de la ascensión», sino que también puede, mientras reposa de tal guisa, decirte, con una precisión de segundos, la hora exacta a la que llegarás a cada punto del ascenso y el momento preciso en el que te devolverá, sano y salvo, al sonriente patrón de tu hotel. Ahora estoy de acuerdo con Landor en que «las certidumbres carecen de interés y conducen a la saciedad». Cuando me pongo en marcha por la mañana no quiero saber qué es lo voy a hacer exactamente o cómo voy a hacerlo. Me gusta la sensación de que habré que

esforzarme al máximo y de que, incluso así, podremos vernos frustrados y vencidos. De manera similar, es infinito el deleite de recordar todos los vaivenes de una larga e incierta victoria, mientras que la memoria de una aburrida certeza detrás de dos guías incansables es aburrida en extremo y no tarda en diluirse en el monótono pasado.

Pocas escaladas nos han dado más placer a mis compañeros y a mí que la ascensión del Mont Blanc por la Brenva. Por un estúpido error, en el que yo insistí contra el consejo de mis amigos, nos enfrentamos a un enorme muro de seracs y luchamos con un vigor y, sea dicho sin fanfarronería con una determinación que nos marcó entonces con un puro placer y delectación, y nos marcará a partir de entonces mientras dure el recuerdo. Retrocedimos, confundidos, y acampamos en una expuesta repisa de roca y, a la mañana siguiente, atravesando por tercera vez el famoso filo de cuchillo de hielo, repetimos nuestro asalto a los seracs, esa vez por un rincón más vulnerable. La victoria aún pendía de un hilo, y hasta que Collie no hubo montado una destartalada escalinata, a base de empotrar nuestros tres piolets en los intersticios de una pared vertical de restos de hielo, y superó el obstáculo, no plantamos los pies en triunfo sobre los grandes neveros que quedan bajo la Calotte, desde donde ya se alcanza ésta fácilmente. Momentos como aquéllos son los que hacen que valga la pena vivir, pero dichos instantes se buscarán en vano si un guía de los que pueden «estar echados en la cama y visualizar cada paso del ascenso» forma parte del grupo. El montañismo, como ha señalado Leslie Stephen es «un deporte, como el cricket, el remo o el *knurr and spell*^[7]», y de ello se deduce necesariamente que su disfrute depende de la lucha por la victoria. Partir en una expedición ordinaria con guías es, desde un punto de vista deportivo, igual de interesante —o lo contrario— que una carrera en la que corra un solo caballo.

Esta cuestión tiene, sin duda, otro aspecto que merece estudiarse. Los píos adoradores del gran dios «Cook» contemplan que se facilite el ascenso como algo que sólo puede ser bueno. Dan la bienvenida a un Cervino repleto de cuerdas y lleno de refugios y a los guías que visualizan el ascenso desde la cama, y lo toman como avanzadillas de los funiculares que les seguirán. Ascender el Cervino en un ascensor de vapor, y no dejar de recordar que han muerto hombres bravos en las dificultades de sus helados paredones, les supondrá a los curiosos llegados de la ciudad y a sus congéneres un gran placer. Cuando lean algo acerca de los primeros montañeros, de sus vivacs, de las noches pasadas en los refugios, de sus dedos congelados y hasta de cordadas enteras llevadas a la tragedia por un simple resbalón, el halo de peligro y sufrimiento parecerá envolverles cuando estén sentados en sus cómodos vagones de tren y se sentirán ellos mismos como bravos guerreros.

Acaso los de la vieja escuela debiéramos reconstruir nuestros ideales. Nos dicen que en unos cuantos siglos la lengua inglesa será una mezcla del inglés que se habla en el este de Londres y de mal americano. ¿Por qué no apostar por un nuevo credo del montañismo? Abandonaríamos el viejo amor por las noches frías al raso, las curiosas comidas con el hospitalario cura, las alocadas escaladas en glaciares medio desconocidos y las travesías de aristas vírgenes, y en su lugar, frecuentaríamos los hoteles e iglesias de Grindelwald y Zermatt y, en los breves intervalos entre las diversas funciones de esas dos clases de edificios, subiríamos corriendo al Jungfrau en un ascensor de vapor o escalaríamos el Cervino en un tren de cremallera.

El mero hecho de pensarlo es horrible. Dejemos que la ventisca nos limpie la nariz del hedor de la lata de aceite, y que la turbulenta avalancha y el rugido de la tormenta entierren el débil retintín de las campanas de hierro y el fragor de chabacanas orquestas alemanas. Acariciemos la esperanza de que, mientras vivamos, los Alpes más altos resistirán a las máquinas y a los ingenieros, y que podamos seguir venerando en paz los lugares sagrados de nuestros padres.

Sin embargo, las delicias de la escalada sin guías me han llevado lejos de los riscos y las torres de los Charmoz; me han conducido a traición, me temo, a la mayor de las indiscreciones: a una confesión de fe. La prudencia sugiere, por tanto, que abandone este terreno peligroso y regrese al sólido granito de nuestro pico.

Hasta que alcanzamos el punto en el que, durante nuestra primera ascensión, habíamos dejado las botas, no resultó ni más ni menos difícil que lo que yo había esperado; de ahí en adelante era mucho más fácil. Es posible que durante aquella expedición la falta de nuestro calzado habitual dificultara, más que ayudara, nuestro progreso; es posible el hecho de que hubiera muchísimo menos hielo en el corredor hiciera fácil lo que antes resultó terriblemente difícil y eso rebajara la impresión transmitida por la montaña en su globalidad. O posiblemente, y pensarlo tal vez suponga alivio a los miembros de más edad del grupo, el paso de los años no ha sido capaz, hasta ahora, de causar estragos ni en músculos ni en los pulmones o en el ánimo. Pero tales especulaciones son absurdas. Olvido que el ánimo estaba inclínelo en nuestra cordada. No cabe duda que la presencia de dos damas, que nos habían honrado con su compañía, nos dotaba de una fuerza y una agilidad con la que ni meros guías, ni siquiera la fogosa juventud, hubieran aspirado a rivalizar. Nuestro avance hasta la primera cima fue, por tanto, apenas una serie de fáciles victorias.

Desde ese lugar, caminamos sobre la arista, escalando de paso el curioso pináculo, conocido con el irreverente nombre de «El palo de Wick», y nos colamos por último a través de un *buzón*^[8] muy estrecho hasta la última cumbre. Cuando estuvimos listos para bajar, logramos encontrar una manera mejor de destrepar la torre final y alcanzamos sin dificultad la cabecera del gran *couloir* que divide el Grépon de los Charmoz. Lo descendimos con mucho miedo, pues las piedras estaban sueltas y éramos un grupo muy numeroso.

Por suerte nadie resultó golpeado, salvo Pasteur, y él, según todas las apariencias, más que sufrirlo, lo disfrutó.

Nuestro descenso de la pendiente de hielo hasta las rocas del desayuno se vio alegrado por la vista de una hilera de botellas, limones y un enorme *Dampfschiff*, todo manipulado con la mayor de las pericias mientras esperábamos la llegada de las primeras damas que habían afrontado los peligros de la travesía de los Charmoz.

En la noche, a lo lejos, las luces de Montenvers bendecían nuestra visión. A los gritos tirolese y de júbilo siguieron cohetes y, mientras descendíamos las laderas cubiertas de rododendros, vimos al miembro más alto del Club Alpino ejecutar un brillante *pas seul* sobre una desvencijada mesa, silueteado contra el deslumbrante reflejo de luces rojas y demás despliegues pirotécnicos. Una tumultuosa bienvenida recibió nuestra llegada y la velada concluyó con prolongadas celebraciones.

EL GRÉPON

UN PICO INACCESIBLE. LA ESCALADA MÁS DIFÍCIL DE LOS ALPES. UN DÍA TRANQUILO PARA UNA DAMA

Desde la cumbre de los Charmoz en 1880, el Grépon me pareció equiparable al propio Géant en cuanto a la salvaje grandeza de sus paredes. La arista, desde ese lugar, parecía completamente infranqueable. Grandes torres, compuestas por bloques de treinta metros o más de granito macizo, parecían impedir cualquier posibilidad de avance. Nosotros habíamos examinado previamente las paredes de la cara de Nantillons con un telescopio y parecía que eran casi verticales, si no totalmente, y con esa formación particularmente difícil a la que los guías alemanes se refieren como *abgeschnitten*, es decir, truncada. Estando, de todos modos, seguros de que debía de haber alguna manera, a fuerza de descartes llegamos a la conclusión de que ésta se encontraría en la cara que da a la Mer de Glace. En consecuencia, decidimos hacer nuestro primer asalto por ese lado.

Camino de la Verte desde el glaciar de Charpoua, Burgener y yo dedicamos nuestras paradas al cuidadoso estudio de esa cara este. Descubrimos unas chimeneas excelentes en la cumbre, buenos corredores de nieve más abajo y el *ojo de la fe* pudo, con algún esfuerzo, distinguir amables fisuras, aristas y travesías que conectaban un sistema con otro. Habiendo ideado de ese modo una vía magnífica —asumiendo que el *ojo de la fe* sea de fiar—, decidimos ponerla en práctica. Así, el primer día de agosto de 1881, nos reunimos en el salón del Hotel Montenvers a la una de la madrugada. Burgener, por desgracia, se encontraba bastante mal y hubo que administrarle algunas dosis de *chartreuse* y brandy antes de que pudiera incorporarse. Algo retrasados por esto, dieron ya las dos de la mañana antes de que empezáramos. Pasamos el resto de la noche forcejeando penosamente entre las interminables piedras y grietas atascadas por la morrena. Después de rodear el promontorio de Trélaporte, dejamos la Mer de Glace y ascendimos hacia unas repisas herbosas. Seguimos por ellas, yendo siempre hacia la izquierda, hasta llegar al glaciar de Trélaporte. Desde ese glaciar habíamos visto, en nuestra previa inspección desde la Verte, que hay tres *couloirs* que llevan a la montaña. Nuestras preferencias se habían fijado en el del centro, pues fue el que nos pareció, desde todos los puntos de vista, el más adecuado para nuestra empresa.

Al alcanzar su base, descubrimos un serio inconveniente: era totalmente imposible entrar en él. La rimaya no tenía puente, su labio superior estaba seis u ocho metros más alto que el inferior y más de treinta metros por encima de una masa de escombros, único lugar sobre el que se podía cruzar la grieta. Las rocas a cada lado eran lisas e inexpugnables, así que nos vimos obligados a abandonar el *couloir* que habíamos elegido. Atravesamos por tanto a la izquierda para ver si el *couloir* siguiente era más favorable. Descubrimos que mientras el labio superior de la rimaya era igual de infranqueable, el hielo en el *couloir* se había encogido tanto en la roca que quedaba una especie de chimenea vertical por la que, pensó Burgener, se podía forzar el paso. En consecuencia, Venetz fue descolgado dentro de la rimaya y, tras cruzarla sobre un puente de deyecciones de hielo, atacó la chimenea. No había escalado más de tres metros cuando se encontró atascado e

incapaz de moverse hacia arriba o hacia abajo. El puente de deyecciones no iba directamente al pie de la chimenea, sino que dejaba una sima muy bien ubicada para que él se cayera dentro, y su situación parecía extremadamente crítica. Burgener, viendo la necesidad de acción inmediata, echó mano de la cuerda de repuesto y, sin perder tiempo en encordarse, me apremió para que lo descolgara dentro de la rimaya. Trepó rápidamente por el caótico montón de residuos de bloques de hielo y enseguida pudo dispensar a Venetz la ayuda que precisaba. Este último, tras una breve pausa sobre el hombro de Burgener, logró empotrar con éxito su piolet entre las rocas y el hielo y, utilizándolo luego como apoyo para el pie, fue capaz de ganar una repisa de roca sobre la que apoyarse bastante bien. Luego le lancé a Burgener el extremo de la cuerda con la que había estado escalando Burgener, quien, tan pronto como se hubo atado a ella, subió hasta la repisa. Mientras tanto, yo había fijado uno de nuestros piolets en la nieve y, tras atarle un tramo corto de cuerda, me deslicé hasta el puente y crucé hasta el pie de la chimenea donde ya me estaba esperando una cuerda. La roca hacía daño y estaba tan helada que fue grande mi deleite al alcanzar lo alto de la chimenea y poder reunirme con los guías para tratar de frotarnos los dedos y devolverles un poco de vida.

Un terreno rocoso medianamente fácil nos permitió luego progresar deprisa. Un pequeño torrente que también utilizaba esas rocas como senda, aunque en dirección opuesta, nos sometía de tanto en tanto a una ducha. Al cabo de cierto tiempo se nos antojó que podíamos pasar sin los placeres de una ducha y regresamos a nuestra derecha, pasando sobre la nieve del *couloir*. Seguimos por ella hasta que sus paredes empezaron a cerrarse a ambos lados de una manera tan desagradable que temimos no poder salir de ellas si seguíamos ascendiendo. Desviándonos hacia nuestra izquierda nos hicimos, tras muchas dificultades, un hueco en la pared y pudimos ascender con una facilidad aceptable durante unas decenas de metros. Luego nos vimos enfrentados a una placa infranqueable que bloqueaba o, más bien, ponía fin al *couloir* que habíamos estado subiendo y nos vimos obligados a escapar atravesando a nuestra izquierda a lo largo de su desplomado borde inferior. Nos sujetábamos sobre todo agarrando el borde inferior de esa placa y haciendo pinza con los dedos de las manos mientras apoyábamos los pies en la placa inmediatamente inferior de una manera que sugería que casi podíamos habernos dejado en casa unos apéndices tan inútiles. Una vez superada esta dificultad, unos cuantos metros de agradable trepada nos dejaron en lo alto de la gran torre roja que desde la Mer de Glace forma un objeto bastante conspicuo.

Era obvio que, aunque lleváramos ocho horas en marcha, apenas habíamos empezado la auténtica escalada y nos detuvimos para decidir si la tentativa merecía continuar aquel esfuerzo o no. El collado entre el Grépon y los Charmoz parecía accesible, y acaso también podía forzarse un paso hasta la brecha, entre la cima y la torre que ahora se conoce como Pico Balfour. Sin embargo, sabíamos que cada uno de esos lugares era más accesible desde el glaciar de Nantillons. Nuestro objetivo había sido forzar una ascensión directa por la pared, evitando así las dificultades de la arista. Esto, veíamos ahora, quedaba casi descartado. Burgener expresó su disposición a continuar, pero añadió que requeriría, obligatoriamente, que durmiéramos sobre las rocas. Las provisiones eran demasiado exiguas para que la tentativa fuera apetecible y, tras estar parados una hora, la opinión general estuvo claramente a favor del descenso.

Regresamos por el camino por el que habíamos ascendido, variando sólo nuestra ruta cuando llegamos al glaciar de Trélaporte. En lugar de bajar el glaciar y los neveros inferiores hasta la morrena de la Mer de Glace, nos mantuvimos a nuestra izquierda y utilizamos como paso el gran portillo (la hendidura del profesor Tyndall), reduciendo así el número de piedras sueltas que teníamos que atravesar antes de llegar a Montenvers.

La idea de que la Mer de Glace era la auténtica línea de ataque no sobrevivió a esta expedición. Una vez más, decidimos desviar nuestra atención al lado de Nantillons y, para empezar, a tratar de ganar la arista desde el collado entre los Charmoz y el Grépon. No se nos ocurrió que el camino más fácil al glaciar de Nantillons hubiera sido atravesar los pilares inferiores de los Pequeños Charmoz desde el refugio de Montenvers, la ruta que se toma siempre ahora, pero, en nuestra ignorancia, descendimos hasta Chamonix como fase preliminar del asalto.

Así, el 3 de agosto, fui arrojado sin contemplaciones de mi cama a la una y media de la madrugada y se me informó de que no había ni una nube ni un jirón de niebla que excusara la pereza o el amor por el letargo, por lo que, injuriando a guías, montañas y salidas tempranas, me vestí y bajé al frío y desapacible salón. Entonces vi que no había ni té caliente para el señor ni desayuno para los guías. Sin duda la justa retribución otorgada por la Providencia (o por *monsieur* Couttet) a los que llevaban guías suizos a Chamonix.

Al principio nos movíamos muy despacio, pues el avance con un candil de botella resulta bastante engorroso. Felizmente, antes de que la pérdida de tiempo se hiciera realmente seria. Venetz aprovechó una roca lisa con unas zarzas entrelazadas para caerse de bruces: nadie sabía exactamente dónde había caído, aunque, gracias a algunos comentarios que dejó escapar, yo deduje que era una de las menos deseables moradas del infierno. Cuando reapareció ya no había candil y pudimos avanzar mejor, hasta que, tras una fatigosa caminata, alcanzamos el glaciar de Nantillons.

No nos gustaba mucho la idea de repetir la travesía por la que habíamos ganado las laderas superiores en nuestro camino a los Charmoz, así que nos detuvimos y buscamos un método mejor para rodear la cascada de hielo. Una profunda lengua de glaciar entre las paredes de los Charmoz y el pilar de roca que se proyecta desde el Blaitière parecía ofrecer una línea de ascenso fácil y bastante segura, y decidimos a su favor de manera unánime.

Una vez zanjado este asunto previo a la faena que teníamos para ese día, trepamos hasta el pie de la lengua. Ascendimos derechos y vimos que tenía una pendiente que hacía necesario tallar peldaños profundos continuamente. El proceso resultaba tedioso y, para gran disgusto de Burgener, una cordada que se dirigía a la Blaitière nos estaba alcanzando, rápidamente, por las fáciles rocas de nuestra derecha.^[9] Nuestro líder empleó todas sus energías y, gracias a unos ímprobos esfuerzos, logró alcanzar el glaciar superior al mismo tiempo que la otra cordada. Vio que iban dirigidos por un bien conocido guía del Oberland, que no podía jactarse de ser un líder sensato. Fuimos juntos hasta el pie del *couloir que* asciende al collado entre los Charmoz y el Grépon. Allí, divergieron nuestros caminos, así que con mutuas despedidas y deseándonos unos a los otros todo tipo de suerte y de éxito, nos separamos, no sin que antes el oberlandés le diera a Burgener muchos consejos buenos y terminara sugiriéndole encarecidamente que abandonara el

intento, «porque», decía, «yo la he intentado y donde yo he fallado no hay ningún otro que pueda tener éxito». Burgener se vio muy motivado por esa perorata y supe, gracias a un torrente de *patois* que aquí no se puede repetir, que nuestra suerte estaba echada y que, incluso pasar el resto de nuestras vidas en la montaña (o matarnos en ella) sería, en su opinión, preferible a darse la vuelta entre las mofas y befas de aquel incrédulo.

Tras encontrar una roca que nos protegía de las caídas de piedras, nos detuvimos para un segundo desayuno. Al continuar con el ascenso, nos encontramos con que el *couloir*; si bien no estaba completamente libre de las caídas de piedras, era bastante fácil, y hasta que no estuvimos a unos veinte metros por debajo del collado, cuando atravesamos a la derecha y asaltamos una gran placa, no nos topamos con nuestra primera dificultad seria y no nos pareció necesario encordarnos. Tanto Venetz como yo hicimos varios intentos, pero tan pronto como pasábamos más allá del seguro y eficaz apoyo del piolet de Burgener, el progreso hacia arriba se volvía imposible y, aunque llegábamos a lugares que apenas quedaban a un metro de rocas fáciles y con agarres, en cada intento nos veíamos obligados a darnos la vuelta. Mientras seguíamos dudando si un ataque más decidido no sería capaz de doblegar a nuestro enemigo, Venetz destrepó sabiamente, volviendo a meterse en el *couloir* y en dirección al collado, para ver si podía descubrir un trazado más apropiado. No tardó en llamarnos para que le siguiéramos y, dejando a Burgener para que recogiera la cuerda y la mochila, yo rodeé y me encontré a Venetz subido a unos tres metros sobre una enorme placa. Esta placa descansa como un pilar sobre la gran roca cuadrada que cierra el collado en el lado del Grépon con un muro vertical. Su pie, accesible por una ancha y cómoda repisa, está a unos seis metros por debajo del collado, mientras que su parte superior conduce al pie de un corto corredor en lo alto del cual hay un curioso agujero en la arista bautizado por Burgener como el *Kanones Loch*, el agujero del cañón.^[10] Si conseguíamos llegar a ese punto, alcanzaríamos la cumbre.

Tan pronto como Burgener trajo la cuerda y la mochila. Venetz se encordó y se metió en faena. En uno o dos lugares el progreso fue muy difícil, pues la grieta era por un lado demasiado ancha como para permitir agarrarse y, por el otro, forzaba al escalador a salir a la placa. Más tarde vi que, en el paso más comprometido, al tener yo más envergadura, podía agarrarme a una pequeña protuberancia con un dedo, pero cómo consiguió subir Venetz, cuyo alcance es por lo menos treinta centímetros más corto que el mío, es algo que nunca me he podido explicar. En el siguiente tramo, la fisura se estrechaba y una piedra se había empotrado de manera muy conveniente justo donde se la necesitaba; más allá, el lado derecho de la fisura se cuarteaba y resultó relativamente fácil ir superándose hasta lo alto de la placa, donde un estrecho pero nada difícil pasaje nos condujo a la chimenea que subía hacia el agujero en la arista. Encontramos ese agujero o portal, protegido por un gran bloque de roca, tan suelto que un roce descuidado lo habría sacado de su sitio con graves consecuencias, y el impertinente viajero habría sido arrojado al glaciar Nantillons. Colándonos por él, plantamos los pies en una pequeña plataforma cubierta con los restos de roca resquebrajados por el hielo.

Entonces Burgener propuso, entre el reverente y agradecido silencio de la compañía, que debería procederse a las libaciones de rigor de una botella de champán. Una vez observada

convenientemente esta ceremonia religiosa (la manera occidental, supongo, en la que un pío budista ofrecería sus oraciones al alcanzar la cresta de algún paso tibetano), nos dispusimos a atacar una pequeña hendidura que se desplomaba sobre la Mer de Glace y cuya parte superior se encontraba astutamente protegida de nuestro asalto por una roca sobresaliente. Por encima, nos vimos en una suerte de grieta como las de los glaciares, pero en esta ocasión de granito y que, por lo que pudimos ver, no tenía fondo, con lo que tuvimos que izarnos con nuestras rodillas contra un lado y la espalda contra el otro. Burgener, en este punto, exhibió una inquietud lamentable y sus «*Herr Gott!, geben Sie acht!*» («¡Dios mío, ten piedad de nosotros!») sonaban a súplica al borde de las lágrimas. Cuando emergí a la luz, comprendí su ansiedad. ¿No estaba la mochila en mi espalda y no había varias botellas de champán en la mochila?

Después nos asomamos audazmente a la cara de Nantillons, donde una enorme laja de roca se separaba de la montaña cerca de medio metro, dejando un borde afilado como un cuchillo, destructivo para dedos, pantalones y epidermis, pero que permitía un agarre firme y seguro. Esto nos condujo a una espaciosa plataforma desde la que una trepada de unos seis metros nos dejó en la puntiaguda cumbre norte. Burgener, abnegadamente, se ofreció voluntario para descender y lanzarme una piedra con la que derribar la punta de la montaña, pero la agradable ilusión de que era yo quien iba a ocupar el cómodo asiento quedó descartada enseguida. Venetz acarreó piedras en cantidades considerables y levantamos un *hombre de piedra* (que es como nombran en Chamonix a los hitos) si bien, teniendo en cuenta su edad y su tamaño, tal vez debiéramos llamarlo un *bebé de piedra*. Luego sacamos un gran pañuelo rojo y el bebé fue envuelto decorosamente en él a modo de atavío festivo. Finalizados esos deberes, destrepamos en parte y en parte nos dejamos resbalar de nuevo hasta la gran plataforma y nos dispusimos a tomar el sol, con la sensación de que habíamos acabado el trabajo, ganado nuestra cumbre y que podíamos deleitarnos al calor del astro rey con la gloriosa vista del paisaje.

Esa noche mis sueños se vieron turbados por la visión de una gran torre cuadrada, la gran torre cuadrada que en el otro extremo de la arista cimera descargaba sus espaldas por encima de las nieves del Col du Géant, y aunque los guías mantenían tercamente que nuestro pico era el más alto, yo sentía que debería olvidarme para siempre del placer de una conciencia tranquila y sin remordimientos si no escalaba esa torre. Después de desayunar, busqué a Burgener, pero descubrí que estaba impresentable, pues una porción esencial de su vestimenta se mostraba dañada de tal modo que fueron imprescindibles prolongados trabajos del sastre local para que apareciera en público. Sin embargo, en respuesta a mis urgentes súplicas, Venetz se retiró a la cama y Burgener emergió resplandeciente en los ropajes de éste último.

Resultó que Burgener debía estar en Martigny a la mañana siguiente, de manera que, para darle tiempo a nuestro regreso del Grépon para que pasara en coche la Tête Noire, resolvimos llegar esa misma noche a los chalets de Blaitière-Dessous y salir temprano. El sastre hizo puntualmente su labor y dejó salir a Venetz: a eso de las cuatro en punto, con la ayuda de un mozo, partimos hacia el chalet.

Nos pusimos en marcha a las dos de la mañana del día siguiente y, siguiendo la ruta que hemos descrito más arriba, alcanzamos la base de la primera cumbre. Pasando a la derecha de ésta,

destrepamos un escalón de cinco metros y escalamos por rocas lisas hasta el borde de la gran hendidura que divide la arista cimera en dos tramos iguales. Tras cuidadoso examen, como no parecía haber otro método de descenso, fijamos nuestra cuerda de repuesto después de haber atado antes dos o tres nudos a intervalos adecuados. Venetz fue el primero en bajar y, después de una breve inspección, nos llamó para que continuáramos. Luego descendió Burgener y yo cerré la cordada en compañía de la mochila y un piolet. Los primeros seis metros me resultaron muy fáciles y luego empecé a pensar que la cuerda del Club Alpino es demasiado fina para este tipo de trabajos y noté un curioso e inexplicable incremento en mi peso. Para añadir uno más a esa serie de problemas, el piolet que llevaba colgado del brazo con una cinta se enganchó en una grieta y rompió la cinta. Por suerte, con un rápido tirón, logré atraparlo con la mano izquierda. Sin embargo, esta actuación excitó mucho a Burgener, quien, incapaz de ver lo que había ocurrido, pensó que su cliente, y no sólo el piolet, estaba contemplando un descenso rápido a la Mer de Glace. Recuperados del susto merced a una tranquila consideración con el contenido de cierta petaca, partimos en búsqueda de Venetz, quien se había llevado la única cuerda que nos quedaba. Una laja muy adecuada se había separado de la montaña en la cara de Nantillons y ofrecía un camino en zigzag bastante fácil hasta lo alto de la torre que cierra la gran hendidura en ese lado.

Allí encontramos peculiarmente bien desarrollada una de las muchas excelencias del Grépon. En la cara de la Mer de Glace, de tres a seis metros por debajo de la arista, un ancho camino, apropiado para carros, bicicletas o vehículos similares, nos llevó directamente a una evidente chimenea por la que vencimos fácilmente la última brecha, evitándonos así la necesidad de seguir la arista y tener que subir y bajar por sus muchas irregularidades. Es cierto que ese apetecible paseo sólo podía llevarse a cabo tras rodear un diedro algo aparatoso y que mi compañero consideró difícil, y su continuidad se interrumpía en otro punto por un resalte que le forzaba a uno a poner su centro de gravedad sobre la Mer de Glace más de lo que resultaba agradable. Pero salvo el paso de esos insignificantes obstáculos, pudimos caminar uno junto al otro a lo largo de un tramo de la montaña que esperábamos hubiera sido tan formidable y difícil como cualquiera de los que ya nos habíamos encontrado. Al alcanzar la última brecha, nos reunimos con Venetz y procedimos a examinar la torre final.

Era, desde luego, una de las rocas más inexpugnables en la que haya posado los ojos. A diferencia del resto del pico, era suave al tacto, y sus cantos rectos no ofrecían agarre de tipo alguno. Ciertamente el bloque estaba fracturado desde arriba hasta abajo, pero la grieta, de una anchura de diez o doce centímetros, tenía unos bordes tan suaves que parecía que los había labrado un maestro cantero y no tenía ninguno de esos recovecos o irregularidades que no es raro encontrar en ese tipo de grietas. Faltaba hasta la peligrosa ayuda de una piedra medio suelta encajada con dudosa seguridad entre las paredes de la hendidura. A todo esto había que añadir una gran roca desplomada en la parte superior que hubiera precisado de un gran esfuerzo para superarla, justo cuando el escalador estaría más cansado.

Bajo esas circunstancias, Burgener y yo comenzamos a tratar de pasar una cuerda por encima, mediante repetidos lanzamientos, mientras que Venetz reposaba en graciosa postura disfrutando de una pipa tranquila. Tras muchos esfuerzos, en el curso de los cuales tanto Burgener como yo

casi conseguimos caernos a la Mer de Glace al fracasar miserablemente en nuestros intentos de pasar la cuerda, nos volvimos virtuosos y decidimos que la roca debía escalarse por los métodos limpios de una guerra decorosa. Para ello, despertamos a Venetz a golpecitos de piolet (a estas alturas estaba gozando de una pacífica cabezadita), y luego nos preparamos para la crucial batalla.

Nuestras operaciones de lanzamiento de cuerda habían sido llevadas a cabo desde lo alto de una especie de pared estrecha, de unos sesenta centímetros de ancho y tal vez dos metros por encima de la brecha. Burgener, apostado sobre esa pared, estaba listo para ayudar a Venetz con el piolet tan pronto estuviera a su alcance, mientras que mi indigna persona, plantada en la brecha, podía ayudarle en la primera parte de su camino. Tan pronto como Venetz se separó de mi alcance, Burgener se apoyó haciendo de puente en la brecha y, encajando la punta del piolet contra la roca, dejó una serie de apoyos para los pies de dudosa seguridad sobre las que Venetz pudiera descansar y recobrar fuerzas para los sucesivos esfuerzos. Al final, superó todas esas adventicias ayudas y tuvo que depender, exclusivamente, de su espléndida destreza. Centímetro a centímetro se abrió paso, respirando, jadeando más bien, y palpando con la mano sobre la lisa roca en vana búsqueda de inexistentes presas, algo cuya contemplación resultó muy penosa. Burgener y yo le observábamos con gran ansiedad y no fue poco el alivio que sentimos al ver que los dedos de una de sus manos alcanzaban el firme agarre ofrecido por el canto del borde superior del bloque. Descansó unos breves momentos y se subió sobre la roca desplomada mientras Burgener y yo gritábamos de júbilo hasta quedarnos roncós.^[11] Cuando la cuerda bajó para mí, hice un brillante intento de subir sin ayuda. El éxito me acompañó en mis primeros pasos y luego llegó un momento de suspense metafórico, seguido puntualmente por la realidad, y yo, pataleando como una araña, fui izado hasta arriba, donde pude escuchar con imperturbable serenidad, diversos comentarios sarcásticos relativos a los que depositan su confianza en zapatillas de tenis y desdeñan la dulce persuasión de la cuerda.

La cumbre es de dimensiones palatinas y tiene tres sillas de piedra. La más excelsa enseguida se la apropió Burgener para el piolet, y los miembros de menos rango del grupo fueron los encargados de traer piedras para afianzarla en su sitio. Una vez cumplimentado este ritual, nos tumbamos cuan largos éramos y nos burlamos del disparo con escopeta de juguete que hizo *monsieur* Couttet desde Chamonix con un disparo mucho más alegre: el de una botella de champán.

El viejo estilo narrativo que he venido empleando cesa bruscamente en este punto.^[12] Sin embargo, antes de dejar la cumbre de una de las rocas más verticales de los Alpes, tal vez se me permita preguntarle a ciertos críticos si el amor por la escalada en roca es un pecado tan atroz y degradante como para que sus devotos no merezcan ser considerados montañeros, sino que deban ser relegados a una especial y menospreciada categoría de «simples gimnastas».

En principio, parecería completamente ilógico negarle el término «montañero» a cualquier hombre diestro en el arte de moverse con facilidad en terreno montañoso. Decir que no es montañero un hombre al que le gusta escalar lo que encuentra en la montaña, y afirmar, por el contrario, que un hombre que escala porque es esencial para alguna pretensión científica en la que esté interesado sí es un montañero, es contrario a los principios de una definición lógica, y espero

que nunca se generalice. Puede admitirse libremente que la ciencia tiene mayor valor social que el deporte, pero eso no altera el hecho de que el montañismo sea un deporte y que no pueda convertirse por ningún método en geología o botánica o topografía. Que la técnica de nuestro deporte ha tenido un progreso rápido es algo de lo que se nos acusa como si fuera una especie de crimen, pero yo me aventuro a decir que, en realidad, es motivo no de lamento sino de felicitación. Emular la habilidad de los guías era el ideal de los primeros escaladores, y espero que siga siendo el que nos planteemos nosotros. Una terminología que sugiere que a medida que un hombre se acerca a su objetivo, a medida que aumenta su destreza montañera, deja de ser un montañero, se descalifica por sí misma y debe ser eliminada sin remordimientos de la literatura de nuestro deporte.

Probablemente la mayoría de los montañeros estarían de acuerdo en que el encanto del paisaje montañero se puede encontrar en cada paso dado en el mundo de las alturas. La extraña sucesión de las nieves, de las rocas de una arista en su grandiosa desnudez, de las vastas y azules grietas ribeteadas de carámbanos o de las grandes placas lisas que se pierden en un espacio aparentemente sin fondo, son cada una de ellas no menos adorables que el horizonte sin límites de la vista desde la cumbre. Los que se llaman a sí mismos montañeros, sin embargo, no logran entender este hecho esencial. Para ellos, la manera correcta de subir un pico es por el camino más fácil y el resto de los caminos están equivocados. Así, ellos dirían, por tomar como ejemplo un pico bien conocido, que si un hombre asciende el Cervino para disfrutar del paisaje, subirá por la arista Hörnli; si sube por la arista Zmutt, sostienen ellos, es que son simplemente las dificultades las que lo atraen. Este razonamiento ahora parecería completamente falaz. Entre las visiones encantadoras de la montaña que se forman en mi mente no hay ninguna más bella que los magníficos cortados y los fantásticos riscos de la arista Zmutt. Decir que esta vía es, con las vistas gloriosas que tiene en todo momento, desde un punto de vista estético, el camino equivocado, mientras que la Hörnli, que a pesar de su noble panorama, está estropeado por la pobreza de sus pendientes y sus laderas atestadas de papeles es el correcto, supone una total insensibilidad respecto al auténtico sentimiento de la montaña.

De hecho, a veces tengo la sospecha de que los supuestos montañeros confunden el placer que se deriva de la fotografía o de investigaciones geológicas o de otro tipo, con el puro disfrute estético del noble paisaje. No cabe duda de que la cumbre de un pico está especialmente bien adaptada para dichos fines semicientíficos, y si la cumbre es lo único que se desea, la vía más fácil es, obviamente, el camino correcto. Pero desde un punto de vista puramente estético, el Col du Lion, el colmillo de la arista Zmutt o el corredor de Carrel, si bien permiten unas vistas lejanas igual de exquisitas, combinan la espectacular fuerza de un espléndido primer plano de dentadas aristas, aterradores precipicios y torres que se elevan envueltas por la niebla.

La importancia del primer plano no puede, creo yo, exagerarse, y es evidente que cuanto más difícil es un ascenso, más atrevido e importante suele ser el terreno que rodea al viajero. En otras palabras, el valor estético de una ascensión varía generalmente con su dificultad. Esto, necesariamente, nos lleva a la conclusión de que la vía de ascenso más difícil a los picos más difíciles es lo que hay que intentar, mientras que las fáciles pendientes de las laderas feas pueden

bien dejárseles a científicos, con M. Janssen a la cabeza. Para aquellos que, como yo mismo, no tenemos una idea utilitaria de la montaña, la gran arista del Grépon puede recomendarse con seguridad, pues no hay lugar donde el escalador pueda encontrar torres más atrevidas, brechas más salvajes o precipicios más terribles; en ningún lugar hay una vista mejor de lago y montaña, de valles cubiertos de niebla y grietas de hielo.

Se hicieron una serie de tentativas para repetir el ascenso del Grépon, pero la montaña desafió cualquier ataque hasta el 2 de septiembre de 1885, cuando M. Dunod, tras un mes de persistentes esfuerzos, logró forzar el ascenso por la arista sur. Resulta curioso que, aunque alcanzara en dos ocasiones el collado entre los Charmoz y el Grépon, fracasara ambas veces, no sólo en descubrir mi grieta, de la que tuvo que pasar a escasos cinco metros en cuatro ocasiones, sino de tropezarse con la variante de esta vía que sube por unas placas en la cara que da a la Mer de Glace. Esa variante la abrió más adelante una cordada desconocida, cuya existencia sólo se deduce gracias a los numerosos tacos de madera metidos en una grieta. Esos tacos no estaban desde luego allí cuando subimos nosotros en 1881, pero siete años más tarde, G. H. Morse quien, junto a Ulrich Almer, alcanzó la primera cumbre por esa vía, los encontró firmemente emplazados y de gran utilidad. Por desgracia, debido a la falta de tiempo (¡estaba subiendo el Grépon a su descenso de la travesía de los Charmoz!), fue imposible completar el ascenso y tuvo que contentarse a la fuerza con la cumbre inferior.

En 1892, por tanto, la ascensión por mi vía no se había repetido nunca de manera completa y sólo un par de veces por la arista sur. En cada una de estas últimas ascensiones F. Simond había sido el guía. A comienzos de agosto de ese año, una cordada formada por G. H. Morse, J. H. Gibson, C. H. Pasteur y C. Wilson, sin guías, efectuó el ascenso por esa misma vía y dejó un piolet con una bufanda atada que flameaba al viento, como reto a los habituales de Montenvers. Unos cuantos días más tarde, G. Hastings, Norman Collie, C. H. Pasteur y yo tomamos la decisión de recuperar la prenda abandonada. Nuestra intención era ascender desde el collado entre los Charmoz y el Grépon y descender por la arista sur y, como el resalte conocido como C. P. ^[13] se consideraba completamente inaccesible desde el lado del Grépon —anteriores cordadas siempre habían dejado colgando del escarpado escalón una cuerda camino de la cima para que les sirviera de ayuda a su regreso— contratamos dos porteadores para subir hasta el C. P. y fijar la cuerda. También les dimos provisiones y refrescos para que los llevaran, ya que, pensamos, nos harían más cómoda y feliz la ascensión.

A las dos de la mañana del 18 de agosto Simond me dio la desagradable información de que el solo nombre del Grépon había asustado hasta tal punto a los porteadores que habían dejado subrepticamente sus camas y habían huido a Chamonix. La dificultad parecía seria. Las dos de la mañana suele ser una hora bastante inoportuna para contratar porteadores, y Simond estaba seguro de que era imposible pasar el C. P. desde el lado del Grépon sin fijar previamente una cuerda. Parecía, por tanto, probable que, si alcanzábamos la hendidura que llevaba a dicho escalón, deberíamos desandar nuestros pasos a lo largo de toda la arista. Después de discutirlo mucho,

Simond se ofreció a dejarnos al chico encargado del ganado del establecimiento, y también a despertar y preguntar a un guía tuerto, que estaba durmiendo en el hotel y que había ido con M. Dunod en algunas de sus infructuosas tentativas.

Este guía, Gaspard Simond^[14], se mostró dispuesto y, junto al pastor como segundo hombre, partimos alegres hacia el valle de piedras. Todos y cada uno de los miembros del grupo tenía la certeza de que la vía que discurría por las detestables laderas de la arista repleta de hitos era muy inferior a la que ese aficionado había pensado y por la que estaba dispuesto a guiarnos. Pero yo noté que, de todas formas, seguíamos más o menos el camino por el que nos guiaba el pastor y, por primera vez, alcanzamos la morrena del glaciar de Nantillons sin sentir la necesidad de tener que emplear un lenguaje subido de tono. Escondimos nuestros candiles bajo una piedra y atacamos el glaciar justo cuando la débil luz de la mañana dibujaba las siluetas de las escarpadas aristas calizas de Sixt.

Entonces, Gaspard se complació en hacer algunas afirmaciones muy deprimentes. Nos dijo que había subido hacía poco los Charmoz y, con una auténtica visión profética, había dedicado el tiempo que estuvo allí a examinar la placa concreta por la que discurría nuestra vía. Esa placa, según pudo ver él, estaba cubierta de verglás y en lo alto de la misma se habían levantado unas primorosas defensas de nieve, hielo y roca. Dicho en pocas palabras: se estaba limitando a asociar nuestra intentona con la derrota. Sin embargo, a nosotros nos parecía que esas complicadas defensas no eran sino productos de la imaginación de nuestro guía y, tal vez, se referían en parte a la objeción de tener que subir una mochila pesada hasta el C. P. Así que seguimos adelante, pero al llegar a lo alto de las rocas conocidas como «la estación del desayuno», Gaspard nos dio más detalles; esa misma placa se había caído, aparentemente, estrellándose contra el glaciar, hacía varios años, y había dejado una pared blanca y sin una sola grieta, de modo que no podría subirse de ninguna manera. Nos quedamos mudos de asombro por tamaña acumulación de dificultades, pues no sólo se trataba de una plancha impracticable debido al hielo acumulado, sino que ¡ni siquiera estaba allí! La situación nos traía a la mente el famoso alegato respecto al jarrón roto. «Nunca lo tuvimos. Ya estaba roto cuando nos lo pasaron. ¡Nosotros los devolvimos entero!».

Pasteur, sin embargo, merced a un interesante argumento deductivo, llegó a una conclusión igualmente sombría. «Es extremadamente improbable», dijo, «que usted tenga la suerte de subir al Grépon este año; habiendo subido ya una vez, resulta absurdo suponer que vaya a hacerlo una segunda». Él sugería que deberíamos decir a los porteadores que se detuvieran al pie del *couloir* hasta que llegáramos al collado y, si veíamos que no podíamos asaltar la arista del Grépon, les gritaríamos a los guías y ellos dejarían el equipaje y regresarían tan deprisa como gustaran. Esta sugerencia fue puntualmente aceptada por el grupo. De hecho, un examen telescópico del pico no me había permitido trazar mi vieja vía, por la excelente razón, como descubrí posteriormente, de que no es visible desde ese lugar. Eso, y la extendida prevalencia del rumor de que un gran risco se había caído ya de esa parte de la montaña, me llevaron a temer que todo podía ser demasiado cierto, y que el pico estaba cerrado para siempre por esa cara. Empezamos pues el *couloir* con menos ambiciones y con el modesto objetivo de realizar en sentido inverso la travesía de los Charmoz. Al llegar a las inmediaciones del collado, miré alrededor en busca de mi vieja vía al

Kanones Loch, pero no pude reconocerla y ni el propio collado me resultaba familiar. El feroz viento, silbando y aullando entre las peñas, no contribuía a refrescar mi memoria y hasta que no hube escalado un tramo por el lado de los Charmoz no recuperé la orientación y reconocí la brecha por la que teníamos que subir.

Posiblemente, saber que era yo quien iba a intentar subir de primero por allí fue lo que me hizo verlo más difícil de lo que en realidad era, pero, de momento, su verticalidad me sobresaltaba. Salvo dos escalones en los que la roca dejaba unas ligeras repisas (de como mucho sesenta centímetros), era totalmente vertical. En esta estimación dejo de lado un tramo preliminar de unos dos metros que se desploma de un modo de lo más penoso. Por otro lado, estaba claramente más agrietada de lo que yo había esperado, y cuanto más la mirábamos, más nos gustaba, hasta que, con fundadas esperanzas de éxito, destrepé hasta el pie de la grieta, subí a hombros de Hastings y emprendí la parte más dura de la escalada en roca que haya intentado jamás. Durante los seis primeros metros el escalador quedaba hasta cierto punto protegido por la cuerda, la cual podía pasarse por un gran cuerno de roca cerca del collado; más allá de ese punto la cuerda se llevaba simplemente como ornamento, aunque no había duda de que al compañero le otorgaba gratas sensaciones cada vez que un resbalón parecía inminente. Más o menos a medio camino había un escalón magnífico en el que pude parar a tomarme un respiro. Cuando digo magnífico, quiero decir en comparación al resto de la grieta; no significa que fuera apropiado para detenerse a almorzar o que uno se pudiera mantener de pie sin tener que agarrarse. De hecho, la primera vez que subí, mis meditaciones en este punto se vieron crudamente interrumpidas por un resbalón del pie sobre la roca de esa repisa y me vi lanzado al aire. Escarmentado por ese recuerdo, me colgué con los dedos todo lo bien que permitía la ausencia de algo sobre lo que asirse y luego, una vez recobrado el resuello, comencé la segunda parte de la ascensión. Ese tramo se consideró, con el acuerdo general del grupo, como el más difícil. Había poquísimos agarres para las manos y nada para los pies, y el escalador tenía que progresar sobre tocio a base de confiar piadosamente en la Providencia, saliendo del paso a intervalos, mediante piedras sueltas empotradas dudosamente en la grieta y que ofrecían una seguridad a medias. Más adelante, la necesidad de piedad se vio reemplazada por una excelente presa para la mano a la derecha, aunque el jadeante y agotado escalador siguió encontrando difícil propulsar su peso hacia arriba. Luego, las repisas se hicieron más abundantes y, al final, uno asomó la cabeza y los brazos por el lado de la placa que da al Grépon, mientras sus piernas seguían peleando con las dificultades finales del otro lado. En esa coyuntura, expresivos gritos de alegría estallaron en el grupo de abajo y despertaron en mí el temor de que los porteadores los interpretaran como la señal deseada y volaran imparables hacia Chamonix. En los trechos en los que me paraba a recuperar la respiración les indiqué mis temores a los compañeros y un silencio, como de muerte, dejó clara su apreciación del peligro.

Para evitar que el resto del grupo subiera con excesiva facilidad, menospreciando así al Grépon, yo, con buen criterio, les azucé para que no perdieran tiempo en mandarme sus piolets y bultos por la cuerda, sino que se los colgaran de las muñecas y distribuyeran las mochilas entre el resto del grupo. Comprobé que esto tuvo mucho éxito; sirvió para impresionar a mis compañeros

y para que tuvieran el debido respeto a la montaña.

Luego subimos hasta el corredor y a través del *Kanones Loch*, y con esperanzas renovadas en cada paso, seguimos por mi vieja vía hasta lo alto de la gran brecha. Allí fijamos treinta metros de cuerda y el grupo descendió de uno en uno. Como yo bajaba el último, tras haber pasado un tramo vertical y totalmente liso de la pared dependiendo exclusivamente de la cuerda, descansé durante un momento en una insignificante irregularidad de la roca. Cuando quise proseguir el descenso, tire de la cuerda y ésta bajó hasta mí. Con gran esfuerzo conseguí mantener el equilibrio sobre los precarios agarres para los pies en los que estuve descansando, pero de pronto me sentí sumamente incómodo. La cuerda parecía estar bastante suelta por arriba y no parecía haber manera de destrepar hasta la brecha sin su ayuda. Sin embargo, después de tirar de ella y que bajara unos tres metros, dejó de correr y se resistía a los esfuerzos conjuntos de mis compañeros en la brecha. Collie también consiguió ver una posible línea de descenso y, hábilmente dirigido por él y manteniendo la cuerda en mi mano tan sólo como *dernier ressort*, logré alcanzar la bienvenida seguridad del agarre de Hastings y fui depositado en la brecha.

Hasta donde alcanzábamos a ver, la cuerda se había salido de lo alto de la torre en la cara de Nantillons, enganchándose en un obstáculo unos seis metros más abajo. No podíamos ver si ese obstáculo era fiable o no, pero todos estuvimos de acuerdo en que el primer hombre que subiera desde el lugar donde nos encontrábamos tendría ante sí una ingrata tarea. Como seguía siendo dudoso que pudiéramos escalar el pico final, y por tanto pasarnos a la vía donde estaba el C. P., eso no era un riesgo descartable y nos apresuramos a resolver dicha duda.

Ese pico final había estado a punto de desconcertar a Burgener y a Venetz, y a duras penas esperábamos ser capaces de escalarla de manera limpia. Decidimos, por tanto, tratar de ganar la cumbre a base de lanzar una cuerda sobre ella. Ciertamente es que Burgener y yo no nos dimos cuenta de esa posibilidad, pero en esta ocasión teníamos una cuerda ligera, mucho más adecuada para ese propósito que la ordinaria cuerda del Club Alpino que habíamos usado en 1881. Collie, camino de la arista, eligió dos rocas estupendas con las que darle peso a la cuerda y tener alguna posibilidad de plantarle cara a la feroz ventisca. Con muchas molestias para él y graves daños para los bolsillos de su chaqueta, acarreó esas mortíferas armas a través de varias dificultades hasta el mismísimo pie de la escalada final.

Los preparativos para un asalto preliminar con métodos limpios y legítimos continuaban, cuando Pasteur gritó alegremente que ya nos habíamos pasado a la vía C. P. y que podíamos ascender por un lugar sencillo y bastante cómodo. La grieta, por la que había escalado Venetz, no es la única que llega hasta al cumbre. A la derecha, y más bien hacia la cara de Nantillons, hay una segunda brecha, vertical en su base, pero un amigo te puede dar un paso de hombros muy oportuno, y más arriba es bastante practicable. M. Dunod, subiendo desde el C. P., alcanzó la base de esta grieta y, naturalmente, la utilizó para su ascensión. Nosotros, en 1881, alcanzamos la base de la otra grieta y Burgener descartó la línea alternativa con un despectivo «*Es ist schwerer als dieses*» («Es más difícil que ésta»). Sin embargo, estaba equivocado. Pasteur me dio un paso de hombros y, en pocos minutos, todos nos agrupábamos alrededor del piolet y su flameante bandera.

El viento soplaba con tal fuerza en la arista que todo lo que pudimos hacer fue agazaparnos

bajo una de las piedras, y no tardamos en tomar la decisión de descender a un terreno más abrigado. Destrepamos de la cumbre y, protegiéndonos en su lado de sotavento, festejamos la victoria y nos dispusimos a almorzar. Pasteur, que ya conocía este lado de la montaña, tomó entonces la cabeza. Pasó una cuerda de sobra por un pitón dejado por M. Dunod y todos nos deslizamos sin demora hasta una ancha repisa. Cuando digo todos, sin embargo, debo exceptuar a Hastings, que metió su pie en una grieta tentadora y se encontró con que, por mucho que se esforzaba, no podía sacarlo. Todas las manos tiraron de la cuerda, pero fue inútil y se pensó que, salvo por la escasez de águilas, iba acabar imitando a Prometeo. Al final, alguien sugirió que debería quitarse la bota. La idea fue recibida con aprobación, y todos gritamos sugiriéndole aquella idea. Sin embargo, cuando uno esta sujeto en una placa inclinada, por no decir vertical, con un pie empotrado en una grieta, resulta un tanto complejo desatar la bota y quitársela. Sin embargo, la tarea fue llevada a cabo. Pero entonces surgió una segunda dificultad: ¿qué hacer entonces con la bota? Por suerte, el montañero descubrió un bolsillo lo suficientemente grande como para contener la propiedad y enseguida alcanzó la repisa con seguridad.

Un breve ascenso por un corredor fácil nos llevó hasta la brecha que hay entre el Pico Balfour y la cumbre. Desde allí, unas repisas fáciles nos condujeron hacia abajo, hasta la hendidura del C. P. Nuestros porteadores nos recibieron con gritos y nos bajaron una cuerda para ayudarnos. Un puente de roca cercano nos hubiera permitido, tal vez, rodear el obstáculo sin ayudas externas, pero no parecía tener un acceso fácil. Así que, como los porteadores se encontraban a mano, se nos ocurrió que también podíamos contar con el privilegio de que nos izaran. Habiendo llegado con seguridad a la vecindad de la mochila, «yacimos junto a nuestro néctar» hasta que dicho néctar fue consumido. A continuación bajamos corriendo hasta las rocas del desayuno, descendimos hasta la parte inferior del glaciar y, por último, regresamos a Montenvers a las cinco de la tarde, aproximadamente. Unos amigos amables, que vieron nuestra aproximación, nos recibieron con una gran marmita —el orgullo del Hotel Montenvers— llena de té, y, bajo su estimulante influencia, las peñas se hicieron más verticales y terribles hasta que pareció imposible que meros mortales pudieran haber afrontado unos peligros y dificultades tan horrorosos.

Un año más tarde estaba de nuevo en Montenvers y aprendí la gran verdad de que en montañismo, como en otros aspectos de la vida, «el hombre propone y la mujer dispone» y, en consecuencia, un asalto temerario a la Aiguille du Plan que habíamos estado maquinando durante una semana o más, tuvo que dejar sitio a otra ascensión más del Grépon.

Los horrores del valle de piedras en una noche oscura fueron evocados de la manera más monstruosa. La última concesión otorgada a los miembros más veteranos del grupo fue el permiso de pernoctar en el refugio que hay en las rocas por encima de la caída inferior del glaciar Nantillons. Soy consciente de que los escaladores jóvenes menosprecian los refugios y de que para ellos, pasar la noche en un agujero profundo y repugnante en el que hay que entrar de cabeza, constituye un reparo excelente antes de un ascenso difícil. Hubo un tiempo en el que yo estaba completamente de acuerdo con esa manera de ver las cosas, pero el paso de los años ha inclinado

la balanza a favor de acampar y, ahora, una tienda, un colchón de piel de oveja y un edredón suponen un atractivo irresistible cuando se les compara con un madrugón, pedreras interminables y las torturas de un candil plegable, ese instrumento que irradia «no luz, sino una oscuridad visible».

Como el resto de las cosas en los Alpes, una noche a la intemperie supone, en sí misma, un gran placer. No hay otra manera en la que puedan verse unas puestas de sol tan suntuosas, tales «siluetas de nieblas errabundas encantadas por el viento», efectos tan exquisitos de luz desvaneciéndose entre fantásticos pináculos de hielo titubeante. Observar cómo acude la noche reptando desde su madriguera en el valle y se va apoderando, cresta tras cresta, de los montes más bajos, hasta que la gran catedral del Mont Blanc es lo único que se alza por encima de la oscuridad, es un gozo que desconocen los moradores de posadas y con el que nunca se sueña en medio del trajín del comedor de un hotel.

Pocos lugares pueden rivalizar con la estrecha repisa de roca, con un precipicio por delante y una pendiente de hielo por detrás, en la que montamos nuestra tienda, y pocas puestas de sol han revelado unos contrastes más sublimes y una armonía más delicada que la que anunció la noche del 4 de agosto de 1893.

Nuestro grupo estaba formado por la señora Bristow, M. Hastings y yo. Cálidamente envueltos en sacos de dormir, estuvimos bebiendo té caliente hasta que la más pequeña y más perezosa de las estrellas estuvo despierta. Sólo cuando la fría brisa de la noche hubo secado los reguerillos de agua y el rugido del torrente 1500 metros más abajo era lo único que rompía el solemne silencio de la noche, nos arrastramos dentro del cobijo de nuestra tienda. Luego, Hastings tensó las cuerdas y dispuso de manera ingeniosa el infiernillo de cocinar y las diversas provisiones necesarias para el desayuno en lugares donde fueran cómodamente accesibles desde la tienda. Cuando por fin entró en ella y cerró la puerta, nos acomodamos en nuestros lujosos colchones y sacos.

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, ya estaba lista una opípara comida. Había panecillos y panceta caliente, y jamón, y té, y leche fresca, que de todo había en la bolsa sin fondo de Hastings. Nos dimos un festín digno de reyes hasta las seis en punto, hora a la que llegó el resto de nuestro grupo: Slingsby, Collie y Brodie. No tardó en prepararse una segunda edición de desayuno y, mientras se daba puntual cuenta de ella, la señora Bristow y yo empezamos a subir por el hielo, tallando escalones a medida que hacían falta. Avanzábamos de manera lentísima, pero la excelencia de los esfuerzos culinarios de Hastings retrasó tanto al resto del grupo que, hasta que no nos paramos diez minutos o más sobre las rocas al pie del *couloir*, no nos alcanzaron. Después, Slingsby se desencordó y vino con nosotros, mientras el resto del grupo se pasó a la derecha para intentar el ascenso por la arista sur, más conocida como la vía C. P. Su objetivo era hacer la escalada, si era posible, sin las complicadas operaciones de lanzamiento de cuerda, que hasta entonces se habían considerado esenciales en esa ruta. Si fracasaban, aceptarían una mano amiga de nuestra parte cuando hubiéramos alcanzado el pie del pico final y estuviéramos en posición de ofrecérsela. Como la única dificultad sería de la vía C. P. es un tramo de unos diez metros, inmediatamente debajo de la plataforma que hay bajo la roca cimera, era obvio que seríamos capaces de hacerlo sin muchos problemas.

Cinco días consecutivos de mal tiempo habían bastado para emplastar el *couloir* con hielo y nieve suelta. Íbamos, además, excesivamente cargados de equipaje, pues llevábamos una cámara fotográfica de 13 x 18, una cuerda de repuesto de dieciocho metros, además de comida y demás enseres, suficiente para encordar mucho la mochila y hacerla hartamente incómoda. Yo también di la nota, por irme demasiado a la derecha en el *couloir* y, para no tener que descender, tuvimos que hacer una travesía que supuso escalar en un terreno de dificultad equiparable a lo que nos quedaba por superar más arriba.

Al alcanzar el punto donde la vía del Grépon se separa de la del pináculo sur de los Charmoz, nos encontramos el *couloir* en unas condiciones detestables. Las rocas no sólo estaban tan descompuestas como de costumbre, sino que se encontraban adornadas con toda suerte de ribetes y borlas de hielo frágil, y sus intersticios rellenos con la nieve más suelta y pulverizada que pueda imaginarse. Resultaba imposible saber qué era sólido y qué estaba suelto, aunque consideramos como buena hipótesis de trabajo actuar como si estuviera todo suelto. Al cabo de cierto tiempo, el proceso de quitar la nieve y probar las piedras se volvió tan intolerablemente frío para nuestros dedos, que Slingsby y yo estuvimos de acuerdo en que lo mejor que podíamos hacer era atravesar directamente a la brecha más baja de las que dividen los Charmoz y el Grépon. Resultó bastante fácil progresar por una gran placa de roca, pero el ascenso de una grieta vertical, tal vez de cinco metros de altura, precisó de prolongados y serios esfuerzos. Sin embargo, debería añadir que mis compañeros parecieron escalarlo sin dificultades, y que Slingsby, además del suyo, llevaba mi piolet, que yo había dejado desamparado y encajado en una grieta.

El sol daba de pleno en cara de la Mer de Glace y era muy agradable estar allí después del intenso frío pasado en la sombra de las paredes del oeste. Atravesamos por terrazas fáciles, entre nieve papa, hasta un risco con la parte superior plana que sobresalía bastante sobre un corredor vertical enfrentado al glaciar de Trélaporte. En lo alto de esa roca sacamos nuestras provisiones e hicimos nuestra primera gran parada. Disculpamos nuestra pereza, pues estaba haciéndose tarde, y nos excusamos diciendo que la «grieta» no podía escalar hasta que el día hubiera avanzado más y las sombras no fueran tan gélidas. Nuestra repisa era sensacional. La pared que tenía por encima se desplomaba, y los diminutos regueros de nieve fundida en la arista caían muy por delante de nosotros en cortinas de lluvia iluminadas por el sol. Por debajo, la pared seguía siendo extraplomada, de modo que las piedras que tirábamos con los pies caían cien o ciento cincuenta metros antes de estrellarse contra las negras paredes del corredor. Mi asiento quedaba al extremo de la repisa y bastante desprovisto de apoyo para los pies. Reconoceré que, por momentos, el aterrador precipicio ejercía tal efecto en mi cerebro que incluso la propia estabilidad de nuestra plataforma parecía dudosa, y yo casi tenía la sensación de que basculaba como si estuviera empezando a precipitarse al vacío.

Al cabo de tres cuartos de hora hicimos la mochila y nos esparcimos por la montaña, buscando un lugar apropiado para la cámara fotográfica. Una repisita, apenas lo suficientemente ancha para arrastrarse por ella, llevaba hasta la torre de cumbre plana que forma la pared de la brecha del lado de los Charmoz y que, desde la Mer de Glace, parece un agujero en la arista. En realidad no es un agujero, ya que la piedra angular del arco superior se ha caído, dejando una estrecha separación.

Se llevó la cámara hasta ese punto y siguió enseguida la señora Bristow, rechazando la cuerda que le ofrecimos. Sobre ese aéreo apoyadero nos dispusimos a instalar la cámara y la dama del grupo, rodeada por tres partes de la nada y bloqueada por delante por la cámara, se dispuso a capturar para siempre ese momento en el que un infortunado escalador se encuentra en su actitud menos elegante.

Slingsby y yo regresamos luego al collado y, poniéndome la cuerda, descendí el *couloir* y atravesé hasta la roca conocida como «el despegue». Mi primer intento no tuvo éxito, debido en parte al frío que, desde el momento en que pasamos a la sombra, seguía siendo excesivo, y en parte al hecho de que el primer agarre fiable, unos tres metros por encima de la base, estaba tapizado de hielo y más o menos enmascarado con nieve helada. Para cuando hube desalojado la nieve del agarre, tenía los dedos tan helados y propensos a agarrotarse que me alegró poder volver a destrepar sin caerme.

No era nada apetecible repetir ese procedimiento, así que Slingsby dejó la brecha y trepó hasta «el despegue». Su hombro me permitió prescindir de los agarres cubiertos de hielo y alcanzar la parte vertical, pero felizmente seca, del tramo superior de la grieta. Al ganar la repisa que había a medio camino vi que una buena cantidad de nieve se había colado en la grieta y se había helado sobre las dos piedras empotradas, que son más o menos fundamentales para progresar. Huelga decir que quitar esa nieve helada fue una tarea de gran dificultad, lograda sólo a fuerza de emplear mi codo a modo de piolet, algo que, además de doloroso, puede lesionar la articulación. Sin embargo, tras muchos esfuerzos y jadeos para recuperar el aliento, alcancé la parte superior de la roca y luego la señora Bristow vino desde la torre donde estaba la cámara y ascendió la grieta. Yo no me di cuenta de que ella llevaba dos cuerdas y, desencordándola sin prestar atención, dejé que cayera un extremo, pensando que el otro lo llevaba atado yo a mi cintura. Desafortunadamente era la cuerda que la unía a ella con Slingsby y mi descuido le dejó a él separado de nosotros. En consecuencia, los piolets, la cámara y otros bultos no pudieron ser izados directamente desde el collado, sino que debieron llevarse hasta «el despegue» al que sólo podía descolgarse mi cuerda.

Esas rocas no son, en el mejor de los casos, nada fáciles, y apenas resultan practicables para una persona que vaya muy cargada. Sin embargo, Slingsby demostró estar a la altura de las dificultades y, de alguna manera extraordinaria, consiguió transportar el equipaje, mi chaqueta incluida, hasta la repisa bajo la grieta. Cuando el bulto estuvo debidamente atado a la cuerda y tuve que tirar de ella, me quedé bastante impresionado con el peso.

El tramo siguiente del ascenso suele ser fácil, así que cogí yo la mochila y me dispuse a atacarlo, pero al alcanzar el pequeño corredor que conduce al *Kanones Loch*, lo encontré tapizado de hielo. Las paredes son tan estrechas, y el mismo corredor tan vertical que apenas resultaba posible utilizar el piolet de manera eficaz y me di cuenta de que tenía que prescindir de la mochila. Libre de su estorbo, superé el obstáculo y, pasando por el agujero, llegué al bendito sol. Luego icé la mochila y otros bultos, y subió el resto del grupo. Las heladas repisas y recovecos del corredor, por no mencionar la manipulación constante de una cuerda cubierta de nieve, nos habían dejado los dedos en un penosísimo estado. Nos sentamos en las rocas calentadas por el sol, doblándonos y retorciéndonos en las diversas posturas que nos parecieron más adecuadas para

mitigar el sufrimiento. La sensación de una navaja desmochada rajándonos las puntas de los dedos fue sustituida gradualmente por un calor abrasador y, puesto que ya no teníamos que vérnoslas más con hielo y otras aberraciones similares que convierten los guantes en un lujo inadmisibles, nos los pusimos y seguimos hacia adelante tan contentos. De una cosa nos sentíamos satisfechos: nuestra pereza estaba justificada. De haber tratado de afrontar esta parte de la montaña a una hora más temprana, el frío nos habría hecho regresar.

A partir de ese punto, el sol daba de pleno en la arista y ello reforzó nuestro ánimo. La señora Bristow mostró a los representantes del Club Alpino cómo deben escalarse las rocas verticales y solía ocupar las paradas, durante las que los miembros más veteranos del grupo trataban de recobrar el resuello, en operaciones fotográficas.

Al alcanzar el pie de la torre final, le lanzamos una cuerda al grupo que iba por la vía C. P. El sueño, el tabaco y el amor por lo fácil los habían superado de tal modo que ni siquiera habían intentado subir el paso difícil. Luego ascendimos hasta el punto más alto. Gritamos a nuestros amigos que, pensábamos, debían de estar observándonos desde la Mer de Glace. Felicitamos a la primera mujer que había puesto los pies sobre esta torre salvaje; después, escuchamos la voz del hechicero que susurraba algo sobre té caliente y bizcocho, jamón y bocadillos, galletas y fruta, esperando a los fieles en la brecha del Pico Balfour. Allí nos festejamos opíparamente y, tras meter en la mochila el infiernillo y demás equipaje, nos apresuramos a bajar por las fáciles repisas de la C. P. y acabamos siendo expulsados de la montaña por el viento, la lluvia y el granizo.

Se ha dicho con frecuencia que todas las montañas parecen predestinadas a pasar por tres etapas: *Un pico inaccesible, La escalada más difícil de los Alpes y Un día tranquilo para una dama.*

Yo debo confesar que el Grépon aún no ha alcanzado esta etapa final y el encabezamiento de estas últimas páginas debe entenderse como profético, más que como una afirmación contundente. De hecho, debido a la gran acumulación de hielo y nieve en la montaña, el ascenso que se ha descrito siempre estará entre los más difíciles que he realizado. En cualquier caso, su defensa principal, la sensación de miedo con la que, hasta recientemente, había inspirado a los guías, ha desaparecido y algunos han reunido coraje y han alcanzado su cima. La temporada pasada, otra dama, bien conocida en los círculos de la escalada, cruzó la montaña en dirección opuesta y parece probable que no tarde en convertirse en una escalada popular.

DENT DU REQUIN

Cuatro hombres cansados del viaje^[15] llegaron a Montenvers una tarde a las siete en punto, tras treinta y tres horas seguidas de tren y carruaje y, con el entusiasmo de escaladores empedernidos, empezaron a discutir sin demora qué había que hacer al día siguiente. ¿He dicho «empezaron»? No habían hablado de otra cosa durante esas agotadoras treinta y tres horas, y aún no habían llegado a una conclusión satisfactoria. La caminata hasta Montenvers, sin embargo, convenció a tres de los cuatro de que comenzar a las dos de la mañana del día siguiente sería contrario a todos los cánones del montañismo. Por otro lado, se sabía que un tiempo perfecto no debía desperdiciarse y, como concesión a la juventud y energía del grupo, se decidió que la próxima noche acamparíamos al aire libre y que atacaríamos el temible Dent du Requin al día siguiente. La propia sugerencia, aventurada por los susodichos jóvenes llenos de energía, de que podríamos pasar una segunda noche al raso y hacer un doblete, escalando el Requin un día y el Plan al día siguiente, fue recibida con inequívoca aprobación.

Una consulta con el mapa y nuestros recuerdos colectivos de lo que puede verse camino del Col du Géant nos convencieron para acampar sobre unas rocas sin nombre un poco por debajo del Petit Rognon, donde los más optimistas afirmaron que deberíamos encontrar hierba y otros lujos.

Al día siguiente comenzamos los preparativos, apenas terminamos de desayunar, y los miembros de más edad del grupo, con la sabiduría acumulada durante años, contrataron a un porteador para que les llevase el equipaje, pero Hastings, con su hercúlea musculatura y la imprudencia de la juventud, cargó con una mochila enorme y, además, nos mostró tranquilamente el camino hasta el pie de las rocas que llevaban al lugar propuesto para vivaquear.

Desde ese lugar, se hizo manifiesto un intenso deseo de disfrutar de las vistas, tanto del grupo en conjunto como de sus componentes individuales. En las raras ocasiones en las que no estábamos todos sentados sobre una piedra plana admirando lo que nos proponíamos subir, podía verse a cuatro vagabundos esparcidos, apoyados en sus piolets, absortos en la contemplación del glorioso escenario de una empinada pedrera. El progreso era, por tanto, lento, y hasta las dos horas y treinta y cinco minutos de la tarde no llegamos a un agradable vallecito cubierto de hierba. A medida que cada miembro del grupo alcanzaba este diminuto oasis en el desierto de piedras, podía verse cómo contemplaba fatigosamente la inclinada morrena que tenía por encima y luego, dejándose caer sobre el suelo, empezaba a proferir, con una elocuencia de lo más persuasiva, una serie de convincentes razones para acampar en ese lugar concreto.

Al no haber disidentes, se pagó al porteador y se puso en marcha el té de la tarde; luego nos dedicamos a contemplar sin prisas la formidable cumbre que íbamos a atacar. Sentados a la sombra de una gran roca, la examinamos con el telescopio y llegamos a la conclusión de que la ganaríamos sólo si pudiéramos llegar a la arista este en algún punto cercano a la cima. Desde una brecha en esa arista podíamos ver que había una oportuna grieta o chimenea que bajaba hasta un gran pilar que se fundía con la pared de la montaña, a unos ciento cincuenta metros por debajo de

la arista. A su izquierda había un nevero de tamaño considerable y nos parecía que, una vez sobre esa nieve, deberíamos tener bastantes probabilidades de éxito. Sin embargo, por debajo de esa nieve, la roca ostentaba, durante un tramo corto, placas lisas y verticales, y parecía dudoso que esa sección pudiera escalarse. Los optimistas tenían confianza en que podría hacerse, pero los pesimistas estaban aún más convencidos de que eso nos detendría. Entonces, Slingsby sugirió una línea alternativa señalando que, aunque la arista oeste del pico escondía la cara oeste, esa cara, vista desde el Col du Géant, no sólo parecía fácil, sino que, de hecho, había sido escalada por cordadas que la atacaron por ahí. Así que teníamos la vía asegurada al menos hasta el punto en que se unían las aristas sur y oeste. Desde allí, sería aparentemente fácil descender por la arista sur hacia una característica torre de roca coronada por una gran piedra con un aspecto muy similar a un sombrero de tres picos. Que fuera posible descender esa cara hasta algún punto del nevero no era seguro, pero las rocas parecían mucho más favorables que las que había debajo del nevero y, además, las posibilidades de elegir una vía eran mucho mayores. El único inconveniente de esa línea era el rodeo, necesario, y la gran cantidad de roca más o menos difícil que sería necesario atravesar. Sin embargo, se apuntó que nuestro objetivo principal no era la ascensión sino el entrenamiento y que, en consecuencia, sería más una ventaja que otra cosa el tener suficiente terreno rocoso en el que desarrollar nuestra musculatura y quemar lo que el profesor Tyndall denomina las «materias estériles» que la vida inglesa acumula en los músculos. Fuimos incapaces de resistir la fuerza de tales argumentos y nos decidimos a favor de la cara oeste, el descenso desde la arista sur hasta el nevero y volver a ascender a la arista este.

Nuestro siguiente trámite era buscar recovecos apropiados en los que escondernos, en caso de que el tiempo se estropeará, y mullidos y herbosos huecos, en caso de que siguiera siendo bueno. Luego hicimos té y disfrutamos una de esas opíparas comidas con las que Hastings invariablemente nos agasajaba. No hace falta añadir que Slingsby y yo le dimos una vez más al grupo una descripción gráfica de la Aiguille du Plan y las alegrías que sus laderas heladas deparan a los fieles a la montaña. Mientras tanto, el sol, en su caída del cielo, ya resbalaba por la ladera oeste y la fresca brisa del atardecer aconsejó meterse en los sacos de dormir, así que cada uno nos retiramos al rincón elegido y, compadeciéndonos de los pobres infelices amontonados en saturados albergues, no tardamos en disfrutar el sueño más apacible.

A las dos de la madrugada, aproximadamente, Hastings me arrancó de un reparador sueño y luego ambos proferimos una serie de aullidos para despertar a Slingsby y a Collie, que estaban recluidos en remotos e invisibles agujeros. Al final emergieron de la oscuridad y, envueltos en los sacos de dormir, nos dispusimos a desayunar. Pero un desayuno a las dos y media de la mañana, cuando no se está ni mucho menos en buenas condiciones, no suele ser una comida que tenga éxito. Hace falta abundante y cuidadosa preparación antes de alcanzar un estado en el que, a esas horas de la madrugada, se sea capaz de ingerir tres huevos en estado dudoso y *disfrutarlos*. Mientras bebíamos nuestro té caliente, Slingsby y yo le dimos a nuestros compañeros más detalles interesantes del Plan, al tiempo que Collie interrumpía de tanto en tanto con irrefutables demostraciones de la inferioridad de los Alpes, con propósitos de escalada, respecto a Skye y otras regiones de Escocia.

A las tres y diez de la mañana empezamos a subir por la morrena, siguiendo a Collie, que había explorado esa parte de la vía la tarde anterior. Luego cruzamos una lengua horizontal del glaciar hasta el pie de las laderas más pendientes. Allí encontramos hielo con la inclinación justa para no tener que ir tallando peldaños. En más de una ocasión yo pensé que iba a resbalar y deslizarme hasta la base, pero como el resto del grupo parecía estar pasándolo bastante bien, oculté mis dificultades e hice como que me gustaba. Después ganamos hielo menos inclinado y pudimos elegir entre ir a la izquierda, hacia el centro del glaciar, o seguir por la derecha a lo largo de un valle aparentemente fácil entre el mismo y las rocas de nuestro pico. Por desgracia, yo abrí paso por el aparentemente fácil valle y enseguida me di cuenta de que la cosa no funcionaría por allí. Sin embargo, parecía posible seguir directamente, superando un serac, y alcanzar el glaciar, evitando por tanto desandar nuestros pasos. El serac resultó ser grande y difícil, y tanto Hastings como yo hicimos un intento cada uno antes de tener éxito en subirlo hasta arriba. Su cumbre resultó no ser otra cosa que una península de hielo con grietas en tres lados y una pared vertical de seis a ocho metros en la otra. La parte más baja de esa pared, y la única vulnerable, estaba en el extremo izquierdo y justo sobre una grieta impresionante.

Slingsby talló un escalón y se afianzó sobre él, y yo traté de ascender, pero la falta de entrenamiento se dejó sentir y me vi afectado por la ridícula idea de que un resbalón arrancararía a Slingsby de su sitio. Retrocediendo momentáneamente, Collie se añadió al anclaje. Luego Hastings, firmemente plantado en la esquina, me aupó y, tras un breve forcejeo, gané la parte superior. Tan pronto como el siguiente hubo subido, me desencordé y fui a ver si podríamos alcanzar un tramo del glaciar que fuera practicable. Resultó sencillísimo y un cansado escalador se encontró enseguida reposando sobre la nieve y haciendo devotos y sinceros ruegos para que el avance de sus compañeros fuera lento. No sólo me fue otorgada una respuesta gratificante a mis plegarias, sino que mis compañeros, al llegar, se sentaron de inmediato como si un prolongado alto a las cinco y media de la mañana fuera la cosa más natural y adecuada en unos escaladores entusiastas. Al final, la vergüenza nos puso de pie y subimos trabajosa y solemnemente por la ladera, exhibiendo cada miembro del grupo una conmovedora y agradable modestia, pues todos declinamos el honor de ir el primero.

A las seis y diez de la mañana llegamos a la roca. Yo me empotré con poco juicio en una chimenea y tuve el placer de ver al resto del grupo, encabezado por Collie, subir ligeramente más a la izquierda con facilidad y regocijo. Tras desatascarme de la chimenea, seguí subiendo y descubrí al resto del grupo. Dijeron que me estaban esperando, pero el *abandono* de sus actitudes sugería que ésa no era toda la verdad. Al ver señales de movimiento, yo propuse almorzar. Esta brillante idea fue recibida con aplausos y todos pretendimos que comíamos. Al final, volvimos a hacer la mochila y escalamos durante otra media hora hasta que llegamos a un montoncito de latas de carne. Decidimos de inmediato que, puesto que era evidente que la costumbre consistía en almorzar en ese lugar, sería radical, por no decir anárquico, romper una norma claramente bendecida por el tiempo. Nos sentamos una vez más y consumimos mermelada de jengibre, chocolate y refrescos ligeros por el estilo. Gracias a este y a otros trucos conseguimos aminorar el paso hasta un punto que estaba en consonancia con nuestra falta de entrenamiento y hasta las ocho

y cincuenta minutos de la mañana no ganamos la arista.

Una chimenea vertical, taponada en parte por una gran piedra en su parte alta, fue lo próximo a lo que tuvimos que enfrentarnos. Nos pusimos la cuerda y Hastings me aupó todo lo que pudo. Sin embargo, la piedra grande parecía estar suelta y, por lo demás, no parecía apetecible subirse a ella, así que pensé colarme entre la misma y la roca. El espacio demostró ser insuficiente y tuve que bajar y quitarme la chaqueta, después de lo cual pude pasar con apuros. La chaqueta la dejamos en un agujero seguro hasta que volviéramos a pasar por ahí a la vuelta.

Un poco más allá llegamos a la cresta de la arista sur en el punto en el que se une a la arista principal de la montaña. Justo enfrente se alzaba una torre vertical y, directamente bajo ella, pero aparentemente separada por un escalón liso en la arista, estaba la cumbre. La cara sur de la torre estaba cubierta de hielo en tres grandes bloques, uno encima del otro. Sobre el segundo de los mismos colgaba el extremo de una cuerda que había sido lanzada alrededor de una piedra de aspecto poco seguro y que denotaba la marca máxima alcanzada por el agua en las oleadas de tentativas previas. Alcanzar esa cuerda parecía estar dentro de lo posible si escalábamos una grieta de la pared que teníamos enfrente, pero el mejor plan consistía, aparentemente, en atravesar a la chimenea entre la torre vertical y el pico final. Esta última, supimos más tarde, fue la línea tomada por el grupo de H. G. Morse en sus varios intentos al pico.

Tras consultarlo, no obstante, estuvimos de acuerdo en que el pico final probablemente fuera inaccesible por ese lado, incluso si pudiéramos escalar la torre, y también nos inclinábamos a pensar que el extremo de la cuerda que colgaba de la roca sugería que el interior de la chimenea era una escalera menos cómoda de lo que desearían unos escaladores fatigados. Slingsby, con muy buen criterio, zanjó la discusión yendo en cabeza a lo largo de la arista sur hacia el «sombbrero». Esto resultó ser facilísimo y, en el lugar que habíamos visto la tarde anterior, giró a la izquierda y se dirigió hacia el nevero. Unos minutos más tarde nos cerraba el paso una pendiente de piedra suelta tapizada en su mayor parte con una capa de verglás en la que el más mínimo tirón provocaba que cayera una cantidad considerable de material descompuesto. Desde allí nuestra situación resultaba desesperada. La grieta que habíamos visto la noche anterior parecía caer a plomo y ni siquiera parecía posible entrar en ella, pues las rocas que nos separaban de ella eran lisas y desplomadas. Tras discutirlo entre nosotros, con Slingsby aún aferrado a la opinión favorable formada la víspera, se decidió que yo debía ser descolgado todo lo que daba nuestra cuerda ligera (sesenta metros) para echar un vistazo al terreno de más allá del nevero. El descenso demostró ser mucho más fácil de lo que yo había esperado, aunque el hecho de que ninguna presa fuera de fiar, ni siquiera en esos lugares en los que había algo que mereciera el nombre de «presa», me hizo agradecer sobremanera el apoyo moral ofrecido por la cuerda. Inmediatamente por encima de la nieve me topé con una fácil y oportuna travesía sobre roca que se dirigía hacia lo alto del pilar ya mencionado.

Desde ese lugar, la opinión formada la víspera se vio ampliamente justificada. Rocas fáciles permitían acceder a la grieta y ésta, aunque difícil, entraba dentro de los límites de lo posible. Gritando a mis compañeros para que se apresuraran a subir, o mejor dicho, a bajar —mandato que ignoraron de modo manifiesto— elegí un hueco apropiado entre dos rocas y me dispuse a echar

una cabezada. Sin embargo, mis sueños se vieron frecuentemente interrumpidos por gritos pidiendo instrucciones por parte del que venía detrás de mí. Se empleó un tiempo considerable en hallar una roca a la que poder fijar la cuerda para ayudar y tranquilizar al último y, en total, se nos fue al menos una hora y media en esos sesenta metros de pared. Mientras Slingsby y Collie estaban atando el extremo de la cuerda fija a una piedra adecuada, para estar seguros de encontrarla a nuestro regreso, Hastings y yo empezamos a subir por las rocas fáciles para entrar en la grieta. Pronto descubrimos que no era nada apetecible y nos volvimos a encordar. Nuestros compañeros nos alcanzaron enseguida y entonces empezamos el ataque en serio.

El primer obstáculo serio lo formaba una placa lisa desprovista de agarres, salvo por una grieta vertical entre la misma y la pared que caía a plomo a nuestra derecha. Esa grieta era en algunos tramos demasiado estrecha para que cupieran los dedos y no ofrecía en ningún punto un agarre realmente satisfactorio. Hastings me dio el habitual paso de hombros seguido de un empujón, pero, debido a la extrema verticalidad de la placa, no caerse hacia atrás resultaba bastante difícil. Por desgracia, el límite superior que yo podía alcanzar con su ayuda quedaba aún a unos dos metros del borde, y se hizo evidente que habría que forcejear bastante para superarla. Es más, resultaba imposible decir si habría agarres en lo alto de la placa. A menos que hubiera una buena presa, nada podría hacerse, pues justo encima de esa placa se elevaba otra roca vertical y la repisa inclinada sobre la que había que subirse no tendría una anchura inferior a medio metro. Hastings, con un arrojo y destreza extraordinarios, logró subir un metro y me dio un empujón con su piolet en los pies, empujón que agradecí sinceramente. Con esa ayuda, eché una mano a la repisa y en su extremo superior encontré una grieta profunda y muy satisfactoria. A pesar de la ayuda que suponía ese agarre, subir un pie a la repisa y luego salir de la grieta y volver a erguirse no resultó nada fácil.

Luego encontramos las típicas chimeneas, diedros y, de tanto en tanto, roca mojada y una tendencia general de la roca a convertirse en extraplomada. En más de un lugar Hastings tuvo que propulsar un par de metros hacia arriba al que iba en cabeza, pero aparte de ese tipo de menudencias, que a ese mismo hombre que iba en cabeza le parecían una manera oportuna y descansada de subir una montaña, no nos topamos con obstáculos serios. Serían cerca de las once y media de la mañana cuando llegamos a la ventana de la arista este y nos encontramos a corta distancia de la cima.

A nuestra derecha, una aguja nos tapaba la vista; a la izquierda, un afilado borde de granito ascendía unos cinco metros y luego acababa contra una torre cuadrada. Considerado en conjunto, parecía imponente, y todos estuvimos de acuerdo en que era deseable hacer una parada. Sin embargo, pronto se hizo evidente que no vale la pena vivir si se trata de estar sentado en una roca inclinada en un ángulo de cuarenta y cinco grados sobre la que te sujetas colgado de protuberancias mal colocadas; tampoco mejora mucho el panorama si cambias esa postura por otra que implique sentarse a horcajadas en una hendidura en forma de «V». Esas incomodidades hicieron que no tardáramos en llegar a la conclusión de que no había tiempo que perder y que más nos valía ver qué podía hacerse con la afilada arista y la torre de más allá.

La arista resultó ser más fácil de lo que esperábamos. Con los dedos en un lado y las palmas de

la mano en el otro, y el agarre que podía lograrse sujetándola entre las rodillas, el progreso, si bien no era lo que se dice elegante, resultó bastante fácil hasta el pie de la torre. Más allá era necesario trepar de manera un tanto deslucida. Sujetos exclusivamente por el agarre de los dedos en un borde afilado que no era ni mucho menos horizontal, había que estirar la pierna derecha al máximo, hasta que una repisa inclinada ofrecía algún apoyo para el pie. La mano derecha debía dejar luego su agarre en el borde y, estirándola hasta donde alcanzaba, palpar una rebaba vertical en la torre. Una vez encontrado el lugar más deseable de esa rebaba, el borde afilado, única presa fiable al alcance, se tenía que abandonar definitivamente, y pasar el peso al pie derecho. Todo el proceso implicaba mucha delicadeza, pues la presa para el pie era tan precaria que cualquier error de cálculo de equilibrio habría supuesto inevitablemente un resbalón. La pared que queda justo por debajo cae marcadamente a plomo, incluso para lo que son las agujas de Chamonix, y no me atrevo a decir cuántos cientos de metros tenía, según el cálculo del científico del grupo.

El paso siguiente no parecía mucho más fácil. La rebaba mencionada, con una o dos rugosidades similares, era el único medio que permitía sujetarse. Haciendo pinza con el pulgar y los dedos y restregando los pies contra el rugoso granito, conseguí suficiente fuerza propulsora para ir subiendo centímetro a centímetro. Por suerte, la roca estaba agradablemente caliente y los gritos de Hastings me confortaban. Así, poquito a poco, las dificultades cedieron y un jadeante escalador acabó alcanzando la cuadrada cima de la torre.

El resto del grupo no tardó en seguir y una vez más nos dimos el gusto de hacer una paradita para asolearnos. De nuevo en marcha, enseguida nos topamos con una gran profusión de ese tipo de grietas en la roca conocida entre los habituales de Montenvers como «buzón». En el caso que nos ocupa, la red postal la componían tres de esas hendiduras, siendo la de la izquierda la más formidable, y la de la derecha, la más fácil. Yo hice una inspección preliminar de la del centro, pues no parecía del todo seguro que la de la derecha llevara a la arista superior. Sin embargo, resultó ser especialmente difícil y el sabio venerable del grupo aconsejó una investigación previa de la fácil de la derecha. Una vez ascendida vi que, con un paso largo para bordear un inoportuno diedro, llegaría a la parte superior del buzón central y, desde ese punto, no habría dificultades importantes para volver a ganar la arista.

Justo enfrente se alzaba la torre final. Era claramente inexpugnable a un asalto directo y, a primera vista, parecía como si fuéramos a ser derrotados a seis metros de la cumbre. Una segunda ojeada, sin embargo, reveló una laja separada a la izquierda que parecía ofrecer inequívocas posibilidades de éxito y, al avanzar para atacarla, se desplegó ante nuestra encantada vista una vía fácil y oportuna a la derecha. Esta última nos conducía al borde de una laja separada desde lo alto, de la cual, el borde de una segunda laja, más vertical y más afilada, daba acceso a la cumbre. Para subirla tuvieron que sufrir un poco nuestros dedos y nuestra ropa, pero la cercanía de la cumbre nos endureció ante los males menores de la vida y, algunos minutos más tarde, estábamos desgañitándonos a gritos en el punto más alto.

Aunque habíamos dejado atrás las provisiones, Hastings sacó de sus bolsillos ingredientes para una opípara comida y nos festejamos con un gran surtido de golosinas. La mitad del grupo se dispuso luego a adisfrutar del dulce placer del tabaco y la otra mitad cayó peligrosamente en un

sueño pesado y profundo. Tras habernos repuesto mediante métodos tan sensatos, levantamos un hito con las pocas piedras disponibles y luego, con la sensación de que habíamos cumplido nuestra labor, contemplamos los grandes picos y nos regocijamos con la gloriosa masa de luz reflejada desde los vastos neveros que por todos lados nos rodeaban.

Como habíamos ido desperdigando nuestros piolets, las mochilas, la cuerda de repuesto, etc., por diversas rocas a lo largo de nuestra línea de ascenso, era esencial que regresáramos por el mismo camino, pues de lo contrario habríamos caído en la tentación de atajar hasta el lugar donde converge la arista principal con la sur. La cumbre de la gran torre era, según podíamos ver, fácilmente accesible e, incluso si la chimenea entre ella y la masa de la montaña resultara impracticable, un pitón y la cuerda hubieran resuelto fácilmente tal dificultad. Desgraciadamente, no podíamos abandonar nuestro equipaje y estábamos, por tanto, obligados a seguir la vía que habíamos tomado para subir.

A las dos y veinte minutos de la tarde dejamos la cumbre y enseguida estuvimos en lo alto de la torre, sobre la ventana. Hastings sacó rápidamente un pitón, que clavó en una grieta adecuada para ayudar al que bajara en último lugar. Ganada de nuevo la ventana, echamos una mirada de despedida a la arista y comenzamos a bajar por la chimenea. En el primer tramo difícil amarramos la cuerda y me encantó ver lo fácil que resultaba descender. Sin embargo, mi encanto cambió ligeramente cuando, tras pasar diez minutos tratando de soltar la cuerda, tuve que volver a subir para desengancharla. Este procedimiento nos pareció al tiempo cansado y capaz de enojarnos, si se repetía a menudo, por lo que, al alcanzar el segundo *mauvais pas*, Hastings fue utilizado una vez más como escalera y destrepamos con los sencillos métodos de mi juventud.

Alcanzamos el nevero a las cuatro y cinco minutos de la tarde y, para ganar tiempo, decidimos subir con una cuerda y confiar en la suerte y en la protección que ofrecía la pared para escapar de las piedras que seguramente caerían. A mí se me asignó, felizmente, el papel de líder. Digo felizmente porque, cuando se trata de piedras, coincido de lleno con la máxima bíblica de que «bienaventurados los que dan, más que los que reciben». Mi generosidad en esta ocasión fue grande pero, como ocurre con frecuencia, esa generosidad no implicó los sentimientos de cariño deseados por parte del resto del grupo. Sin embargo, debo exceptuar a Collie, quien, como último de la cordada, no sólo disfrutó de los obuses que lancé yo, sino que recibió, además, los que fue tirando el resto de los miembros del grupo. Por lo que yo pueda juzgar, se lo pasó estupendamente esquivándolos y, cuando no estaba ocupado en ello, observaba nuestros movimientos con calma y una compostura saludable desde incómodas repisas llenas de piedra suelta.

Al volver a ganar la arista sur a las cinco y cinco minutos de la tarde, corrimos por ella hasta el lugar donde ésta se junta con la arista principal y, ayudado por Hastings, me metí en el agujero y recuperé mi chaqueta que, en el frío del atardecer, fue muy bienvenida. Luego abrimos las mochilas e hicimos una breve parada. Nos volvimos a encordar con Slingsby en último lugar y pronto descubrimos que la nieve estaba tan papa e inestable que habría que caminar con el máximo cuidado. Nuestras esperanzas de bajar corriendo hasta el glaciar se vinieron abajo y hasta las seis y veinticinco de la tarde no llegamos a la rimaya.

Slingsby lo cruzó bien, pero cuando continuó Hastings, el destartado serac emitió un crujido

y tembló, y un gran trozo del mismo se cayó a las profundidades de la grieta. Por suerte, el serac se tranquilizó un poco después de esta manifestación de mal humor y pudimos pasar al glaciar. Las grietas tenían unos puentes bastante malos y nos vimos forzados a abandonar nuestras huellas de la mañana para encontrar un camino más seguro. La noche llegó deprisa y en mi cabeza empezó a flotar la sospecha de que tendríamos que improvisar un vivac sobre la nieve. Sin embargo, Slingsby estuvo inspirado y, fuera de nuestras huellas de la mañana, que nos habrían hecho bajar por una gran ladera de hielo sobre la que el espesor de la nieve variaba entre diez y veinte centímetros y que, en el estado en el que se encontraba, hubiera supuesto un gran peligro de avalanchas, se dirigió audazmente hacia la derecha y desenmarañó una compleja serie de obstáculos con la misma facilidad con la que un mortal ordinario lo hubiera hecho a plena luz del día. Pero, al final, se vio detenido por una pared vertical que, aparentemente, constituía el borde entre el mundo y el vacío. Mirar una gran pared de hielo en la oscuridad total y con un silencio absoluto tiene algo de extraño e impresionante. La sensación de profundidad ilimitada y misterio parece llenarlo todo. La luz de nuestro candil era incapaz de perforar la oscuridad y el desánimo estaba empezando a apoderarse de nosotros. Ya nos estábamos haciendo a la idea de una noche sobre la nieve, cuando un claro entre las nubes dejó que un destello de luz de luna cayera sobre el glaciar y revelara la existencia de tierra firme, o mejor dicho de glaciar, unos quince metros más abajo y accesible por una especie de península de hielo. La luna, tras habernos hecho este favor, tuvo la falta de delicadeza de volverse a esconder y de dejarle a Slingsby la desagradable tarea de tallar en una pendiente de nieve casi vertical con una grieta anchísima en su base y con la única ayuda de la luz que emite un candil plegable. Nuestro líder, sin embargo, parecía estar disfrutando a fondo con la tarea y los pioletazos se escuchaban cada vez más distantes y, uno tras otro, mis compañeros desaparecieron en la oscuridad. Por fin me llegó la penosa obligación de seguir. Alegres voces que venían de la oscuridad me decían que era facilísimo, pero en este caso debo discrepar enérgicamente. Los grandes peldaños del tamaño de cubos de carbón, que me aseguraron que había en abundancia, me parecieron meros arañosos en una nieve suelta y podrida, mientras que los muy ensalzados agarres para las manos se rompían al más mínimo esfuerzo y no servían para otra cosa que para llenarme los bolsillos de trocitos de hielo. Sin embargo, logré alcanzar un lugar donde Collie, al otro lado de una grieta y armado de un piolet anormalmente largo, pudo empujarme con su punta, y fue de esta dolorosa e indigna manera como llegué, cubierto de nieve y empapado, a una pequeña cresta de hielo entre dos profundas grietas.

Mientras tanto, Slingsby se había vuelto a poner en marcha en la oscuridad sobre un estrecho pasillo de hielo con profundos abismos a cada lado. Después de seguir sus pasos y rodear varios obstáculos más, un corto descenso nos puso en la parte más llana del glaciar y comenzamos a alegrarnos con la esperanza cierta de llegar a los sacos de dormir y a una sopa caliente.

Los recuerdos combinados de Slingsby y Collie nos sacaron del glaciar a la pequeña morrena en el lugar preciso, y evitamos todas las dificultades que habíamos encontrado en sus alrededores esa mañana. Con la sensación de que casi habíamos terminado el trabajo, nos detuvimos unos minutos y tratamos de decidir a dónde iríamos a continuación. A nuestra derecha podíamos ver graneles y amenazantes seracs, a la izquierda había una ladera de hielo que caía a plomo hacia una

oscuridad total. Mediante el procedimiento de exclusión decidimos, por tanto, que nuestra ruta debía ser seguir recto y, como recordábamos que la lengua de hielo tenía mucha pendiente incluso de día, empleamos nuestra parada para ponernos clavos largos en las botas.

Al tratar de descender, descubrimos que el hielo ganaba verticalidad rápidamente y algún miembro del grupo protestó diciendo que ése no era el camino por el que habíamos subido. Entonces, Slingsby se desencordó y demostró que no había posibilidad de ir más allá en esa dirección.

A continuación cruzamos una pequeña grieta a nuestra izquierda, pero pronto volvimos a trepar asustados por los grandes seracs, seracs por los que todos estábamos dispuestos a jurar que no habíamos pasado esa mañana. Slingsby, sin embargo, aún desencordado, volvió a escudriñar entre los seracs y esta vez nos gritó que siguiéramos. Pronto los grandes y amenazantes seracs pasaron a no ser otra cosa que ficciones de la oscuridad y se vieron reducidos a meros montecillos de hielo, y los grandes abismos, a canales de agua o regueros de glaciar cubiertos de arena.

Gracias a los clavos que nos habíamos atornillado en las suelas descendimos la lengua de hielo con una facilidad aceptable, alcanzamos la zona plana del glaciar y caminamos tambaleándonos hasta nuestro campamento, donde llegamos un cuarto de hora antes de la media noche.

Allí, Hastings y yo, conscientes de lo incómodo que es hacer la mochila a la luz del candil y de la ventaja que supone que otro te lleve el equipaje, hicimos varios comentarios sibilinos acerca de las delicias del saco de dormir. Tan embelesadora era la escena que describimos que Collie declaró su intención de no ir más allá y Slingsby también se apuntó gracias a mi generosa oferta de dejarle mi saco de dormir para que lo usara de colchón. Habiéndonos librado de esta manera tan ingeniosa de la necesidad de llevar mi saco, yo me sentí capaz de descender hasta Montenvers y como Hastings le había ofrecido con la misma generosidad su saco a Collie, ambos bajamos las pedreras y cascadas de agua que conducen al glaciar. Queriendo evitar la necesidad de saltar innumerables grietas, sugerí bajar por la vía de los guías de Chamonix hasta los seracs del Gigante. El año anterior yo la había bajado sin saltar una sola grieta y tanto Hastings como yo estuvimos de acuerdo en que, siendo así, bien merecía la pena dar un rodeo de media hora. Pero, lo que son las cosas, al llegar al lugar donde en 1892 un terraplén continuo unía el sistema de grietas del Tacul con el de Trélaporte, descubrimos que ambos sistemas se habían dado la mano, y la hora y media que siguió la pasamos saltando y rodeando grietas y corriendo sobre cantos de cuchillo, con lo que no llegamos a Montenvers hasta las cuatro y media de la madrugada. La puerta estaba cerrada, pero la ventana de la sala de fumar, abierta, y, tras resolver ese bien conocido problema, nos llenamos los bolsillos de galletas y nos retiramos a nuestras respectivas habitaciones.

AIGUILLE DU PLAN

Mi primer contacto con la Aiguille du Plan fue en compañía de Cecil Slingsby y Ellis Carr durante dos memorables días de 1892. En aquella ocasión, un hecho fatídico nos hizo retroceder, vencidos, abatidos y hambrientos, y cuando regresábamos pesarosos a casa, los enormes seracs, en equilibrio sobre el primer muro de la pared, a la incierta luz del crepúsculo, parecían señalarnos socarronamente con el dedo, como si se mofaran de nuestro desconsolado aspecto. Sin embargo, a pesar de lo frustrados y magullados que estábamos, Slingsby sostenía firmemente que «habíamos subido y bajado, y que había sido un día movidito», o, más bien, dos días, y declaró con entusiasmo que era la mejor escalada de hielo en la que había tenido la suerte de participar.

Aún puedo cerrar los ojos y ver a Carr afanándose como un gigante en las interminables pendientes de hielo, y puedo sentir todavía el helado manto de frío que cayó sobre nosotros cuando la noche atrapó los últimos rayos de sol de las laderas. Aún resuenan en mis oídos las canciones con las que nos mantuvimos alegres y despiertos durante las gélidas horas, sentados en una diminuta repisa. Y cuando, a pesar de todos los esfuerzos, el sueño nos acechaba, el fuerte brazo de Slingsby, que me sujetaba en mi estrecho posadero (no había nada entre mi espalda y Chamonix, dos mil quinientos metros abajo), me sigue pareciendo que era una defensa segura ante el peligro. No era, qué duda cabe, un placer puro; pero aun así, años después, los recuerdos de fieles camaradas que, cuando se encontraban en apuros,

*siempre daban la bienvenida con alegría
al trueno y al sol, y se mostraban
con la frente despejada y el corazón libre...*

ellos forman ya parte de la vida de uno y pueden, acaso, limar la tristeza en esas noches en las que las banalidades de las tierras bajas no parecen otra cosa que polvo y cenizas.

En el parpadeo del fuego de invierno puedo ver aún los golpes de piolet de Slingsby, abriendo, a lo largo de los días que siguieron, nuestro camino siempre hacia abajo, en dirección a los soleados prados donde campanean los cencerros de las vacas y donde alegres arroyuelos corretean entre las piedras, hacia amigos a cuya cálida bienvenida se aferraba nuestra alma. Todavía puedo escucharle diciendo: «Es sin duda una escalada gloriosa», mientras trepábamos sobre el «tramo malo» en la cabecera del largo *couloir*, una pared de hielo más que vertical, un lugar tan endiablado como el peor que pueda encontrarse en la historia alpina.^[16] Y aún puedo oír los alegres gritos tiroleses, el ruido al descorchar las botellas de champán y el alboroto de tumultuoso placer con el que nos recibieron nuestros amigos en el hotel de Montenvers. Pero todo eso son recuerdos en los que no debo perder tiempo. Una pluma más diestra ha recogido los diversos detalles y, como se me ha otorgado una recompensa completamente inmerecida, sería un inmenso

desatino por mi parte desvanecer los agradables mitos que Carr ha tramado alrededor de mis gestas. Por tanto, paso por encima doce meses, más o menos, de poco gloriosa holganza hasta un día en que Slingsby, Hastings, Collie y yo mismo nos preparábamos una vez más para el asalto.

En la mañana del 6 de agosto de 1893 enviamos dos porteadores hasta nuestro lugar de acampada en el Grépon con la tarea de bajar la tienda, los sacos de dormir y otras pertenencias que habíamos dejado allí tras la ascensión de ese pico. Les emplazamos, a su descenso, para que fueran al extremo izquierdo de la morrena del glaciar de la Blaitière, como se denomina confusamente al glaciar que desciende casi exclusivamente del Plan, y a que esperaran nuestra llegada. Mientras tanto, en compañía de un gran grupo de amigos, caminamos hasta los bosques que hay más allá de Blaitière-Dessus y tuvimos un almuerzo festivo a la sombra de unos grandes pinos. Pasamos una velada emocionante tratando de hacer sopa en un plato llano y, en el momento crítico, las habilidades combinadas de Hastings y mías fueron suficientes para verter el precioso fluido en el fuego. Sin embargo, Hastings triunfó de veras en la fritura del beicon y Collie nos agasajó con un té excelente. Bajo su sedante influencia, yo recuperé lentamente la presencia de ánimo que la fatal pérdida de la sopa había alterado de modo pasajero.

Tras despedirnos de nuestros amigos, nos dirigimos hacia La Tapiaz, recogiendo en el camino grandes hatillos de palitos y ramas para nuestro fuego de campamento. Slingsby y Collie nos guiaron luego hasta un encantador rincón de hierba, lecho evidente de algún antiguo ibón donde, protegidos de todos los vientos que soplan, podríamos montar nuestra tienda y estar comodísimos. Pronto divisamos a los porteadores muy por encima de nosotros, sobre la morrena, y, en respuesta a nuestros gritos y señales, comenzaron a descender hacia nosotros. Los miembros más jóvenes del grupo se quedaron acondicionando el campamento mientras Slingsby y yo empezamos a estudiar el pico. Nos cruzamos con los porteadores y seguimos avanzando, pero no tardó en asaltarnos el gran temor de que no supieran encontrar nuestro diminuto rincón, así que Slingsby, como siempre, se sacrificó y volvió para comprobar que nuestras pertenencias no se extraviaban. El camino al glaciar de los Pélerins era mucho más largo de lo que yo había esperado y, cuando llegué allí, la cara del Plan estaba cubierta de nubes. Sin embargo, parecía que podían abrirse claros, por lo que, llegando hasta un gran bloque bajo las laderas inferiores de la Aiguille du Midi, me tumbé cómodamente y observé cómo las rachas de viento desgarraban y agitaban los penachos de vapor. Mi paciencia se vio recompensada, pues, de tanto en tanto, partes de la pared salían de su escondite y se hacía evidente que era factible encontrar una vía hasta la cumbre yendo a la derecha del pico y dando con la arista que baja desde él hacia el collado. Ésa no era, sin embargo, la vía que deseábamos intentar. Nuestro primer *objetivo* era el collado nevado de la izquierda del pico, que estaba tal vez unos trescientos metros por debajo de él. Ese collado está cerrado en el lado de Chamonix por el diente vertical en el que termina el gran pilar norte de la Aiguille du Plan. Es un tajo bien notorio, que puede observarse desde el hito de la arista de los Petit Charmoz, justo sobre Montenvers, o incluso desde el Chapeau, aunque es evidente que, visto desde esos lugares, queda a la derecha de la cumbre. Una vez que llegáramos a ese collado, deberíamos alcanzar el pequeño y escarpado glaciar de Plan, sobre el que el año anterior habíamos trabajado tanto sin conseguir resultados. Sin embargo, una vez en el lugar al que queríamos llegar ahora,

deberíamos estar por encima de las grandes paredes de hielo y de los amenazantes seracs y tendríamos que asegurarnos de poder forzar una vía hasta la cumbre. La vía a ese collado transcurría por un largo corredor que formaba una especie de línea de demarcación entre el gran pilar norte y la mole principal de la montaña. Por desgracia, las nieblas se aferraban obstinadamente a ese corredor y, tras esperar un par de horas, unas sombras cada vez más alargadas sugirieron que lo más apropiado sería una retirada inmediata. Llegué al campamento justo cuando el crepúsculo se estaba convirtiendo en noche oscura y encontré un fuego vivo y sopa caliente, y una escena más extraña y pintoresca que la que suelen ver los ojos del que acostumbra a dormir en los refugios modernos.

Hastings y Collie habían descubierto un chalet en ruinas y de sus escombros habían levantado una construcción parecida a una zanja, que, hábilmente techada con el suelo de la tienda, sería un lugar estupendo para dormir —eso decían ellos—. Slingsby y yo, con nuestra habitual magnanimidad, expresamos nuestra disposición para apañarnos con el alojamiento, manifiestamente inferior, que ofrecía la tienda. De varios comentarios proferidos durante el desayuno, a la mañana siguiente —¿o debería decir esa misma noche?—, inferí que nuestra generosidad se había visto recompensada.

Nos pusimos en marcha a las dos menos cuarto de la mañana. El cielo estaba despejado y las estrellas brillaban con esa luz constante que asegura un tiempo perfecto. Fuimos subiendo laderas, muy bien guiados por Collie y Slingsby, hasta que alcanzamos una vieja morrena. La seguimos hasta su cabecera y, a las tres de la mañana, atravesamos el glaciar justo por encima del punto donde parece querer convertirse en cascada de hielo. Para inspeccionar la línea de ascenso que pretendíamos seguir, nos mantuvimos a la derecha sobre la parte abierta del glaciar y luego nos sentamos a esperar que hubiera luz suficiente para ver si el *couloir* desconocido podría permitirnos el paso. El gran círculo de paredes que se elevaba trescientos metros sobre el glaciar parecía, a la tenue luz del amanecer, imponente. De hecho, hay pocos glaciares en los Alpes defendidos por un baluarte tan poderoso y vertical. Después de llevar diez minutos sentados sobre una grieta rellena, la brisa nos pareció tan fría que, sin más demoras, recogimos las mochilas y nos encaminamos hacia la base del *couloir*. El glaciar ganó pendiente enseguida, pero la fina capa de nieve que seguía pegada al hielo nos daba apoyo suficiente y estaba tan helada que, para avanzar, podíamos utilizar hasta los puentes más finos y frágiles. Sin embargo, más arriba, esa fina capa de nieve desaparecía. Slingsby, con la astucia de un viejo escalador, se fue bien a la izquierda, donde, bajo la protección del gran pilar, los regueros de nieve seguían intactos. El resto del grupo continuamos audazmente por el glaciar y no tardamos en vernos obligados a usar el piolet. Paciencia y trabajo duro nos acabaron dejando en unas rocas a la derecha de la entrada del *couloir*, donde Slingsby nos estaba esperando. Siguiendo hacia la derecha, sobre placas pulidas por el glaciar y tapizadas de hielo, ganamos una incómoda e inclinada repisa cubierta de hielo sobre la que goteaba un arroyuelo desde las paredes superiores.

Nos apiñamos con alguna dificultad en un rincón protegido y nos dispusimos a comer, beber y a estar contentos. Tras una parada de veinte minutos, nos volvimos a poner en marcha a las cinco y veinticinco, manteniéndonos casi horizontales respecto a las paredes de nuestra derecha por una

repisa amplia y fácil que ofrecía una evidente y tentadora senda. Atravesamos un tramo corto y llegamos a una falla en las paredes que ascendía casi recta. Subir por ella resultó fácil y rápido, y a ella le siguieron otras repisas y corredores que alegraron los corazones de los guías que, al otro lado de esta gran pared, se habían visto obligados a pagar cada metro de progreso con el trabajo de tallar peldaños en el hielo y con el esfuerzo más duro que pueda imaginarse. Sin embargo, gradualmente, las repisas y corredores mermaron tanto de tamaño que nos alegró poder pasar al *couloir* y avanzar dependiendo del piolet. La nieve se había fundido y vuelto a helar tantas veces que tallar peldaños requería casi tanto esfuerzo como hacerlo en hielo, y empezamos a buscar una manera de librarnos de esa labor. Al otro lado del *couloir* las rocas eran practicables e hicimos un esfuerzo serio por alcanzarlas. Sin embargo, por el centro del nevero las piedras que caían, el hielo y el agua habían horadado un surco profundo cuya base era hielo y cuyos lados formaban cornisa. Después de muchos esfuerzos logré entrar en él y tallar peldaños hasta el otro extremo, pero allí la pared de nieve demostró ser demasiado para mí. Su superficie estaba tan dura e intratable como el hielo, y cuando se quitaba la capa de arriba se alcanzaba nieve más blanda que no ofrecía agarre fiable para los dedos. Como, además, ese surco era obviamente el canal por el que la montaña lanzaba todos sus desperdicios, no parecía deseable que dos de nosotros estuviéramos en ella al mismo tiempo, circunstancia que imposibilitaba la ayuda de un paso de hombros y un buen empujón. Al final, decidimos que las rocas que había al otro lado no merecían la pena y destrepé hasta la superficie abierta del *couloir*.

Nuestra siguiente esperanza para librarnos de tener que tallar continuamente residía en una chimenea que se abría en el *couloir* unos setenta y cinco metros más arriba. Al llegar a su base, sin embargo, descubrimos que estaba verglaseada, que ascendía a plomo y que conducía a enormes placas lisas. Cierta distancia más adelante divisamos más rocas agrietadas e, incluso antes de alcanzarlas, nos alegramos de encontrar agarre para la mano derecha en la pared de roca, y, de tanto en tanto, un escalón entre ella y la ladera (donde el calor de las rocas había fundido la nieve en contacto con ella) en el que se podía asegurar al grupo. Atacamos las rocas cuarteadas, pero enseguida nos vimos detenidos por una placa pelada de unos cuatro metros de altura. La única posibilidad de ascenderla la daba un pequeño garbanzo de roca al que se podía llegar con los dedos de la mano izquierda, pero en una postura tan forzada que era casi imposible probar su fiabilidad. Intenté subir dos veces y, en ambas ocasiones, me falló el coraje; aunque el empeño de hallar una línea alternativa resultó infructuoso, un último y más decidido esfuerzo superó la dificultad y nos dejó sobre unas rocas fáciles.

Para evitar quedarnos embarcados en las enormes placas de esa cara de la montaña, nos mantuvimos a la izquierda de una especie de repisa en el *couloir*. Más a nuestra izquierda había otro surco aún más bajo relleno de hielo que era el canal evidente que recogería las piedras que cayeran. Por suerte, las placas que formaban nuestra repisa estaban separadas de la gran pared de roca que cerraba el *couloir* a nuestra derecha por una estrecha y casi continua grieta, de anchura suficiente para que entraran los dedos. Ayudados por esa grieta, progresamos a buen ritmo, aunque, de vez en cuando, un «paso malo» resultaba impracticable hasta que el Hércules de la partida aupaba al primero para que superara el obstáculo. El ángulo de la repisa crecía de manera

continúa y, en proporción similar, fueron aumentando la frecuencia y longitud de los pasos malos hasta que dicha repisa se convirtió en una pared casi vertical. Como eso coincidía con una reducción tal de la anchura de la grieta que impedía seguir metiendo los dedos en ella, nos vimos obligados a detenernos.

Ahora era evidente que debíamos meternos en la parte más baja del *couloir* y abrirnos paso sobre el hielo, pero la travesía de la repisa hacia ese tramo del *couloir* era un problema de gran dificultad. Una vez lejos de la grieta, no había agarre fiable de ningún tipo. Hastings, con mucha cordura, sugirió meter un pitón en la grieta tan por encima de nosotros como pudiéramos, de manera que, pasando por él la cuerda, el primero estuviera libre de peligro y pudiera trabajar libremente, cosa que, de otro modo, resultaría impensable. Hastings, a pesar de tener unas pésimas presas para los pies, me aupó con gran destreza y fuerza sobre sus hombros y desde esa atalaya aérea, clavé el pitón en la grieta con un piolet. Antes de poder pasar la cuerda por la anilla, era necesario desencordarse, evidentemente: se trataba de un proceso que siempre acarrearía mucha dificultad, y más aún cuando sólo se podía disponer de una mano para hacerlo. Estas operaciones debieron de durar sus buenos cinco minutos y Hastings suspiró aliviado cuando me volví a depositar cautelosamente sobre la roca y se pudo frotar amorosamente esas partes de su cuerpo que los clavos de mis botas habían raspado.

Entonces descubrimos que la cuerda no corría por el pitón, por lo que, una vez más, tuvo que construirse la pirámide viviente y atar un lazo de cuerda a la anilla del pitón por la que pudiera correr libremente. Después de todas estas arduas labores, la travesía de la placa se llevó a cabo con inusitada facilidad, aunque, posiblemente, en ausencia de la protección que ofrecía la cuerda por arriba, el agarre habría parecido peligrosamente pequeño. Al alcanzar el borde de la chimenea, era posible tocar la pared opuesta con un piolet, y ese apoyo me permitió tallar un escalón en un pequeño espacio de nieve helada que aún continuaba pegada a la roca. Con ese apoyo para el pie, conseguí tallar un escalón en el mismo hielo y así logramos atravesar el *couloir*.

La ascensión de la chimenea de hielo no resultaba agradable del todo; no había posibilidad de escape en caso de que cayeran piedras u otros proyectiles, y el ángulo del hielo aumentó rápidamente hasta hacerse casi vertical. Este tramo vertical de la chimenea no tendría más de tres o cuatro metros de altura y, una vez sobre él, una pendiente de cincuenta grados llevaba hacia unas rocas impracticables. Sin embargo, antes de que me pudieran dar cuerda suficiente para que pudiera alcanzarlas, era necesario que el resto del grupo avanzara. Por desgracia, aunque a la derecha era fácilmente accesible un terreno rocoso, firme para los pies y bien protegido de la caída de piedras, resultaba imposible alcanzarlo sin quitar primero los rebordes y láminas de hielo que ocultaban unas placas intermedias. Hacer esto hubiera puesto en grave peligro al resto del grupo, el cual se encontraba dieciocho o veinte metros más abajo y justo en la vertical. Ese tipo de hielo podría desprenderse en grandes placas y, como la pared inferior era prácticamente vertical, esas placas hubieran caído con toda su fuerza sobre Slingsby y Collie, quienes se encontraban justo en la línea de fuego. De hecho, los diminutos fragmentos de hielo tallados en la sólida pendiente que había por encima de la travesía dieron lugar a muchos comentarios de desaprobación. De discusiones posteriores se colige que, mientras para los que estaban abajo todos

y cada uno de tales fragmentos tenían un tamaño mayor que un serac cayendo a una velocidad considerablemente mayor que la que los astrónomos atribuyen a la luz, a los que estábamos encima nos parecían comparables al más fino de los granos de arena arrastrados por las alas de la brisa más suave imaginable.

Cuando subió Hastings y se hubo afianzado en el gran escalón, empecé a tallar una vez más, pero enseguida me vi obligado a detenerme por la oleada de imprecaciones sobre mi persona que me llegaban desde abajo. Cuando el resto del grupo alcanzó la ladera superior, no tardamos en abrirnos camino hasta las rocas. Por encima, la pared seguía vertical y amenazante, pero como estaba surcada por una serie de grietas, resolvimos que alguna de ellas tenía que ofrecer una vía practicable.

Para el primer intento elegimos la más profunda y oscura del grupo. El comienzo de esa chimenea resultó ser más formidable de lo que habíamos esperado. Sus paredes estaban demasiado separadas para emplear la técnica de empotramiento y la escasez de agarres hacía extremadamente difícil cualquier avance. Con la ayuda de la cabeza de Hastings y de su piolet, fue posible alcanzar una altura considerable en los huecos más profundos de la chimenea, pero no se podía progresar más de modo directo, porque la roca se desplomaba y era esencial atravesar hacia afuera, en el muro izquierdo de la pared, hacia un ancho escalón que parecía ofrecer una base adecuada para futuras operaciones. No cabía duda de que la travesía era posible si ese escalón tuviera una grieta o un agarre suficientemente bueno como para permitir que una persona, no sólo la alcanzara, sino que pudiera superarlo escalando, algo que nunca resulta fácil cuando el escalón no consiste más que en una estrecha repisa con una pared lisa y vertical por encima. Sin embargo, después de mucho estudiarlo, se llevó a cabo el intento y se descubrió una grieta excelente, de dimensiones muy gratificantes y en el lugar preciso. A la izquierda, se subía por rocas fáciles durante un breve tramo, hasta que tuvimos que entrar en una chimenea y nos vimos detenidos por una serie de grandes lajas encajadas que formaban una especie de techo protector. Era necesario escalar hacia afuera y hacia arriba y superar ese techo, y, para reunir la energía necesaria, nos paramos y fuimos obsequiados por Hastings con mermelada de jengibre, galletas, chocolate y demás lujos que, invariablemente, llenaban sus bolsillos.

Esta dificultad tenía peor aspecto de lo que luego resultó y, más allá de la incomodidad mental producida por colgarse de piedras dudosamente afianzadas y de escalar un desplome en medio de una gran pared en posición semihorizontal, de manera muy parecida a como camina una mosca por un techo, el obstáculo se superó sin problemas. Por encima de ella, el acceso al collado parecía evidente. Apenas se interponía una corta pendiente de hielo entre nosotros y ese anhelado paraíso. Hacia el otro lado, la vista era más espectacular. La muralla que hay justo por debajo es en realidad extraplomada. El enorme colmillo, al que se ha hecho frecuentemente referencia y que cierra el collado por su lado norte, se eleva vertical y liso de una forma que recuerda la implacable crueldad de las grandes paredes del Petit Dru. En el otro lado, grandes precipicios de hielo dominan un muro de roca más salvaje y vasto que hayan visto los escaladores. Un muro que se extiende circularmente en cerca de ciento ochenta grados y que forma uno de los circos más serios de los Alpes y que, con sus desplomados seracs, enormes comisas y *couloirs* negros y llenos de

hielo, recuerda a algunos de los rincones más salvajes del Cáucaso.

Atacamos la corta pared que nos faltaba, atravesamos una fina cresta de nieve y le gritamos la bienvenida a la Blaitière, a los Charmoz y al Grépon. Habíamos ganado las laderas superiores del pequeño glaciar sobre el que Carr, Slingsby y yo pasamos tantas horas fatigosas el año anterior. Ahora, sin embargo, estábamos por encima de los muros de hielo y pudimos recrearnos la vista estudiando las gráciles curvas con las que la nieve contorneaba las bases de las paredes. Justo enfrente estaban los sombríos riscos que habíamos tratado de escalar, y reconocimos, con una sensación semejante al dolor, que desde el punto más alto alcanzado podríamos haber ganado la arista en dos o tres horas como mucho, y haber hecho cumbre. La posición en la que estábamos ahora era, sin embargo, mucho más favorable. El pequeño glaciar, separado de las rocas de enfrente por un impresionante *couloir* de hielo desnudo en el que ningún ser viviente podría abrirse paso, ascendía moldeado por el viento y, aunque con una pendiente suficiente para exigir el uso del piolet, no suponía un obstáculo serio a nuestro avance.

A las doce horas y cinco minutos de la tarde, tras una breve parada, empezamos de nuevo y descubrimos que diez horas de duro trabajo habían empezado a dejarse notar, por lo que nuestro paso se redujo a límites moderados y decorosos. A mitad de camino, una gran grieta nos cortaba el paso. La cornisa de su labio, seis metros por encima de nuestras cabezas, daba la impresión de obligarnos a descender un tramo largo, aunque no nos detuviera del todo. La idea de descender siempre resulta de lo más desagradable cuando se está cansado, así que giramos a nuestra izquierda para ver si podía hacerse algo en el lugar donde el pequeño glaciar se engarza con el enorme *couloir* de hielo. Afortunadamente, unos metros antes de alcanzar la pared de hielo, el labio superior de la grieta caía hasta estar a menos de cuatro metros del inferior. Collie fue enviado al interior de la grieta donde se afianzó en nieve blanda y se preparó para cualquier contingencia. Hastings y Slingsby tuvieron luego la consideración de formar la base de la pirámide y yo fui primorosamente elevado sobre sus hombros. Desde esa atalaya fue posible tallar primero muescas en el hielo desplomado por debajo del labio y luego, tras muchos esfuerzos, hice un escalón bueno y fiable en la pendiente de hielo por encima del mismo. Escalar desde el hombro de Hastings hasta ese escalón no fue ni mucho menos fácil y a Collie se le avisó para que estuviera atento a posibles chubascos. Los labios formaban tanta cornisa que alguien que resbalara saltaría limpiamente sobre la grieta y, si no estuviera encordado, empezaría un alocado viaje por las pendientes laderas en dirección al enorme *couloir* de hielo.

Justo sobre el labio, el hielo era muy vertical y hasta que no me dieron veinte metros de cuerda no pude tallar un escalón que ofreciera confianza suficiente para asegurar al siguiente en la cordada. Luego fue aupado Hastings, con los esfuerzos combinados de Slingsby y Collie y, cuando llegó al escalón grande, yo avancé un poco más hasta una grieta rellena de nieve en la que había un asiento admirable y grato. Sin embargo, como quedaba fuera del alcance de nuestra cuerda, hubo que sacar una segunda cuerda, más ligera, y empalmarla a la primera. El siguiente en subir fue Slingsby y luego tuvimos que enfrentarnos al serio problema de que subiera Collie. Mientras hubiera alguien debajo para poner un hombro, se podía alcanzar el borde de la grieta y subir de manera razonable, pero el último tenía que, lógicamente, ser izado a puro tirón. Por desgracia,

nosotros estábamos tan altos y el labio de la cuerda formaba tanta cornisa que amortiguaba todo sonido y por tanto no podíamos oír lo que nos decía Collie. Todo lo que podíamos hacer era izar al unísono, pero no tardamos en percatarnos de que nuestros esfuerzos ya no surtían efecto. Parecía que la cuerda no lograba auparle hasta los peldaños tallados y que lo tenía atascado debajo de la cornisa, un poco a la derecha. Sin embargo, Collie demostró estar a la altura de las circunstancias y, viendo que su cabeza y sus hombros se negaban a superar la cornisa, plantó los pies sobre el hielo y, haciendo fuerza hacia afuera y contra la cuerda, subió caminando por el hielo en una postura más o menos horizontal. Esta maniobra le trajo, con los pies más altos que el resto del cuerpo, hasta la pendiente, y no hace falta decir que causó admiración y regocijo entre los espectadores. Sin embargo, enseguida volvió a colocarse en una postura más normal y siguió por la pendiente hasta la pequeña grieta. Como el tiempo comenzaba a apremiarnos y estábamos desencordados, comencé a tallar de nuevo los peldaños precisos para llegar a la arista. Unas decenas de metros más allá, la pendiente perdía un poco de inclinación y ese laborioso proceso dejó de ser necesario.

Una enorme cornisa remataba la arista, extraplomándose sobre los enormes precipicios que dominan el pequeño glaciar de Envers de Blaitière. Bastante a su derecha, yo proseguí mi camino solitario hacia el pie de la torre final. Ésta se encuentra casi completamente separada de la arista principal, siendo, de hecho, el punto más alto de la arista secundaria que forma un ángulo recto con ella. El extremo sureste de esta arista secundaria culmina en el Dent du Requin, de modo que la vía que veníamos siguiendo desde el noreste nos llevaba hasta el mismo punto, o casi hasta el mismo punto, que James Eccles alcanzó cuando hizo la primera ascensión por la arista suroeste. En cualquier caso, una de las vías gira bruscamente hacia el sureste, y varias chimeneas de roca y de bloques conducen al punto culminante, al que llegamos a las dos de la tarde.

Nos asoleamos un buen rato sobre las rocas calientes y hasta las tres y media no comenzamos el descenso. Las inclinadas laderas que conducen al glaciar del Requin precisaron cuidado, pues la nieve estaba blanda y en ese estado acuoso que presagia avalanchas. Hastings nos guio a través de la rimaya y, justo cuando estábamos discutiendo la mejor línea para atravesar los seracs, apareció un *chamois*^[17]. Bajó corriendo por la ladera de manera alocada y salvaje, dirigiéndose a la izquierda, hacia las paredes del Dent du Requin. Nosotros fuimos, como siempre, víctimas de la antigua tradición y pensamos que lo mejor que podíamos hacer era seguir sus huellas. Enseguida tuvimos que pasarnos a las rocas y subir y bajar por pedreras interrumpidas por tramos de roca vertical. Al final, volvimos a pasar al glaciar cruzando un serac largo y en un estado de descomposición notable. Era un filo de cuchillo, de unos dos metros y medio de longitud, y presentaba tal estado de decrepitud que esperábamos que se viniera abajo de un momento a otro. Sin embargo, nos sirvió para lo que queríamos y, tras dejarnos deslizar un poco, llegamos a las huellas que habíamos seguido camino del Requin quince días antes. Aunque eran más de las cinco de la tarde, gracias al entrenamiento de llevar dos semanas ejercitando los músculos en los Alpes, seguíamos aspirando a llegar a Montenvers. En aquella ocasión, regresar del Requin nos había llevado diez horas, hasta que llegamos a ese «hogar de fieles»; de aquellas diez horas, no más de una se empleó en paradas voluntarias. Esta vez, algo menos de cuatro horas nos bastaron para

llegar a esa bienvenida cabaña y a las nueve menos diez minutos de la noche cuatro hambrientos viajeros azuzaban al señor Simond para que nos agasajara rápidamente con una jugosa cena. Nuestras súplicas, huelga decir, recibieron la más cordial de las atenciones y numerosos amigos se unieron a nuestra fiesta. En las horas del amanecer, un guerrero, equipado para acometer grandes logros, irrumpió en nuestra juerga. Esperaba encontrarse la tenue luz de una simple vela y la espantosa soledad de una habitación desierta, pero, para su asombro, se encontró con una numerosa compañía, la luz de muchos candiles y el continuo ir y venir de arcángeles, es decir, de camareros. Al principio se quedó completamente boquiabierto y pensó que había dormido un día entero y que se acababa de levantar justo a tiempo de la siguiente comida. Al final le aclaramos las cosas explicándole que estábamos tomando la comida de la víspera del mismo modo que él se disponía a tomar el desayuno del día siguiente.

LA AIGUILLE VERTE, POR EL GLACIAR DE LA CHARPOUA

Cuando Burgener y yo cruzamos el Col du Géant a comienzos de 1881, nos dio la impresión de que la ascensión de la Aiguille Verte podría hacerse por la cara suroeste, ya que un oportuno *couloir* ascendía directo por la cara oeste de la montaña desde la cabecera del glaciar de la Charpoua. De hecho, Burgener se quedó tan impresionado con las posibilidades de esa vía que le costaba creer que una línea tan prometedora no hubiera sido ya tomada por algunos de los diligentes cazadores de vías nuevas. Esos miedos eran, le aseguré, bastante infundados, y a nuestra llegada a Chamonix fueron finalmente olvidados.

Tras una larga discusión, decidimos partir a medianoche desde Montenvers, pues yo aún no era consciente, en aquella época tan temprana, de la necesidad que supone pasar las horas de la noche caminando patosamente sobre agujeros y grietas. Burgener, poseedor de la sabiduría que da la edad y diestro en el arte, de dormir profundamente a temperaturas que mantendrían a su cliente danzando toda la noche al son de una gaita, era partidario de un vivac. Sin embargo, se plegó al sólido principio de que «el que paga al gaitero tiene derecho de elegir la melodía».

Durante la tarde del 29 de julio subí caminando a Montenvers y a las once en punto de esa misma noche preparamos nuestras cuerdas y provisiones y nos pusimos en marcha por Les Ponts. Perdimos mucho tiempo diciéndole cosas bonitas a nuestro candil, el cual se negaba a quemar bien, y después nos enzarzamos en las irritantes grietas que pueblan el lado oriental de la Mer de Glace. Luego trepamos por las horrendas piedras de la morrena lateral hasta las laderas que hay bajo el glaciar de la Charpoua. Allí, Venetz tuvo que reconocer que no se encontraba bien. Yo cogí su mochila y él resistió una media hora más, tras la que se hizo evidente que no sería capaz de realizar la ascensión. No tenía, por tanto, ningún sentido que fuera padeciendo por las atroces pedreras que estábamos subiendo. Celebramos un consejo de guerra y Venetz fue sometido a un interrogatorio acerca de la naturaleza, origen y alcance de sus dolencias, las cuales parecían limitarse a un dolor de cabeza y una mala digestión, así que decidimos que podía regresar solo a casa, de manera segura, cuando rompiera el día.

Sin embargo, Burgener dudaba que nosotros fuéramos lo suficientemente fuertes para hacer el ascenso por nuestra cuenta, más aún cuando sería imposible regresar por la misma vía, pues tendríamos que bajar por la vía Whymper. Por desgracia, ninguno de nosotros estaba bien familiarizado con ella, aunque sabíamos, a grandes rasgos, que un gran *couloir* conducía al glaciar de Talèfre. Alguien sugirió, como alternativa, que deberíamos intentar el Dru, pero eso no nos atrajo y comenzamos a subir sin tener un plan bien definido. Al alcanzar el glaciar de la Charpoua nos pasamos al hielo y discutimos nuestros planes a fondo y acabamos decidiendo examinar los méritos de nuestro *couloir*. Rechazamos mutuamente cualquier intención de hacer el ascenso, pero de todos modos avanzaríamos lo suficiente como para ver si merecía la pena hacer una segunda tentativa. Cuando el día estuvo más avanzado, con los corazones calientes por la proximidad de la

cumbre y una botella de champán, confesamos que en el camino nos habían reconfortado tenues esperanzas de escalar el pico. Pero para regresar a mi relato, Burgener, deseando en su fuero interno hacer una buena jornada de trabajo, me pasó el candil, pues no quería cansarse prematuramente. Nos encontramos el glaciar muy agrietado y tuvimos que tallar muchos peldaños, pero al amanecer ganábamos la lengua de rocas que divide el glaciar de la Charpoua en dos ramales. Esa lengua ahora es más conocida como el Refugio del Gran Dru y lo usan con frecuencia las cordadas que escalan ese pico. No hace falta añadir que nuestra vía hasta ese lugar no fue, como ha demostrado luego la experiencia, la mejor y, desde luego, no es la que actualmente se sigue. Esta última no toca para nada el glaciar de la Charpoua, efectuándose el ascenso por las interminables pedreras.

Nos detuvimos durante media hora para ver la salida del sol y desayunar algo. También escondimos con cuidado nuestro candil y nos preparamos para entrar en faena. Hasta que llegamos a la primera rimaya no tuvimos problemas, pero al llegar a ese enorme tajo a las cinco y media de la mañana tuvimos la impresión de que no podríamos seguir avanzando. Se extendía a lo ancho de todo el glaciar y las rocas que tenía a cada lado eran del todo impracticables. Sin embargo, descubrimos que, en un punto, la espesa capa de nieve del invierno no se había caído, sino que apenas se había hundido unos quince metros en la grieta y, al quedar protegida de los rayos del sol, no se había fundido por completo. Era una estructura frágil, perforada en algunos lugares con agujeros redondos de los que colgaban largos carámbanos, mientras que, en otros, era una fina capa de hielo de apenas medio centímetro de espesor. Cuando se lanzaba un piolet sobre esos puntos débiles, quedaban a la vista abismos escalofriantes. También ocurría que el único lugar en el que era posible descender hasta ese puente quedaba muy a la derecha, mientras que la única posibilidad de escalar la pared opuesta de la rimaya estaba muy a la izquierda. Nos vimos por tanto forzados a ir eligiendo el camino a lo largo de esa raquíta estructura durante cien metros o más. En una o dos ocasiones el traqueteo de nuestro paso hizo que unos cuantos carámbanos cayeran golpeteando en la oscuridad de la sima, ante lo que Burgener emitía jaculatorias de horror. A pesar de esos mazazos a nuestros nervios, alcanzamos la base de un serac aislado, la cumbre del cual estaba unida mediante una fantástica imitación de un arbotante con el hielo firme de más allá de la rimaya. Después de tallar unos cuantos peldaños, y ayudado con un empujón de Burgener, me subí al serac y tiré de la cuerda para que subiera el soporte de la cordada. Luego avanzamos por el arbotante, serpenteando como orugas, distribuyendo nuestro peso en la medida de lo posible y esperando a cada momento que se viniera abajo la débil estructura. Por suerte, fiel a la costumbre que tiene el hielo a primeras horas de la mañana, resultó ser tan sólido como el hierro y continuamos subiendo hacia la segunda rimaya, la cual pasamos sin dificultad. La tercera resultó ser aún peor que la primera. Su labio inferior formaba una cornisa extraplomada muy notable y precisó del mayor de los cuidados, incluso para aproximarse a ella, mientras que el labio superior se elevaba unos veinte metros sobre nuestras cabezas como una pared limpia y vertical de hielo azul.

Nos desencordamos y Burgener se fue hacia la derecha para investigar una posible vía, mientras yo me fui hacia la izquierda. Al cabo de un rato, Burgener me gritó que por su lado no

iba a funcionar, pero, gracias a la buena fortuna yo había puesto los ojos en un punto de mi lado que daba la impresión de poder ser atacado. Tras arrastrarnos a lo largo de un lomo afilado que separaba la rimaya de una grieta ancha, alcanzamos ese punto deseado. La pendiente extremadamente vertical que tenía encima había tomado la forma de un profundo corredor debido a la constante caída de piedras, hielo, nieve y agua. El fondo de ese corredor estaba casi cuatro metros más bajo que el resto de la pendiente, y los desechos caídos habían formado un cono debajo, justo en el lugar en el que nos era necesario. La extraplomada pared de hielo quedaba reducida, gracias a esto, a una manejable altura de unos tres metros, y Burgener decidió que podía escalarse. Sin perder tiempo, me hizo un buen escalón en lo alto del cono y talló algunos agarres para las manos en la pared opuesta. Al alcanzar el cono, vi que estaba separado de la pared de enfrente por un hueco de poco más de un metro de anchura. Me apoyé en la pared opuesta y, metiendo las manos en los agarres que Burgener había tallado para mí, formé una especie de puente inseguro. Luego Burgener procedió a trepar sobre mi cuerpo hasta ponerse sobre mis hombros. No parecía tener muy buena opinión acerca de la estabilidad del edificio humano levantado de esa guisa, y, por ello, su tallado de escalones fue bastante lento. De hecho, los clavos de las botas de Burgener eran tan duros, el hielo era tan frío para mis manos y el tallado tan interminable, que a mi trastornada imaginación le pareció que la mismísima eternidad estuviera a punto de agotarse.

Al final, Burgener terminó de hacer tres peldaños por debajo del labio y uno por encima, con todos los agarres necesarios para las manos y, pidiéndome que me agarrara bien, se impulsó, subió por los escalones por encima del labio y salió a la pendiente. Yo tardé tan poco en estar machacado por los trozos de hielo que saltaban de sus golpes de piolet que me quité del cono y esperé hasta que se me requiriera. El fondo del corredor era durísimo, y pasaron sus buenos veinte minutos antes de que se tensara la cuerda y Burgener me dijera que estaba listo. Superar el labio no fue sencillo, pero una vez sobre él, una excelente escalera me condujo hasta mi compañero. Como el corredor en el que nos encontrábamos era la huella de las piedras y del resto de cosas buenas que la Verte reserva para sus fieles, decidimos forzar nuestra ruta fuera del mismo y seguir por la pendiente. Esto sólo pudimos llevarlo a cabo después de grandes dificultades, pues las paredes del corredor eran tan profundas que resultaba imposible sujetarse en los escalones sin un agarre para la mano, lo que dejaba sólo una mano para manejar el piolet. Una vez en la pendiente, fuimos directos hacia las rocas más cercanas, pues el hielo era tan increíblemente duro y vertical que resultaba vital abandonarlo lo antes posible.

Era obvio que la línea más fácil por la pared de enfrente quedaba bastante a nuestra izquierda, línea que, según me había indicado James Eccles, era la vía más fácil, pero, en el estado actual de las pendientes, resultaba casi imposible alcanzarla sin perder muchísimo tiempo y nos decidimos por una chimenea de roca con la esperanza de poder atravesar más arriba. La escalamos, encontrando las rocas muy descompuestas y, muchas de ellas, tapizadas de hielo. También era la senda de las piedras que caían y, de tanto en tanto, un zumbido nos avisaba de que tuviéramos cuidado. Más arriba, la capa de hielo era tan gruesa que tuvimos que tallar muescas, pero pudimos progresar con rapidez y no tardamos en salir de la chimenea a una repisa de roca que dominaba el

gran *couloir* de nieve.

Me alegró quitarme las dos mochilas que llevaba y, como excusa para hacer una parada, ambos pretendimos comer. Es posible que el extraordinario apetito que parecen exhibir los escaladores en la montaña se deba en gran medida al deseo de hacer la parada necesaria. La comida en las altas aristas y «el paisaje» en las bajas parecen ser muy apreciados por las personas con poco fuelle y de músculo flácido.

Tras una parada de media hora, nos volvimos a atar y yo le fui dando cuerda a Burgener para que atravesara hacia la izquierda, lo que hizo en parte sobre unas lajas grandes y en parte sobre el filete superior de una costra de hielo, más o menos traicionera, que las cubría. Al final, ambos tuvimos que hacer la travesía al mismo tiempo. Sin embargo, Burgener consiguió pasar la cuerda por un gran cuerno de roca que nos quedaba encima. Puesto que esa operación parecía darle gran placer, pensé que sería cruel expresarle mis objeciones, aunque, como el cuerno se tambaleaba escandalosamente a la más mínima presión, yo, prudentemente, solté la cuerda antes de aventurarme a pasar por debajo.

Al alcanzar el *couloir* de nieve, empezamos a movernos a un ritmo tremendo. El piolet de Burgener desalojaba enormes trozos de hielo que adquirirían gran velocidad antes de alcanzarme, y cuando me hubieron golpeado con fuerza uno o dos, sugerí que sería deseable que entre nosotros no hubiera una separación de más de treinta metros de cuerda. Así que me acerqué más a mi guía y acertamos la cuerda. Como el trabajo de tallar peldaños a ese ritmo era muy cansado, cargué con la chaqueta de Burgener, además de las mochilas.

A nuestra izquierda quedaba la ingente trinchera que innumerables avalanchas habían horadado en la pendiente y, en más de una ocasión, Burgener nos llevó hasta el borde con la esperanza de ver algún punto vulnerable donde pudiera forzar un paso. El *couloir* tenía la forma de una enorme «Y», en la que ahora ocupábamos la cola. Nuestra única esperanza de éxito residía en ascender su ramal izquierdo o norte, pero el surco de avalanchas se dirigía al inaccesible ramal sur y nosotros, al estar a su derecha, nos veíamos desviados siempre de nuestra verdadera línea de ascenso. Sus paredes, sin embargo, estaban tan erosionadas y formaban tal cornisa que ni nos atrevíamos a intentar atravesarlo y, en consecuencia, al llegar al punto donde el *couloir* se bifurca, nos encontramos a la derecha y por debajo del ramal de la derecha. Un simple vistazo bastó para eliminar cualquier rastro de esperanza de pasar por allí y estuvimos de acuerdo en virar hacia la izquierda.

El *couloir*, a esas alturas, ya no era un gran corredor entre paredes sino más bien una leve depresión en la cara de la montaña. Por esa razón, tal vez, ya no estaba relleno de nieve profunda, sino de una capa de pocos centímetros pegada al fondo; los alternativos períodos de sol y heladas la habían convertido, en su mayor parte, en hielo. No será necesario aclarar que allí el surco de avalancha se reducía a proporciones insignificantes, pero fuimos capaces de atravesarlo sin dificultad. Las piedras, sin embargo, al no verse ya desviadas por un canal bien definido, zumbaban cerca de nuestros oídos de un modo nada placentero, y un fragmento, que golpeó una roca justo encima de nosotros, se deshizo en añicos que nos golpearon tanto a Burgener como a mí. En esas circunstancias, mi compañero hizo desesperados esfuerzos para escapar de su alcance

y, como suele ocurrir cuando ejercita su fuerza al máximo, el piolet cedió, partiéndosele el mango en dos. Yo le pasé de inmediato el mío, pero, por desgracia, estaba roto y eso acarreó numerosos comentarios poco lisonjeros relativos a aficionados y a piolets fabricados en Londres. En cualquier caso, cumplió su cometido y entramos en la rama norte del *couloir* donde estaríamos relativamente a salvo.

Este ramal resultó estar lleno de hielo, casi por completo, así que nos pasamos a las rocas de nuestra derecha en la primera ocasión que tuvimos. Burgener, entusiasmado por una victoria casi lograda, y, lo que es más, sin carga de mochila alguna y libre del fastidio de llevar una chaqueta oprimiéndole el pecho, avanzaba a tal paso que su cliente iba jadeando de manera penosa. Este último empezó a darse cuenta de que la suerte de ser porteador no es tal suerte y de que dos mochilas, con una chaqueta como superestructura, son aptas para atascarse entre rocas sobresalientes y para empalarse en cualquier puntal que exista en un radio de dos metros, además de la constante resistencia que ejerce su peso. Burgener, sin embargo, no tenía ninguna intención de detenerse y su única respuesta a mis súplicas consistía en dar gritos tiroleses con una cruel mofa de la fácil pared que aún teníamos por delante. Nuestra carrera enseguida nos dejó en un pequeño puente de nieve que nos condujo, en unos tres minutos, a la gran arista que conectaba el Dru con nuestra cumbre. Ésta se iba ensanchando de manera gradual hasta convertirse en una amplia y helada calzada sobre la que caminamos, uno junto al otro, hasta la cumbre.

Mi primer impulso fue librarme de la carga que portaba, mientras el de Burgener consistió en correr por la arista que va en dirección a la Aiguille du Moine para examinar la vía por la que teníamos que bajar. Regresó con un gran regocijo, diciendo que todo era «*bares Eis*», hielo desnudo, y que yo estaría agotado al día siguiente, en referencia al solemne compromiso que hice de tallar todos los escalones que fueran necesarios en el descenso.

Mientras tanto, yo había deshecho las mochilas y nos acomodamos sobre la nieve para almorzar y disfrutar de las gloriosas vistas que ofrece este poco visitado pico. Burgener trató luego de entablillar su piolet roto. Aunque sus esfuerzos en esta dirección fracasaron miserablemente, tuvo éxito en hacerse un corte en la yema de su pulgar todo lo profundo y feo que uno pueda imaginar, y el resto de nuestro tiempo tuvimos que emplearlo en su curación. A consecuencia de esta serie de operaciones, pasamos una hora y veinte minutos en la cumbre, y hasta la una y media de la tarde no comenzamos el, para nosotros, completamente desconocido descenso al Jardín. Empezamos, no sé si bien o mal, descendiendo hacia Les Droites y, al alcanzar la cabecera del gran *couloir*, cambiamos de dirección y tallamos para bajar por hielo de muchísima pendiente hasta un grupo de rocas donde pudimos pisar con seguridad y echar un vistazo. Por debajo de nosotros una línea de roca asomaba a intervalos a través del hielo del *couloir* y, como la pendiente no era muy fuerte y el tiempo apremiaba, Burgener sugirió un novedoso método de actuación. Primero, yo le descolgué con la cuerda hasta el siguiente grupo de rocas y luego, con la confianza que da la juventud, yo me dejaba deslizar y Burgener me «atrapaba» hábilmente cuando pasaba a su alcance. En los tramos en los que este proceso no era posible, pasábamos la cuerda por algún lugar del que luego pudiéramos recuperarla y bajábamos agarrados a ella y dejándonos deslizar hasta la siguiente roca adecuada. Mediante este y otros

métodos similares, y casi sin tallar un solo peldaño, descendimos la totalidad del gran *couloir* hasta el lugar donde las rocas de la arista de Moine penetran tanto en el *couloir* y lo cortan de tal modo que parece la cintura de una dama. El grupo más adelantado de esas rocas estaba separado de la montaña por una estrecha chimenea tapizada en parte de hielo, pero tan vertical que las piedras que cayeran lo harían a buena distancia de las cabezas y otras pertenencias de unos escaladores entusiastas. Continuamos el descenso destreando esa chimenea y, tras uno o dos tramos algo incómodos, emergimos en la ancha ladera que quedaba entre la parte inferior de los dos imponentes pilares que forman las paredes del gran *couloir*. Nos encontramos la ladera cubierta de nieve bien compactada y helada, y seguimos bajando alegremente, tallando muescas, hasta que a las cuatro de la tarde me tuve que detener ante una horripilante rimaya.

Burgener, que estaba dieciocho metros por encima de mí, me aconsejó que llegara hasta el mismo borde de la grieta para ver si los residuos del piolet roto y una cuerda pasada por el mismo nos permitirían burlar al enemigo. Cuando llegué hasta el mismísimo borde de la pared vi que se extraplomaba hasta tal punto que, aparte de ver que ninguna cuerda de las que teníamos llegaría hasta el fondo, no pude obtener ninguna información útil. Burgener, persona fértil en recursos, talló un gran escalón y me pidió que me pusiera rígido para que él pudiera descolgarme hasta un punto que me permitiera ver si había al alcance algún método adecuado para sortear el obstáculo. Con la excepción de algunos seracs, muy a mi derecha y casi pegados al gran pilar, la cornisa de hielo no tenía fracturas; a la izquierda, un promontorio de hielo ocultaba todo a la vista. Hechas tales observaciones, le grité a Burgener que me volviera a izar y nos dispusimos a considerar qué es lo que debíamos hacer. Los seracs de la derecha sólo podían alcanzarse tras una larga travesía, lo que, con apenas un piolet en la cordada, no era precisamente apetecible. Así que nos decantamos por la ladera invisible de la izquierda. Después de haber tallado unos doscientos peldaños, alcancé una pequeña grieta que cortaba la ladera en ángulo recto a la rimaya y Burgener, que iba muy cerca, detrás de mí, me gritó, «*Es geht!*» («¡Esto marcha!»).

Luego nos dispusimos a enterrarnos en esa pequeña grieta y, tras bajar tallando peldaños en un lado, con una cabeza apoyada contra la otra en la medida que sus estrechas paredes lo permitían, avanzamos apretujados entre sus paredes de hielo hasta que emergimos en la cara de la gran pared. Enfrente, a una distancia inoportuna, una gran laja de hielo se había separado de la montaña y dejaba un borde afilado de hielo viejo, paralelo a la pared, pero algo más abajo de nuestra posición. Burgener enseguida decidió que el espacio intermedio podía saltarse y que él podría sujetarme aunque yo no lograra aterrizar sobre el serac. El método propuesto consistía en saltar de tal suerte que se aterrizara con las manos sobre el borde afilado al tiempo que los pies se apoyaban en el interior del serac, confiando en que esa podrida y marchita superficie ofreciera agarre suficiente para que las botas redujeran el esfuerzo que había que hacer con las manos.

Una vez que, con grave daño para mis manos, efectué dicho salto, tallé un peldaño grande para que Burgener aterrizara en él. Debido a su mayor corpulencia, se dio cuenta de que no podía adentrarse tanto en la grieta como yo y que, por tanto, su salto debía ser más largo. Sin embargo, aterrizó de la manera más limpia posible y avanzamos sobre el borde afilado hasta el final del serac. Aún quedaba un hueco de unos doce metros para que pudiéramos alcanzar el glaciar y

volvimos a la grieta entre el serac y la pared para que nos resultara más fácil bajar. Mientras que la primera grieta resultó demasiado estrecha para ser cómoda, ésta pecaba de lo contrario y sus tres primeros metros tuvimos que descenderlos tallando apoyos para pies y manos. Después, era posible alcanzar la pared opuesta con la cabeza y se pudo bajar una vez más de manera razonablemente fácil. Al llegar a la altura del glaciar, un largo salto lateral me dejó en la nieve y se acabaron nuestros problemas. Sin perder tiempo —pues el paso de la rimaya nos había llevado dos horas de trabajo, y ya eran las seis de la tarde— bajamos al Couvercle tan rápidamente como nos permitieron las piernas y alcanzamos ese deseado refugio en ¡diez minutos! Por supuesto, en aquellos lugares en los que no podíamos dejarnos deslizar, corríamos a toda velocidad. Cuando se hubo aplacado la emoción de la escalada, se produjo un aumento en el decoro de nuestra marcha y, en cada una de las morrenas de la Mer de Glace, nos pareció adecuado reorganizar el equipaje, contemplar el paisaje o enfrascarnos en cualquier otra ocupación igualmente importante que supusiera un alto de cinco minutos sobre una piedra plana. La consecuencia de los diversos retrasos fue que nos dieran casi las ocho de la noche antes de que volviéramos a entrar en Montenvers. Venetz nos recibió en la puerta y lamentaba amargamente haberse perdido esa expedición, pero nosotros vertimos bálsamo en su alma herida prometiéndole que escalaríamos todo lo que él quisiera en el Grépon.

LA AIGUILLE VERTE, POR LA ARISTA MOINE

La ascensión de la Verte que he descrito arriba tenía la objeción de que, casi a cada paso, la textura del cráneo de uno corre el riesgo de ser puesta a prueba por el impacto de una piedra. Aunque esto aporte mucho interés y emoción a la escalada, la ascensión es de esas que pierden por completo su poder de agradar tan pronto como el montañero ha superado el primer ardor de la juventud. Una objeción similar, aunque de una guisa muy distinta, puede hacerse a la vía normal; de hecho, varias cordadas han sido tan hostigadas y machacadas por los obuses que caen, que su ascenso, en los últimos años, rara vez se ha llevado a cabo. Extrañamente, el Dru, que tanto asustó a los primeros exploradores y no se dudaba en calificar como inaccesible, se ha convertido en una ascensión rutinaria y se considera relativamente fácil. Una tercera vía, que parte desde el glaciar de Argentière, descubierta por J. O. Maund, T. Middlemore y H. Cordier, está aún más expuesta a avalanchas y caídas de piedras y, hasta la fecha, nadie se ha aventurado a repetirla.

En tales circunstancias, era evidente que a los escaladores les convenía descubrir una manera segura y cómoda de llegar a su cumbre. Podría, por supuesto, argumentarse que, donde tantas y tan variadas cordadas se habían visto forzadas a entrar en corredores barridos por las piedras, no podía existir un método seguro de alcanzar la cima. Pero Collie, con una lógica irrefutable, demostró la falsedad de tal conclusión. «¿No está», dijo, «universalmente admitido, no está escrito en las enciclopedias *Badmington* y *All England* —y si no lo está, debería estarlo— que todos los picos pueden ascenderse con total seguridad por una cordada adecuadamente constituida? Entonces, puesto que todas las vías conocidas son peligrosas, debe existir una cuarta, una vía más accesible». Convencidos por ese razonamiento, decidimos esclarecer el problema a la primera oportunidad.

Durante el verano de 1893 habíamos examinado la montaña, en más de una ocasión, y el resultado de esas observaciones, respaldado por el estudio de muchas fotografías, adquiridas con temeraria extravagancia durante el otoño de ese año, nos hizo llegar a la conclusión de que la vía fácil debía de transcurrir por la arista Moine. Parecía que esa arista podía alcanzarse de manera segura y cómoda desde el Talèfre, gracias a una cresta secundaria que divide los dos *couloirs* que hay en la vecindad del gran pilar rocoso que se proyecta de manera contundente sobre el glaciar. Ese contrafuerte nos dejaría en la arista, en un lugar situado justo a la derecha, o en el lado de la Verte, de la torre conocida en Montenvers como el «Pan de Azúcar». Tan seguros estábamos de que era ésa la auténtica línea de ascenso que nos preguntamos por qué ninguno de los guías y viajeros que habitaban la Mer de Glace había tomado esa vía tan obvia, pero lo achacamos a esa falta de iniciativa que se está convirtiendo rápidamente en la característica principal del guía alpino y su encordado cliente. Ni podíamos imaginar que, enterrada en uno de los primeros números del *Alpine Journal*, existía una completa descripción de una ascensión realizada por esa misma arista hace veintinueve años. Resulta curioso que C. Hudson, T. S. Kennedy y G. C.

Hodkinson no repararan en las muchas ventajas de su escalada y no avisaran a futuros viajeros para que le dieran preferencia respecto a las nada interesantes pendientes, barridas además por caídas de piedras, por las que Whympers había efectuado la primera ascensión. La fraternidad montañera aceptó esa errónea enseñanza y durante treinta años ha cansado sus músculos y puesto en peligro sus cráneos en la más larga, menos interesante y mucho más peligrosa cara sur. Puesto que el recuerdo de la ascensión del señor Hudson estaba completamente olvidado, y puesto que el escenario y la arista son todo lo que los más entusiastas podrían desear, quizá pueda perdonárseme el que relate nuestras experiencias, aunque tal vez no sean otra cosa que una historia contada dos veces.

El año anterior, apenas llegamos a Montanvers, habíamos contratado un porteador y a la mañana siguiente, muy temprano, estiramos nuestras piernas, agarrotadas y tensas después de tantas horas en el tren, en una lenta y decorosa marcha a la Couvercle. Aunque los primeros escaladores solían partir desde Chamonix u otros valles igualmente bajos y caminaran sin parar y, por lo que uno ha podido saber, sin síntomas de fatiga hasta lo alto de sus picos, los modernos hemos sido fundidos en un molde menos robusto —al menos, algunos de nosotros— y yo confieso libremente que, mientras forcejeaba y me resbalaba en la última ladera de piedra suelta que conducía a la Couvercle, el agotamiento me había tomado prisionero e incluso Hastings... Pero bueno, tampoco hay que llevar demasiado lejos el amor por la veracidad. La Verdad en todos los sucesos, fuera de sus representaciones simbólicas, requiere vestimentas y ropajes; incluso la creencia de uno en una Providencia dominante se ve reforzada y mantenida por la sabia prescripción de que la Verdad, no sólo está convenientemente habitada y velada, sino que suele verse forzada a quedar oculta en el fondo de los pozos más profundos. Es más, nunca es prudente excitar la réplica. Hastings, furioso con la imprudente diosa, incluso insinuaría que unos cuantos días más tarde, cuando subíamos lentamente hacia el casquete del Mont Blanc, cansados tras una larga lucha en los laberintos de las laderas de la Brenva, la cuerda se tensó entre nosotros hasta que su función más parecía la de un remolcador que la de una mera protección contra grietas ocultas. Pero eso son incidentes que, incluso en esta época de brutal realismo, resultan demasiado dolorosos para plasmarlos por escrito y, por tanto, me limitaré a relatar el hecho desnudo de que nosotros, todos nosotros, alcanzamos el Couvercle. Enclavado sobre varias piedras angulares, comentamos entre nosotros, lo loable de su techo con cornisa, lo bien protegido que estaba y la admirable habitación del sótano en la que parecía que uno podía descansar caliente, seco y seguro, aunque el viejo Eolo rompiera su cetro y enviara todas las tempestades para que aullaran en los montes. En esta tesitura, una ráfaga blanca se abatió sobre nosotros. Los sombreros y demás propiedades sueltas nos fueron arrancados de las manos y hasta nosotros mismos fuimos literalmente borrados de la habitación inferior o bodega. Coincidimos de inmediato en que esa habitación de abajo era un fraude y regresamos al refugio habitual. Sin embargo, no tardamos en descubrir que la enorme cornisa del techo era un abanico excelente y canalizaba toda la fuerza de las heladas ráfagas, enriquecidas con granizo y nieve, hacia todas y cada una de las esquinas y hendiduras que podían encontrarse.

La lluvia y la nieve fundida que caían sobre la roca se colaban dentro, y las goteras más

importantes fueron enseguida capturadas y encerradas en varias botellas y cazos, lo que permitió que nuestras operaciones culinarias prosiguieran sin las molestias de prolongadas búsquedas de arroyos o riachuelos. Cuando, sin embargo, un chorro inesperado le corría a uno por el cuello o la piedra en la que estaba sentado se veía súbitamente sumergida, nuestros sentimientos se esfumaban y nos llevaban a expresar sinceras y sentidas oraciones para que esas bendiciones nos fueran rápidamente arrebatadas y situadas en otro lugar, donde estuvieran al alcance de los potentados o de otra sufrida humanidad.

A medida que fue pasando la noche, dejó de llover y la niebla nos envolvió en una densa oscuridad. En torno a las cuatro de la mañana, la oscuridad empezó a hacerse luminosa y, para las cinco, la opaca pared que nos rodeaba ya emitía luz suficiente para permitirnos hacer el té y otros menesteres culinarios. Animados por los variados placeres que un desayuno orquestado por Hastings invariablemente ofrece, decidimos que el tiempo quizás no fuera tan malo como parecía. Lo que era evidente es que no había posibilidad de que fuera peor. En consecuencia, nos decidimos a subir al glaciar con la esperanza de que el sol y el viento barrieran la niebla que lo ocupaba todo.

La búsqueda de piolets y mochilas se llevó a cabo con grandes dificultades, pues resultaba completamente imposible ver dos metros más allá de nuestras narices. De hecho, fuera de nuestra gran y gloriosa Metrópolis, la justa fuente de orgullo de todo británico, nunca me ha tocado la suerte de andar a tientas en una atmósfera más espesa y opaca. Después de subir muchas piedras, encontramos el glaciar y, atravesando unas cuantas grietas, alcanzamos una ladera de nieve con señales de continuidad que, salvo que algo indicara lo contrario, iba en la buena dirección. Sin embargo, en ese lugar, Collie tuvo la sensatez de sugerir una pipa y, sentados en cuclillas sobre la nieve, llegamos enseguida a la conclusión de que, bajo ciertas circunstancias, incluso el montañismo es vanidad y vejación de espíritu. Firmemente afincado en ese antiguo aforismo, Collie y yo expresamos una inalterable decisión de que la próxima vez que nos moviéramos sería hacia abajo. Pero Hastings, un contrario al tabaco empedernido, permanecía insensible a los motivos con los que una empinada ladera de nieve húmeda fatiga los miembros, y estaba igualmente dispuesto a continuar el ascenso.

«Nos hemos afanado a través de las grietas», decía, «llenándonos los bolsillos de nieve y sacudiendo nuestros órganos digestivos con grandes saltos e inesperados revolcones en ocultos agujeros. Y, ahora que hemos alcanzado una línea obvia y fácil, ¿no resulta completamente absurdo darse la vuelta?».

Su elocuencia, sin embargo, no era nada comparada con la muda oratoria de la ladera. Podíamos sentir en cada miembro el dolor de levantar una pierna hasta que la rodilla casi tocaba la barbilla, y luego la agonía de tensar los músculos implicados hasta subir el peso sobre ella, seguida por el descorazonador aplastamiento que se produce cuando la nieve cede y el único resultado del esfuerzo es un agujero de medio metro de profundidad. No íbamos, en consecuencia, a ser persuadidos, y como admitíamos por completo la gran verdad de que «la palabra nos es dada para esconder nuestros pensamientos», avanzamos argumentos ficticios basados en libros de texto, y los respaldamos con consejos varios de personajes sabios y augustos —presidentes del Club

Alpino y semejantes— llegando a sostener que los escaladores siempre deben darse la vuelta con mal tiempo. Hastings, mirando fijamente los dos metros de ladera visibles que tenía por delante, provisto del mismo tipo de júbilo que inspiró a los flancos de hierro de Cromwell cuando un ejército de caballeros apareció ante su vista, era difícil de convencer y apelaba a los ejemplos reales de los héroes y semidioses que había citado. Se apilaba una expedición sobre otra, demostrándose que los autores de ese excelente consejo, aquellos en cuyo cerebro era mejor entendido y apreciado, habían ignorado, invariable e inconsistentemente, su enseñanza; eso mostraba, alegaba Hastings, que en esto, como en otros aspectos de la vida humana, «se honra mejor la ley rompiéndola que observándola».

El asunto en ciernes tocaba una más amplia cuestión, a saber: si era preferible seguir el consejo o el ejemplo de los grandes hombres, así que, reconociendo con placer que haría falta mucho tiempo para aclararlo, encendí un nuevo cigarrillo. Collie, cuya mano extendida resultaba aún más enfática con la pipa, estaba revisando brevemente el perfil del problema cuando una viva ducha de granizo, nieve y lluvia terminó la discusión a nuestro favor. Con el cuello de las chaquetas subido y los sombreros asegurados con ataduras de aspecto variopinto, nos apresuramos a regresar al cobijo de las piedras y no tardamos en volver a alcanzar la Couvercle.

Empacamos nuestros sacos de dormir y otras pertenencias y, como había dejado de llover, cruzamos a la Pierre à Béranger. A esas alturas, el sol ya estaba logrando éxitos parciales y se abría paso a través de las nubes, así que extendimos las chaquetas para que se secaran e hicimos varios ascensos peligrosos de la gran roca contra la que está construido el refugio.

Durante la tarde, regresamos caminando a Montenvers perseguidos por varios chaparrones y un tiempo cada vez más oscuro. Cuando llegamos al hotel, nos sacudimos el barro de las botas y la lluvia de la ropa e hicimos votos para que nuestra próxima marcha fuera entre los pinos y prados de Lognan y que luego nos iríamos a los ricos campos y exuberante vegetación del valle de Aosta.

Una semana más tarde regresamos a Montenvers, pero, por desgracia, un espíritu de pereza se apoderó de nosotros y, en compañía de algunos amigos, desperdiciamos unas horas preciosas para escalar por rocas y seracs sin alejarnos más de lo que nos permitiera oír el timbre que avisa para la cena ni los gritos y demás señales indicadoras del té de la tarde y otros placeres mundanos. De hecho, nuestras ocupaciones quedaron descritas de manera muy gráfica por un amigo extranjero, y decía que nuestras tareas consistían en «una eternidad de desayunos y una perpetuidad de tés».

Al final, Hastings nos rescató de esa innoble holgazanería y nos condujo a lo largo de Les Ponts hasta la Pierre à Béranger. Aunque el refugio ha alcanzado el estado de pocilga que caracteriza al distrito de Chamonix, lo preferíamos al de la Couvercle, pues un tejado, al igual que la caridad, absuelve una gran cantidad de pecados.

A las dos de la mañana los dormilones fueron despertados, se encendió fuego y se ingirió un desayuno más bien abundante. Luego se inspeccionó la mochila y se prescindió sin miramientos de todo el exceso de equipaje. Esos diversos trámites consumieron mucho tiempo y hasta las tres y cuarto de la mañana no dejábamos el refugio y comenzábamos el monótono ascenso de la morrena. Cruzamos el glaciar justo cuando las primeras señales del amanecer se hacían evidentes y alcanzamos una vez más la gran pedrera por la que el ascenso era fatigoso y lento.

La llegada del día se vio en buena medida interferida por densas masas de vapor que llenaban la cuenca del glaciar y que reforzaban mucho los poderes de la oscuridad y la noche. Sin embargo, antes de que subiéramos mucho más, el sol ya centelleaba en las enormes torres de niebla sin consistencia, y la oscuridad que quedaba se esfumó. Saludamos que se levantaran las nubes como buen augurio y nos preparamos con más firmeza para enfrentarnos con la ladera. Al alcanzar la alta repisa glaciar que está justo debajo de la arista en forma de muro que se extiende desde la Moine hasta la Verte, nos detuvimos un cuarto de hora con la esperanza de que el vaivén de las nieblas nos permitiera ver algo de nuestra montaña. Pero la gran cortina oscura se adhería firmemente a su alrededor y por ese lado no se veía nada. En la otra dirección, sin embargo, teníamos una vista maravillosa de las Grandes Jorasses medio veladas por penachos de nubes flotantes. Muy arriba, podíamos ver hasta ligeros y tiernos vapores siendo empujados por un suave viento del norte. Animados por esa esperanzadora señal, recorrimos la rama del glaciar hasta que un corto pero vertical escalón en el hielo nos cerró el paso. Tras algún trabajo con el piolet, ganamos su nivel superior y, como las nieblas se habían levantado en parte, nos vimos recompensados con una clara visión de las rocas por las que esperábamos ganar la arista.

En el lugar en el que el auténtico pico de la Verte empieza a elevarse sobre las numerosas torres de la larga arista Moine, un gran pilar se adentra en el glaciar de Talèfre. Entre ese pilar y la arista Moine hay un semicírculo dividido de arriba abajo por un largo nervio de roca. A cada lado del mismo hay *couloirs* llenos de nieve, y confiábamos en que, por uno o por otro, o por el nervio que los separaba, pudiéramos abrirnos paso hasta la arista. Hasta donde nos alcanzaba la vista lo normal es que no encontráramos dificultades serias, aunque como todas las rocas superiores y la arista al completo seguían obstinadamente cubiertas de niebla, no podíamos estar completamente seguros. Cruzamos la rimaya y, después de un duro forcejeo con unos cascotes helados, pudimos entrar en la pared a las siete menos cuarto de la mañana.

Entonces decidimos por unanimidad que el tiempo no era muy malo y que podíamos dar por hecho que estábamos en la cumbre de nuestro pico. «Por tanto», dijimos, «comamos, fumemos y seamos felices». Media hora más tarde, con esas tareas debidamente cumplidas, empezamos a trepar por las llambrias, cada uno por la línea que le pareció mejor. Mientras tanto, las nieblas se cerraron a nuestro alrededor una vez más. Las paredes de arriba, surgiendo entre el vapor, parecían aún mayores y más verticales, así que, para evitar la posibilidad de que un muro insuperable nos cortara el paso, nos desviamos hacia la derecha dentro del *couloir*. Al principio pudimos, de tanto en tanto, utilizar las rocas de nuestra derecha como escalera y ahorrarnos así el trabajo de tallar peldaños, pero, a medida que ganamos altura, las placas pasaron a ser demasiado grandes y lisas y nos vimos forzados a avanzar a base de piolet. No tardamos en cansarnos de eso y regresamos a la veta de roca, donde descubrimos que su apariencia era engañosa y que, de hecho, era una escalera perfecta. Al llegar a las proximidades de la arista, nos pasamos a unas pendientes fáciles a nuestra derecha, atravesando la cabecera del *couloir* y en dirección a la cumbre del gran pilar.

Yo seguí por esa línea por temor a que, de no hacerlo así, podríamos perder valiosas energías en escalar hasta la cumbre del «Pan de Azúcar», pues en la densa niebla resultaba casi imposible decir dónde estaba ese pináculo. Collie, es cierto, estaba bastante seguro de que nos

encontrábamos en el lado de la Verte, pero el escepticismo de la experiencia ya me había avisado y seguimos a la derecha. Justo cuando escalábamos la cresta del pilar, una ráfaga de viento barrió las nubes de la arista y nos detuvimos unos minutos para inspeccionar nuestra montaña. Volvimos hacia nuestra izquierda, y un corto ascenso en diagonal nos dejó sobre la arista principal a las ocho y veinte de la mañana: pudimos mirar hacia abajo, al glaciar de la Charpoua y a la gran cara suroeste de nuestro pico. Con una falsa modestia que tal vez no sea del todo inusual entre los montañeros, les señalé a mis compañeros las diversas grietas y chimeneas, pendientes de hielo y placas de roca por las que Burgener y yo habíamos subido hasta la cumbre trece años antes.

Una invasión de nubes, que llevaban con ellas algo más que una sospecha de nieve, nos apresuró a levantarnos de nuestro asiento y trepamos alegremente por la arista. A medida que avanzábamos, sin embargo, unas cuantas torres escarpadas empezaron a darnos algunos problemas. Mientras rodeábamos una de ellas por el lado de la Talèfre, nos sorprendió ver una botella rota. Poco después descubrimos los restos de un bastón roto empotrado en una hendidura de las rocas: no se movía porque estaba rodeado de una masa de hielo. Su aspecto envejecido nos hizo suponer que marcaba el límite alcanzado por alguna antigua cordada y que databa de la época en la que la Verte era aún un pico virgen.

Casi inmediatamente después de ese punto el trabajo se volvió más serio. Yo traté de realizar un movimiento hacia la izquierda, pero enseguida llegué a la conclusión de que si había otro camino posible, sería preferible utilizarlo. Mientras salía de esas dificultades, Collie fue en cabeza rodeando por la derecha y, tras un breve forcejeo, superó el obstáculo. Unos cuantos metros más allá nos detuvo un paso vertical que no podía rodearse y que desafiaba cualquier intento desprovisto de ayuda. Sin embargo, Hastings me aupó hasta que pude asirme a lo alto del bloque y, tras unos movimientos espasmódicos, pude poner los pies sobre terreno firme. Este tipo de cosas continuó durante cierto tiempo.

Una deliciosa travesía, sin embargo, es digna de recordar. Como un gran gendarme impedía un asalto directo, nos pasamos a la cara de la Charpoua. Sobre nuestras cabezas una masa de rocas desplomadas impedía adoptar cualquier postura erguida o decorosa y nos vimos forzados a contorsionarnos como gusanos a lo largo de una cornisa que se abría hacia afuera. Al final de ésta, era posible volver a ganar una postura normal, pero esa ventaja se veía más que contrarrestada por la necesidad de abandonar cualquier agarre para las manos y dar un gran paso, a través de un tajo de feo aspecto, para pasar a una roca estrecha, cubierta de verglós y de fuerte pendiente. No era difícil, pero creo que en tales lugares la mente es capaz de preocuparse desagradablemente por las probables consecuencias del más nimio error o falta de equilibrio. Cuando estuve seguro encima de ella, me vi al pie de una torre vertical, cubierta y flanqueada por nieve y hielo. Ascenderla de manera directa quedaba descartado, pero estirando el cuello detrás de la torre podía verse una repisa, en parte roca y en parte hielo: era la cabecera de un gran corredor que cae hacia el glaciar de la Charpoua. Para alcanzar esa repisa era necesario atravesar la cara de la torre que estaba cubierta de nieve. Por suerte, Hastings encontró un lugar donde anclar la cuerda, y confiando hasta cierto punto en la dudosa seguridad que ofrecía, me estiré y, con el piolet en la mano izquierda, tallé unas muescas en la pared. Luego abrí una ranura en la nieve y el hielo que había arriba, y por

allí pasamos la cuerda para que yo la sujetara por arriba en caso de ocurrir algún imprevisto. Al dar el primer paso, mi unión a la pared resultó algo dudosa, y tengo un vivido recuerdo de mi incapacidad para pasar la pierna derecha alrededor de un saliente sin tener que tirar de manera no aconsejable de un agarre para la mano cuidadosamente tallado en la frágil nieve que tenía por encima. Sin embargo, animado por los comentarios de apoyo de Hastings, quien siempre sabe cómo inspirar al primero con seguridad, superé el saliente y un tallado de escalones comparativamente simple nos puso en la repisa. Esto, a su vez, nos volvió a dejar en la arista.

Enseguida nos vimos forzados a abandonarla y tuvimos que descender un corto tramo sobre la cara del Talèfre. Al volver a subir nos topamos con una gran cornisa ribeteada de una larga hilera de carámbanos. Nos arrastramos entre la pared de nieve y los carámbanos sin atrevernos a tocar estos últimos por miedo a que se nos cayeran sobre la cabeza. Acabamos alcanzando una pequeña brecha y, después de haber quitado con el piolet unos cuantos cilindros de hielo, pudimos atravesarla. Al disponer allí de un buen anclaje para el resto de la cordada, me incorporé sobre la cornisa y desde esa atalaya pude pasarme a la siguiente torre de roca. Estas diversas travesías y trepadas, salpicadas con paradas en cada ocasión en la que la ingenuidad de la pereza era capaz de inventar una excusa tolerable, consumieron mucho tiempo y seguíamos sin tener ninguna señal definitiva de la cumbre.

De pronto, salimos de las nubes y pasamos a un sol brillante. Por debajo de nosotros se extendía un mar continuo de niebla ondulante del que sólo emergían el Mont Blanc y las Grandes Jorasses. Apremiados por el tiempo como estábamos, no pudimos resistirnos a hacer otra parada para contemplar este extraordinario y bellísimo espectáculo. Ante nosotros, una corta arista de nieve se dirigía a lo que era, obviamente, la cumbre, y, decididos a trabajar en serio, un cuarto de hora o veinte minutos de tallar peldaños nos colocaron en la cima a las dos de la tarde.

En la arista soplaba un cortante viento del norte que mantenía en constante movimiento la enorme masa de nubes que teníamos por debajo. En ciertos momentos, vastas masas de nubes tendían a elevarse en el cielo y, atrapadas por el viento, se alejaban proyectando unas sombras extraordinarias sobre el algodonoso suelo. Aquella parada, como otras previas, se acabó súbitamente con la llegada de nubes heladas y con una pequeña nevada. A las dos y cuarto de la tarde dejamos la cumbre y bajamos deprisa por la ladera. En un tiempo que cada vez empeoraba más, nos dispersamos y bajamos por la arista a toda la velocidad de la que éramos capaces. Collie, a pesar del cambiante aspecto de la montaña, debido a la rapidez con la que caía la nieve, siguió nuestra vía de la mañana con una precisión total. En el lugar exacto dejó la arista (eran las cinco y diez minutos de la tarde) y nos guió a través de la nieve papa, y luego por el nervio de roca, hasta el lugar desde el que podían verse nuestras huellas de la mañana en el *couloir*. Sin embargo, él prefirió seguir en la roca y, tras serpentear y sortear obstáculos, volvimos a la línea que habíamos seguido esa mañana, por debajo del lugar donde entramos en el *couloir*, y seguimos por allí hasta el glaciar y la rimaya. Esta última se encontraba en un estado muy blando y peligroso, y precisó de una maniobra delicada. Una vez superada (seis y cinco minutos de la tarde), corrimos por los neveros hasta llegar a las pedreras que hay sobre la Couvercle.

Camino de la Pierre à Béranger recogimos nuestras mochilas y, tras una breve comida, nos

pusimos en marcha hacia Montenvers, a las ocho menos veinte minutos, en medio de una persistente llovizna. Teníamos la intención de haber bajado a Chamonix esa noche y, por tanto, habíamos mandado llevar nuestro equipaje, pero al llegar vimos que era demasiado tarde. Los amigos, sin embargo, nos vistieron muy gentilmente con diversas prendas y en torno a las once de la noche hicimos rara justicia a los esfuerzos del cocinero del señor Simond.

No hace falta decir que el ascenso se llevó a cabo en condiciones nada favorables. Nos vimos continuamente obligados a parar para esperar a que se abriera la niebla y es probable que la imposibilidad de ver lo que teníamos por delante, nos impidiera en alguna ocasión haber tomado el mejor camino. Esta escalada es, no obstante, interesantísima y está, en todo su recorrido, completamente libre del peligro de caída de piedras.

UN PEQUEÑO PASO. EL COL DES COURTES

Las grandes paredes que cierran la cabecera del glaciar de la Brenva hacía tiempo que atraían mis esperanzas y aspiraciones, pero una serie de sucesos adversos habían evitado, durante tres temporadas consecutivas, que pudiera hacer cualquier tentativa de convertir esas esperanzas en hechos. Sin embargo, el año pasado, todo el grupo tomó la firme decisión de que, pasara lo que pasara, ascenderíamos el Mont Blanc desde ese glaciar. Así, cuando vimos que el tiempo tenía tendencia a ser inclemente, abandonamos por el momento el ataque a la Verte, que he relatado, y nos dispusimos a cruzar hasta Courmayeur de manera que pudiéramos, si hacía falta, dedicar toda nuestra temporada a esperar que llegara un día favorable.

No queríamos repetir, sin embargo, el demasiado conocido Col du Géant y tampoco ninguno de los pasos que partían desde la hoya de la Mer de Glace. Nos parecía que la vía de Whympfer, desde el glaciar de la Argentière hasta Courmayeur, no era ni mucho menos la más corta o más directa entre las que podían tomarse y, con un altruismo que, según el señor B. Kidd, es la nota dominante de nuestra civilización, deseábamos proveer a nuestros congéneres con el inestimable regalo de una ruta mejor y más fácil desde Lognan hasta las inigualables delicias del hotel del señor Bertolini. No debe suponerse que esto fuera un brote momentáneo de tal sentimiento altruista; al contrario, llevaba agitándose y funcionando en nuestras mentes durante años, como deducirían los lectores atentos de *Evolución Social*. De hecho, en 1893 hicimos un viaje al Col de Triolet con el exclusivo propósito de estudiar si podía hacerse ese paso, y llegamos a la conclusión, tan querida del tío Remus, de que «era posible que fuera posible, pero también que no lo fuera».

Como todos los mapas en esta zona son incorrectos, tal vez merezca la pena explicar que la Aiguille de Triolet no se eleva, como en ellos se representa, en el punto en el que la arista de Les Courtes se une a la divisoria de aguas. En ese lugar concreto se encuentra un pequeño pico sin nombre y entre el mismo y el Triolet hay un collado, probablemente más bajo que el Col de Triolet. A un lado de ese collado hay un profundo corredor que conduce al glaciar del Triolet, y, al otro, escarpadas laderas de hielo que caen al glaciar de la Argentière. Si bien ese collado, caso de ser factible, ofrecería muchas ventajas, era evidente que podría encontrarse un camino alternativo más sencillo si se subía la gran pared de nieve y hielo al noreste de Les Courtes, conocido en las guías Conway como el Col des Courtes. Desde lo alto de esa pared sería posible, en principio, atravesar la arista hasta la curiosa hoya superior del glaciar de Les Courtes y alcanzar el auténtico collado del Triolet.

Teniendo en cuenta estas dos certezas, nos encontramos lo suficientemente seguros de poder cruzar la arista, y el dos de agosto de 1894 partíamos de Montenvers a eso de las nueve de la mañana y descendíamos a través del glaciar en dirección al Chapeau. Entre el glaciar y la pequeña caseta, Hastings y yo nos negamos a seguir la senda que desciende ligeramente, y preferimos

escalar unas rocas húmedas y embarradas. Después de muchos esfuerzos y mucho uso del piolet, conseguimos forzar nuestro camino hasta el punto conocido como el Mauvais Pas, por encima de la obstrucción. Collie, mientras tanto, observaba nuestra actuación con cierto pesar y su actitud sugería la siguiente pregunta: «¿Por qué deberían unas personas, ataviadas con unos pulcros y decorosos bombachos, sacrificarlos en el altar del agua y el lodo, cuando, cinco metros de descenso les hubieran permitido seguir un camino seco y cómodo?».

François Simond nos recibió cordialmente y al escuchar que desconocíamos la dirección del camino a Lognan por el bosque, insistió en ascender con nosotros una empinada serie de zigzags hasta que, al llegar a una zona despejada, nos pudo señalar unos pinos derribados y unas rocas grandes que nos servirían de hitos y guía. Tras intercambiar despedidas con nuestro buen amigo Simond, Hastings depositó la mochila en la hierba y adoptamos esas posturas que tan bien conducen al descanso y a la comodidad. Sin embargo, dos miembros del grupo enseguida descubrieron que su ascenso por un curso de agua les había dejado demasiado húmedos para abandonarse al reposo durante tiempo prolongado. Collie, sumido en los humeantes placeres del tabaco, protestó en vano. Hicimos oídos sordos a sus afirmaciones de que el principal deleite del montañismo ha de encontrarse en la parada hábilmente elegida; de que el gran domo del Goûter, con su blanquísima nieve sobre un valle púrpura, la mellada cresta de los Charmoz, los precipicios de hielo en el Plan, con sus recuerdos apilados de un sol abrasador y una noche cortante eran merecedores de una parada más larga. Fuimos tercios y, regresando a la ladera, ascendimos entre pinos y riscos. Un agradable paseo nos llevó, varias horas más tarde, al albergue de Lognan.

Sentados al sol, bebimos grandes vasos de leche, recordando aquellos días lejanos, cuando un buen sorbo de un cuenco de madera constituía una parte nada desdeñable de la dieta de un escalador. Como el interrogatorio hecho a nuestra anfitriona nos aportó tranquilizadoras garantías sobre las posibilidades de cenar, nos entregamos a la contemplación de un sol radiante sobre las nudosas aristas del Buet. Poco a poco, las siluetas más marcadas y los contrastes más profundos se fueron suavizando y haciendo etéreos merced a esas vagas neblinas y maravillosas visiones que siempre flotan cuando se está a punto de quedar dormido. Algunos de nosotros, de hecho, caímos por completo en los brazos de Morfeo.

A las dos horas y cuarenta minutos de la madrugada siguiente nos pusimos en marcha, viéndose reforzado nuestro grupo con un porteador adulto, que llevaba la mochila, y un chico, para instruir al porteador sobre los misterios de la ruta. Ascendimos por un camino de mulas y por una senda, por morrenas, y por hielo que de vez en cuando se desviaba por las laderas del lado del glaciar. Después de un peregrinaje algo cansado, asomamos al glaciar suave y uniforme y pudimos caminar deprisa hacia la gran pared que lo encierra. Unas nubes amenazadoras, que se movían deprisa merced a un fuerte viento del suroeste, despertaron en nosotros pensamientos gravosos y expresamos en voz alta comentarios sobre la vanidad de las partidas a temprana hora y la ignominia de regresar a Montanvers una segunda vez, empapados y vencidos. Poco después de que amaneciera, se recibió con entusiasmo la sugerencia de desayunar. Así que nos dirigimos a un pequeño serac, detrás del cual estábamos parcialmente protegidos del viento.

No hace falta decir que degustamos numerosas viandas; empezamos con beicon de Yorkshire y

continuamos con deliciosos panecillos con mantequilla, mermelada, galletas, frutas en conserva, confitura de jengibre, chocolate y la gran variedad de comestibles que nuestro príncipe de las provisiones había incluido. Los dos porteadores, tras observar con asombro el progreso de esta «gran sinfonía gastronómica» dijeron adiós y, rodeando prestos un hombro de Les Courtes, se perdieron de vista.

Se encendió de nuevo la pipa de la paz y decidimos que fuera Hastings, quien, al no ser fumador, estaba mano sobre mano, el que hiciera la mochila y el que inspeccionara luego, desde la fría y venteada cumbre del serac, un camino fácil y cómodo para cruzar la rimaya. Toda idea de alcanzar el collado que hay justo debajo de la Aiguille de Triolet había quedado abandonada, debido, en parte, a la dificultad de encontrar una ruta posible y, en parte, al hecho de que tal ruta estaría necesariamente expuesta a la caída de abundantes y variados proyectiles. Nos replegamos, por tanto, al plan alternativo de escalar por el glaciar de Les Courtes y, desde allí, atravesar al auténtico Col de Triolet. Sin embargo, antes de que pudieran comenzar tales operaciones, era necesario cruzar la formidable rimaya que defiende el acceso a las laderas de Les Courtes.

A las cinco de la mañana dejamos el amistoso serac y caminamos despacio hacia la abismal grieta. Se nos ofrecían dos alternativas. Podíamos, bien asaltar la rimaya en un punto desde el que, una vez cruzada, el ascenso sería un mero trabajo de tallado, o podíamos seguir más a la derecha, donde de tanto en tanto un serac y, más que de tanto en tanto, una piedra, tenían la costumbre de caer, y ascender por una serie de seracs apilados uno sobre otro hasta ganar un cono de avalanchas, bastante por encima de la rimaya.

Según nuestra práctica habitual, nos decidimos por la línea más corta y momentáneamente más difícil, y fuimos hacia la rimaya abierta, donde el labio formaba cornisa. Sin embargo, cuando nos acercamos, se hizo evidente que ese labio tenía demasiada altura para ser practicable, así que alteramos nuestro curso y giramos hacia la derecha en dirección a la masa de seracs apilados. Cuando llegamos a esa estructura más bien desvencijada, nos detuvimos por un momento para encordarnos y reunir ánimo antes de empezar el ataque.

De salida, debíamos escalar una especie de cáscara de huevo que atravesaba la rimaya y conducía al más bajo de los seracs. No pudimos tallar escalones que merecieran tal nombre, y era obvio que una ligerísima interferencia con la estructura podría enviarla dando tumbos al fondo del abismo. Tras unos esfuerzos preliminares, Hastings me subió sobre sus hombros y me empujó hasta lo alto del puente. Su borde superior era particularmente precario y, cargado como estaba con abundante nieve en polvo, quedaba claro que durante su paso podrían ocurrir cosas desagradables. En el lugar donde se encontraba con la pared vertical del primer serac, se había apilado nieve suelta e hizo falta mucho trabajo para pisarla y compactarla hasta que adquiriera aspecto de huella. Un primer intento de escalar este obstáculo tuvo que ser abortado y Hastings fue requerido una vez más para proporcionar la anhelada ayuda. Apenas se hubo afianzado, en la medida que permitían las circunstancias, nuestro segundo hombre se confió sobre el puente. Afortunadamente, el puente demostró ser más fuerte de lo que habíamos esperado y, a pesar de todas las tentaciones, no nos descarriamos por el camino de la perdición.

La llegada de Hastings pronto alteró el aspecto de las cosas; se plantó en el escalón más alto

de los que eran de fiar, me volvió a aupar a la pendiente y, cuando me hube separado de él, siguió dándome ese apoyo moral que aportan siempre su conocimiento de los recursos y su extraordinaria habilidad para «empujar» la marcha y que, en muchos casos, vale más que un empujón de verdad. Ascendida esa corta pared vertical, alcancé un corredor estrecho y muy profundo, situado entre un gran serac y la ladera de hielo de nuestra izquierda. Como ese corredor estaba cargado de nieve en polvo y nada consistente, no ofrecía agarres de fiar. Sin embargo, como ya había utilizado toda la cuerda, era necesario que Collie subiera hasta el puente. Hecho esto, Hastings se desencordó y así me dio cuerda suficiente para arrastrarme hasta lo alto del serac. Desde ese punto, si uno miraba hacia abajo, veía treinta metros o más de pared de hielo, desplomada en las profundidades negras y azuladas de la rimaya. Lo alto de esa pared, que formaba el labio superior de la rimaya, seguía elevándose bastante sobre nuestras cabezas, pero los seracs apilados nos ofrecían una manera de evitar el obstáculo y pudimos superar el primer obstáculo serio. Con una dificultad cada vez menor, aunque teniendo que tallar bastante y pelearnos de tanto en tanto con nieve suelta, ganamos el cono de avalanchas sobre cuyo fondo helado pudimos tallar buenos y fiables apoyos para los pies.

El zumbido de uno o dos trozos pequeños que volaron alegres sobre nuestras cabezas no tardó en dirigir nuestros pensamientos e inquietudes hacia unas rocas que cerraban la pendiente de hielo a nuestra derecha y a poca distancia. Sin embargo, una primera tentativa de cruzar se vio desbaratada por la capa de peligrosa nieve recién caída que cubría toda la pendiente, salvo nuestro tobogán de avalanchas. Quince metros más arriba, la nieve parecía ligeramente más compacta, además de no estar tan terriblemente cerca del borde de la gran pared de hielo desplomada. Aunque el peligro real no se viera afectado por la cercanía de esa pared, no es menos cierto que la mente humana está hecha de tal forma —al menos la mía— que uno se siente mucho más feliz cuando un largo resbalón antecede al salto final y definitivo.

Agarrándonos con cuidado, y tratando la nieve reciente como Isaac Walton aconseja que el pescador trate a la rana que clava en el anzuelo —«úsala como si la amaras»—, atravesamos sin riesgos materiales. Una corta trepada, en la que rodeamos un diedro vertical, nos dejó en una repisa segura, sobre la que nos faltó tiempo para sentarnos, tomarnos unos minutos de reposo bien ganado y recuperar el resuello. Encendimos los fuegos del sacrificio y Collie, ablandado por su placentero descanso, estuvo dispuesto a admitir que ni siquiera el Ben Nevis tenía nada parecido a esa rimaya. Un cuarto de hora más tarde, él se puso en cabeza y escaló hacia la izquierda, rodeando un diedro peculiarmente incómodo. Más allá, una pequeña aguja de roca atrajo a nuestro escalador. Yo, sin embargo, me encontré con que sólo podía alcanzarla con las puntas de los dedos de la mano izquierda, mientras la derecha se veía condenada a dar palos de ciego subiendo y bajando por la pared de roca. Ese lugar era comprometido, pero la visión de Hastings, firmemente plantado sobre una amplia repisa, animó mi coraje y di un salto audaz con el que, tras varias sacudidas rápidas, aterricé sobre la aguja.

Ahora las rocas eran fáciles y podíamos ver que teníamos asegurado el camino hasta la arista. El tiempo, como percibiendo que éramos más o menos independientes de sus caprichos, dejó de hacer esfuerzos para molestarnos y desvió sus nubes, vientos y demás ingenios de tortura hacia el

Oberland bernés. Sentimos que estas diversas y satisfactorias circunstancias debían ser celebradas con una parada. Lamento decir que no fue ni mucho menos la única parada; de hecho, nuestro avance de ahí en adelante se vio interrumpido por tantas pausas para descansar y refrescarse que nuestra llegada definitiva a la arista fue objeto de profunda sorpresa para todo el grupo. Sin embargo, creíamos que nuestra primera vista de las grietas del glaciar de Les Courtes debería honrarse con un almuerzo y se decidió por unanimidad una parada más prolongada de lo normal.

A nuestra derecha, una extraordinaria aguja de roca bloqueaba la arista, mientras que a la izquierda una serie de agujas dentadas sugerían que, posiblemente, aún tendríamos que poner a prueba nuestro temple. Por suerte, uno de los puntos fuertes de las cordadas aficionadas es que el miedo al futuro nunca interfiere con su disfrute del presente, y nos asoleamos en varios rincones al tiempo que todo un mundo de gloriosas formas y colores deleitaba nuestros ojos medio cerrados y sin que nada en el mundo nos distrajera de la pacífica belleza del paisaje. Sin embargo, poco a poco se hizo evidente que la dureza de la piedra y las rachas de viento frío que soplaban de vez en cuando interferían con esa perfecta felicidad que todo escalador aspira a lograr, así que saludamos con entusiasmo la sugerencia de Collie de que deberíamos seguir por la arista hasta una ancha plataforma de roca rota, donde acabaríamos encontrando un cobijo perfecto y un lujoso lugar para descansar a las nueve y cuarto de la mañana.

Un empinado descenso, seguido de una escalada difícil por el flanco vertical de una torreta en forma de aguja, nos dejó en ese delicioso *plateau*. Es dudoso que nos hubiéramos decidido alguna vez a volver a ponernos en marcha —posiblemente seguiríamos aún allí, envueltos en el gozo del sol y del aire y del cielo— de no haberse apoderado de nosotros una sed atroz. Movidos por ese diablo, atacamos uno detrás de otro los pocos obstáculos que aún nos quedaban. En ningún momento fueron serios, aunque una o dos veces tuvimos que resolver pequeños problemas de escalada en roca que se nos plantearon. Al final, las nieves superiores del glaciar de Les Courtes se pusieron a nuestra altura y caminamos sobre su superficie, ablandada por el sol, hasta que alcanzamos el Col de Triolet a las diez y media.

Descubrimos un charco de apetitosa agua, atrapada en un diminuto hueco entre la nieve y la arista rocosa del paso e inmediatamente nos quitamos las mochilas y todos los trastos y bebimos hasta saciarnos con el sutil disfrute que el agua proporciona a las personas sedientas. Hastings, como siempre, extrajo lujos inimaginables de su mochila y nos dispusimos a disfrutar de un noble banquete con un apetito y una digestión más que nobles. A la conclusión de ese festín, que tuvo lugar, por necesidad, al borde de nuestro charco, remontamos hasta el lado italiano del collado, donde estábamos protegidos del viento y reconfortados por los rayos del sol.

El sueño pronto anidó en el grupo y hasta las once horas y cuarenta minutos no nos hizo descender de las rocas un estricto sentimiento de deber. La primera o la segunda rimayas no nos dieron muchos problemas, pero la sima final, que separa esta bahía del glaciar del nevero principal, demostró ser algo verdaderamente formidable. Sólo había un detalle en el que poder consolarnos, y era que apenas se podía intentar cruzar en un punto. Esas cansadas travesías y vanas búsquedas de una línea mejor, tan habituales en esas circunstancias, quedaban, en consecuencia, completamente descartadas, y nos encaminamos con decisión hacia el paso.

Después de unos cuantos esfuerzos preliminares, yo bajé hasta una curiosa laja de hielo que se había separado del labio superior de la rimaya y, asegurado cuidadosamente por Collie y Hastings, examiné su estabilidad. La gran laja parecía sólida y segura, por lo que los otros bajaron hasta ella y, tras una minuciosa inspección, acordamos que, si lográbamos alcanzar una pequeña hendidura en el borde de la misma, a cierta distancia a nuestra derecha y unos seis metros por debajo de donde nos encontrábamos, el último podría descolgar a los otros dos y luego saltar la grieta y caer sobre una buena pendiente de nieve.

El borde de la laja estaba demasiado deshecho y podrido para tener utilidad alguna, pero pudimos bajar tallando por dentro de la grieta que la separaba del glaciar madre. De esta forma, llegamos a la hendidura sin grandes retrasos. Sin embargo, a medida que, uno tras otro, la pisamos, la expresión de nuestros rostros palideció. Era evidente que debajo de la nieve sobre la que queríamos saltar había grandes bloques de hielo roto, ideales para romperse la piernas si alguien caía sobre ellos; es más: la diferencia de altura era considerablemente mayor de lo que habíamos juzgado desde arriba y, desde luego, no inferior a nueve metros. Una fuerte e irresistible sensación de modestia invadió a cada miembro del grupo y ninguno estuvo dispuesto a aceptar la distinción, habitualmente envidiada, de bajar en último lugar. Como convencer a alguien de que aceptara ese papel iba más allá de los mejores ardidés del engatusamiento, teníamos que encontrar otro método de afrontar esa dificultad.

En la parte interior de la laja, y unos dos metros por debajo de nosotros, había una pequeña repisa desde la que parecía que podía hacerse una escalera que descendiera la grieta en diagonal hasta superar el borde de la laja, a la altura del nevero inferior. Que fuera posible cruzar la rimaya en ese lugar no estaba muy claro, pero en montañismo siempre debe dejarse algo a la suerte. Le añado un toque de pimienta a la actividad.

No había hecho otra cosa que destrepar hasta la repisa y comenzar a trabajar en la escalera cuando la opinión general del grupo dio un giro brusco y, una vez más, se mostró favorable al salto. Collie llegó hasta el punto de ofrecerse a descolgarnos y luego arriesgarse al salto de nueve metros. Mas, como hay pocos placeres de tipo muscular más sutiles que el que proporciona tallar escalones para bajar a una grieta (hasta los placeres de la escalada en roca palidecen ante los del hielo vertical), las protestas de los de arriba continuaron, en consecuencia, desatendidas y yo me fui tallando el camino hacia las profundidades azules. Al principio era posible descender con un pie en un agujero abierto en la laja y el otro apoyado contra el glaciar madre; mientras se pudo hacer eso, blandía el piolet con ambas manos y las muescas talladas en los muros opuestos fueron excelentes. Algo más abajo, la grieta se ensanchaba mucho y, a pesar de la considerable longitud de mis piernas, ya no llegaba a la pared de enfrente. Me vi, por tanto, obligado a tallar exclusivamente en la laja. Resultaba imposible mantenerse en los peldaños tallados sin agarrarse con al menos una mano, con lo que sólo quedaba la otra para el piolet. Los escalones empezaron enseguida a mostrar señales de ser chapuceros y a mis compañeros de arriba se les solicitó que me sujetaran con la cuerda. Por suerte, agarrando el piolet por el extremo del mango aún llegaba a la pared opuesta y su apoyo me servía para llevar a cabo el peligroso ejercicio de pasar de un escalón a otro.

La laja, cerca de su borde exterior, se curvaba hacia la gran pared superior de la rimaya y, después de abrirme paso hasta esa parte de la grieta, pude prepararme un terreno más firme. Allí me detuve un momento para recuperarme de los efectos del esfuerzo. Un pie lo apoyaba contra la laja y el otro lo tenía empotrado en una muesca en la pared del glaciar; mientras, la eternidad abría sus fauces entre ambos, y en esa postura tuve que pensar qué me quedaba por hacer. La laja se estaba volviendo muy fina, hasta el punto de que a través de la misma se podía entrever la diferencia entre luz y sombra en el paisaje distante; la textura también dejaba mucho que desear, y era evidente que habría que tener un cuidado extremo para negociarla. Además de todo esto, un trozo de hielo de lo más inoportuno, y de cientos de kilos, estaba suspendido por un curioso pedúnculo del mismo frágil material, justo en el lugar por el que yo quería pasar. Hubiera resultado sencillo enviar ese trozo de hielo al fondo de la grieta con un simple golpe de piolet, pero la delicada salud de la laja no parecía estar preparada para los esfuerzos de un remedio tan drástico.

Al final, decidí pasar por debajo de ese «horror suspendido» y evitar tocarlo en lo más mínimo. Tras numerosas tentativas, y no sin antes haber apurado la paciencia de los que tenía por encima, tuve éxito, y a fuerza de empotrar el piolet a lo ancho de la grieta y rodear el canto de la laja, pude alcanzar el borde de una segunda laja, más baja, que formaba una especie de prolongación de nuestra primera amiga. Un momento más tarde, subí a su superficie podrida y menguante y me abrí paso a través de un puente sólido hasta el hielo firme del glaciar.

Descolgaron la mochila y luego bajó Collie. Hastings, al bajar el último, le lanzó una mirada de desprecio al trozo de hielo y, apoyando su espalda contra el mismo, bordeó la laja con gran facilidad. Como estaba más alto que nosotros, podía pisar los piolets que Collie y yo habíamos dejado empotrados a lo ancho de la grieta, evitando así las principales dificultades del paso.

Dos años antes yo había cruzado el Col de Triolet y había pasado esa misma rimaya sin apenas dificultad, pero dos inviernos sin nieve habían cambiado su aspecto por completo. Más abajo, recordaba espléndidas pendientes de nieve de avalancha en el flanco derecho del glaciar, y allí llevé al grupo, pero en lugar de poder bajar deslizándonos trescientos metros y pico sobre nieve dura, tuvimos que bajar torpemente entre piedras y rocas, pues esos mismos inviernos excepcionales no habían podido reponer lo que el sol del verano había fundido. Como consecuencia, el puente que solía cruzar el torrente en Val Ferret, había desaparecido. Al parecer, nadie se acercaba ya a ese paraje de desolación. Después de vadear el torrente, bajamos hasta Courmayeur, donde llegamos bajo el pleno aguacero de una tormenta, a las nueve y cuarto de la noche.

PLACERES Y PENALIDADES DEL MONTAÑISMO

Algunos escaladores bien conocidos, cuyas opiniones tienen por necesidad un gran peso, han declarado recientemente su creencia de que los peligros del montañismo ya han dejado de existir. La destreza, el conocimiento y los manuales los han relegado al limbo en el que se pierden las pelotas de golf que se salen del campo tras un golpe poco certero. Yo estaría dispuesto a estar de acuerdo con esta optimista conclusión, pero no puedo olvidar que el primer guía con el que me encordé, y que poseía —¿me atreveré a decirlo?— más conocimientos de las montañas que el que pueda encontrarse en la enciclopedia de *Badminton*, se mató en el glaciar del Brouillard del Mont Blanc, y sus hijos han perdido la vida más recientemente en el Koshtantau. Los recuerdos de dos alegres grupos, compuestos por siete hombres, que un día de 1879 estaban escalando en la cara oeste del Cervino, me pasan por la mente como una admonición fantasmal y me empujan a recordar que, de esos siete, M. Penhal se mató en el Wetterhorn, Ferdinand Imseng, en la vertiente Macugnaga del Monte Rosa y Johann Petrus en el glaciar del Fresnay del Mont Blanc. Decir que uno solo de esos hombres era menos prudente o menos competente, o que tenía menos conocimientos, en todo lo que concierne al oficio de escalador, que los que aún sobrevivimos es, lisa y llanamente, absurdo. Nuestros mayores esfuerzos deben verse secundados a veces por la gran diosa Fortuna, y es a ella a quien debería ofrecer el Alpine Club sus votos y acciones de gracias.

De hecho, si consideramos por un momento la esencia del deporte del montañismo, es obvio que consiste, de manera exclusiva, en poner frente a frente las habilidades del escalador y las dificultades que presenta la montaña. Cualquier mejora en la habilidad conlleva, *pari passu*, un aumento de las dificultades con las que se enfrenta. De la arista Breuil del Cervino pasamos al Dru, y del Dru a la Aiguille du Grépon; o, por tomar un terreno más amplio, del Mont Blanc, desde Chamonix, a esa misma montaña por el glaciar de la Brenva y la Aguja Blanca de Peuterey. No podemos decir que Bennen y Walter estuvieran menos preparados que nosotros, los modernos, para atacar el muro superior del Linceul, o para subir la fisura del Grépon, o que Jacques Balmat estuviera menos capacitado para subir de primero el «paso antiguo» de lo que lo estaba Emile Rey para atacar los espantosos abismos de la Brenva y del Peuterey. Pero si se admite que la destreza del escalador no ha mejorado en proporción a las dificultades que afronta, nos veremos obligados a reconocer que la escalada no es ni más ni menos peligrosa que antes.

Es cierto que se ha avanzado de manera extraordinaria en el arte de la escalada en roca y que, en consecuencia, cualquier escalada en roca es mucho más fácil hoy en día que hace treinta años, pero la esencia del deporte no consiste en ascender un pico, sino en luchar por superar sus dificultades. El escalador feliz, como el viejo Ulises, es aquel que ha «saboreado la batalla con sus semejantes» y esa delectación solo se logra atacando paredes que apuren hasta el límite la capacidad de los montañeros. Esa lucha conllevó el mismo riesgo cuando los primeros escaladores atacaron lo que ahora consideramos roca fácil que cuando los modernos nos enfrentamos en la

actualidad a roca imposible, o cuando los escaladores ideales del futuro afronten paredes que ahora nos parecen completamente inaccesibles. Mis diferencias con las grandes autoridades a las que me he referido más arriba se deben, sin duda, a una visión radicalmente distinta de la razón de ser del montañismo. Si se considera un deporte, siempre ha tenido, y siempre tendrá, un peligro inherente; si se considera como una manera de hacer ejercicio en un paisaje bonito, con finalidades casi científicas, o como materia prima para escribir artículos interesantes, o para alardear y destacar, se ha convertido en algo tan seguro como lo era para los escaladores de hace treinta años el ascenso del Rigi o del Pilatus. Pero esos fines no son montañeros en el sentido en el que utilizaban el término los fundadores del Alpine Club, y no son montañeros en el sentido en el que los elegidos —un pequeño grupo, quizá cada vez más reducido— lo utiliza ahora. Poner todas las facultades, físicas y mentales, en luchar en un fiero precipicio o en forzar una sombría chimenea cubierta de hielo, es labor digna de hombres; penar subiendo pedreras detrás de un guía que puede «estar tumbado en la cama y visualizar mentalmente todos los pasos de la vía con cada uno de los agarres para manos y pies» es digno de todos los almidonados que llegan a Zermatt en el tren, vestidos a la moda, con las botas brillantes y apestando a perfumes y lociones.

El verdadero montañero es un nómada, y cuando digo nómada no me refiero a un hombre que se pase todo el tiempo viajando de acá para allá en las montañas por las mismas sendas por las que lo han hecho sus predecesores —de manera muy parecida a como recorren los ciclistas las carreteras asfaltadas de Inglaterra—, sino a un hombre que ama estar donde no ha estado antes ningún otro, que se deleita en agarrarse a rocas que nunca antes han sentido el toque de unos dedos o en ascender tallando peldaños por corredores helados cuyas sombras han sido morada de nieblas y avalanchas desde que la «tierra surgió del caos». En otras palabras: el auténtico montañero es el hombre que intenta nuevos ascensos. Del mismo modo, ya triunfe o fracase, disfruta con el goce de la lucha. Las placas descarnadas, los resaltes verticales de la arista y el negro y desplomado hielo del *couloir* son el hálito de vida que da razón a su existencia. No pretendo analizar sus sentimientos, y menos aún aclarárselos a los incrédulos. Debe sentirse para comprenderse, pero potencia la felicidad y hace que la sangre hierva en las venas, y destruye cualquier trazo de cinismo al golpear en las mismas raíces a la filosofía pesimista. Resulta curioso que nuestros críticos repitan, a fin de cuentas, el viejo reproche de Ruskin, a saber, que contemplamos las montañas como postes de cucaña engrasados. Debo confesar que la espina de ese reproche no llega a penetrar en el espesor natural e incurable de la piel de mi inteligencia. Dejando a un lado el asunto de la grasa, cuyos efectos sobre la tela de nuestros bombachos resultaría ofensiva y demasiado horrible para poderse contemplar —peor aún que los destructores cantos y esquirlas de roca de la arista del Grépon—, yo no percibo la grandeza o el pecado de escalar postes. Hubo un tiempo, debo confesar, en que me deleité en su arte, y, hasta donde mi experiencia alcanza, ese gusto sigue aún muy extendido entre la juventud inglesa. Es posible, e incluso probable, que gran parte del placer del montañismo se derive del esfuerzo físico y del perfecto estado de salud que el mismo otorga a los que lo practican y, en este sentido, puede alegarse plausiblemente que sea la mera evolución y desarrollo de las trepadas a postes y a árboles de la juventud. Lo que escuece del reproche probablemente se esconde en la implicación de que el escalador es incapaz de disfrutar

de un paisaje majestuoso, que, en la jerga de ciertos escritores modernos, es un «*simple gimnasta*». Pero ¿por qué debería asumirse que un hombre es incapaz de disfrutar de placeres estéticos por ser también capaz de disfrutar de los placeres físicos y no estéticos de la escalada en roca?

Un famoso montañero sostiene que los padres del oficio no contemplaban «la superación de obstáculos físicos a base de esfuerzos musculares y destreza» como «el principal placer del montañismo». Pero ¿es esto así? ¿Puede leer alguien el gran clásico de la literatura de montaña, *The Playground of Europe*, sin sentir que la superación de ese obstáculo fue uno de los factores principales para que disfrutara su autor? ¿Puede alguien leer *Peaks, Passes and Glaciers* y los primeros números del *Alpine Journal* sin tener la sensación de que sus diversos autores se complacieron en la técnica de su arte? Es evidente que la hábil inclusión de las palabras «placer principal» deja abierta la puerta de la discusión, pero, a fin de cuentas, ¿qué significa? ¿Cómo puede medirse y compararse un placer que está enraizado en la salud y la alegría y que «corre por las venas» con una sensación puramente estética? Parecería difícil sostener que a medida que una persona cultiva y adquiere destreza muscular y conocimientos de las montañas, se empequeñece y merma el lado estético de su naturaleza. De ser así, magnificamos al débil y al impotente, al cojo y al ciego y damos por falso el ideal griego de la perfección humana. Sin duda, puede detectarse una tendencia en esta dirección en algunas maneras modernas de pensar, pero, al igual que muchas otras ideas santificadas, su sonido no es de buen metal. Aquellos que dominan su entorno hasta el punto de poder reírse y retozar en las aristas, libres de las restricciones de la cuerda o del miedo al peligro, son mucho más capaces de apreciar las glorias de los «montes eternos» que aquéllos no pueden moverse sin temer constantemente por sus vidas, entre la interminable verborrea y el rancio humo de tabaco de unos guías que no se lavan.

El hecho de que un hombre disfrute trepando una roca vertical no le hace de ningún modo insensible a toda la belleza que hay en la naturaleza. Los dos tipos de sensaciones están, de hecho, completamente desconectados el uno del otro. A una persona puede encantarle escalar y no importarle nada el paisaje de la montaña; puede adorar el paisaje y odiar la escalada; o puede ser devoto de ambas cosas por igual. Lo normal es presumir que aquellos que se ven más atraídos por las montañas y regresan a ellas con mayor frecuencia sean quienes más poseen ese germen de disfrute, aquellos que pueden combinar la diversión y el juego de un deporte espléndido con esa indefinible delicia que provocan las adorables formas, tonos y coloridos de los grandes macizos.

Confieso libremente que yo mismo seguiría escalando aunque no hubiera paisaje al que mirar, incluso si lo único escalable fueran las oscuras y horribles depresiones de los valles de Yorkshire. Por otro lado, yo seguiría vagando por las altas nieves, seducido por las calladas nieblas y el rojo encendido de las puestas de sol, aunque padeciera una enfermedad física, aunque me brotaran alas u otros apéndices angelicales que dejaran el arte de escalar enterrado en el pasado.

Con frecuencia se asume, incluso por aquellos que deberían estar mejor informados, que, como el montañismo implica cierto tipo de peligro, nunca debería practicarse —y en ningún caso por individuos tan queridos como los miembros del Club Alpino Inglés—. Antes de considerar esta doctrina tan perniciosa, estaría bien recordar que, aunque los peligros del montañismo no

hayan quedado completamente disipados en el espacio por los relampagueantes destellos de las enciclopedias de *Badminton* y *All England*, dichos peligros no son, en cualquier caso, muy grandes. Las páginas previas contienen, con una única excepción, una crónica de todas las dificultades que he encontrado en las montañas, lo que ha podido dar la idea de que podían haber ocurrido desastres. Como mi dedicación al deporte comenzó en 1871 y, desde entonces, ha continuado sin perder un ápice de su fuerza, resultará evidente que los peligros del escalador —en la medida en la que una persona modesta pueda considerarse a ella misma como tipo representativo de un grupo— son poquísimos y que se encuentran muy raramente. Sin embargo, tal como me han ocurrido a mí, por nada del mundo me los habría perdido. Hay en el peligro un poder educativo y purificador que no se encuentra en ninguna otra escuela y para un hombre vale mucho saber que no todo es molicie y placeres sensuales. Puede admitirse que las montañas a veces lleven las cosas un poquito más allá de la cuenta y que les den a sus fieles una visión de la inminencia de la muerte que ni el mismo verdugo, con toda su parafernalia de patíbulos, horcas y agujeros, pueda aspirar a superar. Pero con todo lo horrendas e imposibles que a veces parezcan las paredes en plena ventisca a la mortecina luz del crepúsculo, y las furias que se desatan en las aristas, siempre se tiene la sensación de que unos bravos compañeros y un coraje que nunca desfallece serán suficientes para cortar la tupida malla del peligro.

La sensación de independencia y confianza en uno mismo que dan los graneles precipicios y los enormes neveros es algo completamente encantador. Cada paso que se da es salud, diversión y alegría. Los problemas y preocupaciones de la vida, unidos a la vulgaridad esencial de una sociedad plutocrática, quedan allá abajo, fétidas miasmas agarradas en los fondos de los hediondos valles. Por encima, en el aire limpio y a la luz del sol, caminamos junto a los dioses tranquilos, y los hombres podemos conocernos los unos a los otros por lo que somos. No puede haber sensación más gloriosa que avanzar para atacar una sombría pared vertical con «camaradas tan leales como los fundadores de nuestra raza». Nada hay más vigorizante que saber que a los dedos de una mano se les puede seguir confiando las vidas de una cordada y que las rodillas no tiemblan de miedo ni siquiera cuando es la fricción de un solo clavo lo único que te mantiene sobre una repisa desplomada y evita que tu cuerpo caiga al vacío y que tu alma (esperemos que así sea) ascienda a los reinos etéreos.

Soy bien consciente de que éstos son tiempos en los que poco importan las virtudes más viriles y sé que se contempla con desdén cualquier forma de deporte que pueda, con una imaginación muy fecunda, ser considerado como peligroso; pero, como por razones bien obvias, no podemos deleitarnos «revolcándonos en el fango del lucro», hay que hacer algo en favor de un deporte que enseña, como ningún otro, a aguantar y a confiar en los demás, y que a veces fuerza a los hombres a mirar frente a frente el rostro más horrendo de la muerte. Pues, aunque el montañismo no sea quizá más peligroso que otros deportes, trae sin duda a la cabeza una sensación de peligro más estimulante; una sensación, de hecho, totalmente desproporcionada respecto al riesgo real. Resulta, por ejemplo, imposible mirar hacia abajo desde lo alto del Petit Dru sin sentir en cada nervio que una caída supondría la desintegración total de todo lo que tenemos de humano; y la contingencia de una caída así pasa a menudo por la cabeza y, de hecho, a lo largo del ascenso es

necesario hacer constantes e ímprobos esfuerzos para evitarla. El amor por la apuesta, digan lo que digan nuestros maestros religiosos, continua siendo inherente a nuestra raza y uno no puede hacer una apuesta más alta que jugarse el pellejo, sobre todo en estos días materialistas en los que el diablo de los viejos tiempos ya no querría comprar el alma de un tahúr. Y eso es lo que se juega el montañero normalmente. Es cierto que la mayoría de las probabilidades están de su lado, pero la posibilidad remota estimula la honradez de pensamiento y demuestra lo hondo que ha calado la podredumbre en la fibra interna. Pocos, entre todos los que tengan el conocimiento imprescindible para emitir un juicio justo, negarán que el montañismo tiene un gran valor educativo. Que tiene su lado malo, yo lo admito francamente. Nadie puede contemplar su triste lista de fallecidos sin sentir que nuestro deporte se cobra un precio muy alto.

Que el montañismo sea un deporte no del todo libre de Peligro nos apremia a considerar las direcciones desde las que puede llegar ese peligro y los métodos con los que puede afrontarse y vencerse. En las montañas, como en cualquier otro lugar «siempre ocurre lo imprevisto». Es la falta de atención momentánea en lugares fáciles, el lapso de atención o la mirada perdida lo que suele acarrear el desastre. Puede parecer que hasta este punto los peligros sean evitables, y que las autoridades en la materia mencionadas anteriormente estén justificadas en su optimismo. Pero ¿quién de nosotros puede jactarse de que su atención en la pendiente y en sus compañeros nunca flaquea, que sus ojos siempre están vigilantes ante caídas de piedras, rocas sueltas, grietas ocultas y todas las trampas y escollos que la Madre Naturaleza siembra con tal profusión entre las «montañas solitarias»? La mayor fuente de peligro es la necesidad de no bajar la guardia, la permanente disposición del hielo, la nieve y la roca para castigar sin piedad un instante de descuido o la más nimia negligencia. La primera lección que debe aprender el novicio es la de estar siempre en guardia, y ésta es una lección que el escalador más veterano rara vez domina por completo. Por desgracia, es algo que el principiante debe descubrir por sí mismo, es un hábito que debe ser adquirido y al que no le conducirá nunca otro camino que la práctica constante. Hace falta una larga experiencia para que se quede bien impreso en la mente que el principal peligro de una escalada extremadamente difícil se encuentra en los lugares fáciles que la siguen; que reside menos en la tensión de una lucha desesperada contra los riscos que en la relajada atención que ese tipo de trabajo es capaz de producir en el regreso a terreno comparativamente más fácil. No hay nada tan usual como escuchar decir a alguien, tras una ascensión formidable —hasta puede leerse en el *Alpine Journal*—, que al principio del ascenso hubo unas rocas que parecieron muy difíciles, pero que en el descenso, tras habérselas visto con los grandes muros, esas mismas rocas parecieron «ridículamente fáciles». Es la engañosa apariencia de la seguridad que presentan esas «rocas ridículamente fáciles» la que engorda la lista de víctimas de los Alpes. Hay pocos, incluso entre los escaladores más viejos y astutos, que no hayan luchado contra la sensación de que las dificultades han quedado atrás y de que ya no hace falta tener cuidado. He visto dos conatos de accidente por este motivo y, en ambas ocasiones, no fue sino la diosa Fortuna la que salvó a un amigo del desastre.

Además, hemos de tener en cuenta la imposibilidad de aprender, salvo por la experiencia real, el tiempo durante el que se puede confiar en el sistema nervioso. El prolongado esfuerzo que

supone una larga pendiente de hielo hace mella en los hombres de maneras completamente diferentes. Para algunos, tan sólo supone agudizar sus facultades, y con cada hora que pasa se vuelven más firmes y seguros en sus pasos; para otros supone el agotamiento total y el colapso. Es muy desagradable que un compañero, que tú crees que se lo está pasando bien, te informe de repente de que duda de sus fuerzas para mantenerse en los escalones, que le tiemblan las rodillas y que se puede resbalar en cualquier momento. En esas ocasiones nada, salvo el hecho de que uno ha crecido rodeado de las mejores influencias religiosas, evita que se profieran los más fuertes juramentos conocidos en la lengua materna. Puede decirse que una persona así no debería escalar, pero ¿cómo va a saber que está afectado hasta que lo haya probado? Un hombre nunca puede conocer sus capacidades hasta que las ha puesto a prueba, y ese proceso de ensayo implica riesgo. No sirve transitar por terreno en el que un resbalón no tendría consecuencias serias; mientras las condiciones sean ésas, él puede ser tan bueno o mejor que sus compañeros. Es el ser consciente de que la vida de sus compañeros está en sus manos lo que le convierte en maestro y le hace vencer, y no las meras dificultades técnicas de la pendiente que, para alguien al que hayan tallado buenos peldaños, pueden ser prácticamente nulas.

Resultará evidente que todos esos peligros pesan mucho más en el novel que en un montañero viejo y curtido. Aquellos que han aprendido el oficio y han pasado quince o veinte veranos entre las montañas, es muy poco probable que no sean conscientes de sus propias faltas y puntos débiles, y puede confiarse en que estén generalmente atentos. Los peligros a los que están sometidos esos «perros viejos» provienen, sobre todo, de otras direcciones y están ligados en su mayoría a la apertura de vías nuevas. En los Alpes, tales ascensiones sólo pueden encontrarse en caras previamente no escaladas y el montañero suele contar con el conocimiento de que, si alcanza la cumbre, podrá descender por una vía fácil y bien conocida. La tentación de perseverar en una ascensión, sobre todo si se ha superado ya algún tramo especialmente difícil, es enorme, y una cordada puede verse impulsada a seguir por miedo a una retirada. Sin embargo, nunca debería doblegarse a ese miedo, pues es fácil que acabe forzando a la cordada a meterse en dificultades para las que no tiene ni el tiempo ni la habilidad suficientes. No debería escalar nunca algo que no pudiera descenderse.

Un peligro similar, y aún más engañoso, es el que se deriva de la ascensión a horas tempranas de corredores que, si bien son relativamente seguros a esas horas, se sabe que canalizan avalanchas y caídas de piedras por la tarde. En el caso de que un imprevisto detenga a la cordada en la zona alta de la montaña, no quedará abierta una línea de retirada segura. Así, cuando Lammer y Lorria, engañados por las rocas tapizadas de hielo de la cara oeste del Cervino, se vieron forzados a darse la vuelta, se encontraron con que el *gran couloir* era constantemente barrido por piedras y nieve. Aún así, insistieron en descender y fueron arrastrados por una avalancha y, aunque tuvieron la extraordinaria suerte de salir con vida, sufrieron heridas muy graves. A menos, por tanto, que el escalador esté completamente seguro de que pueda completarse la ascensión, es peligroso en extremo entrar en tales corredores, y aquellos que lo hagan deben reconocer con claridad que están corriendo un riesgo muy alto. Sin embargo, si se ha corrido el riesgo y la cordada está en jaque en lo alto de la montaña, suele ser mejor pasar la noche sobre las

rocas y esperar a que la helada nocturna haya sellado las piedras sueltas, la nieve y el hielo. Ese recurso ha sido en más de una ocasión el adoptado por mi viejo amigo y guía Alexander Burgener. En el memorable descenso del Col du Lion, salvó, sin duda, tanto la vida del doctor Güssfeldt como la suya. Soy consciente de que ese proceder conlleva un ligero riesgo en caso de cambios de tiempo, y que el frío y el hambre pueden resultar muy desagradables, pero esto último son fruslerías para hombres fuertes y bien equipados; y respecto a lo anterior, lugares como el gran *couloir* de la oeste del Cervino son mucho más seguros en una ventisca que cuando el sol está abrasando las grandes pendientes superiores. De hecho, cuando cae nieve a baja temperatura, seca inmediatamente las gotitas de agua, detiene el proceso de fundición de los carámbanos y suele evitar la caída de fragmentos, convirtiendo, por tanto, las pendientes y los *couloirs* que uno no se atrevería a escalar con buen tiempo, en lugares bastante seguros. Por otro lado, una tormenta de nieve de verano seguida de un viento que sople a una temperatura por encima a la de congelación (fenómeno que ocurre con cierta frecuencia), convertirá laderas de roca, normalmente inofensivas, en terribles cascadas de agua por las que caerán piedras y otros materiales. Por tanto, salta a la vista que es necesario apreciar con exactitud la situación, y el conocimiento necesario para juzgar esas situaciones difícilmente puede adquirirse hasta que el escalador haya aprendido, pasando por experiencias peligrosas, a comprender la naturaleza exacta de la tormenta y sus efectos más probables sobre las laderas en cuestión.

Los escaladores a veces escriben como si fuera posible evitar las montañas donde son comunes los desprendimientos de piedras o hielo. La realidad es que, aunque tales laderas puedan, hasta cierto punto, evitarse en los días y a las horas a las que tales desprendimientos sean más fáciles de esperar, es imposible mantenerse por completo fuera de las mismas.

Montañeros con toda la experiencia posible y muy prudentes, y hasta presidentes y ex presidentes del Alpine Club, han descendido durante horas interminables por laderas desprotegidas de roca y hielo que podrían verse barridas de arriba abajo en cualquier momento por avalanchas de piedras y hielo. El crítico ortodoxo podrá protestar, pero en cualquier caso, quienes deseen abrir vías nuevas se encontrarán de vez en cuando en posiciones que no les dejen otra alternativa. El pseudomontañero puede, es cierto, evitar casi por completo esos peligros. Acompañado por guías que conocen cada paso de la vía, se le conduce por una ruta bastante protegida o, si no existe ninguna así, se le informa de ese hecho antes de empezar, para que pueda variar sus planes en consecuencia. Pero la repetición de una vía ya hecha, o hacerla en buenas condiciones bajo el estricto control de un guía, no es algo que atraiga al auténtico montañero. El placer y el deleite que tiene por el deporte se derivan sobre todo de la incertidumbre y de las dificultades, y la función de un guía es precisamente eliminarlas. Incluso si la vía no es totalmente nueva, le agrada encontrarla sin tener un conocimiento exacto de la misma que la reduzca a un mero paseo de tantas horas de duración; no podrá, por tanto, evitar invariablemente todos los riesgos.

De hecho, muy pocas de las ascensiones habituales se ven libres por completo de desprendimientos de hielo y rocas. Incluso la ascensión al Mont Blanc, desde Chamonix, pasa por un lugar en el que la senda se ve a veces barrida por piedras que caen desde la Aiguille du Midi, y

un segundo lugar donde amenazan avalanchas de hielo de la Dôme du Goûter, que a veces acaban con la vida del viajero. No hay, en realidad, una inmunidad total para ese peligro y es por tanto deseable que el joven montañero aprenda los diversos métodos mediante los que puede combatirlo de la mejor manera. Aprender el arte de observar una piedra que cae y, en el momento crítico, apartarse de la línea de fuego, es esencial para el escalador. Adquirir el conocimiento necesario para juzgar dónde y cuándo pueden esperarse avalanchas de nieve y hielo es igualmente necesario para conducir con seguridad una cordada. Sin embargo, requiere las mejores lecciones que pueden dar los guías más viejos y expertos, combinadas con una larga experiencia en las altas nieves. Aquellos que aspiren a encabezar un grupo no podrán dedicar nunca demasiada atención a este asunto, y deberían ser capaces de juzgar, con una certeza tolerable, los efectos que una nieve recién caída o los resultados del buen tiempo sobre los seracs que se elevan en el glaciar. Es fácil que los principiantes olviden que no hay ocasión en que más se deban temer las caídas de hielo que cuando el sol ha estado causando estragos durante mucho tiempo seguido en los malignos monstruos suspendidos en lo alto de su ruta. Adaptar la expedición a la climatología tiene con frecuencia una gran importancia, y puede suponer no tan sólo la diferencia entre éxito y fracaso, sino entre seguir sano y alegre o acabar en un desastre irremediable.

En este sentido, es deseable percatarse de que un grupo desencordado es más seguro que uno encordado, y que sus posibilidades de escapar de los proyectiles de la montaña varían, como mínimo, inversamente a su tamaño. Con tres en la cuerda, el hombre del medio es más o menos un mueble fijo, y tiene muy pocas posibilidades de salvarse de desprendimiento de piedras, a menos que tenga un abrigo muy a mano. Si no hay abrigo disponible, el hecho de que la cordada se extienda sobre un tramo de roca considerable hace muy probable que la verdadera línea de escape para el primero y el último de sus miembros esté en direcciones opuestas. De ser ése el caso, no será posible ningún movimiento inmediato, y la persona del medio ocupará una posición nada envidiable. Yo, personalmente, prefiero prescindir de la cuerda en esos lugares y, si eso no es deseable, considerar que el máximo permisible por cordada es de dos. Tal vez deba añadir que esta opinión la comparten hombres como Alexander Burgener y Emile Rey. Sé que ambos han puesto objeciones a añadir un tercer miembro a la cordada porque eso impediría moverse con rapidez en lugares en los que tal velocidad sería vital. También está el riesgo, muy serio, de las piedras que desprende el primero, las cuales pueden adquirir una velocidad muy peligrosa antes que llegar a la altura del que va más abajo, cuando en la ladera hay varios escaladores. Durante la primera ascensión del Rothorn desde Zermatt, estuvo a punto de ocurrir un desastre precisamente por ese motivo.^[18]

Hay muchos corredores en los que es completamente imposible evitar tirar piedras y, en consecuencia, un grupo numeroso se verá obligado a «cerrarse». Si bien esto elimina, hasta cierto punto, el riesgo de caída de piedras, acabará con todas las ventajas de la cuerda y con frecuencia forzará a los escaladores, salvo al primero, a estar simultáneamente sobre terreno malo. Incluso así, yo he visto, en más de una ocasión, cómo las caídas de piedras herían a un hombre, y es difícil no llegar a la conclusión de que algunos accidentes inexplicables pueden haber sido resultado de tirar una piedra sin querer y que ésta haya hecho caer a un compañero, y que su caída arrastrara,

uno tras otro, a los miembros de una cordada «cerrada». En hielo muy vertical también ocurre que el primero a veces se ve seriamente estorbado por la existencia de un grupo grande tras él, y se obliga a cortar sólo trozos pequeños de hielo con cada golpe de piolet, y a evitar por completo, al alcanzar rocas, cualquier intento de limpiar el hielo que las cubra; la probabilidad de desprender un fragmento suficientemente grande como para derribar a un compañero que espera veinte o veinticinco metros por debajo de él es mayor que la ventaja de poder pisar terreno firme.

Estas consideraciones sobre encordarse y el número de miembros de la cordada prevalecen con más fuerza aún ante cualquier peligro de avalanchas de hielo. Cada persona de más en la cordada supone un serio detrimento de la velocidad máxima a la que se puede mover el grupo, y es la velocidad, y sólo la velocidad, la que puede darle esperanzas de seguridad a una cordada que se vea sorprendida por una avalancha. En 1871 la cordada de F. F. Tucket estuvo a punto de ser barrida por una gran avalancha en el Eiger, y él atribuye el haber escapado, en no poca medida, al hecho de que iban sin encordar y tuvieron, en consecuencia, mucha más capacidad para moverse deprisa de la que habrían tenido si hubieran ido atados.^[19]

Está claro que si hay un miembro incompetente habrá que usar la cuerda todo el tiempo y que al menos dos montañeros de confianza deberán ir vigilando al torpe, pero las cordadas que cuenten con ese tipo de impedimento deberían evitar corredores como el que se asciende para subir al Schreckhorn, o las inhumanas pendientes del lado italiano del Col des Hirondelles.

Hay otra condición en la que la cuerda aumenta seriamente el riesgo que corren los montañeros competentes. En caso de que comience una avalancha, un grupo encordado estará casi indefenso. Con frecuencia es posible que algún miembro del grupo pueda escapar de la nieve que baja a borbotones, pero si está encordado se verá irremisiblemente arrastrado por sus compañeros. En tal caso, sólo es posible escapar de la avalancha si todos saltan de la nieve que se está deslizando hacia el mismo lado y en el mismo instante, e incluso así sólo si pueden soltar la cuerda de la masa húmeda de la nieve en la que probablemente se haya quedado enganchada. Resulta obvio que bajo circunstancias que puedan darle a cada miembro del grupo una docena de posibilidades de escape, será altamente improbable que todos ellos tengan una ocasión simultánea, y la cuerda, en un caso así, es una verdadera trampa mortal. En avalanchas más grandes, en las que todo lo más que puede hacer el escalador es mantener la cabeza por encima de la cresta de la ola, el que va encordado, por estar enmarañado con sus compañeros, se verá impedido como lo estaría un nadador en la espuma de una ola furiosa. Uno no tiene más que leer el relato de la muerte de Bennen para darse cuenta de lo desastrosa que puede ser una cuerda.^[20]

No propongo que no se use la cuerda, sólo trato de señalar ciertos hechos bien conocidos que se han perdido de vista en las recientes contribuciones a la literatura de montaña. Como regla general, resulta valiosísima, y cuando los escaladores tienen una destreza y experiencia dispares, su uso constante es algo que piden el sentimiento primario de camaradería y buena fe. Hay, sin embargo, cierto peligro de que se la considere como una especie de Providencia, siempre lista para salvar al temerario e incompetente, sin importar lo magra que sea su experiencia o lo poco que pueda estar preparado para las expediciones que afronte. He tratado con cierta extensión las desventajas ocasionales que supone la cuerda y apenas he dicho nada acerca de la seguridad que

proporciona, pero sólo porque pasar por alto lo segundo no implica peligro, mientras que olvidar por completo lo primero sí que resultaría peligrosísimo. Además, hay que recordar que he visto cómo se comportan, sobre todo, las cordadas sin guía. Como cada uno de los miembros de una cordada de éstas debería tener la total certeza de no dar nunca un resbalón, en muchos lugares podrá prescindirse con seguridad de la monotonía de llevar cuerda, y a veces incluso será una ventaja.

Soy, por supuesto, consciente de que hay autoridades en la materia que sostienen que hay que ir siempre encordados y que una cordada nunca debería constar de menos de tres personas. ¿No dice la enciclopedia *All England* que «sea cual sea el número apropiado, dos no lo es»? Sin embargo, debo confesar que no consigo captar las razones que han llevado a esta incalificable afirmación. Lo cierto es que el mejor número depende de una serie de condiciones que varían con la expedición de que se trate. Por ejemplo, en el Col du Lion, dos es sin duda el número mejor y más seguro. No sólo es deseable reducir al mínimo el blanco que se le ofrece a la artillería de montaña, sino que también es esencial moverse con la mayor velocidad posible. Siempre que ése sea el caso, cada persona de más supondrá una fuente de peligro.

Literatura mucho más reciente sobre este asunto asume que en pendientes fuertes, o en paredes, una cordada de tres es más segura que una de dos. Sin embargo, parece obvio que esto es un error. Si el primero resbala, lo más probable es que arrastre a todo el grupo. En cualquier caso, todo el impacto de su caída debe recaer sobre la persona que va inmediatamente detrás de él y, si esa persona se ve arrancada de su sitio, resultará absurdo suponer que el tercero será capaz de aguantar el impacto de dos personas cayendo. Exactamente lo mismo puede decirse de una travesía; si el primero de la cuerda se cae, deberá sujetarle, si es que puede hacerlo, el que vaya detrás de él. No importa cuántas personas vayan detrás, pues éstas se verán, irremisiblemente, arrancadas, una tras otra, de su punto de apoyo. Es evidente que si al primero lo sujeta el que vaya segundo, una cordada de dos será suficiente en lo relativo a seguridad; si el segundo no logra aguantar la caída, entonces tres o más personas estarán igualmente destinadas a su fin. Los que han escrito sobre esta materia parecen asumir que en una cordada de tres o más no haya nunca nadie en un extremo de la cuerda, es decir, que cada miembro de la cordada está siempre entre otros dos, en cuyo caso, sin duda, podría aportarse una ayuda bastante eficaz. Sin embargo, hay que señalar que eso es imposible. En todas las cordadas hay dos personas cuya caída en una travesía de fuerte pendiente resulta extremadamente peligrosa, si no fatal. La inserción de un tercer miembro entre esos dos no reduce en nada ese peligro, aunque, en circunstancias fácilmente imaginables, puede incrementarlo de manera grave.

Lo cierto es que, si se quita al peor escalador de una cordada de tres, los dos que queden irán, en pendientes fuertes, bastante más seguros que si fuera el grupo completo. Si, por otra parte, del grupo de tres se quita a alguno de los dos más competentes, los dos que quedan irán mucho más inseguros. Debe recordarse que no estoy abogando por una cordada formada por un montañero y un incompetente, sino de dos personas, igual de capaces y diestros en todo lo relativo al arte de la escalada.

Una consideración cuidadosa de las diversas situaciones en las que se puede encontrar un

montañero en pendientes pronunciadas nos haría llegar a la conclusión de que una cordada de tres o cuatro es demasiado numerosa con la misma frecuencia que una de dos es demasiado escasa. La pérdida de tiempo y el peligro de tirar piedras, e incluso nieve y hielo, en el proceso de tallar peldaños, parecen contrarrestar bastante las ventajas de una cordada numerosa.

Las ventajas atañen principalmente a los lugares en los que el segundo le esté dando un paso de hombros al primero: un tercero puede asegurar a los otros con una cuerda; o cuando el labio superior de una rimaya esté casi fuera de alcance: una tercera persona puede ayudar en la tarea de aupar y sujetar al primero sobre los hombros del compañero mientras se tallan los escalones necesarios. También es deseable, y necesario en todas las vías en las que haya que dar muchos pasos de hombros, que el segundo se vea libre del estorbo de mochila, cuerda de repuesto, etc., y eso, necesariamente, implica que una tercera persona actúe de porteadora. Parecería, por tanto, que, en la medida que haya de por medio pendientes fuertes, el número de miembros de la cordada debiera adaptarse a la naturaleza de la vía y que no debiera intentarse infringir ninguna regla determinada e importante.

La objeción más fuerte a que escalen dos personas solas tal vez haya que encontrarla en la creencia generalizada de que si uno cae en una grieta, su compañero será incapaz de izarlo. Si examinamos esta suposición tan poco agradable, podemos señalar que no hay ningún motivo particular para caerse dentro. ¿Por qué iba alguien a desear estar colgado de la cuerda en un abismo negro y helado? Es uno de esos misterios profundos e insondables que confunden la imaginación. Está claro que se trata de un incidente absolutamente innecesario, y en el que no se cae con tanta frecuencia como algunos imaginan. Sólo una vez he estado a punto de caer en una grieta, pero en aquella ocasión, al ir desencordado, me pareció deseable renunciar a cualquier placer que pudiera depararme tal visita.

Una grieta, salvo cuando acaba de caer nieve fresca, es siempre visible para alguien que se tome la molestia de buscarla; e incluso si el primero es descuidado y se cuelga en una, la cuerda, si se utiliza con presteza y habilidad, debería evitar que se colara más allá de la cintura.

Es un hecho curioso que, desde los albores del montañismo, dos guías, de los que se prescindió tras cruzar un collado, hayan conservado la costumbre de regresar a casa por su cuenta. Por lo que he podido saber, nunca les ha ocurrido ningún accidente en una grieta. Cuando se recuerda que neveros tan grandes y agrietados como los que se cruzan en las vías que pasan por el Col du Géant, el Mönchjoch, el Weisstor, el Col d'Hérens o la brecha de la Meije están entre aquellos que han sido atravesados por dos guías solos, parece que el peligro de cordadas semejantes sea casi inexistente. De hecho, es obvio que si tales cordadas estuvieran expuestas a los peligros mencionados, sería un crimen llevar a dos personas a un collado glaciar y luego prescindir de ellos en condiciones que suponen en la práctica que escalen dos con una cuerda. Permitir que los guías corran riesgos que a las personas que los contratan se niegan a afrontar sería, como poco, contrario a las tradiciones de los ingleses en general y del Alpine Club en particular.

La dificultad de reconciliar práctica y teoría en este punto me lleva a suponer que, posiblemente, esas denuncias estén bien dirigidas, no contra cordadas de dos montañeros, sino contra cordadas de un montañero y un incompetente. La cortesía, esa virtud archicorruptora de la

verdad, ha llevado, tal vez, a nuestros maestros a decir que «una cordada nunca debe tener menos de tres miembros, de los cuales dos deberían ser guías», en lugar de decir que «una cordada debería consistir siempre de dos montañeros, con o sin una o más Piezas de equipaje animado». Sería ciertamente algo extraño que si a mis viejos amigos Alexander Burgener y Emile Rey les invadiera un deseo de cruzar el Col du Géant, precisaran obtener la ayuda de alguna escolar enfermiza o un de un turista decrepito antes de ser capaces de afrontar los peligros de la montaña. Sin embargo, ésa es la conclusión a la que conducen necesariamente las doctrinas de nuestros profetas. Aquellos que aspiran a caminar con los «dioses tranquilos» por alturas más que olímpicas deberían rehuir de la educación formal que esconde la verdad y decir todo lo que piensan, sin importar lo que sientan los incompetentes y los imbéciles. Dos amigos míos quisieron atravesar una vez un gran nevero en Noruega; estando versados en la sabiduría escrita de las montañas, sintieron que una tercera persona era esencial para su seguridad. La encontraron y, durante los dos días siguientes pudieron gozar de la seguridad que eso les proporcionó. Esa tercera persona no sólo les hizo ir tan despacio que tuvieron que vivaquear en los lugares más inoportunos, no sólo hizo todo lo que pudo por despeñarlos siempre que hubo una posibilidad de que sus esfuerzos lograran el éxito, sino que, según me han asegurado autoridades indiscutibles, se complacía, de tanto en tanto, en emplear el más profano e indecoroso lenguaje. Desde aquella ocasión, mis amigos se han convertido a la doctrina que dice que si de una cordada de tres se quita al miembro más débil, la cordada se verá muy reforzada y mejorada, y que dos escaladores competentes constituyen un grupo mucho más seguro y mejor que el de dos guías y un cliente, tan querido por las autoridades ortodoxas del montañismo.

Sin embargo, como cabe dentro de lo posible que ceda un gran puente de nieve y eso haga que el primero caiga cierta distancia antes de que la cuerda entre en juego, puede ser ventajoso describir un método para usar la cuerda mediante el cual, incluso en un caso así, una cordada de dos pudiera resolver su propia salvación. Es un hecho bastante bien conocido, atestiguado por un número considerable de experimentos involuntarios, que un hombre puede aguantar a un compañero que se ha colado en una grieta. La fricción de la cuerda contra el borde de la grieta, y el espléndido y blando terreno que supone la nieve blanda y plana, permiten detener la caída sin grandes dificultades. El punto crucial es, sin embargo, sacar al compañero de allí. Eso, tal como se usa la cuerda normalmente, resulta imposible. Ferdinand Imseng y otros de los que han realizado experimentos como los que he mencionado anteriormente, lo han intentado y han fracasado, y su experiencia, creo yo, puede considerarse concluyente.^[21] Sin embargo, si en lugar de la cuerda normal se emplea *en doble* una cuerda que pese y aguante la mitad, el problema se resuelve fácilmente. A una de esas cuerdas se le hacen dos bucles, uno cerca de cada escalador. En caso de que ceda un puente, y tan pronto como se haya detenido la caída, la persona que está arriba clava su piolet en la nieve, se libera de la cuerda del bucle y pasa ese bucle sobre la cabeza del piolet. La situación será entonces la siguiente: la persona en la grieta estará sostenida por la cuerda fijada al piolet; alrededor de su cintura habrá una segunda cuerda, que también pasará por la cintura de su compañero y que éste sujetará. La persona en la grieta tirará de la cuerda fijada al piolet y el montañero libre tirará de la cuerda que rodea la cintura de su compañero. Dicho en otras palabras,

trabajarán dos personas para izar a una. La persona que está fuera asegurará cada avance no dejando que se destense la cuerda y cargando su peso hacia atrás y alejándose de la grieta, paso a paso, a medida que su compañero se acerque al labio de la misma. Llegados a ese punto, en el que las cuerdas ya habrán abierto un surco profundo en la nieve, la persona atrapada sólo tendrá que cargar todo su peso en la cuerda que tiene alrededor de la cintura y luego podrá tirar de la otra para sacarla de la nieve y agarrarse más arriba y, poquito a poco, salir por sí mismo de la grieta.

Si bien una cuerda usada de esta manera supone una manera bastante eficaz de salvaguardarse de este peligro —tan eficaz quizá como una cuerda usada de la manera ordinaria por una cordada de tres—, puede admitirse que aquellos que tienen un constante e irresistible impulso a saltar a las azules profundidades de las grietas harían bien en viajar con dos o más compañeros. Un torno ligero y portátil sería, tal vez, una inversión sensata si la cordada se puede permitir acarrear con él. Sin embargo, los que han tenido la fortuna de resistirse a los encantos de las grietas, aquellos cuyos oídos están taponados con cera y no oyen los cantos de sirenas que surgen de sus fondos, pueden adoptar la precaución de la doble cuerda y sentirse bastante seguros de su eficacia. Sin embargo, debería recordarse que al menos hay que dejar quince metros entre ambos miembros de la cordada cuando transitan solos por un glaciar.

La costumbre de escalar en solitario da lugar a otras objeciones más serias. Es cierto que, bajo circunstancias excepcionales, cuando, por ejemplo, un tiempo estable ha dejado visibles todas las grietas, se pueden cruzar neveros a primera hora de la mañana sin mucho riesgo. En ocasiones así yo he pasado por el Triftjoch, el Weisstor, el Col du Géant y otros collados sin experimentar ningún síntoma de peligro; pero la sensación de soledad, algo que llega a hacerse doloroso cuando la niebla se retuerce en las aristas, es capaz de afectar a la entereza y los recursos de una persona. Desde luego no es deseable forzar esos paseos solitarios más allá de límites muy estrechos.

Por otro lado, nada desarrolla las facultades de una persona de manera tan rápida y completa. Nadie detecta una grieta tan pronto como el que está acostumbrado a cruzar neveros en solitario. Nadie pone tanta atención en la línea de ascenso como el escalador que tiene que encontrar solo su camino de vuelta. La concentración de toda responsabilidad y todo el trabajo en un único individuo le fuerza a adquirir una habilidad de todo tipo que difícilmente puede ganarse de otra manera. Escalar en cordadas desarrolla la especialización. Uno talla peldaños, otro escala en roca y un tercero siempre conoce la vía. La división del trabajo es sin duda excelente y quizá merezca todo lo que Adam Smith ha dicho a su favor, pero no desarrolla al montañero ideal. En este departamento de deber humano, el señor William Morris da unos consejos más razonables. Está claro que esto no es sino otra manera de decir que el cazador de *chamois*, es decir, el montañero solitario, supone la mejor materia prima para un guía. El hecho de que un hombre haya adquirido el hábito de escalar solo supone que la ley de la supervivencia del más fuerte habrá tenido amplias oportunidades para eliminarle, caso de que fuera, de algún modo, un montañero descuidado o incompetente.

Desde el punto de vista individual, es posible que esta eliminación no parezca del todo deseable. Aún así, a juzgar por sus costumbres, el escalador fiel, movido por sentimientos altruistas y pensando únicamente en el bienestar de los futuros compañeros, prefiere que la

selección natural tenga la vía libre y que le haga pasar a él por su fuego purificador. Es posible que los críticos sugieran otros motivos menos azucarados, quizá yo mismo pudiera hacerlo, pero ¿por qué privarle al enemigo agazapado del deleite de un ataque virulento? En cualquier caso, sin importar cuál haya sido su motivo, un hombre así es bastante independiente de la cuerda y se mueve con igual libertad, o con más aún, sin cuerda que con ella. Da a entender en cada paso que añade a la seguridad un margen que debe considerarse como parte de ella. Por otro lado, aquellos que están imbuidos de manuales y temen mover una mano o un pie cuando se ven libres de bucles y nudos, sugieren de manera poco sensible que están restando ese mismo margen de seguridad.

No debe suponerse que yo abogue por la escalada en solitario. No es necesario conocer en profundidad al aficionado medio para estar seguro de que al menos nueve de cada diez se romperían la crisma si lo intentaran en serio. Todo lo que hay que precisarles a aquéllos que quieran ir sin guías es dónde pueden buscar compañeros de confianza. El método más ortodoxo de ascender picos entre dos buenos guías tiene mucho de recomendable, pero es mejor que sus partidarios lo eviten si aspiran a encarar las grandes paredes y que confíen exclusivamente en sus fuertes brazos y en su experiencia lentamente adquirida.

Cada uno de los miembros de la cordada debería considerar la cuerda sólo como ayuda para proteger a sus compañeros. Aquéllos que sienten que su uso constante es esencial para estar cómodos deberían interpretar esto como una evidencia indiscutible de que se están aventurando en vías demasiado difíciles para ellos, lo que es una práctica que nunca dará escaladores buenos y con confianza en ellos mismos. Poder moverse con libertad y seguridad en una pendiente de montaña debería ser el reto que se planteara un joven montañero. En un *mauvais pas* ocasional, puede pedir legítimamente a sus compañeros que le vigilen y que le ayuden o le rescaten del desastre en el caso de que resbalara, pero esa ayuda debería ser excepcional. Si en una vía se encuentra con que le hace falta protección constante, debería reconocer con franqueza que está intentando una empresa para la que no está preparado.

El Cervino proporciona un curioso ejemplo del modo en el que se está deteriorando el aficionado moderno. Los primeros escaladores se encordaban en el «hombro». En 1873 lo hacían en el refugio viejo. En 1886 se encordaban un poco más abajo del refugio viejo. Ahora se atan ya en el refugio nuevo y las proezas de un caballero en 1893 no hacen descabellado pensar que en el futuro los escaladores se encuerden en el Hörnli. Esos infortunados no son capaces de reconocer que están intentando algo que está por completo más allá de sus posibilidades y están siendo cuidados y mimados por sus guías de una manera que destruye el orgullo, el coraje y la confianza en uno mismo. Si bien el verdadero montañero es, sin duda,

... *la obra sublime de Dios,*

una persona que sea izada a los picos a base de empujones propinados por campesinos suizos, y que se muestra tan incapaz de cuidarse a sí mismo que no puede ni siquiera dejarse sentado sin encordar sobre una peña, es un objeto tan menospreciable como pueda imaginarse. Un hombre

nunca debería, con conocimiento de causa y de manera deliberada, meterse en situaciones en las que se encuentre desesperadamente superado y dominado por su entorno. El que hace esto es considerado por sus guías como una especie de vaca lechera, como una cómoda fuente de ingresos y propinas; un blanco de bromitas y ocurrencias; un objeto para embadurnar con grasa, para decorar con máscaras y velos y para abotonar con extraños guetres con cadenas de hierro; una cosa con la que acabar a base de vino y brandy, y que nunca debe perderse de vista hasta no haberlo dejado en manos del dueño de un hotel. Es difícil entender cómo los hombres, que en otros departamentos de la vida no carecen de un sentimiento de dignidad personal pueden consentir que se les trate de esta manera. Parece que fuera la única forma de salida a la montaña que tienen abierta. Las empresas de las que son capaces los menos competentes abundan en todos los valles alpinos, muchas de ellas rodeadas por los más sublimes escenarios de nieve y hielo. El arte del montañismo consiste en ser capaz de escalar con facilidad y seguridad, en ser capaz de poner nuestras habilidades a la altura de las dificultades de las pendientes que nos dominan y rodean y puede, hasta cierto punto, practicarse y disfrutarse continuamente con una seguridad y una dignidad razonables por cualquier persona, sin importar lo escasas que sean sus aptitudes naturales y su preparación. Apenas es necesario que reconozca los límites que le son impuestos.

Una gran pericia en el deporte sólo se alcanza cuando se combinan una aptitud natural con largos años de práctica, y no sin algún peligro, o tal vez mucho, para la integridad física y hasta la vida. Por suerte, el escalador fiel suele adquirir su habilidad a una edad en la que las responsabilidades de la vida aún no se han apoderado de él, y cuando puede tener aún margen en asuntos de este tipo. Por otro lado, gana conocimiento sobre él mismo, un amor por lo más bello de la naturaleza y un desahogo para las inquietas energías de la juventud como el que no ofrece ningún otro deporte, ventajas por las que, tal vez, no haya precio demasiado alto. Ciertamente es que las grandes escaladas a veces exigen su sacrificio, pero el montañero de verdad no renunciará a su pasión aunque sepa que es la víctima predestinada. Pero, afortunadamente, para la mayoría de nosotros las grandes placas oscuras suspendidas del inmenso espacio, las líneas y curvas de las cornisas moldeadas por el viento, las delicadas ondulaciones de la nieve agrietada, son viejos y buenos amigos que nos conducen a la salud y la diversión y nos permiten desafiar con vigor todos los males del tiempo y la vida.



ALBERT FREDERICK MUMMERY. (1855-1895). Es el iniciador de una nueva forma de ver la montaña. Considerado como padre del alpinismo moderno, este inglés de familia de comerciantes (circunstancia por la cual, irónicamente, el prestigioso Alpine Club se negó durante mucho tiempo a admitirlo como miembro) revolucionó el concepto de escalada. El verdadero alpinista es, para Mummery, aquel que intenta nuevas ascensiones. La conquista de la cumbre no agota las posibilidades de una montaña, ya que cada itinerario muestra en realidad una montaña diferente, y lo que cuenta son las dificultades que hay que vencer y el estilo con el que se abordan. Coherente con esta postura, Mummery escaló en seis ocasiones, por seis rutas diferentes, el Cervino, considerada hasta poco antes el prototipo de la montaña inaccesible. Además de los Alpes, realizó escaladas en el Cáucaso, antes de desaparecer en los flancos del Nanga Parbat (Himalaya), durante el primer histórico intento de ascender a una montaña de ocho mil metros.

Albert Frederick Mummery se inicia en la escalada en los acantilados del sur de Inglaterra. De salud frágil, una lesión de columna le impide llevar peso, por lo que inventa equipos ligeros, así como un nuevo tipo de clavos para las botas. En una primera etapa escala con Alexander Burgener, el famoso guía suizo. Con él consigue la arista Zmutt al Cervino, la primera absoluta al Dirruhorn, una nueva ruta al Fletschhorn y el *Corredor de la Y* en la Aiguille Verte. Con Burgener y Venetz realiza la travesía de la Aiguille des Grands Charmoz y abre el Grépon por Nantillons. La fisura final (IV) entonces considerada de gran dificultad, es uno de los pasos más célebres de la historia. En 1887 abre la *Teufelsgrat* al Täschohorn en compañía de su mujer, y en 1888 vivista el Cáucaso, donde asciende el Dychtau. El regreso marca el inicio de la segunda etapa, durante la cual prescindirá de los guías al realizar, por ejemplo, la travesía norte-sur del Grépon, la primera

al Dent du Requin, el Dru y la Brenva. En 1895 marcha con Bruce, Collie y Hastings al Himalaya, donde desaparece junto con dos sherpas en el Nanga Parbat.

Notas

[1] El hotel Monte Rosa fue el primer hotel de Zermatt —antes sólo podía pasarse la noche en casa del cura o en casa del médico— y era el lugar de encuentro de los alpinistas más célebres. El hotel Monte Rosa (1854) y sus propietarios, Alexandre Seiler (muerto en 1891) y su mujer, merecen, por derecho propio, una página en la historia alpina. <<

[2] Se accedió al collado de Mischabel el 27 de agosto de 1879; al collado de Laquin, el 28 de agosto; y la travesía de Fletschhorn el 29. La ascensión al glaciar de Laquin era una «primera». <<

[3] Día 1 de septiembre. Se trataba de la primera ascensión por la arista Zmutt; tuvo lugar el 3 de septiembre; era la tercera vez que Mummery iba al Cervino. Realizó de nuevo esta ascensión por la arista Zmutt el 27 de agosto de 1894. <<

[4] John Tyndall, *Hours of Exercise in the Alps*. <<

[5] En el original: «*All the King's horses and all the King's men* », alusión a un popular verso infantil. (N. del T.) <<

[6] Célebre serie de relatos publicados por el Alpine Club desde 1859. <<

[7] El *knurr and spell* es un antiguo juego en el que se lanzaba una bola de madera (*knurr*) con una pequeña copa de cobre situada en el extremo de un fleje metálico (*spell*). Cuando la bola saltaba al aire se golpeaba con un bate. (*N. del T.*) <<

[8] Un *buzón* es el nombre que se le da en el distrito de Montenvers a las rocas fracturadas. Ese tipo de rocas se encuentra con frecuencia en las agujas de Chamonix y se utilizan, bien horizontalmente, como pasadizos, o perpendicularmente, a fuerza de mucho serpenteo y empotramiento, como escaleras. (N. del A.) <<

[9] Ésta es la vía adecuada y, creo, la que ahora toman siempre las cordadas que se dirigen a los neveros superiores del glaciar Nantillons. (*N. del A.*) <<

[10] Uno no puede responsabilizarse de la gramática que utilizan los habitantes del Valle del Saas.
(*N. del A.*) <<

[11] M. Dunod oyó en Chamonix que yo había llevado en esta ascensión tres escaleras de tres metros cada una (anuario del Club Alpin Français, 1886, p. 99); ni que decir tiene que eso no es más que un mito de Chamonix. Sin embargo, aquella historia hizo que él mismo cargara con tres escaleras de cerca de cuatro metros cada una. (*N. del A.*) <<

[12] Algunos fragmentos de este capítulo se escribieron hace algunos años para el Alpine Club, y aunque los párrafos siguientes quizá no estén muy bien adaptados para un lector común, antiguos recuerdos me han impedido eliminarlos. (*N. del A.*) <<

[13] Iniciales del nombre de un pionero que, habiendo subido la arista sur hasta ese punto, y no gustándole la apariencia de la misma a partir de allí, las pintó en la roca; ese paso se denomina desde entonces con esas letras. (*N. del A.*) <<

[14] Algunos días más tarde, este mismo guía se desorientaría camino del Dôme du Goûter, durante una tormenta de nieve, a consecuencia de la cual su cliente, el señor Nettleship, perdió la vida. Los guías, gracias al grosor de las prendas que visten en Chamonix, sobrevivieron al frío. (*N. del A.*)

<<

[15] Los caballeros W. Cecil Slingsby, J. Norman Collie, G. Hastings y yo mismo. La ascensión tuvo lugar el 25 de julio de 1893 (*N. del A.*) <<

[16] Al comienzo de ese *couloir* hay un tramo extraplomado de unos cinco metros. El hielo se debe en realidad al goteo de las laderas superiores y se ha formado una especie de cornisa protuberante. Por suerte, esa formación desplomada ha hecho que el agua se hiele dejando cavidades en las que poder meter la mano y agarrarse. (N. del A.) <<

[17] Gamuza o sarrio. (*N. del T.*) <<

[18] Descrito en *Above the Snow Line*, págs. 49 y 50. (N. del A.) <<

[19] En el *Alpine Journal*, vol. II, pág. 341 y ss. (N. del A.) <<

[20] En *Hours of Exercise in the Alps*, págs. 204 y ss. (N. del A.) <<

[21] Por suerte, en cada una de esas ocasiones había cerca otra cordada y se efectuó el rescate de la persona caída con su ayuda. (N. del A.) <<